



el
Club
de los
Canallas

JONATHAN COE

Lectulandia

Un cuarteto de amigos de Birmingham —Trotter, Harding, Anderton y Chase — son los editores del periódico de su instituto, aunque su sarcástico profesor de inglés diga que tienen nombre de bufete jurídico. Doug Anderton es el hijo de un sindicalista que aún cree en la lucha de clases y ha aprendido a ver el mundo a través de los valores de su padre.

Sean Harding es famoso por su imprevisible y a veces retorcido sentido del humor. Benjamin Trotter quiere ser escritor, mantiene una peculiar relación con Dios y la religión, y está, como todos pero más que nadie, colado por la hermosa e inalcanzable Cicely. Y Philip Chase tiene un grupo de rock, es fan de los Yes, y no se da cuenta de que los tiempos del rock sinfónico están llegando a su fin, y de que comienza el punk. Porque a los cuatro de Birmingham les han tocado en suerte los años setenta, la época de Monty Python y el *glam rock*, de las huelgas y las bombas del IRA, de las grandes esperanzas y las no menos grandes decepciones, de la Inglaterra anterior a la era Thatcher...

Lectulandia

Jonathan Coe

El Club de los Canallas

ePub r1.0

Titivillus 07.11.15

Título original: *The Rotters' Club*
Jonathan Coe, 2001
Traducción: Javier Lacruz

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Janine, Matilda y Madeline

Una noche clara, azul marino pero estrellada, del año 2003 en la ciudad de Berlín, dos jóvenes se sentaron a cenar. Se llamaban Sophie y Patrick.

Estas dos personas no habían coincidido nunca antes de ese día. Sophie estaba de viaje en Berlín con su madre, y Patrick con su padre. La madre de Sophie y el padre de Patrick se habían conocido, aunque poco, hacía mucho tiempo. Una breve temporada, el padre de Patrick incluso estuvo colado por la madre de Sophie, cuando todavía iban al colegio. Pero ya hacía veintinueve años desde que se habían visto por última vez.

—¿Adónde crees que habrán ido? —preguntó Sophie.

—De marcha, seguramente. A echarles un vistazo a los sitios tecno.

—Estás de broma.

—Pues claro que no. Mi padre no ha pisado un club en su vida. El último disco que se compró era de Barclay James Harvest.

—¡Qué!

—Te lo juro.

Sophie y Patrick se quedaron mirando al exterior cuando aquella inmensa extravagancia fuertemente iluminada, hecha de cristal y cemento, del nuevo Reichstag entró en su campo de visión. El restaurante que habían elegido, en lo alto de la Fernsehturm, desde el que se divisaba la Alexanderplatz, giraba mucho más rápidamente de lo que ninguno de los dos hubiese esperado. Por lo visto, había sido diseñado de esa forma en los lejanos años sesenta para demostrar la superioridad de la tecnología alemana.

—¿Qué tal tu madre? —preguntó Patrick—. ¿Ya se le ha pasado?

—Bah, no ha sido nada. Volvimos al hotel, y se echó un rato. Luego ya estaba mejor. Un par de horas más y nos hemos ido de compras, que es cuando me he comprado esta falda.

—Te queda muy bien.

—De todos modos, me alegro de lo que ha pasado, porque, si no, tu padre no la habría reconocido.

—Supongo que no.

—Y quizá no estaríamos sentados aquí. Debe de haber sido el destino o algo así.

Era una situación extraña esta que les tocaba vivir. Parecía que entre sus padres había surgido una intimidad espontánea, a pesar del tiempo que hacía que no se veían. Se habían entregado a aquel encuentro con una especie de alivio alegre, como si un encuentro casual en una tetería de Berlín pudiese borrar las décadas transcurridas, paliar el dolor de su existencia. Y eso había dejado a Sophie y a Patrick debatiéndose en otra clase de intimidad más incómoda. No tenían nada más en común, se daban cuenta, que las historias de sus padres.

—¿Tu padre habla mucho de cuando era estudiante? —preguntó Sophie.

—Bueno, tiene gracia. Antes no. Pero últimamente creo que sí. Es que han vuelto a aparecer algunas de las personas que conoció en esa época. Por ejemplo, ese chico

que se llamaba...

—¿Harding?

—Sí. ¿Sabes algo de él?

—Un poco. Pero me gustaría saber más.

—Pues te lo cuento yo. Y papá también menciona a veces a tu tío. Tu tío Benjamin.

—Ah, sí. Eran muy buenos amigos, ¿no?

—Íntimos, creo.

—¿Sabías que tocaron juntos en el mismo grupo?

—No, nunca ha dicho nada.

—¿Y de la revista que sacaban?

—Tampoco.

—A mí me lo ha contado todo mi madre. Se acuerda perfectamente de esa época.

—¿Y eso?

—Bueno...

Y entonces Sophie se puso a explicarle. Era difícil saber por dónde empezar. La época de la que hablaban parecía formar parte de la noche de los tiempos.

—¿Alguna vez intentas imaginarte cómo sería la cosa antes de que tú nacieras? —le dijo a Patrick.

—¿Qué quieres decir? ¿En la barriga de mi madre?

—No, hombre, no: cómo sería el mundo antes de que tú aparecieras.

—Pues no. La cabeza no me da para tanto.

—Pero te acordarás de cómo eran las cosas cuando eras pequeño... ¿Te acuerdas de John Major, por ejemplo?

—Vagamente.

—Bueno, claro, ésa es la única manera de recordarlo. ¿Y de la señora Thatcher?

—No, yo sólo tenía... cinco o seis años cuando dimitió. ¿Por qué me lo preguntas, de todas maneras?

—Porque aún vamos a tener que remontarnos más atrás. Mucho más atrás.

Sophie se detuvo de pronto y frunció el ceño.

—¿Sabes una cosa? Te puedo contar esta historia, pero a lo mejor te quedas colgado. No tiene final. Sólo se corta. No sé cómo termina.

—Puede que yo sepa el final.

—¿Me lo vas a contar si lo sabes?

—Claro.

Entonces se sonrieron mutuamente; rápidamente y por primera vez. A medida que aquel horizonte plagado de grúas, que la obra siempre cambiante y en perpetua actividad que constituía el paisaje urbano de Berlín, se desplegaba tras ella, Patrick iba fijándose en el rostro de Sophie: su bonita mandíbula, sus largas pestañas negras, y sentía removerse algo en su interior, una especie de gratitud por haberla conocido, un destello de curiosidad por lo que su futuro podría depararle de repente.

Sophie dejó de echar chispeante agua mineral de una botella azul marino en su copa y dijo:

—Vente conmigo entonces, Patrick. Vamos a retroceder..., a retroceder en el tiempo hasta donde empezó todo. Hasta un país que, seguramente, ninguno de nosotros dos reconocería. Inglaterra, 1973.

—¿Tú crees que era tan diferente?

—Completamente diferente. ¿Te imaginas? Un mundo sin móviles, ni vídeos, ni Playstations, ni siquiera faxes. Un mundo que aún no sabía nada de la princesa Diana ni de Tony Blair, que no pensaba ni por lo más remoto en la guerra de Kosovo o la de Irak. En aquella época sólo había tres canales de televisión, Patrick. ¡Tres! Y los sindicatos tenían tanto poder que, si querían, podían cerrar un canal de éstos toda una noche. A veces, la gente hasta se quedaba sin luz. ¡Imagínate!

LA CHICA Y EL CHAVAL MELENUDO

Invierno

¡Imagínate!

15 de noviembre de 1973. Un jueves por la noche, una llovizna susurrando contra los cristales de las ventanas, y la familia al completo en el cuarto de estar. Exceptuando a Colin, que está de viaje de negocios, y les ha dicho a su mujer y a los niños que no le esperen levantados. Una luz débil procedente de un par de lámparas corrientes de hierro forjado. El fuego de gas, que imita unas brasas de carbón, sisea.

Sheila Trotter lee el *Daily Mail*: «*Prometo serte fiel en la fortuna y en la adversidad, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad*», éstas son las promesas que, de hecho, mantienen unidas a muchas parejas en los malos momentos.»

Lois está leyendo el *Sounds*: «*Chico de dieciocho años, amante de los gatos, busca chica de Londres que le guste Sabbath. Sólo freaks, por favor.*»

El precoz de Paul lee *La colina de Watership*: «*Los inocentes pueblerinos africanos, que nunca han abandonado sus remotos hogares, seguramente no se sorprenderían mucho al ver un avión por primera vez, ya que escapa a su comprensión.*»

En cuanto a Benjamin..., supongo que está haciendo los deberes en la mesa del comedor. El ceño de concentración, la lengua un poco fuera (un rasgo familiar, evidentemente: le he visto a mi madre hacer lo mismo, encorvada sobre su portátil). Tal vez estudia historia. O quizá física. Algo difícil de entender, de todos modos. Le echa un vistazo al reloj de la repisa de la chimenea. Es un tipo organizado, se ha puesto un tope. Le quedan diez minutos. Diez minutos más para redactar el experimento.

Lo estoy haciendo lo mejor que puedo, Patrick. Te lo juro. Pero no es fácil contar la historia de mi familia. La historia del tío Benjamin, si quieres.

Ni siquiera estoy segura de que éste sea un buen comienzo. Pero seguramente es tan bueno como otro cualquiera. Y es el que he elegido. Mediados de noviembre, la oscura promesa de un invierno inglés, hace casi treinta años.

15 de noviembre de 1973.

Era corriente que se produjeran largos momentos de silencio. Se trataba de una familia que nunca había aprendido el arte de comunicarse. Todos eran inescrutables, incluso para sí mismos; todos menos Lois, claro. Tenía unas necesidades muy simples y definidas, y al final lo pagó. Por lo menos yo lo veo así.

No creo que necesitase muchas cosas en esa época de su vida. Creo que sólo buscaba compañía y, de vez en cuando, el parloteo de unas cuantas voces a su alrededor. Viniendo de esa familia, le habría encantado charlar, pero no era de las que

se pierden en el circo de risas de sus amigos. Sabía lo que buscaba, estoy segura; ya lo sabía incluso entonces, incluso a los dieciséis años. Y también sabía dónde buscarlo. Desde que su hermano había empezado a comprar el *Sounds* los jueves, de vuelta a casa, se había convertido en un furtivo ritual semanal fingir interés en los anuncios de posters y ropa de la última página («Camisas de tela vaquera en negro, azul marino, rojo pasión y morado; ideales para combinar con mallas») cuando su verdadero foco de interés era la sección de contactos. Buscaba un hombre.

A esas alturas ya había leído casi todos los contactos. Empezaba a desesperarse.

«*Chico freaky (20) necesita chica rarita (16 o más) para relación amorosa. Que le enrollen Quo y Zep.*»

Una vez más, no era el ideal precisamente. ¿Quería que su chico fuese un poco raro? ¿Podía calificársela a ella de «rarita»? ¿Quiénes eran Quo y Zep,^[1] de todos modos?

«*Chico estupendo desea correspondencia con chica atractiva, que le gusten Tull y Pink Floyd, de 17 a 28.*»

«*Dos chicos freakys buscan chicas heavys (16 o más) para amor y cariño.*»

«*Chico (20) de vuelta en la zona de Kidderminster busca chica(s) atractiva(s).*»

Kidderminster sólo estaba a unos cuantos kilómetros, así que este último podría haber estado bien, si no fuera por aquel revelador plural entre paréntesis. Ahí se le había visto el plumero. Buscaba pasar un buen rato y poco más. Aunque tal vez eso fuera preferible, en cierta forma, al tufo a desesperación que desprendían otros anuncios.

«*Chico desencantado y solitario (21), moreno de pelo largo, querría comunicarse con chica consciente y seria que aprecie todo lo creativo como la música progresiva, el folk o las bellas artes.*»

«*Chico solitario, poco atractivo (22), necesita compañía femenina, no importa físico. Que le gusten los Moodies, BJH, Camel, etc.*»

«*Solitario melencólico, fan de los Who y los Floyd, necesita chica para amistad, amor y paz. Zona de Stockport.*»

Su madre apartó el periódico y dijo:

—¿Alguien quiere una taza de té o limonada?

Cuando se fue a la cocina, Paul dejó su saga de conejos y cogió el *Daily Mail*. Se puso a leerlo con una sonrisa cansina y escéptica en la cara.

«*Chica que quiera ir a la India. Salida a finales de diciembre, no carcas.*»

«*Cualquier chica que quiera ver mundo que me escriba, por favor.*»

Sí, le encantaría ver mundo, ahora que lo pensaba. Había ido tomando conciencia de eso poco a poco, estimulada por los programas de viajes de la tele y las fotos en color de la revista dominical del *Times*: de que existía todo un universo más allá de los confines de Longbridge, de la terminal del autobús 62, de Birmingham, de Inglaterra incluso. Aún más, quería verlo, y quería compartirlo con alguien. Quería que alguien la tuviera cogida de la mano mientras contemplaba cómo se alzaba la

luna sobre el Taj Mahal. Quería que la besaran, con ternura pero mucho tiempo, contra el magnífico telón de fondo de las Montañas Rocosas canadienses. Quería subir a Ayers Rock al amanecer. Quería que alguien la pidiera en matrimonio mientras el sol poniente pasaba sus dedos manchados de sangre por los minaretes teñidos de rosa de la Alhambra.

«Chico de Leeds con escúter y buena pinta busca novia (de 17 a 21) para ir a la disco, conciertos, etc. Mejor con foto.»

«Se busca novia de cualquier edad, pero de metro y medio de altura (o menos). Contestaré a todas.»

—Se acabó.

Benjamin cerró de golpe su cuaderno de ejercicios y metió con mucha pompa los bolígrafos y los libros en la pequeña cartera que siempre llevaba al colegio. Su libro de física empezaba a desencuadernarse, así que lo había forrado con un resto del papel pintado que su padre había puesto en el cuarto de estar hacía dos años. En la portada de su libro de inglés había dibujado un enorme pie de cómic, como el del final de la sintonía de los Monty Python.

—Por esta noche, se ha terminado. —Se quedó de pie junto a su hermana, que estaba tirada sobre las dos mitades del canapé—. Dame eso.

Siempre le fastidiaba que Lois se pusiera a leer el *Sounds* antes que él. Como si pensara que aquello le daba un acceso privilegiado a información secreta. Pero la verdad era que a ella no le interesaban nada las páginas de noticias en las que él estaba a punto de enfrascarse con tanta ansiedad. La mayoría de los titulares ni siquiera los entendía. «Beefheart aquí en mayo.» «El nuevo álbum de Heep a punto.» «Otra separación en Fanny.»

—¿Qué es un *Freak*? —le preguntó, tendiéndole la revista.

Benjamin se rió con sorna y señaló a su hermano de nueve años, cuya cara irradiaba un alegre desprecio mientras examinaba con atención el *Daily Mail*.

—Ahí tienes uno.

—Ya sé.^[2] Pero quiero decir *Freak* con mayúscula. Supongo que será una especie de término técnico.

Benjamin no contestó; y, de alguna manera, se las arregló para dejar a Lois con la sensación de que sabía de sobra la respuesta, pero había preferido reservársela por alguna razón personal. La gente tendía a considerarlo un entendido bien informado, aunque era evidente precisamente lo contrario. Debía de tener cierto aire (un indefinible aire de seguridad) que resultaba fácil confundir con sabiduría juvenil.

—Madre —dijo Paul cuando ella le llevó su bebida gaseosa—, ¿por qué compramos este periódico?

Sheila lo miró furiosa, oscuramente resentida. Le había dicho muchísimas veces que la llamara «mamá» y no «madre».

—Por nada —dijo—. ¿Por qué no íbamos a comprarlo?

—Porque está lleno —dijo Paul mientras pasaba rápidamente las hojas— de

chorradas de Perogrullo.

Ben y Lois no pudieron evitar unas risitas ahogadas.

—Creía que el Perogrullo era un animal de Australia —dijo ella.

—El difícilmente observable Perogrullo —dijo Benjamin, graznando y chillando como si fuera el supuesto animal mítico.

—Mira este artículo destacado, por ejemplo —prosiguió Paul sin inmutarse—. *«Ese boato meticuloso que a Inglaterra se le da tan bien sigue arraigado en nuestro corazón. No hay nada como una boda real para elevarnos el ánimo.»*

—¿Y qué? —dijo Sheila, revolviendo el azúcar del té—. Tampoco es que esté de acuerdo con todo lo que leo ahí.

—«Cuando la princesa Anna y Mark Phillips salían de la abadía, sus rostros esbozaron esa sonrisa lenta y amplia de la gente que es feliz de verdad.» ¡Pásame la bolsa, por favor, que vomito! *«Puede que la liturgia tenga trescientos años, pero sus promesas son tan claras como la luz que había ayer.»* ¡Vomitivo! «Prometo ser te fiel en la fortuna y en la adversidad...»

—Bueno, ya vale, señor Sabelotodo. —El ligero temblor de la voz de Sheila bastó para revelar, sólo un momento, el pánico repentino que su hijo menor estaba aprendiendo a inspirarle—. Tómate eso y ponte el pijama.

Siguieron riñendo, con Benjamin haciendo sus estridentes aportaciones, pero Lois no les prestó la menor atención. Ésas no eran las voces de las que esperaba rodearse. Los dejó en ello y se retiró al dormitorio, donde pudo reingresar en su romántico mundo de ensueños, un reino de infinitos colores y posibilidades. En cuanto al ejemplar del *Sounds* de Benjamin, había encontrado lo que buscaba, así que ya no le servía nada. Ni siquiera iba a tener que entrar luego a hurtadillas y echarle otro vistazo, porque el apartado era fácil de recordar (el 247, igual que la longitud de onda de Radio Uno), y el mensaje en el que se había fijado tenía una sencillez mágica y perfecta. Tal vez por eso supiera que era para ella y sólo para ella.

«Chaval melenudo busca chica. Zona de Birmingham.»

Mientras tanto, el padre de Lois, Colin, estaba sentado en un pub llamado La Cabeza del Toro, en King's Norton. Su jefe, Jack Forrest, se había acercado a la barra para pedir tres jarras de Brew XI, dejando que Colin mantuviese una conversación vacilante con Bill Anderton, un representante sindical de la sección anticorrosión. El cuarto miembro del grupo, Roy Slater, estaba por llegar. Fue un gran alivio que Jack volviese de la barra.

—¡Salud! —dijeron Colin, Bill y Jack antes de beber de sus jarras de Brew. Tras beber al unísono, dejaron escapar un suspiro colectivo y se limpiaron la espuma del labio superior. Luego se quedaron callados.

—Quiero que sea una cosa agradable e informal —dijo Jack Forrest, de repente, cuando el silencio ya era demasiado largo y demasiado denso como para resultar cómodo.

—Totalmente de acuerdo en lo de informal —dijo Colin.

—Por mí estupendo —dijo Bill—. Estupendísimo.

Así que siguieron sorbiendo informalmente sus cervezas. Colin echó un vistazo alrededor, con intención de hacer algún comentario sobre la decoración, pero no se le ocurrió nada. Bill Anderton tenía la mirada fija en su cerveza.

—Es buena la cerveza de aquí, ¿verdad?

—¿Qué? —dijo Bill.

—Digo que está bien esta cerveza.

—No está mal —dijo Bill—. Las he tomado peores.

Esto era en la época en que los hombres aún no habían aprendido a hablar de sus sentimientos, claro. Y antes de que las reuniones de la dirección con los trabajadores fuesen algo corriente. En cierta forma, estos tres hombres eran pioneros.

Colin pagó otra ronda, y Roy siguió sin dar señales de vida. Se quedaron allí sentados, tomándose sus cervezas. Las mesas en las que se reflejaban vagamente sus caras eran de color marrón oscuro, el más oscuro de todos, el color del chocolate Bournville. Las paredes tenían un tono más claro, el del Dairy Milk. La alfombra también era marrón, con pequeños hexágonos de un castaño un poco diferente si lo mirabas de cerca. El techo pretendía ser color hueso, pero en realidad era marrón, por culpa de la nicotina del humo de millones de cigarrillos sin filtro. La mayoría de los coches que estaban en el aparcamiento también eran marrones, así como la mayor parte de la ropa que llevaban los clientes. Pero nadie en el pub era realmente consciente de ese predominio del marrón, o, si alguien lo era, le parecía que no merecía la pena comentarlo. Era una época marrón.

—Bueno, ¿y entonces ya os habéis enterado? —preguntó Jack Forrester.

—¿Enterado de qué? —dijo Bill.

—Que lo de esta noche tiene una explicación —dijo Jack—. No os he elegido al

azar. Podía haber cogido a cualquier jefe de personal y a cualquier representante sindical, y preparar lo de esta noche. Pero no lo he hecho. Os he elegido a vosotros por una razón.

Bill y Colin se miraron mutuamente.

—Tenéis algo en común, ¿sabéis? —Jack se quedó mirándolos a su vez, autocomplacido—. ¿No sabéis lo que es?

Ellos se encogieron de hombros.

—Vuestros hijos van al mismo colegio.

Fueron asimilando esta información poco a poco, y Colin fue el primero en esbozar una sonrisa.

—Anderton, claro. Mi Ben tiene un amigo que se llama Anderton. Están en la misma clase. Habla de él de vez en cuando. —Miró a Bill con algo que casi rayaba el cariño—. ¿Es hijo tuyo?

—Sí, sí. Duggie. Y tu hijo debe de ser Bent.

Colin puso cara de confusión ante esto último, un poco impresionado.

—No, *Ben* —le corrigió—. Ben Trotter. El diminutivo de Benjamin.

—Ya sé que se llama Benjamin —dijo Bill—. Pero es que le llaman así. Bent Rotter. Ben Trotter. ¿No lo coges?^[3]

Tras unos momentos, Colin lo pilló por fin. Hizo un puchero con los labios, dolido por su hijo.

—Los niños pueden ser muy crueles —dijo.

La cara de Jack se relajó con cierto aire de satisfacción.

—¿Sabéis una cosa? Esto sirve para darnos cuenta del país en el que vivimos —dijo—. La Inglaterra de los años setenta. Los antiguos privilegios ya no significan nada, ¿a que no? Éste es un país donde un sindicalista y un subdirector (aunque estoy seguro de que pronto llegarás a director, Colin) pueden mandar a sus hijos al mismo colegio y no pasa nada. Los dos son listos, los dos lo suficientemente buenos como para aprobar el examen de ingreso, y ahí están: juntos en la cuna del aprendizaje. ¿Y eso qué nos dice de la guerra de clases? Que ya se acabó. Ahora tenemos una tregua, un armisticio. —Agarró su jarra de cerveza y la levantó solemnemente—. Por la igualdad de oportunidades.

Colin repitió tímidamente estas últimas palabras, y bebió de su jarra. Bill no dijo nada; por lo que a él se refería, la guerra de clases seguía en pie y en plena forma, y se libraba con cierta ferocidad en British Leyland, hasta en los igualitarios años setenta de Ted Heath, pero no se animó a discutir el asunto. Aquella noche tenía la cabeza en otras cosas. Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, manoseó el cheque y se preguntó una vez más si estaría volviéndose loco.

Tal vez hubiera sido un error invitar a Roy Slater. Lo que pasaba con Slater era que todo el mundo lo odiaba, incluido Bill Anderton, de quien se podía haber

esperado cierta solidaridad con su presunto compañero de armas. Pero Slater era un representante sindical de la peor clase, por lo que sabía Bill. No tenía talento para negociar, ni ninguna empatía imaginativa con los hombres a los que supuestamente representaba, ni noción de problemas políticos de más envergadura. Era simplemente un bocazas y un liante, que siempre buscaba el enfrentamiento y siempre salía malparado de él. En términos estrictamente sindicales no contaba nada, y estaba muy por debajo de los representantes más jóvenes del Sindicato de Trabajadores del Transporte de Longbridge. Lo único que podía hacer Bill era ser educado con él en general, pero esa noche debía hacer algo más: el honor exigía que los dos hiciesen una especie de frente común contra aquellas tentadoras propuestas de la dirección. Bastaba para sospechar cierta premeditación por parte de Jack. Al fin y al cabo, ¿qué podía resultar más eficaz que dividir a la oposición juntando a dos representantes sindicales que, como todo el mundo sabía, no se soportaban mutuamente?

—Está muy bien esto, ¿verdad? —dijo Roy, al tiempo que le pegaba un buen codazo a Bill en las costillas mientras examinaban sus menús encuadrados en cuero rojo. Se habían trasladado ahora a un Berni Inn de la Stratford Road.

—No cantes victoria, Slater —dijo Bill, quitándose las gafas de leer—. En nuestra profesión nadie te invita a comer, por si no te habías dado cuenta.

—En este caso —dijo Jack— te equivocas completamente. Estáis todos invitados y podéis pedir lo que queráis. La cuenta la paga la British Leyland Motor Corporation, así que no hay pega. Venga, chavales, echadle un poco de imaginación.

Roy pidió un filete con patatas, Colin un filete con patatas, Bill un filete con patatas y guisantes, y Jack, que pasaba las vacaciones en el sur de Francia, un filete con patatas, guisantes y, además, champiñones: un toque de sofisticación que no les pasó inadvertido a los otros. Mientras esperaban que les sirviesen la comida, Jack trató de provocar una discusión sobre los proyectos matrimoniales de la princesa Ana y el capitán Mark Phillips, pero la cosa no cundió. Parecía que Roy no tenía una opinión formada sobre el tema, a Bill no le interesaba («Pan y circo, Jack, pan y circo»), y Colin empezaba a dejar de prestarles atención. Se había quedado mirando a lo lejos, más allá del aparcamiento, contemplando aquella noche negra como el carbón, las luces parpadeantes de los coches en Stratford Road, y no había manera de saber lo que estaba pensando. ¿Le daba vueltas al apodo de Ben en el colegio? ¿Echaba de menos a Sheila y el siseo del fuego de imitación? ¿O quizá le habría gustado retrotraerse a sus días en la sección de diseño, antes de aceptar aquel trabajo, aquel trabajo estúpido que le había parecido un peldaño más de la escalera y que luego resultó ser una pesadilla de complicaciones humanas?

—¿Sabes, Jack? Esto no va a funcionar —estaba diciendo Bill en un tono amistoso pero agresivo, ahora que se dejaba notar la influencia decididamente dulcificante de la quinta jarra de Brew—. No puedes acabar con la injusticia social invitando al enemigo a un filete con patatas de vez en cuando.

—Bah, esto no es nada, Bill. No es más que el principio. En un par de años, se va

a regular la participación de los empleados. Va a ser la política del gobierno.

—¿De qué gobierno?

—Da igual. Da exactamente lo mismo. Te lo digo yo, vamos a entrar en una fase totalmente nueva. La dirección y los trabajadores (es decir, sus representantes electos) van a sentarse alrededor de una mesa y a tomar las decisiones *juntos*. Y también examinarán los futuros planes de la compañía *juntos*. Intereses comunes, un terreno común, eso es lo que andamos buscando. Y tiene que ser así porque el enfrentamiento de ahora está paralizando la industria.

—Este filete —dijo Slater de pronto sin venir a cuento— está buenísimo. —Le habían traído su plato primero, y no había esperado a los demás para empezar—. Tú dame algo parecido todos los días de la semana y a lo mejor podemos hablar, ¿sabes lo que te digo?

Bill no le prestó atención.

—El caso, Jack, es que el enfrentamiento no es por nada. Eso es lo que tu gente no acaba de entender. Hay muchos motivos de queja, ¿entiendes? Motivos reales y auténticos.

—Ya hablaremos de ellos.

Bill se detuvo un momento para darle un sorbo a su cerveza con los ojos entrecerrados. Apareció una camarera con su cena y se distrajo un momento al ver el filete, y luego, más aún, al contemplar aquellas pantorrillas y aquellos muslos esbeltos enfundados en nailon brillante: la promesa de un cuerpo que no había catado insinuándose en la caída de aquella blusa blanca. La vieja costumbre. No se la quitaba de encima. Se obligó a apartar la vista de ella y a dirigirla hacia Jack, que estaba echándoles sal y ketchup a sus patatas fritas como si fuera la última vez en su vida. Bill cortó un trozo de filete, lo masticó con innegable delectación (de éstos no daban en casa) y dijo:

—Claro que ya veo adónde lleva todo esto.

—¿Qué quieres decir?

—Es la táctica habitual, ¿no? Divide y vencerás. Coge a unos cuantos representantes sindicales, diles que suban, siéntalos en torno a una mesa de conferencias, haz que se sientan importantes. Cuéntales unos cuantos secretos: nada demasiado delicado, por supuesto, sólo unos pocos chismes para que se creen que saben algo. Y de repente estarán todos orgullosos de sí mismos; de repente empezarán a ver las cosas desde el punto de vista de la dirección, y en cuanto a sus representados... Bueno, empiezan a preguntarse por qué esos tíos se pasan la mitad del día en la sala de juntas, por qué ya no pasean por la planta cuando hay algún problema que resolver. ¿No es así la cosa, Jack?

Sin dar crédito a sus oídos, Jack Forrest dejó los cubiertos y le dijo a Colin:

—¿Pero tú has oído eso? ¿Has visto contra qué nos enfrentamos? Contra la típica mentalidad paranoide de los sindicatos.

—Mira, compañero —le dijo Roy a Bill, sin que se le entendiera muy bien, con la

boca llena de patatas fritas—, si estos dos caballeros quieren invitarnos a una cena como es debido de vez en cuando, para explicarnos su punto de vista, ¿cuál es el problema, eh? En esta vida cada uno tiene que sacar lo que puede, compañero. Que yo sepa, cada palo que aguante su vela.

—Hablas como un verdadero pilar del movimiento laborista —dijo Bill.

—¿Tú que opinas, Colin?

Colin miró nervioso a su jefe. Odiaba los enfrentamientos, un serio inconveniente para alguien con un trabajo en las relaciones laborales.

—Las huelgas son lo que está frenando esta industria —dijo al fin, con la vista fija en su plato, verbalizando de mala gana una firme convicción que, sin embargo, hundía sus raíces en un lugar remoto y desconocido en lo más hondo de las profundidades—. No sé si ésta será la manera de pararlas, pero hay que pararlas de alguna forma. En Alemania o Italia o Japón no les pasan estas cosas. Sólo aquí.

Bill dejó de comer y mantuvo la mirada, pensativa y penetrante, fija en Colin. De todo lo que podría haber dicho, sólo dijo:

—Me pregunto de qué hablarán tu hijo y el mío en el autobús cuando vuelven a casa.

Jack aprovechó la ocasión para introducir una nota de frivolidad.

—De chicas y de música pop, supongo —dijo; y, tras eso, Bill se dio por vencido y se volvió a su comida y a su sexta jarra de cerveza. Al fin y al cabo, un filete era un filete.

Como iban en la misma dirección, Bill y Roy se vieron obligados a coger el mismo *minicab* para regresar a casa. Roy hizo una mueca cuando vio el turbante del conductor sentado al volante, y se volvió hacia su colega, dispuesto a soltar alguna gilipollez insultante. Pero Bill no estaba por la labor. Dejó que Roy se subiera atrás, y luego se sentó intencionadamente en el asiento del copiloto, donde fue charlando con el conductor la mayor parte de los veinte minutos que duró la carrera. Se enteró de que él y su mujer eran inmigrantes de segunda generación, y que vivían en Small Heath; de que les gustaba Birmingham porque estaba lleno de parques y no había que ir muy lejos para hacer una excursión al monte; de que su hijo mayor estudiaba medicina, pero el menor tenía problemas con los matones del colegio.

Al oír esto último y percibir una pausa en la conversación, Roy se inclinó y le dijo a Bill:

—Eso que le has dicho a Trotter, que los chavales comentaban en el autobús, ¿de qué iba?

—No era más que un comentario, no pasa nada —respondió Bill.

—Vuestros chavales van al mismo colegio entonces, ¿no es eso?

—¿Y a ti qué te importa, Slater?

—El chico de Trotter va al King William's, ¿no? Esa puta academia para... pijos

en Edgbaston.

Bill pegó un bufido.

—Pero tú qué sabrás... No pagamos nada porque vaya allí. Es un colegio para becarios. Es un chico muy listo y pasó el examen de ingreso. Lo único que pretendo es que empiece con buen pie.

Roy no le replicó; se limitó a recostarse en el asiento, satisfecho, creyendo al parecer que había descubierto un punto débil de su colega. Esa noche no volvieron a cruzar palabra, aparte de la inevitable despedida.

Cuando Bill llegó a casa, vio que Irene ya se había acostado. Miró ceñudo el montón de papeles que le esperaba sobre la mesa del comedor y decidió que lo dejaría para otro día. Eran casi las doce de la noche. Pero sacó el cheque del bolsillo de su chaqueta una vez más y lo examinó de nuevo a la luz del flexo.

Seguía desconcertándole. Un cheque de ciento cuarenta y cinco libras, a cuenta del Comité de Beneficencia, extendido a nombre de alguien que no le sonaba de nada. Y en vez de firmado por Harry, el presidente, o por Miriam, aquella secretaria tan sexy (¿y eran imaginaciones suyas, por cierto, o había estado mirándole durante casi toda la reunión de la otra noche?), firmado por él mismo. Y sin embargo, no se acordaba en absoluto. Peor aún, el banco había devuelto el cheque porque la cantidad sólo figuraba escrita con palabras, y no en cifras: una vez más, un error que él no solía cometer. A no ser que estuviera de los nervios. A no ser que soportase demasiada presión.

Archivó el cheque en su escritorio y se sirvió otra cerveza antes de irse a la cama.

Jack Forrest y Colin se habían despedido en el aparcamiento del restaurante. Jack no parecía muy convencido de cómo se había desarrollado la noche; no estaba seguro de que hubiera merecido la pena.

—¿Tú crees que ha sido un éxito? —Su aliento era como una nube en aquel aire invernal. Habría escarcha de madrugada.

—Creo que sí —dijo Colin, que siempre quería que todo saliera bien—. Creo que ha sido, bueno...

—¿Constructivo?

—Sí, constructivo.

—Bien. Sí, me parece que tienes razón. Creo que ha sido constructivo. —Se frotó las manos y chasqueó los nudillos de sus largos dedos—. Pero hace un poco de frío esta noche, ¿no? Espero que mi mujer se haya acordado de poner la manta eléctrica.

Se estrecharon la mano y se fueron. Cada uno tenía el coche en un extremo del aparcamiento. Colin hizo un gesto de desaprobación, y luego se permitió soltar unos cuantos tacos mientras se peleaba con la llave de su Austin 1800 marrón, esforzándose por liberar el volante del bloqueo que él mismo había diseñado hacía unos años con entera confianza.

Los miércoles por la tarde tenían doble clase de inglés, impartida por un escocés al que llamaban el señor Fletcher, que se comía las palabras y cuyo acento ya era bastante difícil de entender de por sí, y del que todos sospechaban que debía de ser alcohólico. La mayoría de ellos temían al señor Fletcher porque gritaba siempre que perdía la paciencia, y la perdía en todas las clases dos o incluso tres o cuatro veces. La única persona a la que parecía no darle ningún miedo era Harding. Pero ya se sabía que todo el mundo (sobre todo Benjamin) se preguntaba qué había que hacer exactamente para darle miedo a Harding.

Las clases dobles eran distintas. Cuando sonaba el timbre tras cuarenta minutos, te quedabas allí sentado, como si no pasara nada. Las más de las veces, el profesor se esforzaba por seguir hablando tranquilamente, como para subrayar que no pasaba nada especial; pero por mucho que se esforzase, era difícil conseguir que los chicos continuaran prestándole atención en aquel momento, con los pasillos retumbando por el impacto de cientos de pies juveniles cuando el resto del colegio cambiaba ruidosamente de clase. Poco a poco, el estruendo de pisadas y los portazos se iban desvaneciendo, se hacía otra vez el silencio, y ya no había más excusas para no atender a los desasosegantes arranques y parones, al entrecortado y monocorde discurso del señor Fletcher.

—Una obra maestra, Spinks, una auténtica obra maestra —dijo, mientras tres chicos con la cara colorada volvían a sus pupitres. El sarcasmo, suavizado por el humor o el tono guasón, era un hábito constante de la mente del señor Fletcher—. Cuando Hollywood decida hacer la inevitable adaptación de *El guardián entre el centeno* seguro que te llaman para hacer de Holden Caulfield. Lo has captado perfectamente, hasta en el acento de Birmingham. Peter Fonda no va a tener nada que hacer. Bueno... —Alzó la voz para reprimir un ataque de risa que nunca se materializaba—... ¿A quiénes les toca ahora? Trotter, Harding, Anderton y Chase. Suena como un maldito bufete de abogados. De abogados y notorios notarios. ¿Qué nos habéis traído?

Los tres se levantaron (Harding había pedido permiso para ausentarse hacía poco, y se le esperaba en cualquier momento), y Philip Chase, como portavoz extraoficial, anunció:

—Vamos a hacer la escena del juicio de *Matar a un ruiseñor*, señor. En versión teatral de Trotter y yo.

—De Trotter y *mía*, Chase. De Trotter y *mía*.

—Sí, señor. Yo hago de Atticus Finch, el defensor.

—El *abogado* defensor, no el defensor.

—Sí. Lo siento, señor. Anderton hace de señor Gilmer, el..., mmm..., el abogado acusador. Trotter va a hacer de juez Taylor, y Harding...

En ese momento, la puerta se abrió de golpe y Harding entró de nuevo en clase entre risas y chillidos de alegría.

—... Harding hace de Tom Robinson, señor.

Esta explicación era puramente superflua, porque el maquillaje de Harding ya lo decía todo. Su cara resultaba más o menos irreconocible bajo una capa de tinta negra. Debía de haber escondido el tintero en el bolsillo cuando había ido al lavabo. El efecto era asombroso, no sólo por los redondeles de blancura translúcida que rodeaban sus ojos, sino porque, por alguna razón, no tenía la nariz manchada de tinta, así que sobresalía absurdamente como un pequeño signo blanco de puntuación. Sus compañeros se tronchaban de risa. La clase retumbó con las carcajadas, como una pajarera a la hora de la comida, hasta que eso dio paso, tras casi medio minuto ensordecedor, a lo que sonó como múltiples ráfagas de metralleta cuando los veintidós chicos se pusieron a golpear las tapas de sus pupitres en un frenesí de aprobación estrepitosa. Fletcher, sin sonreír, esperó a que amainara el alboroto, y sólo se le acabó la paciencia cuando Harding perdió su frialdad y se encumbró en la ola del entusiasmo de su público, paseándose delante del encerado y batiendo las manos con los dedos extendidos, en una imitación que le debía menos a Al Jolson que al haber visto todas las semanas «El show negro de los imitadores blancos». En ese momento el maestro se levantó y dio un puñetazo en la mesa.

—¡Silencio!

Después, todos juntos en la parada de autobús, Chase, Trotter y Anderton estuvieron de acuerdo en que ésa había sido seguramente una de las ideas más estúpidas de su amigo, y de que nunca le debían haber dejado intentarlo. La broma les había perjudicado a todos, y ahora tenían que afrontar la tarea de escribir cada uno seis carillas sobre el tema de «los estereotipos raciales» y depositarlas en el casillero del señor Fletcher a las nueve de la mañana del día siguiente: algo especialmente humillante para Benjamin, que era famoso porque nunca le castigaban por nada. En cuanto al propio Harding, como no podía ser de otro modo, tendría que presentarse en el colegio el sábado por la mañana. Allí estaba, esperando en la parada de enfrente (Harding vivía al norte de Birmingham, en Sutton Coldfield), rodeado de admiradores y llevando aún las marcas de guerra de su aventura, porque, a pesar de que se hubiera restregado concienzudamente la cara, aún conservaba un residuo espectral de azul ultramar. Al menos la mitad de su público era femenino, observó Benjamin. El King William's School para chicas también estaba en esa zona como su contrapartida masculina, y aunque había muy poco contacto oficial entre los dos colegios (hasta sexto curso como mínimo), en los autobuses de vuelta a casa se daba una confraternización nerviosa y embelesada, y a Harding no le faltaban admiradoras. Parecía alegremente orgulloso, retozando al calor de su creciente notoriedad.

Benjamin y sus amigos le tenían una envidia que se morían. Las chicas de la cola del autobús sólo charlaban entre ellas, lanzando quizá una mirada divertida de cuando en cuando en su dirección, pero, por lo demás, indiferentes hasta la hostilidad. Lois,

claro, ni habría soñado con hablar con su hermano en esas ocasiones, a pesar de que sólo estuvieran a unos metros de distancia. El cariño no exento de tensión que se profesaban en casa se convertía en un azoramiento horrible cada vez que sus compañeros andaban cerca. Ya les bastaba con ser conocidos como «los Rotters»,^[4] un epíteto inventado cuando alguien se había dado cuenta de que se podían pronunciar sus nombres como «Bent Rotter» y «Lowest Rotter».^[5] Pero lo peor era que Benjamin aún tenía que usar uniforme, mientras que Lois, como estudiante de los últimos cursos del régimen más liberal del colegio de chicas, podía ir vestida como le diera la gana. (Ese día llevaba un largo abrigo azul de algodón con un tupido cuello de piel blanca, sobre un jersey acrílico de canalé con cuello cisne y pantalones de dril bordados.) En cierta forma, aquello suponía otra barrera, la más sólida de todas, de manera que el contacto normal estaba fuera de lugar hasta que se adentraban en la intimidad impenetrable de la hora del té familiar.

—Vais a tener una noche muy ocupada, ¿eh, chavales? —dijo a sus espaldas una voz pastosa y prematuramente ronca. Se volvieron para ver a su viejo enemigo, Culpepper: capitán del equipo juvenil de rugby, capitán del equipo juvenil de cricket, aspirante a campeón de atletismo y viejo objeto de mofa. Como de costumbre, llevaba sus libros y su equipo de gimnasia en la misma abultada bolsa de deportes, de la que sobresalía el mango de su raqueta de squash como un pene en erección permanente—. Seis carillas por cabeza, ¿no es eso? Os vais a quedar sin pestañas.

—Que te den por culo, Culpepper —dijo Anderton.

—Ah —exclamó, fingiendo admiración—. Qué gracioso. Qué réplica más brillante...

—Sólo ha sido una broma —dijo Benjamin. Y señaló—: Por cierto que tú también te reías.

—Pero vosotros tenéis toda la culpa —dijo Culpepper, sonándose la nariz y descubriendo así, aunque tampoco les asombrara demasiado, que hasta sus pañuelos llevaban una tirita de tela con su nombre—. Fletcher es un viejo liberal la mar de blandengue. Nunca dejaría que alguien interpretase a un negrito.

—No deberías usar esa palabra —dijo Chase—. Lo sabes de sobra.

—¿Cuál? ¿Negro? —dijo Culpepper, disfrutando del efecto que esas dos sílabas producían en ellos—. ¿Y por qué no? Hasta viene en el libro de Harper Lee.

—Es distinto.

—Vale. Pues entonces mandinga, buluba, zulú. —Al no conseguir provocarles, añadió—: Es un libro asqueroso, de todas formas. No sé por qué tenemos que leerlo. No me lo creo nada. Es pura propaganda.

—Ni tú ni lo que tú pienses le interesa a nadie —dijo Anderton, y para demostrarlo se apartaron de él, apretándose para formar un grupo más cerrado. La conversación derivó, como siempre, hacia la música. Anderton se gastaba casi toda su paga semanal en discos y acababa de comprarse *Stranded* de Roxy Music. Trataba de convencer a Chase para prestárselo, insistiendo en que dejaba a la altura del betún a

sus malditos álbumes de Genesis. Benjamin escuchaba, pero sin muchas ganas. Los dos grupos lo dejaban frío; igual que las cintas de Eric Clapton que sus padres le habían regalado en su cumpleaños. Empezaba a pasar del rock para buscar algo nuevo... Y, además, estaba sucediendo algo en la parada de autobús de la acera de enfrente que distraía su atención. Por lo visto, Harding estaba hablando (era increíble pero cierto: hablando realmente) con Cicely Boyd, la esbelta diosa que dirigía el Club de Teatro de las pequeñas del colegio femenino. ¿Cómo era posible? Su frialdad era legendaria, y sin embargo allí estaba, contemplándolo con los ojos y la boca muy abiertos, mientras él reproducía para ella los momentos estelares de su última travesura. Ben se quedó mirando, aún más asombrado, cuando ella se humedeció un dedo y le frotó la mejilla, intentando borrarle los restos de tinta.

—Mirad eso —dijo, dándoles un codazo a sus amigos y señalando enfrente.

La disputa musical se terminó de golpe.

—¡La madre que lo parió!

—¡Me cago en sus muertos!

Hasta Anderton, cuya política sexual era un tanto más sofisticada que la de los demás, se quedó sin palabras ante el espectáculo de Harding dando en aquel blanco como si tal cosa. Parecía que no podían hacer otra cosa más que quedarse mirando como papanatas, hasta que al poco rato llegó el 62, y con toda una serie de ansiosas miradas por encima del hombro se apiñaron en la parte delantera del piso de arriba.

—Menuda jeta, ¿no? —dijo Chase, mientras el autobús volvía a ponerse en movimiento y retumbaba con el estruendo de la cháchara de los colegiales—. Fue idea suya. Y ahora nosotros tenemos que fastidiarnos y él se lleva toda la gloria.

—Fue una idea de mierda, de todas maneras —dijo Anderton—. Ya lo dije antes. Nunca me escucháis, tíos. Sólo hay una persona a la que le podrían haberle dejado interpretar ese papel. A Richards.

—Pero no está en nuestra clase.

—Exactamente. Por eso debíamos haber pasado de todo.

Richards era el único alumno negro de su curso, el único de todo el colegio, en realidad. Un afrocaribeño alto, fibroso y en cierta forma melancólico que vivía en las afueras de Handsworth y acababa de llegar al King William's; había entrado en tercer curso y estaba en la clase D intermedia. Solamente Anderton, por cierto, lo llamaba Richards. Los otros noventa y cinco niños de su curso lo llamaban «Rastus».^[6]

—Pero nos pasamos cuatro horas ensayando esa escena —protestó Chase—, y ni siquiera hemos llegado a representarla.

—Así es la vida.

El autobús se había abierto camino a través del tráfico de Selly Oak y ahora circulaba por el carril más rápido y frondoso de Bristol Road South. La parada de Chase era la primera, justo antes de Northfield, pero sucedió una cosa extraña cuando se levantó para bajarse. La chica que iba sentada detrás de ellos (una chica a la que habían visto muchas veces pero en la que nunca se habían fijado) lo siguió por la

escalerilla, y justo antes de desaparecer de su vista le echó, sin la menor duda, una mirada a Benjamin. Fue una mirada elocuente: de soslayo, subrepticia, pero al mismo tiempo no fue un rápido vistazo. Sus ojos, escrutadores tras un despeinado flequillo moreno, se detuvieron en Benjamin dos o tres segundos, casi tasándolo, y sus labios carnosos esbozaron claramente una sonrisa. A la vuelta de un par de años, Benjamin tal vez se habría dado cuenta de que se trataba de una sonrisa de coquetería. Pero en ese momento simplemente lo dejó pasmado, poniendo en movimiento todo un entramado de sensaciones diferentes que tuvieron el efecto de dejarlo irremediabilmente helado. Antes de que pudiera responder de alguna manera, la chica había desaparecido.

—¿Quién era ésa? —preguntó.

—Se apellida Newman o algo así. Claire Newman, creo. ¿Por qué? ¿Te gusta?

Benjamin no respondió. En cambio, se quedó mirando con curiosidad por la ventanilla cómo Chase la seguía por St Laurence Road. Iba a un paso anormalmente lento, quizá porque era demasiado tímido como para adelantarla en la acera. A esas alturas resultaba difícil imaginar que un día se harían amigos o incluso que, durante una breve temporada y sin mucho éxito, serían marido y mujer.

La chica se llamaba en efecto Claire Newman, y también tenía una hermana mayor llamada Miriam, que trabajaba de mecanógrafa en la fábrica de la British Leyland de Longbridge.

Cuando Claire llegó a casa aquella tarde, se encontró con que no había nadie, y abrió la puerta empleando una llave escondida en la regadera del porche trasero. Dejó la cartera sobre la mesa de la cocina, sacó unas cuantas crackers de nata de un tarro y las untó con mantequilla y Bovril. Puso las galletas en un plato y subió al piso de arriba. Antes de entrar en el cuarto de su hermana, se detuvo en el descansillo. La casa estaba maravillosamente silenciosa y tranquila. Un buen ambiente para hacer alguna travesura.

Miriam guardaba su diario escondido bajo una cómoda, junto con una camisa masculina morada de nailon, seguramente con algún misterioso valor sentimental, y una buena provisión de píldoras anticonceptivas. Claire había descubierto aquel tesoro hacía dos semanas y ahora estaba totalmente al corriente de la vida privada de su hermana, que últimamente se había vuelto muy interesante. Cogió el diario, dejó el plato de galletas en el suelo y se sentó al lado con las piernas cruzadas. Impaciente, pasó rápidamente las hojas hasta la última página, lamiéndose el Bovril de los dedos mientras tanto.

Clavó la vista en la entrada más reciente, que resultó ser bastante decepcionante. No había progresos: el *amour* en curso de Miriam seguía desarrollándose en el terreno de la fantasía. Pero por lo menos los detalles empezaban a ser más llamativos.

20 de noviembre

Anoche fui a otra reunión del Comité del Fondo de Beneficencia. La gente de siempre (incluido Vile Victor). Esta vez el señor Anderton no presidía la reunión, sino que estaba sentado enfrente de mí. Yo me encargué de levantar acta también como siempre. No dejó de mirarme, igual que antes, y yo le devolví la mirada. No podía estar más claro lo que estaba pensando. Me sorprende que nadie notara nada. Supongo que es bastante mayor, pero tan atractivo que no me podía concentrar nada y me debí de perder la mitad de lo que se dijo. Me encantaría follar con él y sé que a él también le apetece. Me pasé casi toda la noche pensando en las posturas en las que podríamos follar y cómo sería la cosa. Tendría que ser en la fábrica, hay un montón de sitios como las duchas donde los hombres se lavan después de su turno. Me lo imagino llevándome hasta allí y levantándome la falda y comiéndome el coño hasta que me corra. Tengo que conseguir hablar con él y hacer que me posea, no creo que sea muy difícil, lo desea tanto como yo por lo menos. No creo que yo sea la primera pero da igual. Tiene que ser pronto o me voy a volver loca de tanto fantasear con él.

Se oyó un portazo en la cocina. Claire metió otra vez el diario en su escondrijo y se puso de pie como pudo. Seguramente sería su madre, de vuelta del despacho del abogado para el que trabajaba. Se habría parado en el supermercado de camino a casa. Necesitaría que la ayudasen a colocar las cosas.

Primavera

Algunas semanas después, un miércoles por la tarde, el 13 de febrero de 1974, todo estaba tranquilo en la fábrica de Longbridge. La Bristol Road, normalmente orlada de coches aparcados a esa hora del día, se encontraba casi vacía. Irene Anderton saboreaba esa extraña tranquilidad mientras regresaba de hacer la compra, la cesta de verduras pesándole en el brazo. Cambiándola de mano, saludó al grupo de hombres que formaba el piquete de huelguistas a la entrada del ala sur, y algunos le devolvieron el saludo cuando la reconocieron. Una llama de orgullo resplandeció en su interior. Su marido era importante para aquellos hombres; para ellos era un héroe. Si no fuese por él estarían perdidos, sin nadie que los guiara. Fue subiendo la colina hacia la terminal del 62, pasadas las hileras de casas prefabricadas. Era un largo paseo, pero a veces no le apetecía coger el autobús, y hoy resultaba más agradable que de costumbre, con aquel silencio campando por sus respetos en toda la zona. No te dabas cuenta del ruido que hacía la cadena de montaje, vibrando todo el día tras las verjas de la fábrica (te acostumbrabas, no lo notabas), hasta que se detenía.

Entró un momento en el quiosco a comprar el *Evening Mail*, y lo hojeó rápidamente en un banco de Cofton Park antes de coger el atajo hasta casa. No se entretuvo; ya estaba oscureciendo y empezaba a hacer frío. Había sido un invierno muy duro. Mencionaban a Bill, pero no venía ninguna foto, que seguramente sería lo que él quisiera.

Cuando llegó a casa, estaba sentado a la mesa del comedor, con papeles esparcidos por todas partes. Estaba muy ocupado, como siempre. Ésa era una de las cosas que más detestaba de los periódicos: siempre que había una huelga, parecían dejar entrever que los obreros se largaban pitando al pub o se quedaban sentados en casa viendo las carreras. Nunca había visto a Bill hacer semejante cosa. Como presidente del Comité de Trabajadores mantenía una pelea constante con el papeleo. No conseguía quitárselo de encima. No se acostaba hasta bien entrada la noche, a veces hasta dos o tres veces a la semana, y siempre se quedaba hasta tarde en las reuniones. Ella no creía que la mayoría de los jefes trabajasen tanto ni por asomo. No tenían ni idea de cómo era la cosa. Ciertamente él ya no trabajaba mucho en la fábrica, pero nadie podía envidiarlo por eso. Ahora tenía muchas responsabilidades; responsabilidades muy serias. No era de extrañar que empezaran a salirle canas, aunque sólo unas pocas, en las sienes.

Pero seguía siendo un hombre guapo. No estaba mal para rondar los cuarenta.

—¿Te apetece una taza de té, cariño? —le dijo al tiempo que le besaba en la frente.

Él se recostó en la silla, se estiró y soltó su estilográfica.

—Me vendría estupendamente. —Luego, señalando la correspondencia sin leer —: Dios mío, nunca se acaba.

—Tú puedes —dijo ella, segura de sí misma, apoyándolo como siempre—. ¿Ya ha vuelto Duggie?

Bill hizo una mueca: frunció el ceño pero con cierta indulgencia.

—Hará un cuarto de hora. Subió directamente. Ha ido otra vez a esa tienda de discos. Trató de que no me diera cuenta, pero he visto la bolsa.

Justo en ese momento, un redoble de tambor empezó a retumbar a través de las tablas del suelo desde el dormitorio de Doug. Reggae, aunque ni Bill ni Irene habrían sido capaces de identificarlo. Bob Marley, en concreto.

—Le diré que la baje. No puedes trabajar con este ruido.

Desapareciendo escaleras arriba con ese cometido, dejó a Bill contemplando la carta que había escondido culpablemente antes de que ella llegara. Algo innecesario, en realidad, debido no tanto a su contenido como al sentimiento general de culpa que con tanta facilidad lo embargaba últimamente siempre que se mencionaba a Miriam, o siempre que pensaba en ella. Mal asunto, se lo mirara por donde se lo mirara. Y aun así: la sorpresa de aquel cuerpo tan flexible..., aquellos preciosos pechos ofrecidos con tanta ansiedad... Y ella hacía la número... ¿nueve, quizá? ¿O diez? Un récord tremendo tras dieciocho años de matrimonio. La mayoría conocidas de la fábrica, de la asociación de mecanógrafas, del taller de costura; la pelirroja aquella de la cantina, Dios sabía qué habría sido de ella... Y luego estaba aquel viaje a Italia hacía dos años, la semana en la fábrica de la Fiat en Turín que habían conseguido por la cara gracias a asociarse a la WEA,^[7] y la chica que conoció en el bar del hotel. Paola se llamaba, un encanto... Pero había algo diferente en esto de Miriam, una cuestión de intensidad que lo hacía mejor y peor que todos aquellos líos más breves. De alguna manera, le daba miedo. De una manera de la que todavía no era muy consciente.

Volvió a leer la carta, con el mismo fastidio reconcentrado.

Querido compañero Anderton:

Te escribo para quejarme del trabajo de la señorita Newman en calidad de secretaria del Comité de Beneficencia.

La señorita Newman no es una buena secretaria. No cumple con sus deberes.

A la señorita Newman le falta concentración.

En las reuniones del Comité de Beneficencia se la ve distraída. A veces pienso que tiene otras cosas en mente distintas a sus deberes como secretaria. Prefiero no decir qué cosas podrían ser ésas.

He hecho muchos comentarios importantes, así como muchas observaciones, que no constan en las actas del Comité de Beneficencia debido a la señorita Newman. Lo mismo es aplicable a otros miembros del comité, pero especialmente a mí. Creo que está desempeñando su labor con una ineficacia total.

Te ruego que te encargues de este asunto lo antes posible, compañero Anderton, y personalmente te sugiero que destituyas a la señorita Newman de su puesto de secretaria del Comité de Beneficencia sin más dilación. Si debe continuar en la Asociación de Mecanógrafas

de Diseño es, por supuesto, decisión de la empresa. Pero creo que tampoco es una buena mecanógrafa.

Fraternalmente,

Victor Gibbs.

Bill se secó la frente y bostezó: algo que en él solía indicar tensión más que fatiga. Era lo que le faltaba. No necesitaba a aquel entrometido haciéndole la vida aún más difícil con sus insinuaciones y sus venenosas indirectas. ¿Qué había hecho Miriam? ¿Qué habían hecho los dos para despertar aquellas sospechas? Sin duda intercambiar una sonrisa demasiadas veces, sostener una de aquellas miradas una fracción de segundo de más. Con eso bastaba. Pero era interesante que fuese Gibbs, precisamente, el que lo había notado.

El Comité de Beneficencia incluía miembros de todas las secciones de la fábrica, que se reunían para canalizar un pequeño porcentaje de los fondos de sus sindicatos hacia causas locales que mereciesen la pena, sobre todo escuelas y hospitales; y Victor Gibbs era su tesorero. Se trataba de un empleado del departamento administrativo, un oficinista, así que su empalagoso uso de «compañero Anderton» y «fraternalmente» era algo más que pura afectación y rayaba lo ofensivo, a juicio de Bill. Procedía del sur de Yorkshire; era desabrido y antipático; y aún más importante que cualquiera de esas dos cosas, malversaba fondos. A esas alturas, Bill estaba casi seguro. No cabía otra explicación para aquel misterioso cheque que el banco le había devuelto hacía tres meses, y que no recordaba haber firmado. Habían falsificado su firma; bastante bien, eso sí. Desde entonces Bill se había acercado de cuando en cuando al banco para examinar los cheques del comité, y descubierto tres más extendidos al mismo portador: uno con la firma del presidente, y dos con la de Miriam. De nuevo, las falsificaciones eran buenas, pero el delito en sí mismo bastante burdo. Le hacía preguntarse de qué forma esperaba Gibbs salir impune. Se alegraba, en cualquier caso, de haberse dejado llevar por su instinto, que le había aconsejado no decir nada en un principio, tomarse su tiempo y aguardar a que se acumulasen las pruebas. Eso le ponía en una situación ventajosa. Si Gibbs tenía intención de dar la lata con lo de Miriam, Bill haría oídos sordos. Su propia malicia se volvería contra él, y con intereses añadidos.

Bill archivó la carta cuidadosamente entre sus papeles. No la dignificaría con su respuesta, pero tampoco la destruiría. Ya tendría alguna utilidad, de eso estaba seguro. Además, para él era una cuestión de principios no destruir ningún documento. Estaba creando un archivo, un registro de la lucha de clases en el que cualquier detalle era importante, y que futuras generaciones de estudiantes le agradecerían. Ya tenía en mente donárselo a la biblioteca de la universidad.

La música del primer piso sonaba más baja. Oía discutir a Irene y a Doug; nada de particular, no uno de sus enfrentamientos llenos de insultos, sólo una riña en plan irónico. No pasaba nada. Se llevaban bien esos dos. La familia estaba a salvo por el momento. Pero no gracias a él, la verdad.

Los siguientes papeles del montón eran dos cosas relacionadas: un pedazo de papel que había encontrado la semana anterior, clavado en el tablón de anuncios de la cantina de los obreros, y un panfleto mal impreso que había circulado últimamente entre los miembros del sindicato.

La nota decía:

LOS HIJOS DE PUTA DEL IRA MATARON AYER A 12 PERSONAS EN UN AUTOBÚS DE MANCHESTER NEGAROS A TRABAJAR CON ESOS ASESINOS IRLANDESES HIJOS DE PUTA

El panfleto era la última efusión de algo llamado «La Asociación del Pueblo Británico», una rama ultraderechista, más estrafalaria y menos organizada que el Frente Nacional. A Bill su propaganda le parecía patética, y habría estado tentado de tirarlo a la papelera si no le hubiera echado un segundo vistazo. Pero corrían rumores de que esa gente estaba detrás de un ataque reciente en Moseley a dos adolescentes asiáticos, a los que habían encontrado medio muertos a golpes en la entrada de una tienda de patatas fritas, y no quería que nada parecido se extendiese por la fábrica. Había mucho caldo de cultivo para la violencia en un lugar de trabajo tan grande. Toda esa clase de cosas podían pasar inadvertidas.

De mala gana, les echó una ojeada a las líneas iniciales.

¡Trabajadores de Inglaterra! ¡Uníos y despertad!

Vuestro trabajo corre peligro. Vuestro hogar y vuestro sustento corren peligro.

Vuestra forma de vida está amenazada como nunca.

Ni Heath ni Wilson ni Thorpe tienen voluntad de parar la marea de inmigración de color en este país. Son todos esclavos de la manera de pensar del establishment liberal. Esta gente no sólo tolera a los negros, cree que son realmente superiores a los auténticos ingleses. Quieren abrir de par en par las puertas de este país a los negros, y les importan un pito los empleos y los hogares de los ingleses blancos que inevitablemente se perderán como consecuencia.

*Mirad a vuestro alrededor en vuestro lugar de trabajo y os daréis cuenta de que el número de trabajadores negros se ha multiplicado por diez. Se os dice que trabajéis a su lado, pero fijaos que se os **DICE**, no se os **PREGUNTA**.*

*Si también os ha pasado esto, quizá os interese saber las siguientes **BASES** científicas:*

1. Los negros no son tan inteligentes como los blancos. Su cerebro no está tan bien desarrollado genéticamente. Por lo tanto, ¿cómo pueden realizar el mismo trabajo?

2. Los negros son más perezosos que los blancos. Preguntaos por qué el Imperio Británico conquistó a los africanos y a los indios y no fue al revés. Porque la raza blanca es más trabajadora y más inteligente. Eso es un **HECHO** histórico.

3. Los negros no son tan limpios. Y aun así se os pide que compartáis vuestro lugar de trabajo, tal vez que comáis en la misma cantina, o quizá incluso que uséis el mismo retrete. ¿Cuáles serán las consecuencias en términos de salud y de propagación de enfermedades? Se necesita más investigación científica.

Bill no se molestó en seguir leyendo. Ya empleaba demasiado tiempo en

organizar conferencias y reuniones para contrarrestar esa clase de tonterías, asegurándose de que el sindicato sacaba sus propios panfletos antirracistas, la mayoría de los cuales había tenido que acabar escribiéndolos él (y no se le daba nada bien escribir). Ese día, al repasarlos juntos, el mensaje garrapateado y aquel panfleto asqueroso sirvieron para deprimirlo profundamente. A los trabajadores les era tan fácil, tan estúpidamente fácil, encontrar razones para odiarse los unos a los otros cuando deberían unirse contra el enemigo común, y hacer que todo aquel esfuerzo no significara nada...

A aliviar estos tristes pensamientos (oscurecidos aún más por las nubes teñidas de culpa que habían congregado sus reflexiones sobre Miriam) no contribuyó mucho lo que vio en la tele poco rato después. Irene le había llevado su té, fuerte y azucarado, y se pusieron a ver juntos «Midlands Today», sentados el uno al lado del otro en el sofá, la mano de ella descansando cariñosamente sobre la rodilla de él. (Ella insistía en esos gestos, sin importarle, o a lo mejor no lo notaba, que él nunca se los devolviera.) La huelga de Longbridge fue la tercera noticia del programa.

—Entonces ¿ha aparecido por allí la gente de la tele? —dijo Irene—. ¿Han hablado contigo? ¿Vas a salir?

—No, ya se habían ido todos cuando yo me fui. Supongo que no se molestarían en...

Se interrumpió, y de repente estaba maldiciendo la pantalla del televisor, furioso ante el espectáculo de Roy Slater (¡sí, el hijoputa de Slater!) dirigiéndose a un reportero, con un micrófono delante de la cara. ¿Cómo se las había arreglado para ponerse ante las cámaras antes que nadie? ¿Y qué le daba derecho a empezar a largar sobre el conflicto antes de que hubieran tenido siquiera la oportunidad de acordar la línea oficial a seguir?

—La dirección está volviéndolo a hacer —decía Slater, con aquella voz áspera y hueca suya—. Cada vez que se retractan de sus promesas, recortan la paga de los trabajadores. Y eso no se puede consentir. Es...

—¡No tiene nada que ver con la paga, imbécil! —gritó Bill, cortando el resto de la respuesta de Slater—. ¡La huelga no es por el salario!

—¿Por qué es entonces? —dijo Doug, que había aparecido en el umbral del cuarto de estar, atraído por el sonido del televisor.

—¡El muy... ignorante! —Por un momento Bill no pudo hablar de pura rabia—. Es por lo que está bien y lo que está mal —explicó luego, aparentemente a su hijo, aunque uno habría pensado más bien a una audiencia imaginaria de telespectadores—. Han estado recortando la paga de los trabajadores por el tiempo que pierden lavándose en la última media hora de su turno. Es por el derecho a... la limpieza y la higiene.

—... Lleve el tiempo que lleve —insistía Slater en la pantalla—. Queremos ese dinero. Tenemos derecho a él. Vamos a conseguir...

—¡Que no es por el puñetero dinero! —gritó Bill, pasándose frenéticamente la

mano por el pelo raleante de encima de la frente—. Si ni siquiera convocaste a esta huelga, Slater. No sabes nada de ella. No tienes ni puñetera idea de qué estás hablando.

—¿Es el que fue tan grosero conmigo —aventuró Irene— en el club aquella vez? ¿Cuando tú estabas pidiendo las bebidas?

—Es grosero con todo el mundo. Tiene un trabajo asqueroso. Y no tiene ningún *derecho*, ninguno en absoluto, a salir en televisión y empezar a... —Sonó el teléfono, estridente y exaltado. Bill apenas dejó que sonara antes de levantarse a cogerlo—. Ya empezamos. Será Kevin. Lo habrá visto. Va a poner el grito en el cielo. —Agarró el auricular y le espetó—: Diga.

No era Kevin. Era Miriam.

—Hola, Bill. ¿Es buena hora para llamarte?

Aún seguía conservando, de vez en cuando, la capacidad para sorprenderse a sí mismo: sólo le llevó un par de segundos recobrar y controlar la situación.

—Ah, hola, Kev. Sí, lo he visto. ¿Qué..., qué te ha parecido entonces? ¿Qué crees que deberíamos hacer?

También Miriam estaba acostumbrada a ese tipo de subterfugios.

—Oye, Bill, te llamaba para preguntarte si te vendría bien mañana por la noche.

—Siempre... —le echó un vistazo a su mujer, cuya atención se centraba en el televisor—... siempre es difícil, ¿no? Siempre es un poco problemático.

—Pero Bill, *cariño*... —¿Era una palabra calculada, o le había salido espontáneamente? Seguro que sabía el efecto que produciría en él—... Es San Valentín.

—Sí, ya lo sé. Lo sé de sobra. Pero...

—Y tengo la casa para mí sola. Toda la noche.

Bill se quedó callado un momento.

—Claire va a no sé qué discoteca, ¿entiendes? Y es la noche..., la noche de la reunión de padres y profesores del King William's. Mamá y papá tienen que salir.

Y yo también, imbécil, dijo Bill para sí. ¿No se te había ocurrido? Yo también tengo que ir. Aun así, y al mismo tiempo, un panorama celestial se abrió ante él. Una hora a solas con Miriam; tal vez dos. Intimidad. *Una cama*. Nunca habían hecho el amor en una cama. Hasta el momento siempre había sido con prisas, malamente, en algún rincón de la fábrica, con la amenaza perpetua de que alguien les interrumpiera, sin posibilidad de hacerlo como era debido, de tomarse su tiempo, de desnudarse. Y así podrían desnudarse. Podría verla desnuda. Una hora entera; tal vez dos.

Pero era la noche de la reunión de padres y profesores. Irene esperaba que fuera. Tenía derecho a esperarlo. Y se lo debía a Doug.

—¿No se te ocurre otra alternativa, Kev? —dijo en voz alta al teléfono—. De todas las noches que podrías haber elegido, ésa es la peor.

—Por favor, Bill, intenta arreglarlo. *Por favor*. Imagínatelo...

—Bueno, vale, vale —la interrumpió, no queriendo oír sus súplicas. Ya se lo

imaginaba perfectamente sin necesidad de echar más leña al fuego. Suspiró hondamente—. Bueno, si tiene que ser así..., pues tendrá que ser así. —Oyó el alivio que sintió ella al otro extremo de la línea. Una emoción tomó cuerpo en su interior: orgullo, o satisfacción. Un sentimiento de ternura; casi tenía algo de paternal—. ¿A qué hora vas a convocar la reunión entonces?

—A las siete y media. ¿Te viene bien?

Un último suspiro, lleno de fatiga y resignación.

—Vale, Kev. Allí estaré. Solucionaremos este asunto de una vez por todas. Pero, después de esto, me debes una, ¿vale? Lo digo en serio.

—Chao, Billy —dijo Miriam, empleando aquel apelativo cariñoso que nunca le habría tolerado a Irene.

—Hasta mañana —dijo Bill y colgó el auricular.

Tomaron el té los tres juntos, con salchichas, judías y patatas fritas, y hasta que Doug no se fue arriba a hacer los deberes y a escuchar otra vez su nuevo disco, Irene no sacó el tema.

—Por lo visto, no vas a venir conmigo mañana por la noche, ¿no?

Bill extendió las manos en un gesto de disculpa.

—Hay que solucionar esto, cariño. Mañana por la mañana la dirección nos pondrá una propuesta sobre la mesa. Tenemos que reunirnos para discutirla, y también tenemos que decidir qué vamos a hacer con Slater. Abrirle un expediente o algo... — Se limpió la boca con un trozo de papel de cocina—. Es una putada, ya lo sé, ¿pero qué puedo hacer? —En voz más baja, como para sí mismo, repitió—: ¿Qué puedo hacer?

Irene se quedó mirándolo un momento, con un brillo cálido pero extrañamente inescrutable en los ojos. Se levantó y lo besó dulcemente en lo alto de la cabeza.

—Eres un esclavo de la causa, Bill —murmuró, y corrió las cortinas tapando aquella noche cada vez más oscura.

La mañana siguiente a la reunión de padres y profesores, Chase entró en clase, tiró la cartera a un lado del pupitre, se acercó a la ventana donde estaba sentado Benjamin y anunció dramáticamente:

—Voy a ir a cenar a tu casa.

Benjamin levantó la vista de su libro de verbos en francés (tenía un examen ese día) y dijo:

—¿Qué dices?

—Que mis padres van a cenar a tu casa —dijo Chase, satisfecho de sí mismo—, y yo voy a ir también.

—¿Cuándo?

—El sábado que viene. ¿No te lo han dicho?

Benjamin se indignó en silencio porque no le hubieran pedido su opinión, y ni siquiera le hubiesen informado de aquella invitación tan asombrosa. Interrogó a su madre al respecto aquella noche en cuanto llegó a casa, y averiguó que todo se había dispuesto la noche anterior, en el King William's, donde los padres de Chase y los suyos habían coincidido por primera vez.

Casualmente, Benjamin había puesto grandes esperanzas en aquella reunión de padres y profesores en concreto. No porque esperase recibir unos informes deslumbrantes de sus maestros, sino porque significaba que sus padres estarían fuera casi toda la noche, y había muchas posibilidades de que Benjamin tuviera el cuarto de estar (y lo que era más importante, la televisión) para él solo gran parte del tiempo. Era un golpe de suerte increíble, porque esa noche a las nueve en la BBC 2 ponían una película hecha en Francia y anunciada como una «historia de amor tierna y erótica», en la que muy probablemente habría algunos desnudos. Benjamin apenas podía creer en su buena suerte. A fuerza de algún argumento bien razonado y de persuasión (respaldados, como siempre, por la amenaza de una agresión física), a Paul se le podía mandar fácilmente a la cama a las ocho y media como tarde. Sus padres no volverían hasta las diez de la noche. Eso le daba de margen una hora entera en la que alguna (seguro que una por lo menos) de las tres preciosas y jóvenes actrices que salían en aquel «intenso, provocativo y revelador estudio del *amour fou*» (según Philip Jenkinson en *Radio Times*) tendrían oportunidad de desnudarse ante la cámara. Era demasiado bueno para ser cierto.

¿Y Lois? Lois iba a estar fuera. Lois iba a hacer lo que hacía todos los martes, jueves y sábados por la noche. Iba a salir con el Chaval Melenudo.

Llevaban saliendo casi tres meses seguidos. Se llamaba Malcolm, y aunque Lois rara vez le había permitido traspasar el umbral del hogar de los Trotter, su madre lo había visto lo suficiente como para hacerse una impresión definida, y lo encontraba tímido, cortés y atractivo. La longitud de su pelo denso y negro como el vinilo era

siempre bastante decente, llevaba la barba bien recortada, y su guardarropa no constaba de nada más estrafalario que una chaqueta de pana de color teja combinada con una camisa de cambray tostada y unos vaqueros acampanados. La llamaba «señora Trotter» y sus intenciones para con su hija parecían absolutamente honorables. Por lo que ella sabía (y por lo que sabía Benjamin), las salidas de su hija con Malcolm no iban más allá que unas cuantas horas en Los Cañones de la Escopeta o La Rosa y la Corona, enzarzados en una conversación llena de humo sobre jarras de cerveza de barril y cortos de cerveza con limonada. Muy de cuando en cuando, hacían una excepción y asistían a algún acontecimiento musical que Malcolm calificaba (sin que nadie entendiera nada al principio) de «sesiones», y que a veces evocaban, en la mente preocupada de Sheila, imágenes de adolescentes fumados girando al compás del golpeteo de guitarristas y baterías hirsutos en un ambiente cargado de abandono sexual. Pero parecía que la hija volvía en buen estado de aquellas orgías imaginarias, y sin señal de deterioro.

El repique cantarín del timbre de la puerta anunció la llegada de Malcolm poco después de las siete. Lois iba retrasada, retenida en el baño por las misteriosas abluciones que le ocupaban invariablemente los tres cuartos de hora previos a cualquiera de sus salidas, y sus padres también estaban ocupados, acicalándose para su visita al King William's. Así que le tocó a Benjamin entretener al ilusionado pretendiente mientras permanecía bastante incómodo junto a la chimenea del cuarto de estar. Se saludaron mutuamente con la cabeza, y el saludo apagado de Malcolm (¿Qué hay, chaval?) vino acompañado de una sonrisa alentadora. Un buen principio, en resumen. Pero a Benjamin siguió sin ocurrírsele nada que decir.

—¿Quién es el artista? —preguntó Malcolm. Señaló una guitarra con cuerdas de nailon que estaba apoyada contra una de las sillas del comedor. Era de Benjamin, un regalo de cumpleaños; su madre se la había comprado hacía dos años por nueve libras.

—Ah. Yo toco un poquito.

—¿Música clásica?

—Rock, sobre todo —respondió Benjamin. Luego añadió, esperando causar cierta impresión—: Y blues también.

Malcolm se rió entre dientes.

—Pues no te pareces mucho a B. B. King. Serás fan de Clapton...

Benjamin se encogió de hombros.

—No está mal. Al principio me influyó bastante.

—Ya. Lo has superado entonces, ¿no?

Benjamin recordó algo que había leído en *Sounds*, una cita de un esbelto rocker «progre». «Quiero hacer retroceder las fronteras de la canción de tres cuerdas», decía. No sabía por qué de repente confiaba en esta persona, por qué compartía ideas sobre música que normalmente mantenía bajo llave.

—Estoy escribiendo una especie de suite. Una sinfonía rock.

Malcolm volvió a sonreírse, pero dijo sin condescendencia:

—Es el momento ideal. El campo está abierto. —Se sentó en el sofá, las manos agarradas a las rodillas—. Pero tienes razón en lo de Clapton. No tiene ideas propias. Ahora parece que hace versiones de Bob Marley. Eso es pura apropiación cultural, si quieres saber mi opinión. Neocolonialismo en un entorno musical.

Benjamin asintió, tratando de que no se notara su desconcierto.

—¿Estás en un grupo? —preguntó Malcolm.

—Aún no. Me gustaría.

—Si te lo tomas en serio —dijo Malcolm—, podría prestarte algunos discos. Son grabaciones de un material bastante vanguardista. Se acercan tiempos *freakies*.

Benjamin volvió a asentir, más fascinado cuanto menos entendía.

—Sería estupendo —consiguió decir.

—Hay un guitarrista, un tal Fred Frith —continuó Malcolm—, que toca con un grupo llamado Henry Cow. Hace unas cosas increíbles con una *fuzz-box*. Imagínate a The Yardbirds enrollados con Ligeti entre los escombros humeantes del Berlín dividido.

Benjamin, que no tenía ni idea de The Yardbirds, Ligeti, ni tampoco en realidad de los escombros humeantes del Berlín dividido, podría haber pensado perfectamente que aquello ya sobrepasaba su imaginación, pero Lois acudió al rescate.

—Jo, amor —dijo Malcolm, poniéndose en pie de golpe—. Estás alucinante. — Parecía que era capaz de cambiar de registro con cierta facilidad.

Se besaron en la mejilla, y Malcolm dijo:

—Feliz día de San Valentín. —Y le alargó una caja de bombones Cadbury, envuelta en un papel liso y marrón de quiosco. Cuando lo abrió, a Lois se le iluminó la cara, radiante de placer y gratitud. Benjamin, que tendía a observar a su hermana más atentamente de lo que creía, notó su reacción y la compartió, así que por un instante una llama se alzó entre los tres, y Benjamin sintió una repentina e inesperada oleada de simpatía por aquel hombre que podía traer tanta felicidad a su casa. Malcolm y él intercambiaron un esbozo de sonrisa cómplice.

—Acuérdate —dijo Malcolm, mientras ayudaba a Lois con el abrigo—. Henry Cow. Ya te lo traeré la próxima vez.

—Sí —dijo Benjamin—, haz el favor.

Lois los miró a los dos, confusa por un momento. Luego le gritó adiós a Sheila y se fueron.

Benjamin subió al dormitorio de su hermano, con intención de establecer unas cuantas reglas básicas sobre cómo debía desarrollarse su noche juntos, y se encontró a Paul sentado junto a la ventana, mirando su ralo jardín delantero y la calle que se extendía más allá. Desde aquella posición privilegiada vieron a Malcolm y a Lois esperar en la parada del autobús, ella agarrada a las solapas del enorme abrigo de Malcolm, la cara inclinada hacia él, los dos envueltos en un halo de intimidad, aureolados por las farolas color ámbar. Ambos hermanos contemplaron la escena con

la misma concentración: Benjamin, tal vez, porque cristalizaba un ideal de realización romántica que él mismo también empezaba a anhelar; Paul, por razones más prosaicas.

—¿Tú qué crees? —dijo.

Benjamin volvió a la realidad.

—¿Qué?

—¿Lo han hecho o no?

—Que si han hecho qué.

Paul vocalizó despacio, como si le hablara a un niño, o más bien a un hermano un poco retrasado.

—Si ya han copulado.

Benjamin retrocedió horrorizado.

—¡Y a ti qué te importa! —dijo.

—¿Qué dices?

—Que eres un enano asqueroso y perverso, ¿lo sabías? Debería darte vergüenza hablar así de tu hermana.

Paul se rió disimuladamente, encantado.

—Digo lo que me da la gana.

Benjamin se dirigió hacia la puerta. No tenía sentido discutir con aquel monstruito.

—Quiero verte en la cama a las ocho y media —le dijo— o te aplastaré el pito con el rodillo de la cocina.

A la escasa luz de la mesilla de Paul, costaba ver si aquella amenaza lo intimidaba o no.

El salón de actos del King William's, conocido como el Edificio Grande, había sido radicalmente transformado para la ocasión; se habían quitado todos los bancos y colocado una serie de escritorios de madera de haya a la misma distancia unos de otros por todo aquel espacio resonante. Tras ellos, estaban sentados los profesores esperando las preguntas de los ansiosos padres, con una expresión en la cara que iba desde la turbación al desprecio feroz, pasando por una ligera diversión, según su temperamento. En algunos escritorios se formaban largas colas, ya fuera por la supuesta importancia de la materia o por la incapacidad de algunos de los profesores (el señor Fairchild, de lenguas modernas, por ejemplo) para expresar sus opiniones en menos de cinco o diez minutos. Había otros (como el señor Grimshaw, de religión) que no habrían atraído a la gente ni pagando. Las conversaciones eran en voz alta, y el acontecimiento entero parecía estar continuamente al borde de un benigno caos.

Con una lista de nombres bien agarrada, Sheila encabezó la marcha entre los escritorios con Colin, menos decidido, tras ella. Colin miró alrededor a ver si veía a Bill Anderton. Más de la mitad de la fábrica de Longbridge seguía cerrada por culpa

de aquella huelga estúpida, y tenía ganas de reñirle por llamar a sus hombres a la huelga por algo tan trivial. Ya había ensayado unas cuantas frases mordaces con ese fin, aunque en el fondo, y para su desgracia, sabía de sobra que nunca tendría el coraje de pronunciarlas. No venía al caso de todas formas: Bill no aparecía por ninguna parte.

La primera escala de Sheila fue el señor Earle, el jefe del departamento de Música, que se devanó los sesos frenéticamente cuando ella le preguntó por los progresos de su hijo. Le sonaba el apellido Trotter vagamente, pero no acababa de asociarlo a una cara.

—Pero tiene que conocerlo —insistió ella—. Siempre anda a vueltas con la música. Toca la guitarra.

—Ah. —Eso le venía estupendamente—. Bueno, aquí en el King William's, ¿sabe?, no consideramos la guitarra un auténtico instrumento. Un auténtico instrumento clásico, quiero decir.

—Qué absurdo —dijo Sheila. Se fue toda indignada, arrastrando a Colin con ella, y se pusieron a la cola de Miles Plumb, el jefe del departamento de Arte, tras cinco o seis parejas que esperaban para hablar con él—. ¿Qué es eso de que no es «un auténtico instrumento clásico»? Eso es lo que más me fastidia de este colegio: que se dan unos aires...

—Tiene razón —dijo la mujer que estaba delante, volviéndose—. ¿Pues sabe lo que me fastidia a mí? Que no dejen jugar a los chicos al fútbol. Sólo al rugby. —Lo dijo con un énfasis despectivo en la palabra—. Se deben de creer que esto es Eton o algo así.

—Nuestro Philip era un interior derecho de primera, además —añadió su marido—. Se llevó un disgusto tremendo cuando supo que en el colegio no había equipo de fútbol.

—Eres Sheila, ¿verdad? —dijo la mujer, tendiéndole la mano—. Barbara Chase. Tu Ben y mi Philip actuaron juntos el trimestre pasado. En aquel rollo tipo Shakespeare.

Se refería a la representación tremendamente deslucida que había dirigido el señor Fletcher de *El alquimista* de Ben Jonson, y que durante tres días consecutivos antes de Navidad sumió a los respectivos públicos de padres a los que se les caía la baba en una especie de estado catatónico de ojos vidriosos. Sheila había guardado su ejemplar del programa, sin embargo, y lo archivó con cariño junto a los informes escolares de su hijo. Los apellidos Chase y Trotter figuraban al final del reparto: habían interpretado a dos mudos.

Una vez hechas las presentaciones, el grupo de cuatro se dividió rápidamente por sexos. Sam Chase se fijó en que no había nadie esperando para hablar con el profesor de gimnasia, así que él y Colin fueron a discutir con él el espinoso tema del fútbol contra el rugby. Enseguida se entabló una acalorada discusión bastante desagradable. Mientras tanto, Barbara y Sheila aguardaban en la cola a que las atendiera el señor

Plumb. La cola avanzaba despacio. Sheila miró hacia delante e inmediatamente se sintió intrigada por su lenguaje corporal. Dirigía sus comentarios exclusivamente a las madres de los chicos, sin establecer nunca contacto visual con los padres y sin darse apenas por enterado de su existencia. Llevaba una chaqueta de pana de color verde botella con parches de cuero en los codos, sobre una camisa de algodón de cuadritos azules, resaltado todo el conjunto por una llamativa corbata bermellón con lunares verdosos. Una especie de bigote le colgaba lánguidamente a ambos lados de la boca, que era fina y oscura, como si estuviera manchada de vino. Cuando hablaba con las mujeres de la cola, clavaba la vista en sus ojos de una manera que las hacía sentirse violentas, obligándolas a sostenerle la mirada. En cuanto a su voz, pronto descubrieron que era aflautada y aguda, casi afeminada.

—Caramba —exclamó cuando llegaron al principio de la cola. Las contemplaba con la intensidad alarmada y fija de un hurón electrizado—. ¿Y a quién tengo *ahora* el placer, el inesperadísimo placer, de dirigirme?

Las dos mujeres se miraron mutuamente un momento y soltaron una risita.

—Bueno, yo soy Barbara, y ésta es mi amiga Sheila.

—Ya veo. —Dirigiéndose entonces a Barbara, dijo bruscamente—: ¿Es pariente de Morales?

—No creo —respondió ella, perpleja.

—¿No conoce *La Virgen y el Niño*?

—No vamos mucho a los pubs —dijo Sheila.

—No me ha entendido. Es un cuadro. Está en El Prado. Se lo digo porque... —ladeando la cabeza ahora para mirar a Barbara más de cerca y poder apreciarla bien— ... el parecido es realmente asombroso. Desde determinado ángulo es usted su viva imagen. Un parecido extraordinario. Verdaderamente... taumatúrgico.

Tras echarle otra mirada nerviosa a su compañera, como buscando confirmación de que aquello estaba sucediendo de verdad, Barbara aventuró:

—Quería preguntarle por mi hijo. Mi hijo Philip. Quería saber qué tal le iba.

—Entonces usted debe ser... —el señor Plumb hizo una pausa, como para paladear el sabor de sus palabras—... la señora Chase. La señora Barbara Chase: cómo se le traba a uno la lengua... ¡Es la emoción de la Chase, ja, ja, ja!^[8] —Siguiendo a aquella nota rayana en la histeria, su tono se volvió serio de repente—. Su hijo, señora, es un chico con un talento extraordinario. De una destreza con el pincel que sólo puede calificarse de prodigiosa. Y una imaginación a la vez grotesca y fantasmagórica. Y, sobre todo y en mi opinión, da señales de un sentido estético absolutamente refinado; de la más profunda sensibilidad a la belleza en sus múltiples formas. De dónde habría sacado esa sensibilidad sin igual, siempre ha sido un misterio para mí. Siempre, quiero decir, hasta esta noche. —Su voz adquirió en ese momento, una especie de trémula perentoriedad que no podía resultar menos que cómica; pero, aun así, Barbara se encontró mirándole fijamente a los ojos, fascinada—. Pero, evidentemente, ahora todo está muy claro. ¿Cómo no iba a responder Philip

a la belleza cuando debe de haberse visto rodeado de ella, en la deslumbrante forma de la señora Barbara Chase, cada día de su corta pero feliz..., ay, qué feliz... vida?

El breve pero incómodo silencio que siguió a este comentario lo rompió Sheila, que preguntó:

—¿Y qué pasa con Benjamin? Benjamin Trotter.

—Tiene aptitudes para el dibujo lineal —dijo el señor Plumb, volviendo de golpe a la realidad—. Y bastante facilidad para las luces y las sombras. Trabaja duro. Es lo único que se puede decir.

Por alguna razón, Barbara tomó conciencia de que había más padres esperando en la cola.

—Supongo que no debemos entretenerle —balbuceó—. Me alegro de que a Philip le vaya tan bien. Me habría gustado hablar un poco más.

—Ya hablaremos —dijo el señor Plumb, con una mirada aún más penetrante y fervorosa—. Ya nos encontraremos en otra ocasión. Estoy absoluta pero absolutamente seguro de eso.

En un momento de delirio, Barbara pensó que iba a besarle la mano. Pero el momento pasó, y ella se alejó rápidamente, volviéndose sin querer tan sólo una vez para echarle otro vistazo mientras él se ponía a hablar con la siguiente madre preocupada.

Sheila pegó un bufido, divertida.

—¡Qué pelotillero! ¿Quién se ha creído que es? ¿Sacha Distel o alguien por el estilo?

Miró a Barbara, a ver si le hacía gracia. Pero su nueva amiga parecía estar en otro mundo, perdida en sus pensamientos.

—¿Os apetece venir a cenar el sábado? —preguntó Sheila, dejándose llevar por un impulso repentino.

—¿A cenar?

—Sí. Acercaos hasta casa. Todos. Seguro que a Ben le gustará. Siempre está hablando de vuestro Philip. ¿Tenéis más hijos?

—No, sólo a Philip. —Barbara tragó saliva; su voz, que había sonado cascada, casi volvía a ser normal—. Me parece estupendo, pero tengo que preguntarle primero a Sam.

Lo encontraron hablando aún con Colin y el señor Warren, el profesor de gimnasia, pero ya no de deporte. De alguna manera habían derivado hacia la política, y se quejaban amargamente de la incompetencia del gobierno de Edward Heath. Meneaban la cabeza ante el escándalo de una nación amenazada por mineros alborotadores encantados con su huelga, ante la vergüenza que suponía que lo que había sido antaño un gran país se viera obligado a unas medidas más propias de la Europa Oriental o del Tercer Mundo: cortes de luz, racionamiento de gasolina, semanas de tres días. Pronto se celebrarían unas elecciones generales, el 28 de febrero, y Sam Chase y el señor Warren ya habían tomado una decisión: Heath

tendría que irse. Había demostrado que no servía para gobernar.

Colin estaba horrorizado.

—¿Vais a votar por Wilson? ¿Vais a dejar volver a los socialistas? Pues entonces no sé por qué no les dais ya a los mineros las llaves de este puñetero país a ver cómo se las apañan con él.

El señor Warren le dijo que, ya puestos, el único tory por el que votaría (el único un poco honrado) era Enoch Powell. Pero a esas alturas Powell se había distanciado públicamente de su partido, en protesta por la entrada de Inglaterra en la CEE, y no se presentaría a las elecciones.

—A ese hombre habría que hacerle caso —dijo el señor Warren con mucho énfasis—. Es un erudito y un visionario.

Sam asintió.

—Y además es de Birmingham.

Media hora después, en el coche de vuelta a casa, Colin Trotter seguía echando pestes en silencio ante aquella nueva prueba de la debilidad terminal del electorado británico. «¡Wilson!», mascullaba de cuando en cuando, mitad para sí mismo, mitad para su mujer, pero ella ni se enteraba. Iba preguntándose por qué Benjamin, un chico bastante listo en su opinión, les impresionaba tan poco a todos sus profesores. El tema la tenía tan absorbida que casi habían llegado a Longbridge cuando se acordó de decirle a Colin:

—Ah, he invitado a los Chase a cenar el sábado.

—Muy bien —dijo él, sin apenas darse cuenta.

Mientras recorrían las últimas calles, se fijó en que las ventanas de las casas grises y somnolientas estaban todas a oscuras.

—Otro corte de luz —dijo, con una voz tranquila y amargada de pura incredulidad—. No me lo puedo creer... Maldita sea, no me lo puedo creer.

Tampoco Benjamin, al que encontraron poco tiempo después leyendo ejemplares atrasados de *Sounds* a la luz de una vela en su dormitorio, mirando a ver si venía algo sobre Henry Cow. La luz se había ido a las nueve menos cuarto, poco después de que hubiera mandado a su hermano a la cama, un cuarto de hora antes de que empezara la película.

La noche de la cena Lois estaba de mal humor. Era la primera vez en muchas semanas que Malcolm no salía con ella un sábado, y aunque no podía ponerle peros a su excusa (se trataba de la despedida de soltero de su mejor amigo), aún se atrevió a poner mala cara y sentirse irracionalmente ofendida. Ahora tendría que pasarse la noche sentada a la mesa del comedor charlando educadamente con dos completos desconocidos, por no mencionar a aquel amigo de su hermano, desgarrado y con aires de matón, que por lo visto no le quitaba la vista de encima.

Y es que Philip se estaba portando, sin duda, de una manera bastante extraña. Lo cierto era que llevaba varias semanas alimentando una cierta pasión por Lois, y el verla aquella noche con un vestido naranja sin mangas que sólo podía ser descrito como escotado le estaba poniendo muy nervioso. Lo habían situado enfrente de ella en la mesa, así que sus pechos ocupaban un espacio importante, blancos y con carne de gallina, en su línea de visión. Sabía que miraba fijamente en esa dirección, con la boca húmeda y entreabierta y una expresión de tonta fascinación en la cara, pero era incapaz de hacer nada por evitarlo. En cuanto a la conversación, sus habilidades al respecto (siempre más limitadas cuando había chicas alrededor) lo habían abandonado esa noche completamente. Era como si se hubiera olvidado de la mayoría de las palabras de la lengua inglesa. Al pedir simplemente que le pasaran el salero ya le había salido una especie de galimatías estúpido, y le horrorizaba la mera idea de intentar otra cosa. Ahora él y Lois se habían sumido en un silencio sepulcral, comparado con el cual, al otro extremo de la mesa, parecía que hasta armaban jaleo. En lo que para él equivalía a un ataque de extravagancia, Colin había comprado no una, sino dos botellas de Blue Nun para acompañar la comida. Si a eso le añadimos que los Chase, por alguna feliz coincidencia, se habían presentado con una botella de litro, nada menos, del mismo vino a modo de regalo, ya tenemos el escenario ideal para unos excesos casi orgiásticos. Todo lo cual era un magro consuelo para Philip, limitado como estaba a la naranjada e incapaz de pensar en un solo comentario comprensible que dirigirle a su compañera de cena, que en ese momento charlaba con bastante soltura con Sam Chase. Esforzándose por captar algunos fragmentos de la conversación, Philip vislumbró por fin una oportunidad de entrar en ella, y le echó todo el valor que pudo.

—¿Cómo se llaman tus peces? —preguntó.

Lois se quedó mirándolo. Aunque nadie había parado de hablar, a Philip le pareció que se cernía sobre ellos un nuevo silencio, aún más frío y mortal que el anterior, y absolutamente irrevocable. Tras lo que parecieron siglos, ella repitió:

—¿Que cómo se llaman mis peces?

Philip le devolvió la mirada y tragó saliva. Había malinterpretado la situación; no había oído bien; en cualquier caso, algo iba tremendamente mal. Al poco rato, Lois

volvió la cara con un gesto despectivo de su cabeza, dejando que él contemplara una vez más la pálida maravilla de sus pechos, esta vez con la absoluta certeza de que nunca estaría más cerca de ellos.

(Típico de él, Paul no perdió ripio del incidente, y más tarde informaría a Philip con una alegría malvada de que la palabra que había confundido con «peces» era en realidad «Colditz»,^[9] puesto que Sam y Lois habían estado hablando de la popular serie de televisión con ese nombre. Esta explicación, cuando llegó a oírla, ya no venía mucho al caso por lo que se refería a Philip. Era evidente que Lois lo consideraba una especie de simplón, y no iban a intercambiar palabra, no sólo el resto de esa noche, sino en realidad durante los veintinueve años siguientes.)

Lois se disculpó y subió a su habitación después de la cena, lo que alivió ligeramente la tensión de Philip. Al final empezó a contagiarse de la animación de los mayores. Sheila y Colin en particular estaban radiantes, enardecidos por el éxito de la cena que, tenían que admitirlo, había sido todo un triunfo gastronómico. Tras unos aperitivos de encurtidos, queso y rodajas de cebolla, servidos en *tupperwares*, habían pasado a un entrante de rajas de melón adornadas con guindas y generosamente regadas con Blue Nun. A eso le siguió un solomillo (cada ración chamuscada con un cálculo exquisito, pero no hasta el punto de resultar irreconocible) servido con patatas fritas, champiñones, ensalada y abundante salsa, mientras el Blue Nun, ni que decir tiene, seguía corriendo como un torrente más propio de una bacanal. Al final, grandes porciones de Selva Negra, bañadas sin reparar en gastos en una nata espesa, fueron servidas ante los vientres hinchados y los ojos vidriosos de los satisfechos comensales, y el Blue Nun comenzó a correr más deprisa y más libremente aún que antes, si es que eso era posible. Se cambiaron de sitio, de modo que Sam y Colin se pusieron juntos, y enseguida empezaron a reforzar su vino con lo que indudablemente constituía la especialidad alcohólica del hogar de los Trotter: la cerveza ligera hecha en casa, que él elaboraba en un barrilete de plástico de veinticinco litros en una alacena debajo de las escaleras, con un kit de Boots the Chemist. La cosa le salía, como siempre estaba dispuesto a señalar, por un poco menos de dos peniques la jarra: un precio asombroso para una bebida que apenas se diferenciaba de las cervezas elaboradas comercialmente, a no ser porque ésta tendía a salir del barril con un aspecto turbio y verde, una espuma que ocupaba al menos las dos terceras partes de la jarra y un poso que parecía aceite refrito. Cebados con un par de vasos de aquel brebaje letal, los dos hombres se pusieron a discutir sobre el problema de Irlanda, repartiendo su desprecio a partes iguales entre el debilucho ministro de Irlanda del Norte, Francis Pym, y los «putos asesinos católicos» que habían provocado en un principio todo el conflicto. Sus voces comenzaron a adquirir un tono vengativo y exasperado. Con toda naturalidad, las mujeres hicieron caso omiso de la discusión. Tenían cosas más urgentes y personales de las que hablar.

—¿Sabes tu profesor de arte? —dijo Sheila, inclinándose en plan confidencial hacia su hijo mayor—. Uno con bigote.

—¿El señor Plumb?

—¿No es...? ¿No es un poco raro?

—Le llamamos Mari Plomo —se animó a decir Philip—. Es el mote que le hemos puesto.

Barbara se quedó helada.

—¿Quieres decir que es... de éstos?

—Pues claro que no —dijo Benjamin riéndose—. Sólo le llamamos así porque es muy afeminado y muy pesado. Está más salido que un burro en realidad.

—Tiene un rollo con la señora Ridley —afirmó Philip con gran autoridad.

—¿Y quién es la señora Ridley? —preguntó Barbara como si tal cosa.

—Es la profe de latín del colegio de chicas. Ella y el señor Plumb fueron juntos de viaje de estudios el año pasado, y ahí empezó la cosa.

—Fueron a Florencia con sexto curso —añadió Paul. Su información era de segunda mano, pero no estaba dispuesto a que no le dejaran meter baza—. Y se despacharon a gusto en el hotel todas las noches.

—¡Niño! —dijo Sheila mirando furiosa a su hijo—. ¡Que hay invitados!

—Es lo que me contó Lois.

Philips había empezado a partirse de risa al recordar una cosa que le hacía muchísima gracia. Se volvió hacia Benjamin y dijo:

—¿Te acuerdas de lo que hizo Harding la noche de la fiesta de fin de curso de las chicas?

—¡Es verdad! —A Benjamin se le iluminaron los ojos, como siempre que se le presentaba la ocasión de contar alguna anécdota de Harding. Saboreó la curiosidad que había despertado en su madre y en la señora Chase—. En la última fiesta de fin de curso de las chicas, el señor Plumb y la señora Ridley tenían que actuar juntos. Y cuando salieron al escenario, Harding se puso de pie en medio del público y empezó a gritar... —Hizo una pausa, miró a Philip pidiendo conformidad, y los dos exclamaron al unísono—: ¡Destrozahogares!

Sus madres se quedaron gratamente asombradas.

—¿Y qué pasó? —dijo Sheila con la mano en la boca—. Desde luego lo podían haber expulsado.

Benjamin negó con la cabeza.

—Nadie dijo nada.

—Harding sabe muy bien lo que hace —dijo Philip—. Siempre sabe hasta dónde puede llegar.

Mientras tanto, su padre elevaba cada vez más la voz a medida que el alcohol continuaba operando esa magia tan poco sutil.

—No se me da muy bien hacer predicciones —vociferó, y Barbara gimió por lo bajo, porque ése era siempre el preludio de cuando se ponía a hacerlas—. Pero te digo una cosa, y apostaré la cabeza: el problema irlandés estará zanjado, zanjado y liquidado, dentro de dos años.

—De todas maneras —le preguntó Benjamin a su madre—, ¿por qué me has preguntado por el Mari Plomo?

—Pues porque me parece que es todo un personaje.

—¿Y sabes por qué? —prosiguió Sam—. Porque el IRA no tiene armas para luchar de verdad.

—Desde luego tiene un pico de oro, ¿verdad, Barbara? —dijo Sheila, resistiéndose a dejar el tema del señor Plumb—. El don de la palabra, diría yo.

Barbara asintió distraídamente. Tenía los ojos puestos en su marido, que aporreaba la mesa con la palma de la mano y decía:

—Ráscale un poco la piel a uno de esos cabrones, ¿y sabes lo que encontrarás? Un cobarde. C, O, ‘V’, A, R, D, E.

—El don de la palabra —repitió Barbara con un aire pensativo y abstraído. Luego se puso de pie, repentinamente espabilada—. Venga, Sheila, vamos a fregar los platos.

Benjamin y Philip enseguida se aburrieron de la conversación de sus padres. Muriéndose de ganas de ponerle a Philip algunos de los discos que le había prestado Malcolm hacía unos días, Benjamin lo llevó hasta su dormitorio, donde se había pasado casi toda la tarde ordenando sus cosas, previendo la jugada. Había escondido la agenda de mesa en la que registraba fielmente las irritantes minucias de los programas de televisión que veía y el horario de sus deberes, y también retirado de la circulación cualquier indicio de su novela cómica inacabada, sin atreverse a admitir todavía, ni siquiera ante su mejor amigo, que había emprendido aquel ambicioso proyecto o que, al hacerlo, tal vez había descubierto su vocación, un campo de obsesión creativa que, por lo visto, podía equipararse o incluso superar a sus experimentales actividades musicales. Un póster de su antiguo ídolo, Eric Clapton, seguía ocupando el lugar preferente de la pared, junto a un dibujo de la casa de Bilbo Bolsón en Bolsón Cerrado, realizado por el propio J. R. R. Tolkien, y otra ilustración de Tolkien, un mapa detallado de la Tierra Media, cuya geografía tanto él como Philip conocían mucho más a fondo que la de las Islas Británicas.

—Escucha esto —dijo Benjamin mientras observaba con cierta ansiedad cómo la aguja de su tocadiscos portátil caía pesadamente sobre el vinilo que giraba—. Si por fin formamos el grupo, es el tipo de música que deberíamos hacer.

—Eso me recuerda —dijo Philip— que se me ha ocurrido un nombre estupendo. —Señaló el mapa de la pared, recorriendo con dedo experto Las Montañas Nubladas para dejarlo descansar finalmente unas cuantas leguas de Elfo al sureste de Fangorn—. Minas Tirith.

Benjamin frunció los labios.

—No está mal, supongo. —Iban ya treinta segundos del primer corte del álbum: la guitarra y el saxofón exponían una angulosa melodía en dos partes, mientras la sección rítmica mantenía con delicadeza un difícil compás que Benjamin aún no había sido capaz de desentrañar. La música sonaba segura de sí misma, cerebral,

ligeramente trastornada—. ¿Qué te parece esto, entonces?

—Suenan como si estuvieran afinando —dijo Philip—. ¿Quiénes son?

—Se llaman Henry Cow —dijo Benjamin—. Me lo ha prestado el Chaval Melenudo.

—¿Quién?

—Malcolm. El novio de Lois.

—Ah —dijo Philip, más abatido que nunca—. No sabía que tuviera novio. —Se quedó mirando desconcertado la portada del álbum, donde la escueta e inexplicable figura de un calcetín de cota de malla daba pocos indicios sobre su contenido—. ¿Es así todo el tiempo?

—Se va haciendo aún más raro —dijo Benjamin, orgulloso de su nuevo descubrimiento—. Hay que abrir bien los oídos, dice Malcolm. Por lo visto están muy influenciados por el dadá.

—¿Y qué o quién —dijo Philip— es el dadá?

—No sé —admitió Benjamin—. Pero... Bueno, tú intenta imaginarte a The Yardbirds enrollados con Ligeti entre los escombros humeantes del Berlín dividido.

—¿Quién es Ligeti?

—Un compositor —dijo Benjamin—. Creo. —Cogió su guitarra y trató, sin conseguirlo en absoluto, de seguir la melodía atonal en contrapunto del violín.

—Por cierto, ¿por qué está Berlín dividido? —preguntó Philip—. Siempre me lo he preguntado.

—No sé... Supongo que pasa un río por el medio, ¿no? Como el Támesis. Me parece que es el Danubio o algo parecido.

—Yo creía que tenía que ver con la guerra fría.

—Puede.

Benjamin dejó su guitarra, inquieto. Del piso de abajo les llegó una carcajada apagada, y luego otro sonido más insistente: el ruido sordo de un tamborileo groseramente inflexible. Su padre había encendido el equipo de música, y una vez más sonaba aquel espantoso último álbum de James Last.

—¿De qué va eso de la guerra fría? Quiero decir, ¿por qué la llaman la guerra fría para empezar?

—Bueno —dijo Benjamin, esforzándose por interesarse en el tema—, supongo que hará mucho frío en Berlín, ¿no?

—Pero yo creía que sólo tenía que ver con América y Rusia.

—Es que en Rusia sí que hace frío. Eso lo sabe todo el mundo.

—¿Y al Watergate por qué lo llaman así? ¿Qué se supone que ha hecho el presidente Nixon?

—No sé.

—¿Y por qué ha subido tanto la gasolina?

Benjamin se encogió de hombros.

—¿Y por qué el IRA va por ahí matando a todo el mundo?

—Porque son católicos.

—¿Y por qué nos cortan la luz?

—Será por los sindicatos. —Subió el volumen al sentir que se aproximaba lo que ya era uno de sus pasajes favoritos—. Escucha este trozo. Es increíble.

Philip suspiró y empezó a pasearse por la habitación, por lo visto muy insatisfecho con la escasa noción que tenían de la actualidad.

—No sabemos mucho del mundo, la verdad —dijo—. ¿Alguna vez te has parado a pensarlo?

—¿Y qué? ¿Qué más da?

Philip reflexionó un poco sobre el tema, pero de momento no se le ocurría una respuesta. Tal vez Benjamin tuviera razón y, en definitiva, diera igual. Quizá fuese más importante que les saliese bien la traducción de latín el lunes por la mañana. Quizá fuese más importante que lograsen sus objetivos a corto plazo: publicar un artículo en la revista del colegio, captar la atención (aunque sólo fuera un momento) de la bella Cicely Boyd, o formar el grupo, el grupo del que ya llevaban meses hablando, pero cuyo equipo instrumental seguía sin constar más que de la guitarra de Benjamin y el piano de la madre de Philip. Tal vez todo eso fuese más importante.

—Y entonces, ¿te gusta Minas Tirith de nombre? —dijo.

—Ya te lo he dicho —respondió Benjamin—, está bien. Pero me parece más importante decidir cómo vamos a sonar.

—Bueno, ¿y qué tal Yes? Mis padres me regalaron *Tales from Topographic Oceans* estas navidades. Es fantástico. Te lo voy a traer el lunes.

Benjamin no contestó. En el fondo, muy bien podría haber sabido que aquella empresa estaba condenada al fracaso; pero no lo hubiera admitido, ni siquiera ante sí mismo. En aquella época seguía siendo un auténtico optimista.

El jueves, 7 de marzo de 1974, fue un día importante, un día memorable. Fue el día en que Philip hizo su primera incursión en el periodismo, y el día en que Benjamin encontró a Dios. Dos acontecimientos que iban a tener consecuencias trascendentales.

También fue el día en que la peor pesadilla de Benjamin estuvo a punto de convertirse en realidad.

Philip ya llevaba varios días trabajando duro en un artículo que esperaba ver publicado en la revista del colegio. El *Tablón* aparecía una vez a la semana, los miércoles por la mañana, y él era uno de sus más ávidos lectores. El nombre delataba sus humildes orígenes como una colección suelta de noticias y artículos mecanografiados que solían pincharse en el tablón de anuncios que había en un pasillo del piso de arriba, pero que resultó ser un formato poco práctico en muchos aspectos, y el año anterior un profesor joven de inglés de espíritu emprendedor, a quien llamaban el señor Serkis, había supervisado su paso a la imprenta. La revista consistía ahora en ocho hojas grapadas din A4, confeccionadas por un equipo de seis personas en la glamourosa intimidad de un despacho escondido entre las vigas, encima del Carlton Club. Era raro, muy raro, que aquel equipo tan exigente aceptara algo de alguien tan joven como Philip; pero, de alguna manera, esa vez él lo había conseguido.

Poco antes de las nueve de la mañana estaba sentado en la biblioteca del colegio, leyendo su artículo por duodécima vez con unos ojos velados por el orgullo y la emoción. La portada de la revista contenía un largo editorial firmado por un tal Burrell del sexteto de arriba, en el que se lamentaba del incierto resultado de las elecciones generales de la semana anterior, y de la reelección de Harold Wilson como primer ministro. Probablemente, Philip no podía aspirar a escribir una cosa semejante en aquel momento; la portada de la revista seguía siendo algo inalcanzable, incluso en sus mejores fantasías. Pero por lo menos su reseña venía antes de los resultados deportivos y de la tira cómica de Gilligan. Y qué bien ocupaba su hueco en la página, entre la crítica magistral de *El círculo de tiza caucásico* de Hilary Turner, que acababa de estrenarse en el teatro de Birmingham, y unas cuantas líneas elogiosas (firmadas por el propio señor Fletcher) sobre el poeta Francis Piper, a modo de anticipo de su esperada visita al King William's (una visita prevista para aquella misma mañana, advirtió Philip aun sumido en su estado de trance). Ver sus propios esfuerzos encajados entre los trabajos de aquellos expertos mayores era más de lo que se habría atrevido a esperar.

Sin embargo, pensó Philip, leyendo de nuevo su artículo por decimotercera vez, y

ahora con cierta objetividad, no cabía duda de que se lo merecía.

«Tales from Topographic Oceans» [había escrito] es el quinto álbum de Yes, sin duda el grupo de rock más vanguardista y con más talento musical de Inglaterra, si no de todo el mundo, hoy en día. Y, sin duda, es su obra maestra.

El concepto que hay tras el álbum es idea de Jon Anderson, el brillante y principal cantante y autor de Yes. Natural de Accrington, Lancs., Anderson siempre ha tenido una afinidad con el espiritualismo y la filosofía orientales. Inspirado por la *Autobiografía de un yogui* (¡nada que ver con el del parque nacional de Jellystone!)^[10] de Paramhansa Yogananda, el álbum es un doble álbum con cuatro caras, cada una de las cuales contiene una sola canción larga, lo que suma cuatro canciones largas en total. La más corta de ellas dura dieciocho minutos con treinta y cuatro segundos, mientras que la más larga dura veintiún minutos con treinta y cinco segundos. Solamente el «Tubular Bells» de Mike Olfield tiene pasajes musicales más largos en cada cara, que yo sepa. Pero este álbum tiene cuatro, mientras que «Tubular Bells» tiene dos.

Algunos compositores, léase Roy Wood, Marc Bolan, etc., se limitan a escribir letras de música pop, pero sería más acertado decir que Jon Anderson escribe poesía y la convierte en música. Tómense por ejemplo estas dos líneas de su canción «El recuerdo».

«Mientras el silencio de las estaciones en las que revivimos acorte
los paseos en barco
como para llamar a la luz, el alma dictará el rumbo de los marineros
de terciopelo.»

¿Qué quiere decir con eso?, se pregunta el oyente. ¿Quiénes son los marineros de terciopelo, y qué tienen que ver los trenes con los barcos? Jon Anderson es un poeta demasiado profundo como para darnos respuestas fáciles y eslogans de detergente. El mensaje reside en el enigma.

Musicalmente hablando, los cinco miembros del grupo son virtuosos. Cualquiera que haya escuchado las deslumbrantes «Six Wives of Henry VIII» (basadas en hechos reales de la historia) de Rick Wakeman, no necesitará ninguna presentación por mi parte. Steve Howe es tal vez el guitarrista rockero más importante de su generación sin excepción, aunque la verdad es que colmar especialmente de elogios a uno de los miembros del grupo sería malévolo.

La tercera cara de las cuatro del álbum nos habla de los «Los viejos gigantes bajo el sol» que están «en armonía con la majestad de la música». Esas mismas palabras se podrían muy bien aplicar a los Yes mismos. Ellos

también están «en armonía con la majestad de la música».

En resumen, si alguien me preguntara de quién es este álbum, y si se trata de una obra maestra, le podría dar la misma respuesta:

¡¡YES!!

Ruborizado de pura satisfacción ante el ingenio de aquellas líneas finales, Philip no se enteró de la presencia de Benjamin hasta que sintió una palmadita en el hombro. Pero, incluso entonces, no acabó de notar lo alterado que parecía.

—¿Has visto esto? —dijo en un susurro triunfante—. Lo han publicado. Lo han publicado de verdad.

Luego se dio cuenta de repente de que su amigo tenía las mejillas pálidas, las manos temblando y los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué pasa?

Y cuando supo la terrible verdad, le provocó una boqueada de horror. Era mucho peor de lo que se hubiera imaginado.

Benjamin se había olvidado el bañador.

El King William's tenía una piscina al aire libre, escondida tras la capilla y contigua al principal campo de rugby. Se empezaba a usar a mediados del trimestre de primavera, y la clase de Benjamin tenía dos horas de natación a la semana, los lunes y los jueves por la mañana, justo después del recreo. A Benjamin le horrorizaban aquellas clases en el mejor de los casos. No era un buen nadador, no le gustaba que vieran su cuerpo los otros chicos, y le desagradaba profundamente el señor Warren, el profesor de educación física, un sádico lacónico más conocido por «Rosa», a causa de su razonable parecido con la hombruna villana de *Desde Rusia con amor*.

No era sólo su tendencia a dejar a los chicos exhaustos lo que hacía que todo el mundo temiera al señor Warren. Por lo que se refería a sus clases de natación, también había una regla muy llamativa, responsable a lo largo de los años de gran cantidad de humillaciones y traumas psicológicos. Era una regla muy simple, y no admitía excepciones: si un chico se olvidaba de traer su bañador, tenía que nadar desnudo.

Es cierto que existían algunos colegios en esa época (y quizá sigan existiendo) donde se exigía que todos los chicos nadasen desnudos como algo natural, ya fuera por la errónea creencia de que los hacía más hombres o simplemente para satisfacer los entusiasmos escasamente disimulados del profesor de gimnasia. Pero eso, en cierto modo, habría sido diferente. Habría dado lugar al menos a una especie de camaradería atormentada, una sensación compensatoria de «vamos todos en el mismo barco». Lo terrible de la norma del King William's era su maligno e inexorable carácter excluyente. Cualquier alumno desafortunado atrapado en aquella situación

no sólo tenía que sufrir toda una serie de risitas disimuladas y dedos acusadores ese día en concreto, sino que a partir de entonces podía esperar semanas, trimestres y hasta años de pullas implacablemente certeras sobre las deficiencias de sus genitales, ya las tuviera o no. Era la clase de norma que parecía más encaminada a destruir la personalidad que a forjarla, y había un par de casos (el tímido y siempre a la defensiva Pettigrew de cuarto curso; y el taciturno pero sexualmente obsesionado Walker de la clase de recuperación) en los que parecía haber ocurrido exactamente eso.

Evidentemente había alguno que otro al que le gustaba enseñarlo todo (raritos y exhibicionistas en su mayoría) y que podía hacerle frente a la situación; que incluso disfrutaba, gracias a una especie de chulería perversa, de poder llamar la atención. A Chapman, por ejemplo, se le olvidaba el bañador tantas veces que mucha gente estaba convencida, a esas alturas, de que lo hacía a propósito. Ni que decir tiene que era el orgulloso propietario de un miembro bastante colosal, que en las pasmosas ocasiones en que había sido expuesto en público había sido comparado con todo tipo de cosas: una salchicha gigante, una pitón sobrealimentada, un trozo de tubería de plomo, la trompa de un elefante solitario, un globo de barrera, un Toblerone tamaño aeropuerto y un rollo mojado de papel pintado. Y era Chapman, de hecho, quien una mañana memorable había puesto en una difícil situación a todo el colegio combinando dos infracciones distintas: olvidar el bañador y hablar durante la clase de natación. El castigo tradicional de la segunda consistía en permanecer de pie en el trampolín más alto durante cinco minutos; cosa que Chapman hizo obedientemente, hasta que el señor Warren se dio cuenta, tras un minuto y medio, de que al desnudo delincuente lo podía ver desde Bristol Road cualquiera que viajara en la parte de arriba de un 61, un 62 o un 63. La visión de aquella herramienta legendaria, vislumbrada de repente y sin previo aviso cuando uno salía a hacer una compra rutinaria al centro de Birmingham, tenía que haber causado una profunda impresión en la conciencia de los pasajeros. En el transcurso de aquel día, el director del colegio había recibido cuatro quejas, aparte de una petición del número de teléfono de Chapman.

Pero Benjamin no era Chapman. Durante toda su trayectoria en el colegio había estado temiendo que eso pudiera ocurrir. Esa mañana su padre, como lo habían llamado para lidiar con un capataz inútil de la fábrica de Castle Bromwich, se ofreció a dejar los niños en el colegio de camino. ¡Con cuántas ganas, con qué alegría irreflexiva se había apresurado Benjamin a aceptar la oferta de que le llevaran en coche, de escapar del autobús, y aprovechar así diez minutos más en la cama! Pero esa invitación fue su ruina. De alguna manera, y por algún catastrófico descuido, se dejó la bolsa de deportes en el asiento trasero del coche. La podía ver ahora, podía imaginársela perfectamente, tirada sin ninguna utilidad sobre la tapicería en algún aparcamiento lejano (su padre no se habría fijado siquiera), totalmente inalcanzable. La toalla, la camiseta de rugby recién lavada, las zapatillas desgastadas, aquel bañador tan importante..., aquellos escasos centímetros cuadrados de terylene que

por sí solos tenían el poder de protegerle del desastre. Todo al garete. Ahora nada podría salvarlo.

Chase, compadecido, trató de consolarlo, pero en la práctica no podía servirle de mucha ayuda. Las obligaciones de la más íntima de las amistades (y Benjamin lo sabía muy bien, y no se hacía ninguna ilusión ni abrigaba ninguna esperanza en este aspecto) no abarcaban cualquier clase de sacrificio. Chase tendría que nadar en la misma clase, y llevaría su bañador todo el tiempo. No cabía pedírselo prestado. ¿Habría preguntado Benjamin por allí, a ver si a alguien le sobraba uno? Por lo visto sí, y sólo había empeorado la cosa. Nadie quería ni podía echarle una mano, y preguntar únicamente había servido para que se enteraran todos los de tercero, así que ahora sus compañeros esperaban la clase de natación con una hilaridad maliciosa y neurótica, y no se hablaba de otra cosa. Minutos antes había entrado tímidamente en el aula, avergonzado, para encontrarse a Harding entreteniendo a su habitual círculo de admiradores con una dramatización de la escena que esperaban presenciar a la vuelta de dos horas.

—Y ahora, surgiendo del vestuario —estaba diciendo con esa voz susurrante y pastosa que emplearía un comentarista de la BBC para un documental de la naturaleza—, vemos un magnífico ejemplo de virilidad en plena gloria. Desnudo, tal como quiso la madre naturaleza, el Trotter de gran cresta sale cautelosamente de su nido, guiñando los ojos por la luz del sol, tapándose protectoramente con una mano esos genitales que a ningún hombre, mujer o niño se les permite nunca ver, o de hecho no son capaces de ver sin la ayuda de un potente microscopio de electrones. Invisible a los ojos humanos, tan pequeño en realidad que un equipo de biólogos, trabajando sin descanso, sigue esforzándose por demostrar su existencia, el pene del Trotter no se puede medir de momento con ninguna escala...

Harding había parado de hablar cuando se dio cuenta de que Benjamin había entrado en el aula, cuando vio aquella mirada herida, su tácita acusación de traición. El grupo se dispersó, pero la única persona que le dirigió la palabra fue Anderton, que se había quedado rondando por allí, escuchando a medias.

—Lárgate, tío —le aconsejó—. Vete a pasar la mañana al centro. No dejes que estos cabrones te machaquen.

En cuanto a los otros, prosiguieron con sus risitas y sus obscenas miradas de reojo, siguiendo a Benjamin mientras se daba una breve vuelta por la clase con aire desamparado, antes de regresar al pasillo en busca de Chase y del refugio de la amistad incondicional.

Sólo había querido aliviar su pánico, desahogarse. No esperaba salvación alguna, ni nada parecido. Pero, de repente, cuando se sentó junto a su amigo en la biblioteca, la cabeza apoyada en las manos mientras contemplaba el final de aquella tolerable vida escolar tal como la conocía, fue la salvación precisamente lo que Chase pareció encontrar.

—Espera un momento —susurró, levantando la revista—. Hoy no hay clase de

natación.

Las nubes se abrieron. Un frágil e imposible rayo de luz.

—¿Qué?

—Esta mañana no hay clases después del recreo. Las han suspendido.

—¿Y eso...?

—Porque va a venir el tipo ese a leernos algo. El poeta viejo ese.

Chase le tendió a Benjamin su ejemplar de *El Tablón*, abierto ya por la página donde su reseña se agazapaba presuntuosamente junto a las ondulantes cadencias del artículo del señor Fletcher. Señaló las frases finales.

—Ahí.

Benjamin estiró el cuello hacia delante, sintiendo una debilidad fruto de la esperanza.

—*El recital del señor Piper tendrá lugar aproximadamente a las doce menos cuarto en el Edificio Grande —leyó—. El horario de clases del jueves sufrirá las modificaciones necesarias.*

—Ahí lo tienes —dijo Chase, triunfante—. No hay natación. Estás salvado.

Benjamin seguía teniendo sus dudas. Era demasiado bonito para ser verdad.

—No dice exactamente eso —apuntó—. Sólo dice a las doce menos cuarto *aproximadamente*.

—¿Y qué?

—Pues que la clase de natación acaba a las doce menos diez. No van a suprimir la clase entera sólo para que podamos llegar cinco minutos antes.

—No les queda otro remedio. Seguro que sí. Y, si no, espera y verás.

Era fácil decirlo, pero más difícil hacerlo. Benjamin pasó como pudo los sesenta minutos siguientes, en una agonía de pura incertidumbre. No había asamblea escolar los jueves, sólo una reunión de cada clase, y no se disponía de información fidedigna. El tutor de la clase de Benjamin, el señor Swallow, no tenía muy claros los cambios realizados: si se suspendían las tres últimas clases de la mañana o sólo las dos últimas; no estaba muy seguro, y tampoco le parecía muy importante. Así que dejó que Benjamin se sumiese en la incertidumbre, con las tripas revueltas de aprensión, medio mareado, incapaz de concentrarse siquiera unos segundos en la disertación del señor Butterworth sobre la restauración de Carlos II, que ocupó los primeros cuarenta minutos de la jornada escolar. Luego, durante la clase de lengua y literatura que siguió, se salió al fin de dudas. Al principio de la clase (dedicada, inevitablemente, a la obra de Francis Piper), el señor Fletcher anunció que la conferencia del gran poeta tendría lugar exactamente a las doce en punto, y que la tercera clase del día sería como siempre. Al oír eso, Benjamin se quedó congelado en su asiento, y luego se agarró el estómago, convencido por un momento de que iba a vomitar violentamente. Miró hacia donde estaba sentado Chase, en la fila de al lado, y vio su mirada de preocupación, pero tuvo que apartar la vista enseguida, demasiado avergonzado para sostenerle la mirada.

Así que era real. Estaba sucediendo. No había indulto. Aquella posibilidad pasajera, en la que Benjamin nunca había creído de todos modos, le era arrebatada tan caprichosamente como se le había presentado.

Oscuros miedos empezaron a poblar la cabeza de Benjamin, y a las once menos diez no conseguía recordar nada de lo que había pasado en la clase del señor Fletcher.

La casualidad quiso que se perdiese una buena. O al menos, que se perdiese un enfrentamiento entre Fletcher y Harding que demostró que los dos se encontraban en excelente forma.

—¿Puedo preguntarle una cosa, señor? —había dicho Harding.

El señor Fletcher, que acababa de explicar la relación tangencial existente entre Francis Piper y el grupo de Bloomsbury y esbozar un análisis de *La crueldad de las aves*, una de sus series de poemas más famosas, levantó la vista con cautela. Podía olfatear los problemas a un kilómetro de distancia.

—Sí, Harding, ¿qué pasa?

—Bueno, que hay algo en estos poemas que me desconcierta.

—Dime.

—Es que... son un poco difíciles de entender, con todas esas alusiones y metáforas de las que ha estado hablando... Pero se supone que son poemas de amor, ¿no?

—Pues claro. ¿Y qué?

—Bueno, es que me lo preguntaba porque como casi todo son..., mmm, pronombres personales y eso, y todos son masculinos...

El señor Fletcher se quitó las gafas.

—Muy agudo por tu parte, Harding. ¿Y qué más?

—Que entonces el tipo este, Piper, señor..., supongo que debe de ser un poco mariquita.

El señor Fletcher se frotó los ojos cansinamente. ¿Merecía la pena entrar al trapo?

—Sinceramente, Harding, su orientación sexual no viene al caso.

—Pero tengo razón, ¿no?

—¿En qué?

—Al pensar que..., bueno, que es de la acera de enfrente, como dirían nuestros primos americanos.

—¿De la acera de enfrente?

—Sí, señor. Aunque supongo que aquí dirían de Bournville Boulevard.

Eso provocó grandes risas en el resto de la clase. El señor Fletcher, más inexpresivo que nunca, se quedó un rato mirando por la ventana, pensativo, impávido. Sus palabras, cuando por fin salieron de su boca, sonaron más cargadas de fatiga e indiferencia que nunca.

—Tu problema esencial, Harding, es que tienes una manera de pensar asquerosa y, fundamentalmente, bastante *vulgar*. Te sugiero, ¿o para qué vamos a quedarnos cortos?, te *insto* a que te presentes aquí en clase, hoy a las doce menos cinco, y en vez

de asistir al recital del señor Piper, me escribas un ensayo de al menos doce carillas titulado «¿Por qué el temperamento artístico no tiene género?». Y como ya es por lo menos el decimoquinto castigo que te impongo este año, supongo que al final vas a tener suficientes para hacer un libro, y personalmente te recomendaría que se los mandases todos a Faber and Faber con una carta adjunta ¡y un maldito sobre con tu dirección! —Su voz, que había ido alcanzando un tono que rayaba la irritación, si no la furia, recuperó su monotonía habitual—. Atención los demás. Aquí Gidney va a leernos unas de las *villanelles* más cariñosas del señor Piper. Página setenta y cinco de la antología, por favor. «El sudor del joven obrero endurece mi decisión».

El recreo de la mañana era a las once menos diez, hora a la que la mayoría de los chicos salía corriendo hacia el bar y guardaba una cola bastante informal para disputarse las empanadillas de carne prefabricadas y los bollos calientes rellenos de salchichas que suponían auténticas delicias para aquella clientela poco exigente. Normalmente, Benjamin se les habría unido, pero hoy no había lugar para la comida. Aquel condenado en concreto no tomaría un desayuno abundante antes de que lo colgaran. Ni tampoco iba a tolerar la compañía de sus presuntos amigos, que se relamían cada vez más abiertamente de gusto ante la que se les avecinaba. No podía hacer otra cosa más que arrastrarse hasta la esquina más lejana del vestuario, desplomarse en el suelo y adoptar una postura fetal, solo, desamparado, con las rodillas encajadas bajo la barbilla de pura desesperación.

Estaba en el rincón más lejano del vestuario. Tenía tres filas de taquillas vacías (puesto que había más taquillas que alumnos) y nadie solía acercarse hasta allí. El silencio era total. Benjamin se dispuso a pasar quince largos y oscuros minutos para su alma.

Pensó en el consejo que le había dado Anderton. ¿Debía largarse pitando? Daba muy bien la medida de su desesperación que Benjamin considerase siquiera esa posibilidad, ya que era por naturaleza conformista, rozando lo patológico, y jamás, que él supiera, había quebrantado alguna norma del colegio. Todo aquel espíritu de rebeldía que animaba a muchos chicos de su edad se canalizaba en su caso en su admiración por Harding y su humor diabólico y anárquico. Benjamin sólo podía ser disidente por delegación. Además, había serios obstáculos para cualquier plan de fuga. Si enfilaba el paseo de acceso al colegio a esa hora del día, o se decidía a cruzar los campos de deporte, seguramente lo vería algún profesor. La única alternativa realista era encontrar algún lugar solitario del colegio (una de las clases de música, por ejemplo) y refugiarse allí mientras tanto. O escabullirse en la biblioteca, como si tuviera una hora libre, y quedarse allí sentado leyendo los periódicos y echarle morro. Eso era lo que habría hecho el propio Harding. Y, ya que estábamos, también Anderton seguramente.

Pero el caso era que él no tenía valor. Pero lo que decidió hacer en vez de eso (o,

mejor dicho, lo que se encontró haciendo) fue, a su manera, aún más radical. Y, desde luego, más sorprendente.

Luego no recordaría haberse puesto de rodillas, ni haber empezado a hablar en voz alta como un loco, en el silencio de aquel vestuario vacío. No recordaría cómo sus primeros gemidos involuntarios, su mecánica repetición de la frase «Dios mío, Dios mío, Dios mío», habían ido evolucionando hasta formar un todo que más parecía una plegaria. Nunca antes había hablado con Dios. Jamás lo había necesitado, ni lo había buscado, ni había creído en Él. Sin embargo ahora, por lo visto, en unos breves momentos de arrebató, no sólo lo había encontrado, sino que trataba de hacer un pacto.

—Dios mío, Dios mío, mándame un bañador. Mándame un bañador en tu infinita sabiduría. Cueste lo que cueste, sea lo que sea lo que quieras de mí, pero mándame un bañador. Mándamelo ya. Haré lo quieras por Ti. Lo que quieras. Creeré en Ti. Te prometo que creeré. Jamás dejaré de creer en Ti, de confiar en Ti, de seguirte, de hacer lo que Tú quieras que haga. Lo que sea. Lo que sea que esté en mi mano. No me importa. Me da igual. Pero, por favor, por favor, *por favor*, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, por favor, Señor, concédeme este único deseo. Mándame un bañador. Te lo ruego. Por favor.

—Amén. —Benjamin cerró con fuerza los ojos antes de repetir esa palabra—. *Amén.*

Y entonces se hizo el silencio.

Y luego se oyó un ruido.

Fue el ruido de la puerta de una taquilla abriéndose y cerrándose de golpe con una corriente de aire que Benjamin no había percibido en su vida. De hecho, como descubriría en la clase de natación, aquel día no hacía ningún viento, así que no podía tratarse de una vulgar brisa terrenal. Era el aliento de Dios. El ruido le llegó desde la siguiente fila de taquillas, y cuando Benjamin se puso en pie tambaleándose y se acercó hasta allí con pasos temblorosos y reverentes, ya sabía lo que se iba a encontrar. La puerta se abrió y se cerró de golpe otra vez, y mientras Benjamin se aproximaba, pareció que todos los puntos del espacio convergían en aquella taquilla, como si los estuviera viendo a través de una lente deformante. La taquilla le hablaba. Le llamaba.

Abrió la puerta y encontró lo que ya sabía que estaba allí. Un bañador azul marino. Mojado, usado hacía poco, y de una talla mucho mayor que la suya. Pero tenía un cordón para ajustarlo, así que no importaba. No importaba nada. Nada volvería a importar a partir de aquel momento nunca más, mientras Benjamin siguiera vivo.

Para lo habitual, fue una clase de natación excepcionalmente desastrosa. Benjamin tuvo que formar parte de un equipo de relevos capitaneado por Culpepper, y quedó claro que era el eslabón más débil de la cadena. Para cuando había completado sus dos largos estilo mariposa con la cara amoratada y asfixiado por el esfuerzo, su ventaja se había esfumado, y acabó ganándolos por los pelos el equipo número dos, una formación más consistente encabezada por el tenaz, implacable y competitivo Eddy el Cachas. Los compañeros de Benjamin estaban furiosos.

—Eres un gilipollas, Bent —le siseó Culpepper mientras se volvían a poner el uniforme—. Un puto mariquita inútil, patético y gilipollas. La has jodido. Nos has dejado tirados a todos. Habríamos ganado si no fuera por ti. Eres un mamonazo y un soplapolas de mierda.

Pero Benjamin se limitó a sonreírle, lo que todavía pareció enfurecerlo más. Ni siquiera lo hacía para provocarle. Sonreía porque amaba a todo el mundo y a todas las cosas, incluido Culpepper, y a partir de entonces nada podría hacer que se tambaleara su fe en la humanidad o en que todo estaba esencialmente bien. Y la misma sonrisa (beatífica, serena) fue su única respuesta cuando Chase lo agarró por el brazo de camino al Edificio Grande y le preguntó:

—¿Qué ha pasado? ¿De dónde lo has sacado?

Más tarde le diría: «Ha sido un regalo», pero eso sería lo más cerca que estaría nunca de explicar el misterio de aquel bañador azul marino que le sentaba tan mal y le llegaba hasta las rodillas. Durante una temporada pasó a formar parte en la mitología arcana y cambiante del King William's, y luego todo el mundo se olvidó de él. Ocurrieron otros prodigios.

Benjamin escuchó con gran atención el recital de Francis Piper. No sus palabras exactamente, sino el agradable trémolo de aquella voz septuagenaria: una frágil y juguetona serie de melodías aflautadas que, a los oídos recién conversos de Benjamin, sonaba como los ecos lejanos de un salmo o un himno. También contempló atentamente el rostro amable y apacible del anciano, surcado de las arrugas de su risa, y sintió que no estaba viendo (como habría esperado el señor Fletcher) un trocito de la historia de la literatura del siglo xx, sino una emanación, una visión de total claridad exclusivamente suya, algo parecido al rostro de Dios.

Las nubes de polvo se arremolinaban bajo los rayos dorados en torno al cabello blanco como las palomas, blanco como los ángeles, de Francis Piper, y lo más que pudo hacer Benjamin fue evitar echarse a reír a carcajadas. Estaba en todas partes. La Gracia Divina estaba en todas partes.

Invierno

La cadena de montaje llevaba parada aproximadamente una hora y media. Parecía que nadie sabía por qué. Bill Anderton se encontraba en el patio, bajo la nave de carga, rodeado de obreros de la sección de sellado y del taller mecánico; rodeado por ellos, pero sin unirse a sus lacónicas chanzas o al partido de fútbol que una decena de ellos acababa de improvisar. Estaba fumando su quinto o sexto pitillo, y sacudía la ceniza sobre los posos de té frío que había en el fondo de su vaso de plástico. De vez en cuando espiraba profundamente, soltando rígidas columnas de humo que se mezclaban en el aire helado con el aliento que se desprendía de los labios agrietados de sus colegas. Era como si todo el mundo estuviera fumando, aquella cruda tarde de noviembre.

Una figura escuálida y familiar se acercó hasta allí; vestía un traje gris marengo y también le pegaba intensas caladas a su cigarrillo. Era Victor Gibbs, que tenía un aspecto más amarillento y cadavérico de lo habitual. Saludó a Bill con la cabeza, que le devolvió el saludo con cierto alivio al ver que no iban a iniciar una auténtica conversación. Pero su alivio duró poco. Tras avanzar un poco más, Gibbs se detuvo y volvió sobre sus pasos. Se acercó a Bill con una sonrisa guasona y malintencionada en la cara.

—Tengo una cuenta pendiente contigo —dijo—, hermano Anderton. Hace unos meses te escribí una carta, ¿recuerdas?

Bill se acordaba perfectamente, pero contestó:

—Recibo muchas cartas.

—Era sobre la señorita Newman. *Miriam*, para ti y para mí.

Bill no quería hablar de eso. Allí no. A un metro más o menos, al otro lado de la pared del taller mecánico, se encontraban las duchas donde él y Miriam habían hecho el amor el día anterior. El polvo febril y torpón habitual. Cuanto más enrollados estaban, sentimentalmente hablando, más tristes e inadecuadas empezaban a parecer aquellas ocasiones tan buscadas. No podía hablar de ella con nadie. En aquel sitio no. Ni en ninguna parte con Gibbs.

—Tu queja fue investigada a fondo —dijo— por una tercera persona. Llegó a la conclusión de que no tenía fundamento.

—Nunca tuve respuesta.

—Eso fue un descuido mío. A veces el sistema falla.

Gibbs apartó la mirada, con sensación de que habían llegado a un punto muerto.

—Una chica preciosa esa Miriam —dijo luego, al poco rato—. Muy... atractiva. Por aquí unos cuantos tíos tienen puestos sus ojos en ella. Pero juraría que no van a llegar muy lejos. —Frunció el ceño, como si lo que iba a decir se le acabara de ocurrir, aunque Bill sabía muy bien que todo formaba parte de una estrategia planeada de antemano—. ¿Sabes lo que creo que atrae a las chavalas? ¿Lo que las

vuelve locas?

—¿A las chavalas? —dijo Bill despectivamente.

—El poder, hermano Anderton. El poder. Se ponen como locas. Les chifla.

Bill se vio obligado a echarle una mirada. Ni siquiera quería encontrarse con sus ojos, si podía evitarlo.

—¿Podemos dejar el tema, Gibbs? Sinceramente, no me interesan tus opiniones.

—Muy bien. —Alzó las manos, condescendiente—. Es que pensé que a un hombre como tú le gustaría saberlo. Al fin y al cabo, rezumas poder por todos los poros. Estos tíos —señaló a los jugadores de fútbol— hacen absolutamente todo lo que tú quieres, ¿no? ¿Qué pasa esta tarde, por cierto? ¿Los has llamado a la huelga otra vez?

Bill podía haber respondido de varias maneras a aquella provocación. Podía haberse limitado a apartarse de allí, o haberse sacado una carta de la manga y soltar alguna indirecta sobre el robo del Comité de Beneficencia, cosa que aún no le había comentado a nadie. Pero, por el momento, decidió conservar la calma.

—El acotillo cayó sobre los rieles hace un rato. Estamos esperando que alguien venga y lo arregle.

—Es curioso, ¿sabes? —dijo Gibbs—, me he dado cuenta de que siempre que pasa algo parecido (y por lo visto pasa mucho, casi cada quince días), siempre sucede justo antes de comer, de manera que no pueden conseguir un técnico hasta las dos, y ya se nos ha ido medio día antes de que el martillo esté otra vez funcionando en su sitio. Mientras tanto, la fábrica pierde... ¿cuántos coches? ¿Sesenta? ¿Setenta?

—No sé qué tratas de decir —dijo Bill, volviéndose hacia él mientras unas finas gotas de lluvia empezaban a chocar contra el alquitranado—, pero sé perfectamente que tus conocimientos sobre cómo se trabaja aquí son absolutamente nulos. Nadie que se pase el día cómodamente sentado haciendo numeritos va a criticar a *mis* hombres por cómo hacen su trabajo. —Apagó la colilla de su cigarrillo, aplastándola enfadado contra el suelo—. Ven a pasar un día o dos a la cadena, Gibbs, y luego dime que envidias a estos tíos por jugar un rato con el balón. Tengo un colega que se llama Ian, Ian Bateman; lo despidieron la semana pasada con *cuarenta y ocho años*, la espalda hecha polvo y seis meses en el hospital por delante. Eso es lo que hacen diez años de sellador.

Empezó a alejarse, pero Gibbs lo detuvo con estas palabras:

—No hay riesgo de que tu hijo acabe así, de todos modos, ¿no?

—¿Mi hijo? —repitió Bill, volviéndose.

—Yendo como va a ese colegio de lujo... Esa academia para pijos. Era demasiado bueno para el instituto del pueblo, ¿verdad?

Avanzando hacia él, pareció que Bill aumentaba repentinamente de estatura. La hostilidad entre los dos hombres se volvió de golpe eléctrica, física.

—¿Se puede saber qué te pasa, Gibbs? ¿Eh? ¿Tienes algún problema?

—Sé lo tuyo con Miriam Newman —respondió tranquilamente.

Llegados a este punto, Bill no pudo evitar sonreír. Se alegraba de que por fin la cosa hubiera salido a relucir. Lo hacía todo mucho más sencillo.

—No deberías haber dicho eso —dijo—. Y tampoco deberías haber falsificado esos talones. —Ni siquiera esperó a ver cómo cambiaba la expresión de Gibbs—. Tengo la desagradable sensación de que a uno de los dos —dijo por encima del hombro, alejándose despacio— lo van a echar de su trabajo el lunes por la mañana.

Y durante el resto de la tarde, cada vez que pensaba en ese momento, Bill relucía de puro orgullo. De esa clase de orgullo que se siente antes de hundirse.

Esa noche, se encontró con Miriam en El Caballo Negro de Northfield, y fueron en coche hasta Stourbridge en su Marina marrón. Reservaron habitación en el Hotel Talbot como los señores de Stoke (un pequeño homenaje que Bill había decidido hacerle al presidente en funciones de la British Leyland). Irene creía que él estaba en Northampton, y que se quedaría a pasar allí la noche tras una cena del sindicato. Y, de hecho, allí era donde debería haber estado. Pero había telefoneado a la oficina regional esa tarde para decir que se encontraba mal. Lo había planeado todo hacía más de un mes. Iba a ser su primera noche entera juntos.

Estaban sentados en el cavernoso bar del hotel, Bill tomando una jarra de cerveza tras otra, y Miriam bebiendo Dubonnet con limón amargo. Él posó la mano sobre su rodilla por debajo de la mesa. Les resultaba asombrosamente difícil mantener una conversación.

—¿No sería maravilloso —dijo Miriam— que pudiéramos pasar todas las noches así?

Bill no estaba seguro de que fuera a ser maravilloso en absoluto. Empezaba a caer en la cuenta de que él y Miriam no se conocían muy bien. Sí, conocían mutuamente sus cuerpos (conocían cada centímetro del cuerpo del otro, lo conocían a fondo) pero nunca se habían parado a hablar demasiado, nunca habían tenido tiempo. Su aventura ya duraba once meses, pero esa noche, de una forma bastante inesperada, Bill sentía que estaba sentado junto a una desconocida. Pensó en Irene y se dio cuenta de que la echaba de menos; no por nada en particular que pudiera decir o hacer, sino por su presencia callada y comprensiva. Pensó en su hijo, en cómo se sentiría si viera a su padre en aquella situación tan ridícula. Y luego se quedó mirando a Miriam mientras ella se acercaba a la barra a por otras bebidas, y se le galvanizó el cuerpo una vez más al tomar conciencia de que, de alguna manera, se había ganado el afecto de aquella hermosa mujer (de aquella guapa *jovencita*, mejor dicho), que esa noche se iba a entregar a él de buena gana. A él; no a cualquiera de los diseñadores jóvenes para los que trabajaba, o los mecánicos que siempre trataban de ligársela en el club social, sino a él, Bill Anderton, que andaba cerca de los cuarenta y a quien se le caía el pelo. Otras chicas se habían enamorado de él en el pasado, bastante a menudo por cierto, así que debía de tener algo, algo que les gustaba; pero aquella emoción nunca

desaparecía del todo, la emoción de saber que aún podía seguir inspirando esos sentimientos, incluso en Miriam, incluso tras once meses enteros y verdaderos...

Si por lo menos dejase de mirarlo de aquella forma...

—Salud —dijo, al tiempo que alzaba su jarra.

—Por nosotros —dijo ella alzando su copa.

Se sonrieron mutuamente y bebieron, y luego, unos segundos después, ella posó la copa, dejó escapar un sollozo convulso y dijo:

—No puedo seguir así, Bill, de verdad que no.

Poco después se tranquilizó y entraron en el comedor.

El comedor era amplio y estaba vacío. Una camarera los guió a través de la penumbra hasta un rincón lejano, iluminando el camino con una vela que llevaba ante ella como si fuera una antorcha, y que luego dejó parpadeando airosamente sobre la mesa, en parte a modo de gesto romántico sin duda, pero también, quizá, en un intento inútil de apartar los jirones de fúnebre oscuridad que los rodeaban. Empotrados en alguna parte de las paredes había unos altavoces que rezumaban la «Annie's song» de John Denver como un primitivo cieno musical. La base del candelabro tenía incrustados pegotes de cera derretida que Bill confundió en un principio con hielo, tan gélida era la temperatura de la estancia. Se turnaron para calentarse las manos a la luz de la vela, encontrándole de paso una utilidad. Ninguno de los dos habló demasiado mientras examinaban la carta, que estaba impresa en enormes hojas de cartulina, como de sesenta por cuarenta y cinco, pero que sólo parecía ofrecer tres posibilidades, una de las cuales se había acabado.

Bill optó por unos fritos variados, y Miriam por la *cassoulette* de pollo.

—¿Quiere patatas fritas con el pollo? —preguntó la camarera.

—¿No hay otra alternativa? —preguntó Miriam.

—No, sólo patatas —respondió la camarera.

—Pues patatas —dijo Miriam, tratando de contener las lágrimas.

—Lo siento —dijo la camarera, preocupada—. ¿No le gustan las patatas fritas?

—No, está bien así —dijo Miriam, buscando un kleenex—. De veras.

—Le encantan las patatas fritas —dijo Bill—. Las adora, la verdad. Nos encantan a los dos. Es un problema personal. Por favor, váyase. —Justo cuando ella estaba a punto de desaparecer en las sombras invasoras, añadió—: Y tráiganos una botella de Blue Nun mientras.

Sacó su propio pañuelo y enjugó tiernamente los ojos de Miriam. Ella le apartó.

—Lo siento —dijo—. Lo siento. Me estoy portando como una estúpida.

—No te preocupes. Es el sitio. Sé cómo te sientes. Es tan deprimente...

—No es eso —dijo Miriam, sorbiéndose los mocos—. Es Irene. Quiero que la dejes. Quiero que la dejes y te vengas a vivir conmigo.

—Dios mío —dijo Bill—. No me puedo creer que me esté pasando esto.

No era una respuesta a la petición de Miriam (que se había estado temiendo cada vez más, de todas formas), sino a la llegada de un grupo de doce hombres y una

agresiva mujer, con un traje de tweed, a la mesa de al lado. Los hombres eran una pandilla taciturna, la mayoría de mediana edad, demasiado mal vestidos para ser hombres de negocios, demasiado esmirriados y poco atléticos para ser jugadores de rugby. Armaban ruido pero no por un exceso de alegría o de animación; y parecía que todos le tenían un miedo terrible a la mujer, quien, tras sentarse a la mesa, sacó un monóculo y se lo plantó sobre el ojo derecho. Habría sido una asamblea poco atractiva en el mejor de los casos. Pero éste era el peor, porque entre ellos, sin que pudiera pasar inadvertido, se encontraba alguien a quien Bill conocía muy bien. Alguien a quien veía todos los días laborables de la semana, y al que trataba de evitar en la medida de lo posible. Su compañero de fatigas en la lucha de las relaciones laborales, y su bestia negra particular: Roy Slater.

—No te muevas —dijo Bill—. No vuelvas la cabeza, y no digas nada. Vamos a tener que irnos.

—¿De qué me estás hablando? —dijo Miriam—. ¿Has oído lo que acabo de decirte?

—Pues claro que sí —dijo Bill—. Ya hablaremos de eso. Te lo prometo. Pero ahora —echó un vistazo por encima del hombro, tomando nota con cierto alivio de una puerta forrada de papel de terciopelo en la pared que había detrás— tenemos que largarnos rápidamente. Sabes quién es Roy Slater, ¿no?

Miriam asintió, confusa.

—Pues está justo detrás de ti. Y si no salimos de aquí pitando, nos va a ver.

Las sombras de la iluminación estaban esta vez de su lado, y les fue fácil dejar su mesa y escabullirse por la puerta. Se encontraron recorriendo un pasillo vacío, que se abría a una serie de salones oscuros y sin usar, hasta una salida de incendios que daba al aparcamiento del hotel. El frío aire nocturno los asaltó brutalmente, sin avisar. Miriam incluso gritó: un breve chillido irreprimible de desagrado. Fue el *shock*, sobre todo, pero también un indicio de su desesperación por cómo les estaba saliendo aquella noche tanto tiempo anhelada.

Dieron rápidamente la vuelta hasta la fachada del hotel, se metieron dentro y luego se pararon indecisos en recepción.

—Vamos arriba —dijo Bill—. Vámonos a la cama.

—¿A la cama? Sólo son las ocho y media.

—No podemos quedarnos aquí. Es demasiado arriesgado.

—¿Y qué pasa con mi pollo y mis patatas fritas?

Parecía que Bill no la había oído. ¿Pero qué hace aquí?, se estaba diciendo a sí mismo. ¿Quién es esa gente?

Se acercó hasta el mostrador de recepción y preguntó detalladamente por el grupo que acababa de llegar a cenar. ¿Eran huéspedes del hotel? La recepcionista consultó su registro y le dijo que eran miembros de una cosa llamada Asociación del Pueblo Británico, y tenían un congreso de trabajo y pasarían allí todo el fin de semana. Bill escuchó impasible toda aquella información. Se quedó callado un momento, y

entonces se acordó de darle las gracias a la mujer del mostrador. Cuando regresó a donde estaba Miriam, tenía el rostro demudado, marcado por la conciencia de algo nuevo y terrible.

—¿Qué pasa? —preguntó Miriam—. ¿Cuál es el problema?

Bill la cogió del brazo y la llevó hasta las escaleras.

—Ese cabrón es un fascista —dijo.

Después del coito, se quedaron juntos en el centro de la cama, con los cuerpos muy apretados; las viejas piernas velludas y canosas, de treinta y nueve años de Bill, rozando la suavidad del muslo y la pantorrilla de Miriam, recién depilados a la cera. Estaban así acostados no por una cuestión de intimidad, sino porque su colchón de matrimonio se hundía mucho en el centro, y no les quedaba otro remedio. Por su gusto, habrían dejado una separación de medio metro entre ambos. Habían hecho el amor esforzadamente, mecánicamente, sin ganas, pero sabiendo los dos que toda aquella desastrosa excursión aún les parecería más un fiasco si ni siquiera actuaban por pura fórmula. Y ahora, mientras permanecían físicamente unidos, sus pensamientos ya habían empezado a seguir caminos diferentes.

—No se entiende de qué va esta gente —decía Bill—. Por lo menos, con Enoch Powell había algún pensamiento detrás, algo sobre lo que se podía discutir. Dios mío, hasta el Frente Nacional tiene una ideología más o menos. Pero esta gente... Sólo tienen instinto. Es sólo odio. Odio y violencia.

—¿Crees que nos habrá visto? —Miriam se apoyó en un codo, con su densa mata de pelo castaño cayéndole sobre el hombro. Bill no pudo evitar pasar un dedo por su piel, por su inmaculada suavidad—. ¿Crees que el señor Slater nos habrá visto?

—No lo sé, cariño. No tengo ni idea. —Se rió despectivamente—. ¿Has visto alguna vez semejante panda de gilipollas, eh? ¿Semejante panda de enanos asquerosos? Seguro que tienen que contratar a otra gente para que les haga el trabajo sucio. Y esa otra... ¡bruja! ¿Habías visto alguna vez en tu vida algo parecido?

—¿Qué vas a hacer entonces? —insistió Miriam—. Quiero decir, si nos ha visto, si se dedica a largarlo por toda la fabrica, si Irene se entera, ¿qué vas a hacer?

—No nos ha visto —dijo Bill—. Yo lo he visto a él, más bien. Así que ya lo sé. Ahora ya sé quién ha estado repartiendo toda esa mierda. Todos esos malditos y estúpidos panfletos.

—Seguramente da igual, de todas formas —dijo Miriam con una voz lejana, como en sueños, hasta que adquirió un tono más cortante—. Creo que hay alguien que ya lo sabe.

Bill levantó la vista.

—¿Qué?

—En realidad, estoy segura. El señor Gibbs ese, el del Comité de Beneficencia. —Se quedó mirándolo, con la esperanza, por lo visto, de captar alguna señal de

pánico o de sorpresa. Como no hubo ninguna, añadió—: ¿No te importa?

—Ya sabía lo de Gibbs. De hecho, tuvimos unas palabritas al respecto esta tarde.

—¿Unas palabritas? ¿Qué clase de palabritas?

Bill meneó la cabeza, evitando entrar en materia.

—Es un poco cabrón ese tío. Un cabronazo metomentodo. ¿A él qué coño le importa? ¿Por qué no se ocupa de sus propios asuntos ese gilipollas?

—Porque le gusto —dijo Miriam. Se recostó sobre la almohada, los brazos cruzados por detrás de la cabeza. Era una pose lánguida, provocativa. En cierta forma, como si le entusiasmase el tema, como si le produjera un placer sensual—. Me odia, ¿sabes? Me odia porque no me acosté con él.

—¿Qué? —dijo Bill, sorprendido esta vez—. ¿Y eso cuándo ha sido?

—Ah, hace unos cuantos meses. Se acercó a mí en la sala del comité una noche, después de que os hubierais ido todos, y me dijo que si me apetecía salir a tomar algo. Yo le contesté: «No, gracias», con educación, ya sabes, de un modo bastante agradable; y él me dijo que por qué no nos ahorrábamos entonces la copa y nos íbamos directamente a echar un polvo a su casa. —Le echó una mirada a Bill para comprobar si se había puesto lo suficientemente nervioso—. Así que, naturalmente, me quedé... horrorizada, y se lo dejé muy claro, y él me contestó que no necesitaba hacerme la mosquita muerta, que sabía qué clase de chica era, que sabía lo nuestro, que se veía en nuestra forma de mirarnos, y entonces empezó a llamarme de todo, como guarra y puta y asquerosa, y yo le dije que, aun en el caso de que yo fuera una puta, me tendrían que pagar más de un millón de libras para hacerlo con un cerdo como él, y entonces se quedó mirándome, se quedó mirándome un buen rato... Creo que nunca había visto a nadie tan cabreado, estaba segura de que iba a darme con el cinturón en la cara o algo parecido...

—Yo sí que le habría pegado con el cinturón como se hubiera atrevido, te lo puedo jurar.

—... Pero, en cambio, se limitó a salir de la habitación sin decir una sola palabra, de un modo que todavía daba más miedo... Aquel silencio, aquel no decir ni mu, y desde entonces, siempre que me ve, se lo veo en la cara, ese mismo sentimiento de... odio. Ese odio tan total que me tiene...

Bill se incorporó, se inclinó sobre ella, puso la cara cerca de la suya. Hizo un esfuerzo por sonreír, por darle seguridad, pero incluso mientras lo hacía, una nube se formó en algún rincón de su memoria. Qué raro era, qué extrañísimo, que se hubiera encontrado a Gibbs y a Slater en el mismo día. Y al retrotraerse todos esos meses hasta la víspera de San Valentín, hasta el momento en que Miriam lo había llamado a casa... Sí, era esa tarde cuando había leído la carta de Gibbs y visto a Slater en la tele, y leído también el vil panfleto que Slater, o eso parecía ahora, debía de haber paseado por toda la fábrica. Al parecer siempre iban en el mismo lote aquellos dos, como si hubiera una especie de conexión entre ellos. Y había otra cosa, otra cosa muy rara, algo que le había dicho Gibbs esa tarde. En su momento no la entendió muy

bien: «Esa academia para pijos...», sí, exactamente. Así era como había definido al King William's. Pero ésa era la frase que había empleado también Slater, hacía justo un año, cuando regresaban a casa en taxi desde el restaurante. ¿Por qué habían tenido que utilizar la misma expresión? Y ahora que se paraba a pensarlo, ¿cómo sabía Gibbs a qué colegio iba Doug, para empezar? Debían de haber estado hablando de él, era la única explicación. Así que tenían que conocerse. Debían de ser amigos.

—No te preocupes, Bill —estaba diciendo Miriam, mientras le pasaba una mano por la mejilla sin afeitarse—, me da igual que ande detrás de mí.

Pero no, pensó Bill, no se trataba sólo de eso. Algo peor, una especie de terror se apoderó de él cuando pensó en aquellos dos: algo relacionado con Miriam. Como una premonición...

Hizo lo que pudo por sacudirse aquella sensación, por pensar en sus responsabilidades. Para empezar, él era quien había metido a Miriam en aquel lío. Era su obligación defenderla.

—No estoy preocupado —dijo, y casi consiguió esbozar una sonrisa—. No me preocupa Gibbs, por lo menos. Está acabado.

—¿Qué quieres decir?

—Que voy a hacer que lo despidan.

Miriam abrió mucho los ojos, y entonces también se sonrió, no sólo de puro placer sino ligeramente divertida, por lo visto, ante aquel inesperado despliegue de resolución masculina.

—Pero no se puede despedir a alguien así como así, ¿no? —preguntó.

—Es un ladrón. Ha estado sacando dinero de la cuenta del Comité de Beneficencia.

—¿Pero lo puedes demostrar?

—Sí. El banco me ha devuelto los talones. Todos con la firma falsificada.

—¿Qué firmas ha falsificado?

—La de Tony Castle. La mía. —Hizo una pausa para darle más énfasis, antes de decir—: La tuya.

—¿Y por qué no has hecho algo antes? —dijo Miriam.

—He estado esperando el momento oportuno —dijo Bill—, que es éste. —La besó tiernamente, y de repente se dejó llevar por una irresistible ola de emoción. Empezaron a brotarle las palabras una tras otra, y se oyó a sí mismo diciendo unas cosas (sabiendo incluso mientras las decía que no debería decirlas) que eran las peores que podía decir—. Te quiero, Miriam. Haría lo que fuera por ti, ya lo sabes. Lo que fuera por hacerte feliz.

Esperaba que ella le acariciase, que le devolviese el beso. Pero, en cambio, respondió:

—Yo también tengo a alguien más, Bill. No eres el único.

Él se apartó.

—¿Qué?

—Puede que el señor Gibbs tenga razón —dijo Miriam con una voz prácticamente carente de expresión—. Puede que sea una guarra. Una puta. Eso es lo que me llamaría mi padre. —Soltó una risa de desesperación—. ¡Ay, si pudiera verme! Cogería la maldita Biblia de la familia y me dejaría seca del golpe.

—¿Quién es? —quería saber Bill—. ¿Cómo se llama?

—No lo conoces —dijo Miriam—. No es de la fábrica. No es de por aquí. —Se quedó mirándolo, radiante—. No estarás celoso, ¿no? Al fin y al cabo tú también tienes a Irene.

Al principio Bill no dijo nada. Estaba furiosamente celoso, de eso no cabía duda, pero al mismo tiempo aliviado, y ni siquiera podía empezar a conciliar los dos sentimientos.

—No te lo estarás inventando, ¿verdad? —preguntó después—. Porque si es una manera de hacer que...

—Es mucho más joven que tú —dijo Miriam—. Tiene como la mitad de tu edad. No es tan guapo como tú, pero tiene más... energías, tú ya me entiendes. Y no está casado.

Bill se echó de espaldas y se quedó mirando al techo.

—¿Vais en serio? —preguntó—. ¿Dónde lo conociste?

Miriam se incorporó en la cama, se montó a horcajadas sobre él y alargó la mano hasta su entrepierna. Lo puso a punto y luego se deslizó hacia abajo poco a poco, ininterrumpidamente, con sumo cuidado, con suma atención, hasta que lo tuvo bien dentro; los ojos de él muy apretados de pura expectación, de irremediable placer.

—Tú eres el único al que quiero, Bill. El único —dijo ella; y esa noche no se habló más.

A la mañana siguiente, el comportamiento de Miriam aún fue más extraño, y su nostalgia de Irene, de la seguridad que representaba, todavía se hizo más aguda.

Cortando por lo sano, pagaron la cuenta y se marcharon del hotel antes del desayuno, para acercarse en coche hasta las Clent Hills. En la cafetería comieron unos buenos pedazos de cake y se tomaron un café con leche bastante fuerte. Luego pasearon durante una hora o más por las crestas escasamente arboladas, los helechos con las últimas trazas de oro otoñal, los caminos de herradura que no les llevaban aparentemente a ningún sitio a través de praderas secas y desteñidas y desordenados grupos de árboles de hoja perenne, con las copas formando doseles improvisados contra la penetrante luz matinal. Tras la lluvia del día anterior, les aguardaba el buen tiempo, y casi tenían las colinas para ellos solos. A veces un caballo pasaba despacio a su lado, y el jinete se tocaba ligeramente el sombrero a modo de saludo, o un perro jadeante zigzagueaba por el sendero de su amo, pero, por lo demás, el mundo los había dejado solos. Tierras de cultivo a medio explotar se extendían a ambos lados. Y se podía oír, como siempre, el lejano tráfago de la autopista.

Bill le pidió a Miriam que le contara más cosas de su nuevo amante. Ella esquivaba sus preguntas hábilmente; se las devolvía entre risas, cambios de tema, evasivas. Le cogía de la mano, le besaba, le cogía del brazo; luego se daba la vuelta, elegía un sendero distinto, se quedaba quieta mirando los campos mientras él seguía caminando delante. No conseguía entenderla.

Cuando regresaron al coche, lo primero que dijo fue:

—Entonces, ¿vas a elegir? ¿Entre él y yo?

—¿Y tú qué? —respondió ella—. ¿Vas *tú* a elegir, entre ella y yo?

Pero Bill ya había elegido. La aparición de aquel rival potencial sólo le ponía las cosas más fáciles. Ya no tenía la sensación de abandonar a Miriam; más bien renunciaría a ella, dejándola en manos de alguien más joven y más cualificado. Había algo casi noble en aquel gesto. De momento apenas podía soportar la idea de que tendría que vivir sin ella, de que nunca más se le permitiría ver, o tocar, aquel cuerpo que había llegado a conocer mejor que el de su mujer. Pero estaba seguro de que eso era lo que debía hacer. Hasta creía que era lo que quería en el fondo la propia Miriam.

Regresaban en coche a Northfield, y sólo estaban a cinco minutos de la casa de Miriam, cuando se puso histérica. Se echó a llorar otra vez, y se puso a gritar entre sollozos que su vida no significaba nada cuando no estaba con él, que iba a presentarse un día en su casa para enfrentarse a Irene, que se mataría si no dejaba a su mujer y se iba a vivir con ella. Bill aparcó en el arcén y trató de tranquilizarla, sin muchas esperanzas. Empezó a hacerle promesas, promesas que sabía que nunca cumpliría. Pareció que sus sollozos y sus gritos duraban horas y horas, como las interferencias de una radio a todo volumen. Lo único que podía hacer era repetir una y otra vez que la quería, que la quería, que la quería. Los dos habían perdido el control sobre lo que decían.

A la mañana siguiente, Miriam sabía que tenía que salir de casa. Los domingos en casa eran siempre horribles. Miriam y Claire vivían continuamente atemorizadas por su padre, Donald, cuya presencia severa y taciturna parecía haber revestido de hielo su infancia entera, y cuya conducta los domingos lo hacía aún más adusto e intratable. Aunque ya no insistía en las dos horas de estudio de la Biblia que habían constituido una tenebrosa característica de sus fines de semana, seguía esperando que toda la familia junta acudiese a la iglesia por la mañana. Ese día, sin embargo (tal vez percibiendo que su hermana no se encontraba en el estado adecuado para pasar aquella prueba semanal), Claire se atrevió a un desafío espectacular e inaudito, y se negó tajantemente a acompañarlo. Donald tembló de rabia cuando se lo dijo; se produjo un enfrentamiento venenoso y amargo entre los dos, lleno de lágrimas por parte de Claire y tácitamente brutal por parte de su padre; pero el resultado fue que las dos hijas se mantuvieron firmes en su decisión, y salieron echando pestes de casa las dos juntas sobre las diez de la mañana. No tenían otra cosa que hacer más que dar un largo paseo.

Aquél había sido un año turbulento en su relación. A principios de diciembre de 1973, una serie de manchas de Bovril en su diario íntimo habían puesto a Miriam sobre aviso de que Claire lo leía cuando ella no estaba. A eso le siguió una auténtica ruptura. Tras una discusión increíblemente larga, violenta e intensa, no se dirigieron la palabra en mes y medio. Las navidades, en esas circunstancias, habían resultado insoportables; y el cumpleaños de Claire no fue mucho mejor. Y, sin embargo, de alguna manera, gracias a uno de esos milagros menores que forman parte de la extraña textura de la vida familiar, se había producido una reconciliación. Saber lo que Miriam sentía por Bill Anderton hizo que Claire, lenta y dolorosamente, pasara de ser un objeto de odio a una especie de confidente. Miriam había dejado de llevar un diario, y nunca le contó a Claire toda la historia, en cualquier caso; pero el mero hecho de que su hermana supiese de la existencia de Bill, que supiera su nombre y comprendiera la importancia que tenía para ella, hizo que Miriam tuviera ganas, no de compartir sus secretos con Claire, pero al menos de buscar su compañía, intuitivamente, cada vez que aquel affaire la angustiaba. De esta forma, a pesar de la diferencia de edad, nació una especie de intimidad entre ellas.

Ese domingo por la mañana fueron en el autobús 62 tan lejos como pudieron, más allá de la fábrica de Longbridge, hasta Rednal. Se pasearon por Cofton Park, se dejaron caer por la galería de tiendas al principio de Lickey Road, y acabaron regresando a la terminal de autobús, para sentarse en el mugriento café lleno de humo frente al quiosco de periódicos. El nombre de Bill no había salido a relucir ni una sola vez durante todo aquel tiempo, aunque Claire estaba segura de que ocupaba un gran espacio en la mente de su hermana. En la parte sur del parque se había quedado frente

a la casa de los Anderton dos o tres minutos, escrutándola desde el otro lado de la carretera. No había ningún coche en el camino de entrada, y Miriam siguió andando sin decir palabra. Esa mañana estaba increíblemente callada.

Cuando estaban sentadas en el café, bebiendo una Cola demasiado dulce y compartiendo bolsas de patatas fritas, Claire vio que entraban dos niños. A uno de ellos lo reconoció inmediatamente, con una pequeña oleada de emoción: era Benjamin Trotter. El otro, probablemente, sería su hermano pequeño. Parecía que tenían una discusión.

—Ya sabes que no les gusta que vengamos a sitios como éste —estaba diciendo Benjamin.

—Ésa es precisamente la gracia que tiene venir aquí; no seas tan formalito. He aguantado toda esa maldita misa contigo, jolín. Lo menos que puedes hacer es invitarme a papear algo.

—¿A papear algo? ¿De dónde sacas esas expresiones tan estúpidas? No te voy a invitar a nada, de todas maneras.

—El sermón ese —dijo Paul, mientras rebuscaba en su bolsillo a ver si encontraba una moneda de diez peniques— ha sido el colmo de la vacuidad intelectual.

—Pues no sé para qué has venido. Ya sabes que prefiero ir solo.

—Ahora que el cretino de mi hermano ha caído en manos de los fanáticos religiosos, tengo que velar por su salud. —Paul le dio el dinero a Benjamin e hizo una significativa seña con la cabeza en dirección a Miriam y Claire—. Pídeme algo rico, que yo me voy a ligar a esas dos tías buenas de ahí. Estoy seguro de que caen.

Antes de que Benjamin pudiera detenerlo, Paul se había sentado en la mesa de al lado de las dos hermanas, y ya le estaba diciendo algo, seguro que una impertinencia, a la mayor de las dos. Benjamin compró dos latas de limonada y se acercó rápidamente. A esas alturas ya había visto y reconocido a Claire, pero eso no ponía las cosas más fáciles por lo que a él se refería. No tenía ni idea de lo que iba a decir, y además tampoco le ayudaba nada el que le estuviera cambiando la voz, así que no había forma de saber en qué tono le iban a salir las palabras en un determinado momento.

Claire lo sacó del apuro, de todas formas, porque, en cuanto él se acercó, le dijo con voz mandona:

—Tú eres Benjamin. —Y le quitó de las manos una de las latas añadiendo—: Danos un trago.

—Siento lo de mi hermano —tartamudeó Benjamin—. Es un pesado.

Paul sacó la lengua y luego se volvió hacia Miriam para decir:

—Te la enseño, si me lo enseñas.

Ella se quedó mirándolo como si fuera un bicho raro.

—Vas al King William's, ¿verdad? —prosiguió Claire—. Te he visto en el autobús.

—Sí, sí —dijo Benjamin. No era una réplica muy brillante que se diga. Le pegó un sorbo tremendo a su pajita mientras pensaba en algo más que decir—. ¿Venís de misa? —preguntó.

—¿Cómo *de misa*? —repitió ella, sin dar crédito. Entonces se hizo bruscamente el silencio, hasta que Claire, pensando evidentemente que no valía la pena volver a sacar el tema, le dijo a Benjamin en plan desafiante—: Te he visto con tus amigos. Siempre andáis presumiendo y chuleándoos.

—Ah, pues no. Por lo menos a mí no me lo parece.

—Conoces a Philip Chase, ¿verdad?

—Sí. Es mi mejor amigo.

—Y a Duggie Anderton.

Miriam levantó la vista: un repentino y violento movimiento de cabeza.

—¿A *Duggie*? —dijo Benjamin—. Nadie le llama *Duggie*.

—Ah —dijo Claire—. Creía que era así como le llamaba la gente. —Notó que su hermana se ponía blanca como la cera, y de golpe se dio cuenta de que había sido un error mencionar siquiera el apellido familiar. Cambió de tema rápidamente—. Me gustaría que hiciésemos más cosas juntos, ¿y a ti? Me refiero a los dos colegios.

—Sí —dijo Benjamin—. Estaría bien. —Esta sugerencia desencadenó en él toda una serie de pensamientos, y preguntó como de casualidad—: No conocerás a una chica que se llama Cicely, ¿verdad? Cicely Boyd.

Claire alzó los ojos al cielo.

—Dios mío, ¿por qué *todos* los chicos de tu colegio no paran de hablar de Cicely? ¿Por qué están tan obsesionados con ella? —Estaba claro que Benjamin había tocado un punto débil—. Quiero decir, ¿qué pasa con ella? Ni siquiera es que sea muy guapa.

—Claro que es muy guapa —le contestó él—. Es preciosa. —Le salió sin poder contenerse.

Claire esbozó una sonrisa glacial.

—Ah, ya entiendo. Te has enamorado como un colegial, ¿no? —Abrió otra bolsa de patatas fritas y dijo sin ofrecerle—: Pues lo que sí te puedo decir es que no eres el primero de la cola.

—Ya lo sé —dijo Benjamin. El comentario de ella sólo había pretendido herirle, pero se lo tomó como una triste verdad—. A todas las chicas les gusta Harding, ¿verdad? Como siempre está de cachondeo...

—No —respondió Claire despectivamente—. No le gusta a nadie. Bueno, está bien para echarse unas risas. Sólo hay un chico en tu curso que las tiene locas a *todas*.

Benjamin esperó a que se explicara, pero por lo visto era demasiado obvio como para necesitar decirlo. Al final, aventuró una hipótesis.

—No será Culpepper...

—¡Culpepper! ¡Pero qué dices! Es Mister Repulsivo.

—Entonces, ¿quién?

—Pues Richards, claro.

Benjamin se quedó sin habla.

—¿Te refieres a Rastus?

Claire por poco se atraganta con una patata.

—No lo llamaréis así, ¿verdad?

—¿Y por qué no?

—Es tan... insultante.

—Qué va. Es de broma.

—No lo podéis llamar Rastus sólo porque es negro. ¿Te gustaría que nadie te llamara por tu verdadero nombre?

—Pero si no me llama nadie. Por lo menos en el colegio. Todos me llaman Bent.

Pareció que Claire estaba a punto de soltar una risita o algún comentario cáustico, pero se lo pensó mejor y dijo sin más preámbulos:

—¿Quieres salir conmigo alguna vez?

—¿Salir contigo? —dijo Benjamin al tiempo que le daba un vuelco el estómago y un pánico delicioso se apoderaba de él.

—Hay una fiesta en el salón de la iglesia este martes. Podríamos ir juntos y bailar hasta hartarnos.

No había bailado hasta hartarse en su vida. Era una perspectiva sencillamente aterradora. Con cierto alivio, vio que era capaz de decir:

—Ya tenía pensado salir el martes. Voy a un concierto al Barbarella.

—¿En serio? —dijo ella—. ¿Y con quién vas?

—Con El Chaval Melenudo.

—¿Con quién?

—Con Malcolm. El novio de mi hermana. Va a llevarme a ver a Hatfield and the North.

—No los conozco. ¿Puedo ir yo también?

—No —respondió Benjamin con decisión—. No te iba a gustar esa música. Es muy complicada y muy difícil. Un poco como Henry Cow.

—Tampoco sé quién es.

—No es el tipo de cosa que os gusta a las chicas, me parece.

—Lo que yo te diga —dijo Claire, estrujando con rabia su bolsa de patatas fritas—. Siempre presumiendo y chuleándose.

En ese momento, el sonido de una mano estableciendo pleno contacto con la mejilla de otra persona indicó que la conversación de al lado había alcanzado su clímax. Miriam echó la silla hacia atrás y se levantó bruscamente.

—Tu hermano —le dijo a Benjamin— tiene una mente más asquerosa que una alcantarilla. Venga, vámonos. —Agarró a su hermana por el brazo y la arrastró hasta la puerta, volviéndose únicamente para decir—: ¡Y yo que creía que lo había visto todo!

Mientras salían del café, Benjamin consiguió establecer contacto visual con Claire por un momento, y luego ya se habían ido, dejándolo completamente

desarmado; presa, en definitiva, de una aplastante sensación de oportunidad perdida.

—¿Qué le has dicho? —iba a preguntarle a Paul. Pero vio la sonrisa de satisfacción que tenía la carita de malo de su hermano, y decidió que no quería saberlo.

Esa tarde, en su dormitorio, Benjamin trabajó en su última composición. Se trataba de un tema para dos guitarras, que duraba aproximadamente un minuto y medio. Había dado con una primitiva técnica de regrabación al ver que, si grababas una de las partes de la guitarra en un cassette, podías tocar luego con la cinta y hacer una especie de dúo. El tema era en La menor y se titulaba provisionalmente «Cicely's Song». Había jugado brevemente con la idea de cambiar ese título por el de «Claire's Song», pero habría sido una muestra de su volubilidad. Además, era emocionante que alguien le hubiera pedido salir con él, pero en realidad Claire no le llegaba a Cicely a la suela del zapato. Ni en belleza ni en personalidad. No había comparación posible.

La segunda parte de la guitarra le resultaba bastante difícil. Se le había colado un Fa sostenido mayor con séptima en la secuencia de acordes (sonaba bien), lo que significaba que en ese punto de la melodía debía tocar un Do sostenido más que un Do natural. Era extraño, y seguía saliéndole mal. Pero, en definitiva, en eso consistía ser un pionero musical. Tendría que escribir cosas aún más raras, se dijo a sí mismo, si quería sonar como Henry Cow. Malcolm había dicho que iría a ver cómo la tocaba la próxima vez que fuera a su casa. Para entonces tenía que salirle perfectamente.

Por lo que respecta a Lois, se tomaba con asombrosa calma esta relación tan inverosímil. No parecía que fuera algo que pudiera alterarla de momento. Malcolm la había cambiado. Estaba en su último curso del colegio, y ya había solicitado plaza en la Universidad de Birmingham para no tener que separarse de él cuando acabara. A sus ojos él no podía hacer nada malo, y si había decidido tomar a su hermano bajo su protección y guiarle en una especie de extraña educación musical, pues mejor que mejor. Hasta Colin y Sheila, al preguntarles si Benjamin podía ir con él al Barbarella el martes por la noche, habían dado su beneplácito. Eso era una muestra de lo mucho que la familia había llegado a confiar en él.

—¿Estás segura de que no te importa? —le había preguntado Benjamin a Lois el día anterior—. ¿No te parece mal que vaya conmigo y tú te quedes en casa?

—Para nada —dijo Lois—. Ya sabes que no me gusta ese tipo de música. Y tengo que arreglar este vestido, de todas maneras. —Le habían regalado un vestido de terciopelo morado de falda larga al cumplir diecisiete años, y tenía que meterlo un poco. Debía estar listo el jueves, que era su aniversario y haría un año, no desde que se conocían, sino desde que Malcolm había recibido su carta, reenviada desde la redacción de *Sounds*—. Me va a llevar a cenar —dijo— y me ha dicho que me pusiera guapa. Por lo visto, vamos a hacer algo especial. Dice que me tiene una sorpresa.

El martes por la noche en Barbarella, Benjamin descubrió cuál iba a ser esa sorpresa. Malcolm rebuscó en el bolsillo de su chaqueta, sacó un pequeño joyero forrado de cuero, y le enseñó una sortija de pedida de brillantes.

—¿Qué te parece, eh, chavalote?

—Guau —dijo Benjamin, que no sabía nada de joyas—. Es preciosa. ¿Es auténtica?

Esa pregunta provocó una risotada de Reg, el amigo de Malcolm y el tercero en discordia. Malcolm no le había dicho a Benjamin que Reg iba a ir con ellos, y al poco rato de estar con él, ya le habían intimidado aquella melena canosa y enmarañada que le llegaba hasta los hombros, su cutis rojizo, los tres dientes que le faltaban y la risa que le daba todo lo que decía Benjamin. Reg tenía una edad indeterminada (debía de andar entre los veinticinco y los cincuenta), y era capaz de liquidar una jarra de cerveza en seis segundos justos. La otra cosa que le llamó la atención a Benjamin fue que fumaba los pitillos de olor más raro que había visto en su vida. Malcolm se refería a él como «el liante de Reg», pero Benjamin no acababa de entender por qué.

—Pues claro que es auténtica —dijo Reg—. ¿Quién coño te has creído que es?

Decir tacos todo el tiempo era otra de sus características.

—Es de oro de dieciocho quilates —dijo Malcolm—. Mi Lois se merece lo mejor.

—¿Y cómo coño sabes que va a decirte que sí? —preguntó Reg.

—Es que no lo sé. —Se volvió hacia Benjamin—. ¿A ti qué te parece, chavalote?

—Que seguro que te dice que sí. Se muere de ganas de casarse contigo.

Reg fue a pedir dos jarras de cerveza más y una Coca para Benjamin, que no sólo era demasiado pequeño para beber, sino también demasiado pequeño, técnicamente hablando, para estar en aquel club. Parecía, sin embargo, que Malcolm conocía al tío de la puerta, quien había hecho la vista gorda.

—¿Y qué me dices de la diferencia de edad? —preguntó Malcolm—. ¿Tú crees que es muy grande?

—No sé —dijo Benjamin—. ¿Cuántos años tienes?

—Veintitrés.

—Entonces sólo son seis años. Lo mismo que mis padres.

Malcolm asintió solemnemente. Pareció que se quedaba más tranquilo. Benjamin nunca lo había visto tan nervioso.

—¿Cuántos años tiene Reg, por cierto?

—Sabe Dios. Lo conocí cuando estudiaba en Aston. Solía aparecer por el Arts Lab. Un día nos pusimos a hablar. Es un tío estupendo, no te preocupes por él.

—Dice muchos tacos.

—Pero tiene buen fondo.

Benjamin le echó un vistazo a la concurrencia que circulaba entre las mesas, envuelta en abrigos largos y chaquetones de piel de cordero. El noventa y cinco por

ciento eran hombres. El techo del club era bajo, y la iluminación amarillenta destellaba débilmente contra las guitarras, los amplificadores y la batería alineados en el escenario. Ya habían escuchado las dos primeras actuaciones: un cantante llamado Kevin Coyne y al dúo de piano y saxo formado por Steve Miller y Lol Coxhill. La música sonaba rara en ambos casos, pero en general era bonita, y tenía su propia lógica sesgada. El público la había escuchado en un respetuoso silencio, con el ceño fruncido de pura concentración. Malcolm le dijo que el siguiente grupo, Hatfield and the North, probablemente sería más accesible, más divertido, pero Benjamin entendía muy bien por qué, en conjunto, Lois había preferido quedarse en casa.

—¿Cuándo os vais a casar? —preguntó.

—Hasta el verano no, supongo —dijo Malcolm—. Cuando ella deje el colegio. Yo voy a seguir en este trabajo unos meses más para ahorrar un poco de dinero; luego, cuando tengamos todo más seguro, podemos largarnos una temporada. Antes de que ella vaya a la universidad. A la India, o a Nueva Zelanda. A lo mejor al Lejano Oriente.

—A Lois le encantaría —dijo Benjamin.

—A lo mejor podemos pasar la luna de miel en el Taj Mahal.

—Qué maravilla.

«El liante de Reg» regresó con las bebidas.

—¿Adónde la vas a llevar el jueves por la noche, entonces? ¿Dónde vais a hacer cochinadas?

—Creo que empezaremos por La Parra sobre las ocho. Y luego vamos a ir... —volvió a rebuscar en su bolsillo, y sacó una tarjeta—... a este sitio. He reservado mesa para las nueve.

—*Papa Luigi's Pasta and Spaghetti di Milano* —leyó Benjamin, antes de devolvérsela—. ¿Qué clase de restaurante es ése?

—Un italiano —dijo Malcolm.

—No has viajado mucho, ¿verdad? —«El liante de Reg» se zampó su jarra de cerveza de un solo trago y soltó un eructo imponente—. Joder, qué gilipollas soy —dijo, y cogió un ejemplar de *NME* ^[11] de un taburete cercano—. Mira, Malc, ¿cuánto has pagado por entrar aquí?

—Sesenta y nueve peniques cada uno.

—Pues podía habernos salido por cuarenta y nueve, si hubiéramos tenido uno de éstos.

Le enseñó a Malcolm un cupón, en donde ponía que aquel concierto era para algo llamado The NME/Virgin Crisis Tour. La idea, por lo visto, era alegrar un poco la vida de los oprimidos jóvenes británicos aficionados a la música, que no paraban de sufrir los efectos de aún más huelgas y recortes de combustible. Las segundas elecciones generales del año se habían celebrado hacía unas semanas, y había salido elegido otro gobierno laborista (esta vez por una mayoría de tres escaños), pero nadie creía que se fuera a notar mucha diferencia.

—El capullo este de Branson es un tío legal, ¿no?

—Creo que sí —dijo Malcolm.

Le explicaron a Benjamin que Richard Branson era el director de Virgin Records.

—Hacen falta hombres como él, ¿sabes? —le dijo Malcolm—. Idealistas. Gente que no piense sólo en el dinero. Si no, ¿qué sociedad vamos a tener?

—¿Eres socialista? —le preguntó Reg—. ¿O un puto conservador?

—No sé —respondió Benjamin—. Un puto conservador, supongo.

Reg volvió a soltar una risotada.

—Y seguro que piensas que el IRA es una banda de asesinos católicos de mierda, ¿verdad? Y nuestros chicos de Belfast la sal de la puta tierra...

—Dale tiempo, Reg. Va a un colegio de ricos. No ha tenido oportunidad de aprender nada.

—Regálale *Los filántropos de los pantalones andrajosos* por su cumpleaños. Y algo de George Orwell, ya que estamos. —Reg se inclinó casi hasta la cara de Benjamin. Su aliento era una potente mezcla de cerveza y de aquel extraño tabaco—. Tarde o temprano tienes que despertar, chavalín. Tienes que abrir los ojos a lo que está pasando en este país.

—¿Te refieres a los sindicatos?

—No, no me refiero a los sindicatos. Los sindicatos son los buenos, ¿entiendes? Me refiero a toda la gente que se está uniendo *contra* los sindicatos. Quiero decir esos coroneles retirados con ideas peligrosas que están juntando ejércitos privados. Con dinero de los bancos y de las multinacionales. Y amigos del partido conservador. —Se recostó, le guiñó un ojo misteriosamente y concluyó—: Créeme si te digo que se está montando una bien gorda en nuestra querida y vieja Inglaterra.

Malcolm asintió.

—Se avecinan tiempos muy duros por el horizonte —masculló.

—Mientras tanto —dijo Reg—, ¡el traidor y gilipollas de Malcolm aquí presente está listo para convertirse en un miembro bien pagado de la puta burguesía! —Le dio una palmada en la espalda, con cariño, pero muy fuerte. Malcolm esbozó una sonrisa triste—. Y, por cierto, te daré un consejo gratis. No la llesves a La Parra.

—¿Por qué no?

—Porque la cerveza sabe a pis, y a esa hora de la noche estará llena de capullos todos trajeados.

—Y entonces, ¿adónde la llevo?

—No sé —dijo Reg, sacando otro Rizla—. ¿A La Taberna de la Ciudad?

Nada de aquello tenía sentido para Benjamin, por mucho que lo intentara. «El liante de Reg» hablaba otro idioma. Pero tampoco era que le convencieran las cosas que le decían sus padres o los profesores del colegio. Era el mundo, el mundo mismo, lo que quedaba fuera de su alcance, todo aquella construcción tan absurdamente

inmensa, compleja, fortuita, inconmensurable, aquel infinito flujo y reflujo de relaciones humanas, políticas, culturas e historias... ¿Cómo podía aspirar alguien a dominar semejantes cosas? No era como la música. La música siempre tenía sentido. La música que escuchó esa noche era lúcida, reconocible, estaba repleta de inteligencia y humor, de melancolía, energía y esperanza. Nunca entendería el mundo, pero siempre amaría aquella música. La escuchaba con Dios a su lado, y sabía que había encontrado un hogar.

El jueves por la noche, el 21 de noviembre de 1974, Lois y Malcolm se encontraron a las ocho menos cuarto, en la esquina sureste de Holloway Circus, a la entrada de la Odeon Queensway. Atajaron por el viaducto de Smallbrook y siguieron por Hill Street, ruta desde la que divisaron el Jacey Cinema, donde esa semana el público podía elegir entre *Chicas descarriadas*, *Cuando las chicas se desnudan* y *Juegos de amor a la sueca*.

Se echaron a reír con aquellos títulos.

—No necesito ver ese tipo de películas —dijo Malcolm—. Tú eres mi chica descarriada.

—¿Y qué tal unos juegos de amor al estilo Birmingham? —dijo Lois.

Los dos temblaban, de frío y de expectación. Los dos llevaban abrigos largos, así que Malcolm aún no había tenido ocasión de ver el maxivestido de terciopelo morado de Lois.

En el cruce de Navigation Street con Stephenson Street, a la entrada de la librería Hudson, Malcolm rodeó a Lois con los brazos y le dijo:

—Te quiero, ¿sabes?

—Yo también a ti —dijo ella, y se estuvieron besando más de un minuto, al principio vorazmente, luego con ternura, con la mano de Malcolm bien hundida en el pelo de ella, y la mano de Lois acariciándole el cuello.

—Creía que sería mejor besarnos ahora —dijo él—. Nos echarían si hiciéramos esto en el pub. —Luego, notando algo raro, se apartó—. ¿Qué pasa, cariño?

Lois tenía lágrimas en los ojos.

—Soy tan feliz... —dijo ella—. Me has hecho tan feliz...

Continuaron andando por Stephenson Street y torcieron a la derecha por New Street. El centro de la ciudad parecía tranquilo, amigable, pacífico. Había varias parejas de su edad, que salían al pub o a algún restaurante. Parecía una noche propicia para los amantes.

La Taberna de la Ciudad estaba bajo el nivel de la calle y, al anochecer, eso la convertía en un lugar cómodo y acogedor. Se bajaba un corto tramo de escaleras y entraba uno en una zona amplia, abierta, salpicada de columnas de ladrillo, donde relucían los tiradores de la cerveza de barril tras una barra en forma de L y parpadeaban las luces de las máquinas tragaperras y la gramola; toda la estancia animada por las voces, la música, la alegría de la gente, el sonido de la diversión. Malcolm conocía a un par de clientes y los saludó con la cabeza. Cogió a Lois del brazo y la ayudó a abrirse camino entre la multitud. Siempre se ponía un poco nerviosa cuando entraba en un pub, incluso ahora. Seguía sin tener la edad permitida, y no dejaba de pensar en que iba a toparse con alguno de sus profesores, aunque ni siquiera se imaginaba lo que la señora Ridley o la señorita Winterton podrían hacer

allí. El local estaba muy lleno. Malcolm creía que no sería capaz de encontrar una mesa, pero entonces distinguió una; había una vacía todavía, por algún extraño golpe de suerte, la suerte que sabía que le sonreía aquella noche. Le apartó la silla a Lois para que se sentara, se aseguró de que estaba a gusto y luego fue a buscar las bebidas. Ella sólo quería una tónica, quería mantener la cabeza despejada en el restaurante, disfrutar de la cena y del vino con que iban a acompañarla. Malcolm pidió media jarra de cerveza. Tampoco quería pasarse.

Él alucinó con el vestido, le dijo que estaba preciosa con él. Se cogieron de la mano por encima de la mesa, y no se enteraron de la gente que los rodeaba de pie, agobiándolos.

—No me puedo creer que ya haga un año —dijo Malcolm.

—Te entiendo —dijo Lois—. Es increíble.

—¿Qué habría pasado si no hubieses visto mi anuncio?

—¿Qué habría pasado si hubieras elegido a otra?

—Sólo me contestaron dos —dijo él.

—Peor aún. Suponte que te hubieras enrollado con ella, en vez de conmigo.

—No me lo quiero ni imaginar.

—Nuestra vida habría sido completamente distinta.

La besó en la mano y, al poco rato, fue a buscar otras dos bebidas. Cuando regresó, pasaban dieciséis minutos de las ocho, y Lois tarareaba entre dientes la melodía de la gramola.

—Me encanta este disco —dijo—. Es mi canción favorita. ¿No te encanta?

Era una nueva versión de «I Get A Kick Out Of You», interpretada por Gary Shearston. Llevaba siglos en las listas de éxitos. Lois cerró los ojos y se puso a cantar.

*No me entusiasma el champán,
el alcohol no me hace gracia.*

Malcolm dejó su vaso y se puso también a cantar.

*Dime entonces la verdad
de por qué tú me entusiasmas.*

Lois se sorprendió al oírle cantar. No lo había oído nunca. La hizo reír.

—No sabía que te gustara ese tipo de música —dijo.

—Las canciones antiguas son siempre las mejores. —Se echó hacia delante, impaciente—. Por cierto, ¿eso es lo que vamos a tomar esta noche?

—¿El qué? ¿Cocaína? —dijo Lois, porque había empezado la siguiente estrofa.

—No, tonta. Champán. Vamos a abrir una botella.

—¿Tienes dinero?

—Claro. Es una ocasión especial. —Y entonces, dando el paso decisivo, largamente acariciado, añadió—: Mucho más especial de lo que tú te crees.

A Lois le dio un vuelco el corazón.

—¿Qué quieres decir?

Malcolm manoseó el estuchito de cuero que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. No quería que ella se lo hubiera preguntado tan pronto, pero no había nada que hacer: no podía contenerse.

—Mira, cariño, ya sabes lo que pienso de ti, ¿verdad?

Lois no respondió. Sólo le devolvió la mirada, con los ojos al borde de las lágrimas.

—Te quiero —dijo Malcolm—. Estoy loco por ti. —Aspiró hondo, una inspiración tremenda—. Tengo que decirte algo. —Le agarró una mano y la apretó con fuerza. Como si no fuera a soltarla nunca—. ¿Sabes lo que es?

Claro que lo sabía. Y, por supuesto, Malcolm también sabía cuál iba a ser su respuesta. Se entendieron perfectamente en ese momento. Estaban lo más cerca el uno del otro, y lo más cerca de la felicidad, que puedan estarlo dos personas. Pero Malcolm nunca llegó a hacer la famosa pregunta.

Porque, a las ocho y veinte exactamente, el mecanismo de relojería accionó el detonador, las pilas dejaron pasar energía a los cables, y quince kilos de gelignita explotaron al otro lado del pub.

Y así fue como todo acabó para la chica y el chaval melencólico.

LAS MISMÍSIMAS FAUCES DE LA MUERTE

... mi recuerdo más claro es el de la luz que se veía, aquel cielo de pintores, azul grisáceo como los ojos de Marie y como los ojos de sus nietos, el color de un dolor que no se irá...

A veces tengo la sensación de que estoy destinado a estar entre bastidores siempre que tiene lugar la acción principal. De que Dios me ha hecho víctima de alguna cósmica broma pesada, al asignarme poco más que un papel de figurante en mi propia vida. O a veces creo que mi papel consiste simplemente en ser el espectador de las historias de otras personas, y alejarme siempre en el momento más importante, largándome a la cocina a prepararme una taza de té cuando se produce el desenlace.

Debería explicar que esto es a modo de disculpa, porque estoy a punto de empezar a contar una historia sin saber cómo acaba. O, por lo menos, tengo una versión del final, pero sólo es la versión de Paul, y a Paul le gusta guardar sus secretos. Os contaré todo lo que sé.

La cosa empieza en julio de 1976, cuando mi padre entró en el cuarto de estar una noche en que todos estábamos viendo la tele, y nos dio una noticia asombrosa: nos dijo que ese año íbamos a pasar las vacaciones en Dinamarca.

Bueno, «asombrosa» no es una palabra que yo use a la ligera, y aquella propuesta suponía un corte audaz y sin precedentes en la tradición familiar. Todos los veranos, que yo recuerde, habíamos ido al mismo sitio a pasar las vacaciones: la península de Llŷn, al norte de Gales, donde plantábamos nuestra caravana en un campo barrido por el viento, rodeados de ovejas y helechos, y nos preparábamos para una batalla de tres semanas contra los elementos, porque a nuestra llegada siempre la seguía una temporada de feroces galernas y lluvia inclemente. (Una ironía más, en una vida que sospecho está destinada a verse plagada de ellas, es que precisamente el verano que decidimos no ir a Gales resultó ser el más caluroso que recuerdo.) Ese año, por lo visto, todo iba a ser diferente. Mi padre acababa de hablar por teléfono con su amigo de Alemania, Gunther Baumann, que le había hecho una oferta muy generosa: ¿nos gustaría pasar quince días con su familia, en una casa que habían alquilado para pasar el verano en Skagen, en la punta más al norte de Dinamarca?

Cinco minutos después, mi padre llamó a Munich para aceptar aquella propuesta lleno de entusiasmo.

Se podría definir a Herr Baumann como el doble alemán de mi padre. Era el jefe de personal de la BMW, y en los dos últimos años se habían hecho mutuamente varias visitas a sus respectivas fábricas, a fin de comparar estilos de trabajo y compartir ideas respecto al difícil tema de las relaciones industriales. Se trataba de un

acuerdo informal que les beneficiaba a los dos y que, con el tiempo, se había convertido en amistad. Mi madre, mi hermano y yo ya habíamos estado con nuestro «tío» alemán varias veces, y teníamos la sensación de que ya lo conocíamos bastante como para llamarlo «Gunther».

Sin embargo, no conocíamos a los demás miembros de su familia, y la primera vez que los vimos fue cuando aparcamos en el exterior de la casa de Gammel Skagen una cálida tarde de agosto. Habíamos ido en avión a Copenhague, y hecho transbordo hasta Ålborg, y allí mi padre había alquilado un coche en el que atravesamos un paisaje que me resultaba a la vez extraño y curiosamente familiar; tenía un encanto pálido y modesto que me recordaba a mi propio país, pero a medida que nos adentrábamos más hacia el norte se iba insinuando algo más salvaje y bravío en su bajo cielo azul y sus extensiones de arena herbosa parecidas al desierto. Casi en la punta de Jutland nos desviamos a la izquierda de la carretera principal (la única carretera a esas alturas), alejándonos propiamente de Skagen para internarnos en Gammel Skagen, no más que un grupo de bonitas casas de veraneo de piedra amarillas, en realidad, amontonadas en torno a una diminuta posada, y que luego se extendían a lo largo de la playa. Y allí estaban los Baumann, esperándonos en la puerta. Gunther con su calva mollera color caramelo por efecto del sol, igualito con su pipa de cerezo y su lustrosa barba a un moralista del siglo XIX (impresión que, sin embargo, desmentían su camiseta de rayas azules y sus pantalones hasta la rodilla); junto a él, su mujer, Lisa, una figura diminuta con un vestido veraniego color fresa, tacones, y un maquillaje y unas joyas más apropiadas para salir a cenar a un restaurante que para una tarde en la playa. Y luego los niños, ninguno de los cuales parecía guardar la menor relación con sus progenitores, porque los tres eran, por decirlo sin muchos rodeos, gordos; no sólo el hijo menor, Rolf, sino también, para mi desilusión, sus dos hermanas gemelas, Ursula y Ulrike, no mucho mayores que yo, y en las que había puesto muchas esperanzas; esperanzas que se fueron rápidamente a tomar viento al ver aquel cutis tan poco agraciado, sus adustas gafas de montura de acero y sus risitas maliciosas. Aunque eso, en cierta forma, también era un alivio. Significaba que no se pondría a prueba mi fidelidad. (Mi fidelidad a ella, la que no sabe que existo.)

Por lo que se refiere a la casa, era magnífica. Estaba justo encima de la playa, y sus grandes ventanales tenían unas vistas impresionantes a las rompientes plateadas que batían a lo largo de aquella playa aparentemente infinita. La casa había sido construida un poco alejada del resto del pueblo y sólo había otra cerca, una vivienda más modesta que, sin embargo, compartía aquellas extraordinarias vistas; en realidad compartía algo más, porque ninguna de las dos tenía un jardín trasero propiamente dicho, sino sólo meras extensiones de césped descuidado que se tocaban, se mezclaban y luego se adentraban juntas en la masa de dunas que se alzaba detrás.

Paul y yo estábamos tan emocionados con este nuevo hábitat que ni siquiera nos paramos a ver cómo íbamos a dormir; dormiríamos juntos en el cuarto de estar, en un

par de catres. Normalmente, no tenía muchas cosas que contarle a mi hermano; pero esa noche, después de que se me hubiesen pasado los nervios de la llegada, me entró mi primer y único ataque de añoranza de nuestra casa, al escuchar el furioso rugido de las olas y ver cómo la luz de la luna arrojaba sombras fantasmagóricas por la habitación. Mientras yacíamos despiertos a oscuras, le susurré:

—Qué pena que no hayamos podido ir a Gales este año.

—Pero si vamos a Gales todos los años —me respondió—. Si fuera por ti y por mamá, esta familia nunca haría nada nuevo ni interesante. A mí me gusta este sitio.

—A mí también —admití—, pero estaba pensando en los abuelos.

Los padres de mi madre siempre iban a Gales con nosotros, y se alojaban en una casa de huéspedes que había en la carretera que llevaba a Porth Ceiriad. Ese año irían solos, y yo sabía que nos echarían de menos.

—Estarán estupendamente —dijo Paul, desdramatizando la cosa—. Y ahora vamos a dormir. Me apetece nadar mañana antes de desayunar.

Era nuevo para mí este entusiasmo de mi hermano por la natación. Es delgado por naturaleza, pero los días siguientes me di cuenta de que debía de haber hecho mucho ejercicio últimamente; tenía los brazos más fuertes y musculosos, y le encontré una explicación a la maciza pared de músculo que había empezado a insinuarse en su estómago cuando sacó un Bullworker de su maleta, uno de esos aparatos con pinta de armatostes que se anuncian en la última página de las revistas y los cómics, prometiéndote ese tipo de físico que hace que las chicas en bikini corran como locas detrás de ti por la playa. Resultó que era con mucho el que mejor nadaba de todos nosotros, surcando el mar picado por delante de Rolf, mientras Ulrike, Ursula y yo nos quedábamos remoloneando por donde no cubría.

De todos modos, yo no soy precisamente un atleta nato. Y como el paisaje que nos rodeaba era completamente llano, disfrutaba usando las bicicletas que encontramos en la casa, pero rara vez con objetivos que requirieran más esfuerzo que una excursión hasta el propio Skagen. Allí descubrí pasatiempos más de mi gusto. Me pasaba muchas horas en el Skagens Museum, que albergaba una buena colección de cuadros de los miembros de la escuela de Skagen que habían trabajado allí a principios de siglo, atraídos hacia aquel bastión por la especial cualidad de la luz reflejada en los mares que lo rodeaban. Disfrutaba deambulando por aquella bahía tan concurrida, viendo llegar los barcos con sus enormes redadas de raya, platija y arenque. Mis padres me llevaron una vez en coche por la carretera de Hulsig a visitar la iglesia repleta de arena, en tiempos la iglesia parroquial pero ahora semienterrada por las dunas movedizas. Y era un placer simplemente pasear por el mismo Skagen, por el tranquilo remanso de Østerbyvej, donde las casas doradas y amarillas, con sus vigas a la vista y sus aguilonos embreados, parecían tan pulcras, elegantes y bienintencionadas como los propios daneses que las habitaban.

Pero, desgraciadamente, ninguno de estos adjetivos podía aplicarse a los chicos daneses que vivían en la casa de al lado de de Gammel Skagen.

Se llamaban Jorgen y Stefan, y compartían su casita con una pareja mayor que debían de ser sus abuelos. Calculo que Stefan tendría unos quince años, y Jorgen dos o tres más. Ya desde el principio pareció que no les caíamos muy bien, o al menos, si no todos nosotros, los Baumann en concreto; o por lo menos, si no todos los Baumann, Rolf, porque le tomaban el pelo, lo insultaban y se metían con él a la menor ocasión.

Rolf era un chaval de catorce años, fuerte pero desgarrado y torpón. Como todos los Baumann, hablaba perfectamente inglés y en esas vacaciones, para mi sorpresa, enseguida se hizo muy amigo de mi hermano, que no hace amigos fácilmente. Organizaban concursos de natación y carreras por la playa, desaparecían juntos durante largas excursiones en bicicleta y jugaban sin cansarse nunca con una pelota de fútbol en el campo de atrás. Fue mediado uno de aquellos partidos, mientras los contemplaba desde mi mecedora por la ventana del cuarto de estar, cuando Jorgen y Stefan vinieron por primera vez a hablar con ellos.

—¡Eh, alemanes! —gritó Jorgen—. Éste es *nuestro* campo. ¿Quién os ha dicho que podéis jugar vuestros estúpidos partidos de fútbol en nuestro campo?

Rolf no dijo nada; se limitó a mirar a aquellos dos daneses tan altos con cierta aprensión.

—Yo no soy alemán —dijo Paul—. Soy inglés. Y ésta es la parte de atrás de nuestra casa tanto como de la vuestra.

—Pero tu amigo sí es alemán, ¿no? Por lo menos tiene pinta de *tyg Tysker* —(lo que quiere decir «gordo alemán» según supe más tarde).

—Se llama Rolf —les contestó mi hermano—, y yo soy Paul. Y apostaría que podemos ganaros seis a cero si jugamos diez minutos en cada lado.

Con aquello consiguió distender un poco la situación, y pronto los cuatro se vieron envueltos en un partido intensamente disputado. Tal vez demasiado intensamente, la verdad, porque, por lo que yo veía, cada vez que alguien marcaba un gol, el equipo contrario lo impugnaba de malos modos, y además, cada dos por tres, se ponían a discutir a gritos sobre cualquier cosa. Los dos chicos daneses tenían un juego muy agresivo, y se echaban encima de Rolf cada vez que estaba en posesión del balón, a menudo tirándolo al suelo con una violenta embestida. Más tarde, esa misma noche, oí cómo se quejaba a su madre de que tenía las espinillas llenas de moratones.

—No me gustan esos chicos —se volvió a quejar, cuando todos nos sentamos a cenar esa noche en la enorme cocina familiar—. Son demasiado brutos y maleducados.

—Pero les hemos ganado —se jactó Paul—. Una victoria importante para la alianza anglogermana.

—¿Tú no jugaste, Benjamin? —me preguntó Gunther, mientras me pasaba un plato con queso y fiambre.

—Mi hermano no juega —dijo Paul—. Es un esteta. Se quedó sentado junto a la

ventana toda la tarde con una cara muy rara. Seguro que estaba componiendo un poema sinfónico.

—¿De veras? —dijo Gunther—. Creía que querías ser escritor, Benjamin. ¿También compones?

—No exactamente —respondí, echándole a Paul una mirada ofendida—. De vez en cuando me gusta anotar melodías que me inspiran la gente o los sitios.

—Qué bien. —Gunther parecía impresionado—. A lo mejor te gustaría componer algo inspirado en estas dos hijas mías tan guapas...

Me quedé mirando a aquel par de gordinflonas, a las que Paul y yo llamábamos entre nosotros las gemelas, y no se me ocurrió nada más imposible.

—Puede —acerté a contestar.

—¿Qué tal el coche, Gunther? —preguntó mi padre, cambiando afortunadamente de tema.

—Ah, bastante bien. Una ralladura. Nada que no se pueda arreglar cuando volvamos a casa.

Ese día Lisa había conseguido estropear su coche (una enorme furgoneta BMW) cuando se dirigía hacia el mercado de Skagen con sus dos hijas. Se había metido por dirección prohibida, y luego intentó girar en redondo pero se quedó atravesada. De hecho el coche se empotró en el estrecho callejón, y otro turista alemán tuvo que rescatarla, completando él mismo el giro. Empezábamos a darnos cuenta de que Lisa era propensa a ese tipo de desastres. La noche anterior había roto dos platos mientras fregaba, y le oí decir a mi madre en voz alta: «Cualquiera diría que no ha pisado una cocina en su vida.» Por lo visto, aquellas dos mujeres no iban a hacerse amigas.

Estaba claro que había algo salvaje e incontrolable en los chicos daneses, una especie de inestabilidad que los hacía impredecibles y dados (en el caso de Jorgen) a agresiones repentinas. Sus abuelos (a quienes llamaban Mormor y Morfar) eran siempre muy educados y cariñosos con nosotros, pero cada vez que tratábamos de jugar con Jorgen y Stefan, la cosa terminaba en algún tipo de violencia o de lesión, y normalmente la víctima era Rolf. Cuando no le daban puñetazos y patadas, lo atacaban con palabras.

—Eh, tú, alemán —le oí decir una vez a Jorgen en la playa—. ¿Qué hizo tu padre en la guerra? ¿Era nazi?

—No seas imbécil —replicó Rolf—. Mi padre sólo era un niño en la Segunda Guerra Mundial.

—Si hubiera sido mayor, apostararía que habría estado en la Gestapo —dijo Jorgen, y su hermano añadió—: Sí, como Bernhard.

Ninguno de nosotros teníamos idea de lo que habían querido decir, y a mí me asombraba el estoicismo y el aguante con que Rolf soportaba aquellos insultos. Casi parecía que, cuanto más se metían con él, más buscaba su compañía y más peleaba

por su beneplácito.

Una tarde, se quedó detrás de la casa con su madre y sus hermanas, mientras los demás íbamos en bicicleta hasta Grenen, al extremo norte de la península. Nos habían dicho que era el lugar donde se juntaban dos mares, el Kattegat y el Skagerrak, pero yo no había sabido valorar lo extraño que sería aquel panorama. Mientras recorríamos despacio el trecho de playa que llevaba hasta la misma punta de Dinamarca, brillaba mucho el sol, y el mar parecía una deslumbrante aguamarina; pero debería decir más bien mares, porque lo que vimos, cuando nuestro sendero se difuminó en una nada arenosa, fueron dos extensiones de rompientes deslizándose la una sobre la otra; no se podía distinguir ni el principio ni el final entre ellas, sólo pliegues de agua clara corriendo juntos, una ola sobre otra como un espumoso y promiscuo acoplamiento. Era un panorama tan bonito y fuera de lo corriente que nos entraron ganas de echarnos a reír a carcajadas. Pero el guía que nos llevó de vuelta al aparcamiento (en un vehículo muy peculiar: un híbrido consistente en un vagón de tren remolcado por un tractor) nos aseguró que a las aguas en aquel sitio no se las podía tomar a broma. En toda Jutland, nos dijo, no existía un sitio más peligroso para bañarse, y los intentos de algunos nadadores por seguir una ruta entre los dos mares habían acarreado muchas desgracias.

Cuando volvimos a casa, a juzgar por la confusión reinante, sí que parecía que había ocurrido una desgracia; porque Lisa, Ulrike y Rolf estaban llorando, a pesar de que sólo este último tenía alguna razón para hacerlo: un ojo morado bastante impresionante. Supusimos, acertada y rápidamente, que era Jorgen quien se lo había hecho. Después de que su padre hubiera escuchado lo que había pasado (un asunto bastante confuso relacionado con unas botellas de cerveza, un juego de tirar piedras, y una complicada serie de reglas que uno u otro habían infringido) se quedó un buen rato sentado en la cocina, con el ceño muy fruncido. Luego se levantó y anunció:

—Lo siento, pero esta historia tan absurda está empezando a amargarnos las vacaciones. —Y se fue a la casa de al lado para hablar con los abuelos de los chicos.

Hubo dos consecuencias inmediatas. Más tarde, esa misma noche, Jorgen y Stefan vinieron a nuestra casa para pedirle disculpas a Rolf y estrecharle la mano: gesto que, por alguna razón, aún hizo que las gemelas lloraran más, pero pareció satisfacer al resto. Pero lo más inesperado fue que a Rolf, a Paul y a mí nos invitaron a tomar el té al día siguiente en la casa de nuestros vecinos. Nos dijeron que Marie (porque, por lo visto, así se llamaba la abuela) tenía especial interés en hablar con nosotros.

Llegamos a la hora fijada, las cuatro de la tarde.

En las casas de los ancianos suele haber un olor especial. No me refiero a nada sucio, sino a cierto olor a recuerdos, a puertas que llevan cerradas mucho tiempo; una especie de intimidad pesada y nostálgica que puede resultar agobiante y claustrofóbica. Allí, sin embargo, sucedía todo lo contrario. Todas las habitaciones estaban limpias, aireadas y llenas de luz del mar chispeante. Había tanta luz en el

cuarto de estar, en realidad, que hubo que echar un poco las persianas cuando nos instalamos en los sofás y los sillones. Los muebles eran elegantes y no estaban decolorados, pero parecían viejos en comparación con el mobiliario bajo, anguloso y modernista de nuestra propia casa de veraneo.

Marie era una mujer menuda pero llena de energía, sobre cuyo rostro (bello en sus tiempos, supongo) el viento y el sol de Skagen habían garabateado muchas cosas hasta formar un complicado manuscrito, un palimpsesto de arrugas y surcos. Nos sirvió unos curiosos sándwiches abiertos, seguidos de unos sabrosos pastelitos pegajosos, y se rió cuando le pedí leche para mi infusión de manzanilla, diciéndome que me la traería si quería, pero que no era costumbre. Paul sonrió con aire suficiente. Su marido, Julius, era muy alto y moreno, y al parecer tenía poco fuelle; se quedó sentado en una silla de respaldo recto, apoyado en su bastón, y no dijo una sola palabra en toda la tarde, limitándose a observar cada movimiento de su mujer con una serenidad llena de adoración.

Después de merendar y mantener una conversación bastante deshilachada acerca de nuestras impresiones sobre Skagen y nuestros hogares de Munich y Birmingham, Marie se aclaró la garganta.

—Quería hablar con vosotros —dijo— sobre mis nietos, Jorgen y Stefan. Creo que ayer por la tarde ocurrió algo bastante desagradable. —Rolf se tocó su ojo morado—. Sé que se han disculpado, así que no diré más al respecto. Pero os he visto jugar juntos esta última semana y debo decir que me ha hecho muy feliz. Sé que os habéis peleado, pero supongo que os dais cuenta de lo raro que es para ellos jugar con otros niños. Me gustaría mucho, muchísimo, la verdad, que fuerais todos amigos lo que os queda de vacaciones y quién sabe si más tiempo aún, y por eso quería contaros algunas cosas sobre quiénes son y por qué se portan a veces como se portan.

Me pregunté por un instante dónde estarían los dos chicos en ese momento. Evidentemente, les había mandado hacer algún recado, para poder hablar cómodamente con nosotros.

—No han sido malos contigo porque seas alemán —dijo Marie, mirando a Rolf—. Puede que penséis eso cuando os cuente su historia, pero no creo que sea así. De todos modos, vosotros juzgaréis. Pero debo avisaros que es una historia muy larga, y espero que tengáis paciencia conmigo ahora que me atrevo a contaros cosas de mi familia que pasaron hace muchísimos años, incluso antes de que vosotros nacierais.

»Para empezar, somos una familia judía. Mis antepasados, que eran judíos sefardíes, vinieron a Dinamarca en el siglo xvii desde Portugal, y vivimos aquí en paz casi trescientos años. Yo nací el mismo año que empezó este siglo, y me casé con Julius en los años veinte. Sólo tuvimos una hija. Se llamaba Inger. En esa época vivíamos en un pueblo a unos cien kilómetros al oeste de Copenhague. El nombre del pueblo da igual. Julius era abogado y yo cuidaba de la casa y, a ratos, daba clases en una de las escuelas del pueblo.

»No sé qué os enseñarán en clase de historia hoy en día, pero todos los alumnos

daneses saben que los alemanes invadieron Dinamarca en abril de 1940, y desde entonces hasta el final de la guerra, éste fue un país ocupado. No diré que fue una época horrible para ser judío (la época realmente terrible vino luego), pero era muy difícil. Al principio no hubo una auténtica persecución, pero estuvo siempre en el aire, como una amenaza. Había hombres de la Gestapo por todas las calles. En muchas casas se alojaban oficiales alemanes. Y algunas familias judías se cambiaron el apellido. Al principio nadie salió huyendo porque no había ningún sitio al que huir. Alemania al sur y la Noruega ocupada al norte. No se podía llegar hasta Inglaterra, porque los alemanes patrullaban los mares. Sólo Suecia permaneció neutral, pero no había dado ninguna señal de ir a abrir sus fronteras a los judíos daneses.

»Inger dejó el colegio cuando tenía dieciséis años, en el verano de 1943. Empezó a ganar algún dinero sirviendo mesas en un café de la plaza del pueblo, pero aún no había decidido qué haría con su vida. De todas formas, era imposible hacer planes para el futuro. Todo en su vida era pura incertidumbre menos una cosa. Estaba enamorada de un hombre. Un hombre que se llamaba Emil. Era hijo de uno de los amigos de mi marido, un médico del pueblo también judío. Hacía menos de un año que conocía a Emil, pero lo quería con esa intensidad de la que sólo es capaz una mujer joven. Y él era muy guapo, la verdad. Mirad, aquí hay una foto.

Cogió una pequeña foto enmarcada, en blanco y negro, de la repisa de la chimenea y me la tendió. Me di cuenta de que no solía estar a la vista, de que la había sacado especialmente ese día de algún cajón o algún álbum olvidado para enseñárnosla. Nos la pasamos con cuidado, sosteniéndola como si fuera una reliquia sagrada. Dos jóvenes, un hombre y una mujer, estaban sentados en un banco de madera bajo la pérgola de un rosal y miraban a la cámara. Se rodeaban con el brazo el uno al otro, con las mejillas pegadas y una sonrisa beatífica. Supongo que debe de haber cientos, miles, cientos de miles de fotos como ésa en el mundo. Era difícil decir qué tenía aquélla de especial, salvo que había algo en la sonrisa de los amantes que la convertía en algo más que en la captación de un momento fugaz en el tiempo. Aquellas sonrisas no tenían nada de transitorias, nada de evanescentes. La foto misma era como atemporal. Daba la sensación de que podía haber sido tomada el día anterior.

—Mirad, aquí hay otra.

Esta vez los amantes estaban sentados a la mesa de un café (tal vez en el que trabajaba Inger) y había una tercera persona con ellos. Un hombre rubio, alto y fornido, vestido de uniforme.

—¿Quién es éste? —pregunté.

—Se llamaba Bernhard. Era un oficial alemán que se alojaba en una casa de nuestra misma calle.

Emil e Inger volvían a mirar a cámara. Bernhard miraba en parte a la cámara y en parte a ellos. La intimidad que había entre la pareja se veía esta vez violada, por un lado, por su manera de mirarlos y, por otro, por su mera presencia. Era una fotografía

elocuente. Contaba su triste historia con concisión y sin ambigüedad.

—Como podéis ver por la foto, a Bernhard le gustaba Inger. Se la había vuelto a encontrar en el café, pero ya la conocía de antes, de cuando aún estaba en el colegio. El que fuera judía y lo que le habían hecho creer a él sobre los judíos sólo empeoraron las cosas. Debía de odiarse a sí mismo por lo que sentía por ella, y odiarla también a ella en cierto sentido. Era una situación muy difícil. Y, evidentemente, no podía soportar el que ella estuviera enamorada de Emil, otro judío. Había intentado muchas veces algo con mi hija, y ella le había dado esquinazo. Una vez... Inger nunca me contó la historia completa, pero él la agredió. No creo que llegara a violarla, no era tan animal, pero fue una escena muy desagradable, supongo que bastante humillante para él. Pero no consiguió disuadirlo de sus propósitos. Siguió trayéndole flores, bombones, tonterías de ese estilo. Estaba decidido a castigar a Emil. Una noche le dieron una paliza tremenda a Emil en la calle, y siempre he pensado que Bernhard fue el responsable.

»Y entonces, en octubre de 1943, cambió todo. Llegó una orden de Alemania en la que se decía que ya no se toleraba la presencia de judíos en Dinamarca. Iban a arrestarnos y a mandarnos en barco a los campos de concentración. La Gestapo planeaba invadir todas las casas de los judíos de Dinamarca el 1 y el 2 de octubre por la noche.

»La historia del rescate de los judíos daneses es muy famosa. Es un motivo de orgullo en la historia de este país. De alguna forma, se corrió la voz de los planes alemanes a los políticos daneses, y se puso en marcha una operación clandestina de rescate. Se alertó a las comunidades judías de la acción que se iba a acometer en su contra, y la gran mayoría de judíos se escondieron. Los daneses se portaron como héroes. Ofrecieron refugios y escondites a personas a las que apenas conocían. Se convirtieron los hospitales y las iglesias en sitios donde un gran número de personas no pudieran ser descubiertas. Luego se empezó a divulgar la noticia de que el rey Gustavo de Suecia había hecho una proclama en la que se declaraba contrario a la acción de los alemanes y donde decía que Suecia acogería a todos los judíos daneses que consiguieran llegar a su país. Fue como un rayo de esperanza. El problema era cómo llegar a Suecia.

»Julius, Inger y yo escapamos hacia ese país, llevándonos todas las pertenencias que nos cabían en el coche. Nos llevamos a dos de las hermanas de Emil con nosotros, y el resto de la familia nos siguió en otro coche horas después. Él tenía tres hermanas. Y entonces, durante muchos días, fuimos escondiéndonos en establos y granjas en medio del campo. No sabíamos qué estaba pasando con nuestros hogares, si los habían invadido o si los alemanes saldrían en nuestra persecución. Fueron unos días horribles, días de un miedo y de una angustia horrorosos. Menos para Inger y Emil, que, a pesar de que sabían el peligro que corríamos todos, yo creo que consiguieron ser un poco felices. Al dormir bajo el mismo techo. Al estar juntos en la adversidad. Parece una estupidez, pero yo creo que fue así. Las cosas son así cuando

uno es joven.

»Esperamos noticias durante más de una semana. El padre de Emil consiguió hablar por teléfono con unas personas de Copenhague que formaban parte de la resistencia y ayudaban a coordinar el rescate de los judíos. Al final nos dijeron que, si podíamos llegar a la costa este, al norte de Copenhague, había barcos que salían para Suecia desde muchos pueblos de pescadores. Los detalles eran muy vagos. No se sabía qué capacidad tenían los barcos, o cuándo zarpaban, o si los pescadores pedían dinero por llevar a la gente. Pero teníamos que probar suerte. No había tiempo que perder. El Alto Mando alemán estaba furioso por que se hubiera arrestado a tan pocos judíos, y dieron instrucciones a sus oficiales de que intensificaran la búsqueda por todo el país. Y era verdad, la Gestapo había sido poco eficaz hasta ese momento. Habían hecho la vista gorda con mucha gente que se escapaba. Había muchos sobornos. Y tampoco tenían ganas de afrontar aquella operación.

»El padre de Julius y Emil decidió que debíamos intentar llegar en coche hasta la costa la noche siguiente. Saldríamos a las diez en punto.

Marie sirvió un poco más de té, para ella y para nosotros. Me di cuenta de que ahora le temblaba un poco la mano mientras sostenía la tetera. Hasta entonces no le había temblado nada.

—La ruta que elegimos era un poco peligrosa —continuó—. Teníamos que atravesar las afueras de nuestra ciudad. Ése fue uno de los errores que cometimos. El otro fue no mantener juntas a nuestras familias. No había sitio para Emil, sus padres, sus tres hermanas y sus pertenencias en el mismo coche. Sus hermanas deberían haber viajado con nosotros como la otra vez. Eso habría sido mejor. Pero Inger y Emil querían estar juntos, así que fueron ellos los que vinieron con Julius y conmigo. Se sentaron en la parte de atrás de nuestro coche.

»A las diez y media ya casi habíamos dejado atrás las afueras de nuestra ciudad, y parecía que había pasado el primer momento de peligro. Entonces vimos que al padre de Emil, que conducía el coche de delante, lo habían hecho pararse en medio de la carretera. Eran cuatro oficiales alemanes y lo estaban haciendo salir del coche mientras enfocaban con sus linternas las caras de sus familiares. Julius frenó inmediatamente y dijo que debíamos dar la vuelta. Aún nos daba tiempo a hacerlo y seguir otra ruta. Pero yo lo detuve y le dije: “Mira lo que están haciendo”.» Y Julius miró y vio que el padre de Emil le daba dinero a uno de los oficiales alemanes. “No pasa nada”, dije. “Lo único que hay que hacer es sobornarlos. Tenemos dinero, ¿no? Y Julius dijo: “Sí, tenemos dinero, pero no tanto.”

»El padre de Emil seguía hablando con tres de los oficiales y dándoles dinero, cuando el cuarto se apartó del grupo y se acercó hasta nuestro coche. Era Bernhard. Nos reconoció inmediatamente y sacó su linterna y nos la enfocó a la cara uno por uno. Enfocó la cara de Emil un buen rato. No dijo nada mientras lo hacía, pero yo pude leer en sus ojos y vi que aquello le producía una especie de placer perverso, que todo iba a salir mal y que estaba a punto de suceder algo terrible.

»Julius le dijo: “Bueno, ¿qué quieres? ¿Quieres dinero?”, y Bernhard nos hizo bajar a todos del coche. A mí se me salía el corazón del pecho cuando me bajé, pero también me di cuenta de que pasaba algo allí delante con el padre de Emil. Los alemanes habían dado por terminados sus negocios con él y le decían que siguiera su camino lo más rápido posible. Vi que quería esperar por nuestro coche pero no iban a dejarle. Entonces uno de ellos le amenazó con una pistola y el padre de Emil miró hacia atrás e hizo un movimiento con la mano, una especie de gesto, se subió al coche y arrancó. Uno de los alemanes disparó al aire con su pistola mientras se iban y fue un ruido horrible, muy fuerte, muy impresionante en plena noche y en aquella ciudad tan tranquila. Empezaba a llover.

»Ahora Bernhard nos tenía a los cuatro, a mí, a Julius, a Inger y a Emil, alineados contra el coche, y le dijo a mi marido: “¿Cuánto dinero tienes?” Y Julius tuvo que abrir una maleta y contar todo nuestro dinero y sólo había tres mil coronas. Así que, cuando Bernhard vio que ése era todo el dinero que llevábamos, sonrió y dijo: “Pues queremos cuatro mil coronas. Mil por persona.” Yo sabía que eso no era lo que le habían pedido al padre de Emil, sabía que se había inventado aquella cifra porque veía que no teníamos suficiente dinero. Pero lo cogió todo y nos dijo que volviéramos a meternos en el coche, y por un momento pensé que aquello significaba que iba a tener piedad. Pero justo cuando Emil estaba subiéndose al coche le apoyó la pistola en el pecho y le dijo: “No. Tú no.”

»A esas alturas, los otros tres oficiales se habían acercado a ver qué pasaba y yo oí que Bernhard les decía en alemán: “Sólo éste.” Y entonces Inger se dio cuenta de lo que estaba haciendo y se puso a gritar y a llorar diciendo: “No, a mi Emil no...”

»Bueno, supongo que ya os podéis imaginar lo que decía.

Marie se quedó callada. Esperamos a que nos contara el resto de la historia. Paul volvió a poner su plato en la mesa. Su pastel estaba a medio comer.

—No creo que pueda contaros lo que pasó las horas siguientes. Recuerdo cómo fue, pero no lo sé describir. El llanto de Inger, las cosas que...

»Bueno, sigo. Llegamos a la costa sobre las dos de la mañana. A un pequeño puerto llamado Humlebaek. Sólo nos estaba esperando el padre de Emil. Su mujer y sus hijas habían salido en un barco como una hora antes. Él se había quedado a esperar a Emil. Cuando se dio cuenta de que Emil no venía con nosotros, se quedó... destrozado. Había otro barco esperando para llevarnos a todos. Era una noche muy oscura, no había luna. Estábamos apiñados en la playa, éramos unos veinte. El barco no podía esperar mucho más. Recuerdo que Julius llevó al padre de Emil aparte y tuvieron una larga discusión. Casi una pelea. Los dos gritaban mucho. A esas alturas Inger ya no decía nada, estaba completamente callada. Después de un rato el padre de Emil y mi marido regresaron, y todos subimos al barco de pesca, y el capitán pudo zarpar al fin. Fue un viaje largo. Muy incómodo, me acuerdo. Llegamos a Suecia después del amanecer.

Marie se recostó en su sillón y aspiró hondo. Julius ya no la miraba. Seguía

apoyado en su bastón, pero con los ojos cerrados. No se oía ni un ruido en la habitación, sólo el murmullo de las olas en el exterior.

—Había ocho mil judíos en Dinamarca en el verano de 1943 —nos explicó Marie—. Casi todos consiguieron salvarse gracias al valor y a los principios de los daneses. Sólo se quedaron atrás unos cientos. Emil fue uno de ellos.

»A los judíos capturados se los llevaron a Alemania y luego a campos de concentración en Checoslovaquia. Algunos se suicidaron por el camino. Siempre he pensado que Emil debió de hacer eso. No sé por qué, es sólo una intuición. Inger nunca lo creyó. Siempre creyó que seguía vivo.

»Vivimos dos años en Suecia, no fueron unos años muy felices, como os podéis imaginar, y al final de la guerra volvimos a Dinamarca. Regresamos a la misma casa. Estaba vacía, esperándonos. Inger tenía ya dieciocho años. Estuvo esperando noticias de Emil unas semanas, y luego desapareció.

»Estuvo fuera muchos años. Nunca nos contó nada de esa época, pero sé que al principio fue a Checoslovaquia y luego pasó una larga temporada en Alemania y en otros sitios tratando de averiguar qué había sido de Bernhard. Supongo que también anduvo buscándolo, pero eso no deja de ser una suposición mía. De todos modos, nunca consiguió ni una cosa ni otra. Ni rastro de Emil. Yo ya lo sabía. Habría muerto hacía tiempo, de una manera u otra. De eso no cabía duda.

»Julius y yo sabíamos que, después de todo lo que había pasado, nuestra hija nunca sería capaz de llevar una vida totalmente normal. Era una pérdida muy grande. Tan joven, y tan enamorada..., y luego que... te arranquen ese amor, en una palabra, que se lo lleven fuerzas sobre las que tú no tienes ningún control, fuerzas históricas... Uno no se recupera nunca de algo así, nunca se resigna a ello.

Le dio un sorbo a su té, que ahora debía de estar muy frío. Yo pensaba en Lois y en Malcolm, y tragué saliva.

—De todas maneras, al final volvió a Dinamarca. Eso fue en los años cincuenta. Se quedó a vivir en Copenhague y se casó con este hombre, con Carl, un hombre de negocios, un buen hombre que no era judío, por cierto. Fue muy bueno con ella, tuvo mucha paciencia con todos sus problemas. Tuvieron dos hijos, Jorgen y Stefan, a los que ya conocéis. Pero... —y en ese momento también ella cerró los ojos un momento —... sí hubo problemas. Problemas continuos. Se pasaba media vida en el hospital. Se portaba de una manera rara, tenía unos cambios de humor muy extraños. A veces se ponía agresiva, cuando de niña siempre había sido dulce y había tenido buen talante. Fue muy duro para los dos niños. Tuvieron que soportar muchas cosas.

»Julius y yo compramos esta casa en 1968, un año después de que se jubilara. Siempre habíamos soñado con vivir en Skagen, donde habíamos pasado tantas vacaciones. Inger y Carl y los niños vinieron aquí sólo un par de veces, un par de veranos, y fuimos muy felices. Pero que muy felices. Y entonces, una noche, en el otoño de 1970, Carl me llamó por teléfono para decirme que Inger había muerto. Había cogido el ferry para Malmö, sola, esa tarde, y se había tirado por la borda. Se

suicidó. Como yo había sabido siempre, en el fondo de mi corazón, que haría.

Al acabar su historia, Marie se levantó y se acercó a la ventana. Tiró del cordón de la persiana, y la subió hasta arriba de todo. Instintivamente, todos nos volvimos hacia la ventana y miramos hacia la playa; y cuando ahora pienso en esa tarde, mi recuerdo más claro es el de la luz que se veía, aquel cielo de pintores, azul grisáceo como los ojos de Marie y como los ojos de sus nietos, el color de un dolor que no se irá...

—Lo siento —dijo ella, sonriéndonos afablemente a todos, pero especialmente a Rolf—. No quería ser pesada con tanto detalle. Sé que es muy difícil entender estas cosas cuando sólo eres un niño. Pero, como ya os he dicho, tengo la esperanza de que vosotros y Jorgen y Stefan os hagáis amigos, y lo paséis bien juntos mientras estéis aquí. Creo que ya os he explicado bastantes cosas como para que tú, Rolf, veas que no se han portado mal contigo porque seas alemán. Evidentemente, ellos saben toda la historia de su madre, de Emil y Bernhard (ella se la contó muchas veces), pero no son tan estúpidos. La verdad es simplemente que la echan mucho en falta, y el que ya no esté con ellos hace que estén tristes y de mal aire. Siento que hayan descargado parte de su rabia sobre ti. Creo que puedo prometerte que no volverá a ocurrir.

Y entonces nos fuimos, después de estrechar la trémula mano de Julius y de que Marie nos hubiese dado un beso a cada uno en la mejilla. Luego se quedó en el porche trasero y nos dijo adiós cariñosamente con la mano, a pesar de que sólo había unos diez metros hasta la casa de al lado.

Hay poco que decir sobre los días siguientes. La segunda semana de nuestras vacaciones transcurrió tranquilamente, en un frenesí de alegre actividad. Rolf y Paul pasaban cada vez más tiempo juntos, no sólo nadando y jugando a cosas que requerían bastantes energías, sino manteniendo largas y serias conversaciones en voz baja sobre temas que para los demás eran un puro misterio. Paul, dando muestras de esa habilidad suya para aprender rápidamente cualquier cosa, que siempre me ha producido envidia, hasta parecía estar aprendiendo algunas nociones elementales de alemán. Las gemelas y yo nos manteníamos mutuamente a distancia, dando por sentado que no existía ninguna afinidad espiritual entre nosotros; ellas se pasaban la mayor parte del día sentadas a una mesa, jugando al *whist* y al *gin rummy*, mientras yo proseguía con mi lectura de las novelas de Henry Fielding, preparando el curso que comenzaría al cabo de un mes. Jorgen y Stefan nos visitaban a menudo, e interminables partidos de *rounders*^[12] y de críquet en la playa remataron alegremente muchos de aquellos largos y fríos anocheceres de verano. Yo echaba de menos nuestra caravana de Gales y la compañía de nuestros abuelos, dijera lo que dijera Paul. Pero no podía negar que aquéllas habían sido unas vacaciones encantadas y mágicas.

Las cosas sólo empezaron a ir mal otra vez el penúltimo día; y esa vez fueron

Lisa y las gemelas las responsables.

Desde su contratiempo con el coche familiar en el centro de Skagen, a Lisa no le habían quedado ganas de cogerlo. Al final, sin embargo, tal vez espoleada por las amables pero insistentes pullas de su marido, hizo acopio de valor y se fue a Grenen con sus hijas. Por lo visto, nuestra descripción de aquel sitio donde se encontraban los dos mares le había picado la curiosidad, pero una vez más, sobrevino la catástrofe. Haciendo caso omiso de nuestras reiteradas advertencias, había metido el coche en la playa, donde pronto se hundió en la blanda arena y no pudieron sacarlo de ninguna forma. Hubo que llamar al servicio de salvamento del pueblo, lo cual implicaba tractores, policías y hasta un carro de bomberos; así que todo el incidente supuso un magnífico espectáculo para la procesión de turistas que habían ido a ver aquel lugar tan pintoresco, y ahora tenían algo aún más memorable que incluir en sus álbumes de fotos y las postales que mandasen a casa.

Ese mismo día, Rolf y Paul habían dado un largo paseo en bicicleta hasta el refugio de águilas de Tuen, de modo que, cuando regresó al atardecer, Rolf aún no se había enterado de la última metedura de pata de su madre. La primera pista se la dio la burlona risa de Jorgen mientras se acercaban por el jardín. Yo estaba sentado junto a la ventana, leyendo *Joseph Andrews*, y Gunther estaba en el sofá detrás de mí. Los dos oímos perfectamente la conversación.

—¿Qué es lo que tiene tanta gracia? —preguntó Rolf.

—¿No te has enterado? Esta vez sí que tu madre se ha lucido. Ya me pareció un poco boba cuando bloqueó la calle con ese coche alemán vuestro tan grandón en medio del pueblo, provocando un atasco que llegaba hasta Frederikshavn. Pero lo de hoy aún ha sido mejor. —Casi no podía hablar de la risa, tan graciosa le parecía la cosa—. Esta vez se ha quedado atascada en Skaw, ahí arriba en Grenen, cuando hasta el turista más estúpido que hay por aquí sabe que no se puede meter el coche en la arena. —Entre aquellas risas forzadas y guturales, añadió—: Dime, ¿cómo se siente uno teniendo una madre que ni siquiera se puede subir a un coche sin hacer que se pare todo el tráfico de Jutland?

Pero algún resorte se debió de disparar en el interior de Rolf. Había demostrado que podía soportar toda clase de injurias cuando se las dirigían a él personalmente, pero quizá fuese simplemente excesivo convertir a su madre en blanco de sus burlas. Fuera cual fuera la razón, se volvió hacia Jorgen y dijo algo espantoso:

—Por lo menos mi madre no es una asquerosa judía como era la vuestra.

Por una vez, Jorgen y Stefan se quedaron sin palabras y, antes de que pudieran recuperar el habla, Rolf se había metido en casa. Atravesó corriendo la cocina y el pasillo, e iba por la mitad de la escalera cuando Gunther, que se había puesto en pie de golpe en cuanto oyó el insulto, lo cogió por un tobillo entre los barrotes de la barandilla y le dijo algo tajante e imperioso en alemán. Luego Gunther lo siguió por la escalera, y desaparecieron juntos en uno de los dormitorios. Les oí hablar en voz baja. Rolf lloraba un poco. Tardaron mucho en volver.

Era la quincena de las disculpas. La semana anterior les había tocado a los daneses. Esta vez fue Rolf quien, bajo estricto mandato de su padre, salió a hablar con ellos, que estaban sentados, muy taciturnos, en las dunas traseras de la casa; y les dijo que lo sentía mucho, que lo había dicho sin pensar. Observé desde mi posición privilegiada habitual cómo Jorgen y Stefan se levantaban y le estrechaban la mano. Estaban en un plan extraordinariamente conciliador.

—Tranquilo —decía Jorgen—. Lo has dicho sin querer, de pura rabia. No le des más vueltas. No pasa nada.

Pero algo en su actitud me dejó muy claro que sí que pasaba algo.

Y ahora ya os he contado todo lo que sé. O casi todo. Como os advertí al principio, ha llegado un momento en esta historia en el que simplemente tengo que encogerme de hombros y admitir que no estaba allí para ver lo que sucedió después. El momento en que abandoné el escenario o me metí en la cocina a prepararme una taza de té. Bueno, pues ese momento ha llegado.

En realidad, no me estaba preparando ninguna taza de té cuando tuvo lugar la apoteosis; estaba leyendo a Henry Fielding. Todo el último día me quedé en mi sillón junto a la ventana, terminando *Joseph Andrews*, y haciendo luego unas cuantas incursiones en *Tom Jones*. A primera hora de la tarde, Jorgen, Stefan, Rolf y Paul habían salido en bicicleta a no sé dónde. Sobre las cuatro, mientras Tom rescataba a la señora Waters del miserable Ensign Northerton, los daneses regresaron y entraron directamente en su casa. Media hora después, cuando yo estaba profundamente inmerso en la historia de «El Hombre de la Colina», esa curiosa y extensa digresión que parece no tener nada que ver con la narración principal, pero que es, de hecho, su piedra angular, regresaron Rolf y Paul. Oí que se armaba una especie de lío, pero no fui a investigar. Gunther entró en el cuarto de estar, recuerdo, y cogió una botella de coñac del mueble bar. Más tarde me di cuenta de que debía de ser para Rolf, al que, acto seguido, llevaron a la cama. Cuando se reunió con nosotros en nuestra última cena juntos esa noche, parecía un poco deprimido pero, por lo demás, normal. Nadie habló de lo que había ocurrido por la tarde.

Lo poco que llegué a saber, lo supe esa noche mientras yacía despierto en mi catre junto a Paul. Hacía unos cinco minutos que se habían apagado las luces de la casa, cuando oí que alguien bajaba sigilosamente la escalera. Entonces apareció Rolf en el umbral. Se acercó a la cama de Paul, y se arrodilló al lado. Le oí susurrar unas cuantas palabras en alemán (el nombre de Paul entre ellas), y oí también que mi hermano le respondía en el mismo idioma. Y luego Rolf dijo claramente en inglés:

—Hoy me has salvado la vida. Siempre lo recordaré. —Besó tiernamente a mi hermano en la frente—. Siempre estaré en deuda contigo.

Cuando Rolf había salido de la habitación sin hacer ruido, le pregunté a Paul:

—¿Qué demonios ha pasado?

No me contestó en un buen rato. Empezaba a asumir (porque era típico de él) que no me iba a contestar nunca, cuando por fin me respondió con un bostezo:

—Pues eso, lo que ha dicho: que le he salvado la vida.

Exasperado por sus continuos silencios, pregunté:

—¿Pero quieres explicarme cómo?

—Los chicos daneses intentaron ahogarlo —dijo Paul tranquilamente, sin pizca de énfasis—. Le odian por lo que les dijo ayer, y esta tarde han intentado asesinarlo.

—Paul... —Me incorporé en el catre—. ¿De qué me estás hablando?

—No te estoy diciendo que lo agarraran por debajo del agua ni nada de eso —explicó—. Pero fuimos todos a Skaw, hasta donde se juntan los mares, y volvieron a provocarle diciéndole que era demasiado debilucho como para meterse en el mar. Él no sabía lo peligroso que era. Traté de advertírselo, pero creyó que exageraba. Así que se metió. No llevaba ni diez metros nadando cuando vi que tenía problemas. Stefan trató de sujetarme, pero soy más fuerte que él, así que me lo quité de encima y me metí detrás de Rolf. Llegué hasta él cuando la corriente empezaba a llevárselo y él sabía que no iba a poder con ella, así que lo cogí por el cuello con un brazo y conseguí traerlo de vuelta. Jorgen y Stefan salieron corriendo. Así que, hablando con propiedad, sí —bostezó otra vez—, le he salvado la vida. Oye, mañana tenemos que levantarnos temprano para hacer las maletas. ¿Por qué no dormimos un poco?

Y eso fue todo lo que me dijo sobre el tema.

A veces pienso en esta historia. Es una de las cosas a las que trato de encontrarles un sentido. Pensé en ella mientras nos alejábamos de Skagen para devolver nuestro coche alquilado en el aeropuerto de Alborg a la mañana siguiente. He pensado hoy también mientras volvía a casa de mis padres desde la parada del autobús. Pero siento cómo, lenta, inexorablemente, empieza a desvanecerse en la brumosa falsedad del recuerdo. Por eso la he escrito, aunque sé que al hacerlo lo único que he conseguido es falsificarla de un modo diferente, más artístico. ¿Sirve para algo la narrativa? Me lo pregunto muchas veces. Me pregunto si la existencia puede realmente reducirse a unos cuantos momentos extraordinarios, tal vez seis o siete de los que se nos conceden a lo largo de una vida, y si buscar alguna conexión entre ellos no será inútil. Y me preguntó también si habrá algunos momentos en la vida que no sólo «merecen ser fijados con palabras», sino tan repletos de emoción que se vuelven elásticos, atemporales, como el momento en que Inger y Emil se sentaron en aquel banco del rosal y sonrieron a la cámara, o cuando la madre de Inger levantó la persiana hasta el tope del alto ventanal de su cuarto de estar, o cuando Malcolm abrió el pequeño joyero y le pidió a mi hermana que se casara con él. Si le dio tiempo.

... mi recuerdo más claro es el de la luz que se veía, aquel cielo de pintores, azul grisáceo como los ojos de Marie y como los ojos de sus nietos, el color de un dolor que no se irá...

(Relato inédito, encontrado entre los papeles de Benjamin Trotter por su nieta Sophie en el año 2002. Una versión mucho más corta ganó el Marshall Prize de ficción en 1976, en el King's William School. El jurado estaba formado por el señor Nuttall, el señor Serkis y el director.)

Al final de la clase de historia del arte, el señor Plumb hizo un aparte con Philip.

—¿Todo listo para el sábado? —dijo, posando una mano, como quien no quiere la cosa, sobre su brazo. El sábado era el día previsto para una excursión a Londres, donde los alumnos de bachillerato elemental y superior del señor Plumb íbamos a visitar la exposición de George Stubbs que había en ese momento en la Tate Gallery.

—Pues claro —dijo Philip.

—Bien. Estoy seguro de que será una experiencia de lo más reveladora para ti. Todo un descubrimiento, si se me permite decirlo.

—Sí —dijo Philip—. Me muero de ganas de verla. —No acababa de ver adónde llevaba todo aquello, y no quería llegar con retraso a la clase siguiente.

—Tu madre... —dijo el señor Plumb, de repente y con una especie de ternura nerviosa en la voz—... está bien, ¿no?

—Sí, sí. Perfectamente.

—Bien. Muy bien. En ese caso, me pregunto... —Por un momento, pareció dudar, rebuscó algo en su maletín, titubeó de nuevo antes de sacarlo, y por fin le tendió a Philip un sencillo sobre blanco en el que estaba escrito el nombre de su madre con la letra barroca y repleta de florituras del señor Plumb—... Me pregunto se te importaría, o mejor dicho, si *no* te importaría, darle de mi parte este pequeño... mmm..., comunicado. Una notita, nada más, la mar de inocente tanto en su forma como en su fondo.

—¿Esto es para mi madre? —dijo Philip.

—En resumidas cuentas, sí.

Philip se quedó mirando el sobre. No se podía deducir nada a partir de él, a no ser el simple hecho de que el señor Plumb quería enviarle a su madre un mensaje privado. Se metió el sobre en el bolsillo.

—Vale —dijo, y se alejó. Sintió los ojos del señor Plumb clavados en él hasta que llegó al final del pasillo y dobló la esquina.

Eric Clapton se encontraba sobre el escenario de la Odeon New Street, los ojos muy apretados, la mano izquierda acariciando el cuello de su guitarra, casi arriba de la escala. Estaba en el medio de un solo bastante largo, combando una nota en la segunda cuerda. ¿*Motherless Children*, tal vez? ¿*Let it Rain*? Imposible decirlo. Parecía que disfrutaba bastante, en cualquier caso, y que por suerte no era consciente de que tenía detrás una enorme esvástica. Bajo sus zapatos de plataforma, habían impreso la palabra «RACISTA» en negritas del cuerpo dieciocho.

Philip examinó aquella imagen con sentido crítico.

—Bueno —dijo—, no es muy sutil, ¿no?

Doug mordisqueó su lápiz un momento antes de contestar.

—La sutileza —se pronunció con un desprecio estudiado— es la enfermedad nacional.

No hubo respuesta a eso; al menos, a Philip no se le ocurrió ninguna de improviso. Sentado enfrente de él, al otro extremo de la amplia mesa de redacción, Claire Newman se puso a escribir algo. Hizo toda una demostración de ello, mascullando las palabras para sí y poniendo mucho énfasis en «la enfermedad nacional».

—¿Qué haces? —le preguntó Doug.

—He decidido que hay que anotar vuestras ocurrencias para la posteridad —respondió ella en el tono mordaz que parecía reservar únicamente para Doug—. Voy a ser el Boswell de tu Johnson. Vuestra amanuense.

Los demás se rieron, incluso los que no entendían la palabra.

—Me alegro de oír eso —dijo Doug rápidamente—. ¿Y qué opinas de la portada?

—Está bien.

Philip, mientras tanto, había encontrado otra pega.

—A lo mejor es un libelo —dijo.

—¿Tú crees que Eric Clapton va a demandar a una revista colegial? —Cuando su interlocutor se limitó a encogerse de hombros, añadió—: Y si lo hace, mucho mejor. Así saldremos en los periódicos.

El señor Serkis, el joven profesor de inglés que supervisaba aquellas reuniones, se mesó pensativamente aquella melena que tan pronto iba a pasar de moda.

—Tendré que enseñárselo al director, ¿sabéis? Debería verlo antes de que lo imprimamos.

—Venga ya, eso es censura pura y dura —protestó Doug—. Estamos en la Inglaterra de Callaghan, no en la Rumanía de Ceaușescu.

Claire volvió a coger su bolígrafo.

—¿Rumanía o Romanía? —preguntó.

—Cualquier amanuense mínimamente decente sabría eso —dijo Doug. Esta vez hubo cierto coqueteo en su sonrisa que ella captó pero se negó a devolver. Desairado, y consciente de que los demás se habían dado cuenta, extendió las manos y recurrió a la retórica—. Creía que estábamos de acuerdo —dijo—. Creía que estábamos de acuerdo en que, si esto iba a ser algo más que una revista colegial de cotilleo, debería tener cierta mala uva. Y eso quiere decir hablar de política. Siempre se ha hablado de política en esta revista. Y tenemos que seguir haciéndolo, y sacarle aún más punta. —Volvió a mirar a Claire, sintiendo que, al menos en eso, era su mejor aliada—. Creía que estábamos de acuerdo.

—Sí, claro —dijo Claire, garabateando ahora en su bloc. Del revés, era difícil saber lo que estaba dibujando. Un árbol, quizá—. Eso es verdad. Pero no estoy segura de que esto sea..., no sé, la manera de enfocararlo.

Se hizo el silencio. El señor Serkis le echó un vistazo al reloj de pared, que

marcaba las tres y veinte. La reunión se alargaría demasiado si no tomaban una decisión rápidamente.

—Bueno —dijo—, hay que tomar una decisión. El director se irá a casa dentro de media hora, así que si tiene que ver algo...

Benjamin, que estaba sentado en el repecho de la ventana que disfrutaba de una magnífica vista sobre los tejados del colegio, no había intervenido en la discusión hasta el momento. Contemplaba el crepúsculo incipiente, veía cómo se iban encendiendo una a una las luces de neón de los laboratorios de idiomas al otro lado del patio. En aquella época había algo distante en él, algo más que un simple ensimismamiento. Podía ser, pensaba el señor Serkis, que la distancia que se había establecido entre Benjamin y sus amigos pronto fuese insalvable. Quería hacer todo lo que estuviese en su mano porque eso no sucediese.

—¿Y tú qué opinas, Ben?

Un giro imperceptible de cabeza, los párpados pesados de pura indiferencia. Podía tener la cabeza en cualquier parte. (En realidad la tenía en un cambio de acorde: de una sexta en Re menor a una séptima en Do).

—Tú eres fan suyo, ¿no?

—Lo era —dijo Benjamin. Se levantó entumecido del repecho y se acercó a la mesa, sobre todo para ver la ilustración de Doug. Todos los ojos estaban fijos en él, esperando su veredicto (fundamentalmente los de Claire). Pero él se limitó a coger el *collage* entre el pulgar y el índice, lo miró con indiferencia un momento, e infló los carrillos—. Pues no sé...

—¿Qué dijo *exactamente*? —quiso saber Philip—. ¿Qué dijo Clapton en realidad?

Doug no lo sabía seguro.

—No tengo la cita exacta —respondió—. No he conseguido encontrarla. Algo de que Inglaterra se estaba convirtiendo en su propia colonia. Mencionó a Enoch Powell, de todas formas. De eso sí estoy seguro. Dijo que Powell tenía razón y que deberíamos hacerle caso. Viene en mi artículo.

—Estaba borracho, ¿no?

—¿Y qué? ¿Qué tiene que ver?

El señor Serkis observó cómo Benjamin se apartaba de la mesa y cogía una bolsa de un rincón de la habitación. Era una bolsa de plástico cuadrada, de unos treinta centímetros de lado, y llevaba impresos el nombre y la dirección de una tienda llamada Cyclop Records, muy frecuentada por los alumnos de los últimos cursos del King William's. Los libros y los cuadernos de ejercicios de Benjamin casi no cabían en ella. Una cartera habría sido más práctica pero, seguramente, no habría desprendido la misma aura de «tío enrollao». Luego Benjamin se detuvo un momento en la puerta, aparentemente para despedirse de sus colegas, esperando una pausa adecuada en la conversación. A esas alturas, Doug y Philip habían dejado a un lado los detalles del reciente paso en falso de Eric Clapton, y hablaban del racismo en

general. Birmingham, sostenía Doug, había sido la cuna de dos importantes racistas en las últimas décadas: Enoch Powell, y J. R. R. Tolkien. Philip se ofendió todo con semejante afirmación. Tolkien era, sin lugar a dudas, su autor favorito y quería saber por qué se le tachaba de racista. Doug le sugirió que releyese *El Señor de los Anillos*. Philip le aseguró que lo hacía cada seis meses. En ese caso, replicó Doug, debería haber notado que el villano de Tolkien, Orco, era inequívocamente negroide. ¿Y no le parecía significativo que los refuerzos que acudían en ayuda de Sauron, El Señor de la *Oscuridad*, fuesen de piel oscura, y naturales de unas tierras tropicales del sur sin especificar, y que soliesen montar elefantes?

—Esto del racismo empieza a ser una obsesión tuya —le contestó Philip secamente—. Ya es hora de que cambies de rollo.

—Más bien es hora de que cambies tus hábitos de lectura —dijo Doug.

Benjamin se había ido.

Seguía profesando cierta devoción por Tolkien, aunque hacía años que había leído *El Señor de los Anillos*. Había pasado de Conrad a Fielding, y empezaba a pelearse con el *Ulises*. De todas formas, era *El Hobbit* el que ocupaba un lugar especial en sus preferencias; y, a pesar de que nunca le llamó la atención que lo hubiera escrito un autor de su ciudad, ahora que Doug lo mencionaba, veía que la cosa tenía cierto sentido. ¿Por qué, si no, en definitiva, había permanecido tan fiel a la ilustración del propio Tolkien de Bolsón Cerrado y Hobbiton al otro lado de El Agua, cuyos vivos colores, tras haber cambiado mucho de gusto a lo largo de los años, seguían resplandeciendo suavemente sobre él desde la pared de su dormitorio? Seguro que era porque en alguna parte de aquella pintura, en los tímidos contornos de su paisaje, en la ingenua evocación de una mañana «hace mucho tiempo, cuando el mundo estaba en calma, y había mucho menos ruido y más verde», encontraba ecos sentimentales de la zona en la que él mismo había crecido. Le recordaba, sobre todo, un sitio a uno o dos o tres kilómetros al sur de Longbridge: las Lickey Hills, donde vivían sus abuelos y adonde se dirigía esa misma tarde. No eran sólo las suaves pendientes y los ocasionales claros silenciosos y otoñales de aquel remanso medio pastoril los que le hacían pensar en el Condado, sino que los propios habitantes eran un poco como los *hobbits*, con aquella despreocupada indiferencia hacia el mundo exterior y aquel incontestable convencimiento de que llevaban la mejor vida posible en el mejor de los sitios posibles. Actitudes, se dijo Benjamin, que Paul empezaba a despreciar, sin duda, con toda la razón. Pero, por lo que a él se refería, había crecido entre ellas, las había heredado, y no podía desprenderse de ellas. No del todo. Quería a sus abuelos precisamente por (y no a pesar de) su absurda y tácita creencia de que, en cierta forma, Dios los había elegido, los había distinguido con un favor especial, al ponerlos donde todas las bendiciones de la vida parecían congregarse en un solo lugar modestamente santificado. Se trataba de una creencia que él retomaba a veces y de la que sacaba fuerzas.

Cuando llamó al timbre, fue su abuela la que abrió y dijo:

—Hola, cariño —al tiempo que le daba un beso tierno y con olor a alcanfor en la mejilla. Parecía que lo había estado esperando, a pesar de que no la había avisado—. ¿Has venido a tomar el té?

La buena educación exigía que se sentara un rato en el sofá, mojando galletas digestivas en su taza de té claro y contándole cómo había ido la semana en el King William's. No era muy difícil, la verdad. La abuela de Benjamin tenía un interés divertido y espontáneo por su vida colegial, aparte de una mente muy despierta; recordaba mejor los nombres de sus amigos que sus propios padres. A él le gustaba hablar con ella, casi tanto como con su abuelo, a quien se podía vislumbrar en el jardín rastrillando las primeras hojas muertas para hacer una hoguera, y que hasta en ese momento debía de estar inventándose alguna tontería o alguna gracia para hacer que se muriera de risa a la hora del té.

De todos modos, por mucho que los quisiera, Benjamin no había ido a ver a sus abuelos. Había ido a tocar su piano; y a la menor oportunidad, mientras su abuelo seguía ocupado arreglando el jardín y su abuela se metía en la cocina a preparar un pastel de carne picada, subiría rápidamente al dormitorio de invitados, sacaría un maletín que contenía sus dos magnetofones, y correría otra vez escaleras abajo para empezar a montar su estudio provisional.

Su último proyecto musical, producto del tiempo libre que le dejaban su novela y sus cuentos cortos, era una serie de piezas de cámara para piano y guitarra titulado *Marinas N.^{os} 1-7*. Estaban inspiradas tanto por sus recuerdos de Skagen como, inevitablemente, por su constante amor no correspondido por Cicely. Las tres primeras las había grabado ya y, al escucharlas una y otra vez los últimos días, Benjamin pensaba que daban la impresión de que una nueva madurez, un lirismo medido y reflexivo, empezaba a abrirse paso en sus composiciones. Aspiraba a algo sencillo pero evocador, austero pero sentido; un antídoto adecuado, esperaba, para los diferentes excesos contra los que se imaginaba rebelándose, es decir las ridículas pretensiones sinfónicas de los héroes progresistas de Philip, por una parte, y por otra el dinamismo neoneandertal del punk, que Doug comenzaba ahora a descubrir y a meter por las narices a sus horrorizados amigos. Trazar otro sendero creativo en su conjunto, no tanto entre aquellos dos caminos como en un brezal solitario y desolado de su propia elección, le parecía a Benjamin algo hermoso, noble y romántico. Estaba seguro de que hasta a Cicely, si alguna vez escuchaba algo suyo (cosa bastante improbable), la conmovría y la intrigaría.

La parte práctica de grabar en casa de sus abuelos no tenía nada de metafísica, de todos modos. Para empezar, había que parar el reloj de cuco quitando el péndulo, ya que el tictac se oía perfectamente y siempre daba la hora en el momento menos oportuno. Algo de lo que la lista de músicos de Richard Branson no tendría que preocuparse cuando grababan en la Manor, suponía. Y luego estaba el problema de los ruidos extraños en general; ya no sólo el ruido del tráfico de Old Birmingham Road, sino los ruidos cotidianos de sus abuelos ocupándose de sus asuntos, porque

nunca había conseguido meterles en la cabeza su necesidad de silencio absoluto mientras hacía estas tentativas secretas de inmortalidad musical. En muchas ocasiones, cuando ya llevaba las tres cuartas partes de una grabación, todo se había ido al garete por culpa del sonido del teléfono o de un portazo imprudente.

Pero esa noche la grabación fue perfectamente en su mayor parte. La *Marina N.º 4* era una composición agridulce que duraba unos cuatro minutos, parecida a una canción, con la guitarra siguiendo una melodía errática y lastimera sobre una suave marea de acordes menores yendo y viniendo en el piano. Después de que la estructura estrofa-coro hubiese tocado a su fin, todo se disolvía en una estela de improvisaciones indolentes y melancólicas. Benjamin siempre se lamentaba de que aquellas piezas nunca resultaran ser tan vanguardistas como le habría gustado, pero seguía pensando que, a su manera, eran originales. Tras ellas se escondía una extraña mezcla de influencias provenientes de los compositores clásicos modernos y los grupos pop experimentales ingleses, por cuyo abigarrado y excéntrico mundo musical Malcolm le había guiado decisivamente en su día; pero, a partir de esas influencias, Benjamin empezaba a forjar algo absolutamente personal. Tan personal, de hecho, que sabía que nunca le dejaría escuchar aquellas grabaciones a nadie (ni siquiera a Philip, su mejor amigo), lo cual quería decir que apenas tenía importancia que, como esa noche, tocara unas cuantas notas equivocadas, perdiese el ritmo en tres ocasiones distintas, y fuese interrumpido casi al final por los maullidos de *Bellota*, el gato de sus abuelos, en el exterior del ventanal. Sus maullidos se oían claramente cuando repasó la grabación, pero a Benjamin le daba igual. Ahora la composición estaba fijada, esculpida en el tiempo, en una versión que al menos se aproximaba a sus pretensiones iniciales. La escucharía, acabaría aburriéndose de ella, y pasaría a otra cosa. Era muy consciente de que aquellas piezas constituían meros escalones al comienzo de un viaje hacia alguna parte (un gran artefacto musical, o literario, o fílmico, o quizás una combinación de los tres), a la que sabía que se iba aproximando inexorablemente sin prisa pero sin pausa. Algo que contendría lo que sentía hacia Cicely, y que ella tal vez escucharía, o leería, o vería a la vuelta de diez o veinte años, y de repente se daría cuenta, intuitivamente, de que había sido creado para ella, destinado a ella, y de que, entre todos los chicos que habían pululado por su vida, como muchos zánganos del colegio, Benjamin era con mucho, sin que ella fuese lo bastante lista como para percatarse de ello, el más puro de corazón, el más dotado y el más generoso. Ese día, la conciencia de todo lo que había pasado por alto, de todo lo que se había perdido, se abriría paso en ella en un instante, y lloraría; lloraría por su estupidez, y por el amor que podría haber habido entre ellos.

Evidentemente, Benjamin siempre podría haber hablado con ella, abordarla en la cola del autobús y pedirle que saliera a tomar algo con él. Pero, en términos generales, esta otra manera de aproximarse le parecía más adecuada.

Sus abuelos no sabían nada de la arrebatadora pasión oculta que devoraba el tierno corazón de Benjamin mientras los tres engullían el pastel de carne aquella

noche. Como de costumbre, su abuelo estaba de muy buen humor, y cualquier petición de que le pasaran la sal o el pan o la mantequilla iba acompañada de unos infames juegos de palabras que Benjamin esquivaba y devolvía lo mejor que podía. Disfrutaba del ambiente de aquellas cenas tan sencillas y animadas. La casa de sus padres parecía tan fría en comparación... En casa, Benjamin detestaba sentarse enfrente de Paul y verle despreciar la comida, mientras picoteaba quisquillosamente el último y bienintencionado ofrecimiento de su madre. Detestaba que su padre siguiera preocupado, horas después de que sucediera, por algún tropiezo humillante en su trabajo. Y tampoco le gustaba nada que Lois no estuviera allí. Eso era lo peor. Eso era lo que más detestaba.

—*Gran felino*. —Cinco letras. Empezaba por T y acababa en R.

Venga, hombre, se dijo el padre de Philip, ésta la tienes que saber. Un felino era un gato, de eso estaba seguro. Una especie de gato, de cinco letras y que empezaba por T... ¿Qué tal *tabby*? ^[13]

Comprobaría el significado de «felino».

—¿Me pasas el diccionario, cariño?

Barbara le pasó el diccionario del *Reader's Digest* sin levantar la vista, y siguió leyendo su revista. O mejor dicho, siguió leyendo la carta que había escondido entre las páginas de la revista.

El viento nocturno golpeteaba contra los cristales que Sam, por tercer año consecutivo, no acababa de proteger poniendo una doble ventana. La televisión continuaba emitiendo un documental sobre la región sin que nadie la mirara ni se fijara en ella, con el volumen bajado prácticamente del todo.

«La primera vez que te vi, en la reunión de padres y profesores, me sentí como debió de sentirse Giornado cuando contempló por primera vez Las meninas de Velázquez. Experimenté esa sensación eléctrica sobre la que Herbert Howells escribió tan conmovedoramente, al describir su primer encuentro con la Tallis Fantasia de Vaughan Williams. Supe que estaba ante la presencia de la grandeza; no sólo ante la presencia de un ser humano perfecto (físicamente perfecto y, me atrevo a imaginar, perfecto en espíritu, sin algún defecto en su quintaesencia), sino de lo que podría ser descrito, sin recurrir demasiado a la fantasía, como una perfecta obra de arte, porque tú, Barbara, eres la obra maestra que llevo buscando toda mi vida, mi propia opus magnus...»

felino, na. adj. De la familia de los gatos. 2. Que parece de gato. — *m.* Animal de la familia de los gatos. [Del lat. *felinus*.]

Ya sabía desde un principio que eso era lo que significaba, así que tenía que ser *tabby*, ¿no? ¿Pero los *tabbies* eran grandes? Bueno, el *tabby* de la vecina, la señora Freeman, era increíblemente grande. Hacía un par de semanas se había cargado a un gato. Así que la R debía de estar equivocada.

La R venía de «Rotten».^[14] ¿Cuál era la definición? «Podrido.» Seis letras, la quinta una E. Estaba a punto de volver a mirar «podrido» cuando Barbara alargó la mano distraídamente y dijo:

—¿Me pasas el diccionario, cariño?

Él soltó un suspiro y se lo dio.

Barbara pasó rápidamente las páginas; rápidamente pero con un aire furtivo que Sam, abstraído en su crucigrama, no percibió.

quintaesencia. f. quinta esencia, la más pura y perfecta forma, manifestación o encarnación de una cualidad, etc. 2. Extracto sumamente refinado.

¡Sumamente refinado!

quintaesenciar. tr. Refinar, apurar, alambicar. [Del lat. *quinta essentia*, quinta sustancia (sustrato de los cuatro elementos).]

Pensaba que ella era «sumamente refinada». Eso lo dejaba todo muy claro. El señor Plumb (Miles, como había acostumbrarse a llamarlo) estaba, en el antiguo sentido de la expresión, haciéndole el amor. La cortejaba. Tenía (y la palabra le vino a la mente de golpe, sin avisar, con una encantadora sensación de exactitud) un admirador. Empezó a sentir cierto hormigueo en las mejillas. Le ardían, y sabía que se estaba poniendo como un tomate. Avergonzada, profunda y deliciosamente avergonzada, escondió la carta entre las páginas de *Woman* y se obligó a concentrarse en la revista. No debía leer más. Todo aquel asunto estaba mal, muy mal.

«OLLAS A PRESIÓN – A algunas os encantan, otras las odiáis.»

«LAS ESTRELLAS PUEDEN AYUDARTE A ADELGAZAR. ¿Eres Piscis, la glotona? ¿O Aries, la gourmet? ¿O Géminis, la que pica un poco de todo?»

«Cáncer: La que procura consolarse. La comida te hace sentirte bien y eso es parte de tu problema. Cuando el pájaro azul de la felicidad te abandona, te encoges en tu caparazón y te devoras a ti misma.»

Barbara cogió otra galleta de chocolate y Sam dijo:

—¿Me pasas el diccionario, cariño?

podrido. adj. Descompuesto, corrompido. 2. Nocivo, dañino. 3. Depravado. 4. fig. y fam. De poca calidad, despreciable, muy desagradable.

podrir. tr. **pudrir.** [Del lat. *putrere*.]

Bueno, pues allí estaba: *rotten*. Tal como había pensado. Pero si el gran felino era un *tabby*, cosa que estaba clara, entonces aquella palabra tenía que empezar por Y y no valía *rotten*. Así que le hacía falta una palabra de seis letras que empezara por Y, cuya quinta letra fuese una E y significara *podrido*.

¡Ya estaba! «YUCKEY.»^[15]

«Oh, Barbara, mi Barbara, mi dechado de virtudes, mi hechicera calipigia, apogeo de toda beldad en este bastardo y mancillado mundo, ¿nos otorgarán alguna vez las truculentas fuerzas de la peripecia la dulce euforia del encuentro sibarítico?»

—¿Me pasas el diccionario, cariño?

Esta vez Sam soltó un suspiro más malhumorado mientras se lo pasaba.

—No sé para qué te hace falta el puñetero diccionario para leer esa revista —dijo—. No es precisamente *El doctor Chicago*, ¿no?

Barbara le sacó la lengua.

—Cierra el pico y dedícate a tu crucigrama.

Él escribió «Yuckey» con mucho cuidado sobre las letras de «Rotten», luego se paró a ver cuál era la diferencia. Y la diferencia era que ahora la 11 horizontal debía empezar por C en vez de por T. La definición era: «Vehículo de pasajeros, de tracción eléctrica, que va sobre rieles.» Tenía cuatro letras y acababa en M.

Mecachis en la mar, pensó Sam. Juraría que tenía que ser *tram*.^[16] Ahora hay que

quitar la C y estropearlo todo.

Barbara había dejado de intentar entender la última frase de Miles y estaba leyendo, en cambio, las cartas de *Woman*.

«*El guía del club de senderismo responde, muy acertadamente, ¡al nombre del señor Montes!*», decía Joanna Prior de Clitheroe.

«*Si se te rompe una cassette, no la tires*», escribía Amelia Fairney, de South Shields. «*Se pueden sacar los carretes y usar las cintas como serpentinas o para atar regalos.*»

Sarah Day de Newbury aconsejaba: «*No gastes luz secando prendas pequeñas en la secadora. Mételas en la centrifugadora de verduras y dale hasta que estén secas.*»

«*Hace poco, para poder ir a mis clases nocturnas*», decía otra lectora, «*tuve que dejar que mi marido les preparase la cena a mis dos niños de seis y cuatro años. A la mañana siguiente les pregunté si se lo habían pasado bien, y su única queja fue que no les habían gustado los polos que papá les había dado de postre. Cuando fui a mirar al congelador, no me sorprendió. ¡Eran zanahorias congeladas!*»

Después de esta carta, la directora había escrito: «*¿Tu marido ha hecho alguna vez una tremenda estupidez? ¡Escríbenos y cuéntanosla!*»

No sabría por dónde empezar, pensó Barbara, mientras contemplaba cómo Sam resolvía su crucigrama con el ceño fruncido y ni se enteraba de que estaba chupando la punta que escribía de su rotulador.

Se dio por vencido con el vehículo de pasajeros, de tracción eléctrica, que iba sobre rieles, y centró su atención en la parte inferior izquierda.

«*Recipiente redondo de boca ancha, para lavarse las manos y la cara.*»

De cinco letras, y empezaba por B. Ésa era fácil. «B-O-W-E-L.»^[17]

La 23 horizontal tenía siete letras y acababa en A.

«*Estado de felicidad perfecta*», leyó.

«*Debo volver a verte*», había escrito Miles Plumb. «*Es mi fe, Barbara, mi credo homeostático, el que estamos destinados el uno al otro. Sólo cuando estemos juntos, coalescentes, infibulados, alcanzaremos ese fugitivo estado del nirvana que ha sido el único desiderátum de mi infructuosa y descarriada existencia.*»

—¿Me pasas el diccionario, cariño? —preguntó Barbara.

Consultó «nirvana».

nirvana. m. En el budismo, estado de felicidad perfecta.

Sam, por pura frustración, tiró el periódico a un lado.

—¿Otra vez te has dado por vencido? —preguntó Barbara, sólo con una pizca de sarcasmo en la voz.

—«Rápido y fácil», pone —refunfuñó Sam, con los labios y la lengua negros de tinta—. «El crucigrama rápido y fácil». ¡Tú me dirás! A ver, ¿qué es «estado de felicidad perfecta»? ¿Es que eso existe?

—No tengo ni idea —dijo Barbara, pesarosa, y una vez más trató de esconderse tras la revista.

Cuando subieron al piso de arriba del autobús, Claire ya había reservado los dos asientos dobles de delante. Benjamin llegó primero. Sabía que a Claire le gustaría que se sentase a su lado, pero, en cambio, ocupó el otro asiento, cerca de la ventanilla. Doug llegó después. Sabía que Claire preferiría que no se sentara a su lado, pero se sentó de todas formas. Philip llegó el último, y se sentó junto a Benjamin. Parecía enfadado, pero Claire fue la única que se dio cuenta. Los demás no habían apreciado nada extraño en su comportamiento últimamente. Así que, tras llevar más de diez minutos allí sentada sin apenas decir nada, se revolvió en su asiento para darle un ligero codazo a Doug y comentar:

—Lleva unos días sin decir ni mú.

—Nunca habla mucho —respondió Doug.

—Ya, pero últimamente menos aún.

Seguramente para refutar su propia teoría de que la sutileza era la enfermedad nacional, Doug se inclinó sobre el pasillo y dijo:

—¡Eh, Philip! ¿Qué te pasa? Claire piensa que te comes mucho el coco.

—Yo no he dicho eso —insistió Claire. Y luego, dirigiéndose a Philip—: Sólo es que me parece que andas un poco bajo de moral. Y decía yo si sería por algo.

A Benjamin se le ocurrió de repente, mientras miraba hacia fuera por la ventanilla lateral, algo desconectado de la conversación como siempre, no sólo que Claire tenía razón, sino que únicamente él sabía por qué Philip andaba tan desanimado. Estaba preocupado por el grupo. Y, la verdad, con motivo. ¿Quién no se preocuparía por el grupo? Dos años para formarlo, meses para ponerle nombre (e incluso ahora Benjamin pensaba que se habían equivocado), y encima se suponía que el grupo iba a tener su primer ensayo la semana anterior, pero lo habían suspendido por falta de material de todo tipo. El propio Benjamin, aunque se suponía que era el teclista, había decidido no aportar ninguna canción, alegando que sus composiciones no eran las adecuadas para un quinteto; y todo lo que se sabía sobre la contribución de Philip era que llevaba cierto tiempo entretenido con una pieza presuntamente ambiciosa (una canción o una serie de canciones épicas, nadie lo sabía seguro) que hurtaba continuamente al escrutinio de sus compañeros (Benjamin, Gidney, Stubbs y Procter). El viernes anterior era cuando se esperaba que, por fin, se desvelase la gran obra. Pero Philip se había echado atrás a última hora, diciendo que necesitaba pulirla un poco más. Y eso debía de ser evidentemente, pensaba Benjamin, lo que tenía a su amigo últimamente tan avasallado; le preocuparía decepcionar a sus colegas, a la vez que sentiría la típica ansiedad del artista cuando está a punto de rematar su obra.

Pero Benjamin estaba equivocado. A Philip le preocupaba que sus padres no se hablaran y que su padre se hubiera pasado al dormitorio de invitados.

Y la situación tenía muchos aspectos inquietantes. Su madre había recibido una carta de amor. Eso era inquietante. Su padre la había encontrado, escondida entre las

páginas del consultorio del último ejemplar de *Woman*. Eso también era inquietante por varios motivos. ¿Por qué se había puesto su padre a leer el consultorio de *Woman* para empezar? Evidentemente, porque con aquella discusión cada vez más abierta sobre orgasmos, zonas erógenas y otras facetas recónditas de la sexualidad femenina, era la literatura más excitante que se podía encontrar en los dominios de los Chase. Ésa era la razón, en cualquier caso, de que el propio Philip lo leyese; pero resultaba desconcertante que su padre, veintisiete años mayor que él y, supuestamente mucho más versado en las cosas de este mundo, siguiera compartiendo con él las mismas curiosidades salaces y no les encontrara una salida mejor. Philip no sabía lo que ponía la carta. Les había preguntado a los dos, pero su madre no se lo quería decir, y su padre, por el contrario, no podía, porque no había sido capaz de entender una sola palabra, a pesar de recabar la ayuda del diccionario del *Reader's Digest*. De todos modos, se decía Philip, la cuestión era que aquel tipo andaba detrás de su madre. Quiere que se acueste con él. Ya puede adornarlo con todas las florituras que le dé la gana, pero al final todo se reduce a eso. Quiere echarle un polvo.

Eso también era inquietante, pero lo peor fue cuando Philip descubrió de quién era la carta. Era de Miles Plumb.

¡El señor Plumb! El Mari Plomo, ¡el horripilante profesor de arte! Philip estudiaba arte ese curso y el señor Plumb le daba clases cuatro veces a la semana. ¿Cómo iba a mirarle a los ojos, cuando sabía que tenía en mente desbaratar el matrimonio de sus padres? De repente, la legendaria pulla de Harding en la revista del colegio de las chicas, «¡Destrozahogares!», no parecía tan divertida. La primera intención de Philip había sido irse directamente a ver al director y contarle con pelos y señales lo que estaba tramando el jefe del departamento de Arte. Pero su padre, curiosamente, le advirtió que no lo hiciera bajo ningún concepto. Es una cosa entre él y yo, había dicho. Ni tú, ni el colegio, ni tu madre tenéis nada que ver con este asunto. Voy a ajustar cuentas con ese cerdo, y lo voy a hacer a mi manera. No sé cómo, pero es lo que voy a hacer. Voy a darle donde más duele.

Y ésas eran las últimas y amenazadoras palabras que se habían dicho sobre el tema. Philip no tenía ni idea de lo que su padre habría querido decir.

Ni que decir tiene que no podía comentarles nada a sus amigos.

—No pasa nada —respondió en un tono de triste desesperación. Y como no quedaron muy convencidos, se vio obligado a improvisar—. Es que estoy... preocupado por esa historia de El Círculo Cerrado, nada más. No estoy muy seguro de que vayamos por buen camino.

Doug meneó la cabeza de pura incredulidad.

—Pero ya hablamos de todo eso en la última reunión.

—Ya lo sé. Pero sigue sin convencerme.

El Círculo Cerrado era un selecto club de debate, compuesto por no más de dieciséis miembros en el mejor de los casos, procedentes en su mayor parte de los últimos cursos, con alguna excepción del anterior. Nadie que no perteneciera al club

sabía cada cuándo se reunía, ni dónde, ni qué sucedía exactamente en aquellas reuniones. Todo lo que se refería a él estaba envuelto en un secreto impenetrable (y en cierta forma infantil).

—El Círculo Cerrado es una asquerosa panda de gilipollas bordes y elitistas —dijo Doug—. Es como una pandilla de colegiales que quieren ser como esos putos masones. Ya era hora de que alguien hablara claro de toda esa historia y les enseñase a esos tipos lo chulos y lo mamones que son.

—¿Alguien te ha pedido que entres en él? —preguntó una voz.

Doug se dio la vuelta para ver que Paul, el repugnante hermano pequeño de Benjamin, estaba sentado justo detrás.

—¿Y tú qué haces aquí? —preguntó Benjamin. Incluso, después de tres cursos y medio, no se había hecho a la espantosa idea de que Paul iba ahora al mismo colegio, y volvía a casa en el mismo autobús. La pesadilla de su continua presencia no se acababa nunca.

—Éste es un país libre, ¿no? —dijo Paul—. Además, no hay más asientos libres.

Lo que, desgraciadamente, era cierto.

—Pues no nos apetece escucharte.

—Ya he dicho que éste es un país libre. De todos modos —ahora se dirigía a Doug—, te he hecho una pregunta.

Doug no se podía creer el atrevimiento del niño. Se quedó mirándolo con el frío desdén de un sabueso de raza al que le ha retorcido el rabo un cachorro callejero.

—¿Alguien te ha pedido que entres en él? —repitió Paul.

—Pues claro que no.

—Pues ahí lo tienes. Lo que pasa es que te mueres de envidia.

—¿De envidia?

—A mí no me engañas con todo ese rollo de que si son unos elitistas. Si tú no eres elitista, ¿me quieres decir qué haces en este colegio? Tuviste que hacer un examen de ingreso, ¿o no?

—Sí, pero...

—El elitismo está bien. Lo sabe todo el mundo menos un puñado de ideólogos con anteojeras. El elitismo lleva a la rivalidad, y la rivalidad a la perfección. Y en cuanto a El Círculo Cerrado, voy a ver si me admiten.

Benjamin pegó un berrido de pura incredulidad.

—¿Tú? Para empezar tienes como cinco años menos de los que hacen falta. Y no se pide que te admitan. *Te piden* ellos que entres.

Antes de que Paul pudiese enfurecerlo más, el autobús llegó a Northfield, y Claire y Philip tuvieron que bajarse. Mientras se despedían, Benjamin se puso a mirar otra vez por la ventanilla, no por mala educación, sino para evitar los ojos de Claire; sabía que cuando ella le dijera adiós iban a tener una expresión desafiante, que intentaría forzar alguna clase de respuesta, como trataba de hacer desde que él se había fijado en ella por primera vez, en esa misma parada de autobús, hacía tres años. Desde

entonces, probablemente de todos sus amigos había sido el último en darse por enterado de que abrigaba una pasión por él, un encandilamiento inexplicable que él no alentaba en absoluto. Se había convertido en una fuente de tremenda incomodidad entre ellos. Hasta Claire, en cierta medida, parecía odiarse a sí misma por ello, pero ahí estaba. Por lo visto, esas cosas no se podían razonar. Y tampoco era fácil para Doug, que sí sentía algo por Claire, pero al que ella no le daba el más mínimo pie. Así que siempre había cierta tensión en el aire, entre Benjamin y Doug, siempre que Claire andaba cerca o que se acordaban de ella. Que fue por lo que seguramente no se dirigieron la palabra durante un rato (Doug se había pasado al asiento de Benjamin) después de que ella se fuera.

—Y entonces —dijo Doug por fin—, ¿vas a venir conmigo a Londres el fin de semana?

Ése también era un punto que ya habían tocado.

—Creo que no debería —respondió Benjamin—. No me han invitado.

—Yo no soy el único al que han invitado. Quieren conocer a cualquiera de la revista.

Benjamin se revolvió en su asiento.

—Creo que sería mejor que fueras solo.

Doug miró a su amigo un momento, luego se rió (una risa breve y triste) y dijo:

—Nunca lo vas a hacer, ¿verdad?

—¿Hacer qué?

—No vas a salir a coger al toro por los cuernos y a pegarle un buen meneo. No vas a hacerlo nunca, ¿verdad, Benjamin? Nunca vas a aprovechar tus oportunidades. Alguien te ofrece la posibilidad de *escaparte* de esta ciudad de mierda un día o dos a ver qué *pasa*, a ver si alguna vez te pasa algo de verdad, pero tú como si nada. Tú prefieres quedarte en casa con papá y mamá y..., yo qué sé, ordenar tu maldita colección de discos o algo parecido, no vaya a ser que el de Soft Machine no esté justo antes que el de Stackridge.

Benjamin sabía muy bien que aquellas palabras le hacían justicia. Eran como una lluvia de golpes que daban en la diana con una puntería perfecta. Se encogió aún más con ellas. Era cierto, no iría nunca a Londres con Doug bajo ninguna circunstancia. Nunca podría entrar descaradamente en una oficina desconocida y presentarse en una habitación llena de extraños, todos mayores que él, todos con más experiencia, todos muy despiertos y avisados con la frialdad propia de la gran urbe. La sola idea le aterrorizaba. Pero también tenía una excusa, y se sintió con derecho a utilizarla.

—No es eso —dijo—. Tengo que estar aquí el sábado. Hay algo que hago todos los sábados.

Y le contó a Doug que, los sábados, siempre iba de visita al psiquiátrico. Cosa que era cierta. Así que Doug dijo que lo sentía y se quedó callado. Respecto a eso no había discusión.

Cada vez que pasaba en coche por el extremo de su calle, Bill se sentía raro. En definitiva, allí no sólo era donde ella había vivido, sino donde la había visto por última vez. Era allí donde se había puesto a llorar y a gritar, amenazando con suicidarse si no dejaba a Irene. Él había aparcado en el arcén para tratar de consolarla. Durante cinco o diez minutos se dijeron de todo el uno al otro, pero más tarde, ese mismo día, apenas podía recordar una sola palabra de lo que se habían dicho. E incluso ahora, tanto tiempo después de aquello, aquel cruce por lo demás anónimo, donde su calle se juntaba con Bristol Road seguía conservando en alguna parte de su memoria la terrible y salvaje energía de aquel encuentro; Bill tenía que pasar por allí, como si atravesara un campo de fuerzas, cada vez que se acercaba en coche al centro de Birmingham.

Ella no se había presentado en su casa, como él se temía. Había intentado contactar con Bill sólo una vez, llamándolo a casa por teléfono para decirle que quería hablar con él inmediatamente. Él accedió a verla en su lugar de encuentro habitual, uno de los bloques de duchas de la fábrica, el escenario de algunos de sus polvos clandestinos más frenéticos. Pero luego no fue. No había tenido valor.

La mayor parte de las dos noches siguientes, había dejado descolgado su teléfono sin que nadie se diera cuenta, apoyando el auricular sobre una bolita de goma, pero sabía que no podía seguir haciendo aquello siempre. A las nueve y media de la noche siguiente volvió a colgar bien el teléfono, y a los cinco minutos ya estaba sonando. Lo cogió, y resultó ser Donald Newman, el padre de Miriam. Parecía al borde de un ataque de histeria, y lo primero que hizo fue amenazar de muerte a Bill, pero a Bill no le daba miedo la violencia, y sabía que debía dejar que aquel hombre se enfrentara a él. Decidieron encontrarse en El Caballo Negro, en Northfield, media hora más tarde, y allí fue donde Donald le dio aquella noticia tan extraordinaria: Miriam había desaparecido.

Era un hombre violento, Bill lo tenía claro. Por lo menos, en potencia. Pero esa noche se limitó a insultar a Bill, poniéndolo a parir, acusándole de haber seducido y corrompido y deshonrado y, probablemente, embarazado y obligado a abortar varias veces a su hija, aparte de todo tipo de cosas fruto de una imaginación que Bill habría tachado de delirante, si muchas de aquellas cosas no se hubieran aproximado, desgraciadamente, a la verdad. De todos modos, apenas escuchó o entendió la mayoría de las cosas que le dijo; su mente se resentía del impacto de tantas noticias desagradables. Por lo visto, Miriam llevaba un diario. Ella nunca se lo había contado. No abarcaba todo el tiempo que habían estado juntos, gracias a Dios, pero sí el principio, y ahora su padre lo había leído todo. Esa noche tuvo que enfrentarse cara a cara con la humillación y el desenmascaramiento (el final de su matrimonio, la pérdida de su trabajo), y se encontró suplicándole a Donald, rogándole que no dijera

nada en consideración a Irene y a Doug. Pero a Donald no le preocupaba ese tema. Lo único que quería saber era dónde estaba Miriam. «¿Dónde está?», no dejaba de repetir, «¿dónde está mi hija?», y todo lo que Bill pudo responderle fue: «No lo sé. Le juro que no lo sé.»

Lo único que se le ocurrió decirle a Donald fue que había otro hombre. Recordaba el tono de broma (sólo que parecía demasiado temerario y desesperado como para que fuese de broma) que había empleado Miriam para llevarle a creer que existía alguien más, otro amante, un rival sin nombre que no era de la fábrica, ni de los alrededores. Hasta le había amenazado con fugarse con él, y tal vez eso fuera lo que había hecho. Donald lo presionó para que le dijera el nombre del tipo, pero él no lo sabía. Y entonces Donald le preguntó: «¿Cree que puede haberse suicidado?», y una vez más Bill negó con la cabeza, pero en esta ocasión sus ojerosos ojos grises, tras sus gafas de montura metálica, se le llenaron de lágrimas mientras decía: «No lo sé.»

Donald se había ido.

Ocho angustiosos días después, hubo una curiosa postdata, poco concluyente. Bill había contactado con algunos de sus amigos del movimiento antinazi y hecho algunas investigaciones más sobre la Asociación del Pueblo Británico, el grupo al que pertenecía Roy Slater. Resultó ser el tipo de chusma que se esperaba, la rama más fanática de la rama fanática, demasiado pequeña para considerarla peligrosa, aunque se la relacionaba con la violencia racial a pequeña escala. Bill había ido a ver a Roy Slater para acusarle de repartir propaganda racista en el lugar de trabajo. Slater le preguntó qué iba a hacer al respecto; Bill contestó que tendría que informar al sindicato, recomendando que se apartase a Slater de su cargo de enlace sindical y, muy posiblemente, de su empleo.

—Hazlo si quieres —le había respondido Slater inesperadamente—. Pero, si lo haces, le contaré a Irene lo tuyo con Miriam Newman.

El chantaje había funcionado. Bill no les dijo nada a sus colegas del sindicato, y Slater cumplió perfectamente su palabra. Lo último que le había dicho a Bill en ese encuentro fue:

—Nadie se va a enterar, compañero Anderton. Nunca. Te doy mi palabra.

Bill no sabía qué había querido decir con aquello exactamente, ni tampoco cómo se habría enterado Slater de su historia, para empezar. Al final llegó a la conclusión de que Victor Gibbs le habría contado algo, y continuó sospechando que existía alguna conspiración turbia e insondable entre ellos. Pero no tenía pruebas concretas, aparte de las palabras con que los dos, por separado, habían descrito el colegio de Doug: «Esa academia para pijos»; y más tarde, cuando fue capaz de reflexionar sobre todo aquel asunto con más calma, hasta se preguntó si Gibbs sabría tanto sobre lo suyo con Miriam. ¿No habría sido todo una fanfarronada, y el producto de la propia imaginación paranoide de Bill? Ya no servía de nada especular. El desfalco y la falsificación de Gibbs habían sido descubiertos, y lo habían despedido. Bill no volvió a saber nada de él. Y un año después, Slater se casó, se fue a vivir a Oxford, y

consiguió trabajo en la fábrica de la Leyland en Cowley, con la ayuda de una carta de recomendación escrita por el propio Bill, que estaba decidido a que fuera su última falta de honradez.

En cuanto a Miriam, hizo lo que pudo por olvidarla. Al principio le fue imposible. Noche tras noche estuvo a punto de llamar a Donald Newman y preguntarle si sabía algo de ella. Pero siempre logró reprimirse; no podía afrontar la rabia y el desprecio de aquel hombre por segunda vez. No venía nada en los periódicos, y tampoco se comentó nada en la fábrica, aparte de un fragmento de conversación que escuchó a medias un día en la cantina, sobre que Miriam se había fugado con otro hombre. Bill nunca llegó a saber si aquel hombre estaría bien informado, pero al final se vio forzado a aceptar que ese otro, el amante misterioso, tenía que haber existido, y que ella se había ido con él. Durante meses, el alivio y los celos lucharon por la supremacía en su corazón, pero al final se produjo una tregua de puro agotamiento. Y nada ocupó su lugar. Se esforzó por combatir el hábito, el sangrante y corrosivo hábito, de pensar en Miriam un día sí y otro también, y trató de reconciliarse, en cambio, con las virtudes de la rutina, el autocontrol, el matrimonio. Le había sido fiel a Irene desde entonces, de hecho si no de pensamiento. Pero incluso ahora, casi dos años después, bastaba con un trayecto como aquél, una rápida ojeada por la ventanilla, para que aquel último fin de semana tan desagradable se le echara encima. ¡Haber estado tan al borde del precipicio sin siquiera saberlo, sin tener la menor idea, realmente, de con qué se las había visto! Le recorría un escalofrío cada vez que pensaba en ello.

Se dio cuenta de que ya había llegado casi al King William's y no recordaba nada de los últimos seis kilómetros, ni siquiera del tramo de Selly Oak donde debía de haber mucho tráfico. Era un milagro que nunca tuviera un accidente. Doug lo esperaba fuera de las verjas del colegio. Se había quitado el uniforme, lo había doblado y lo tenía enrollado bajo el brazo. Tras años de llevar pantalones acampanados, se había convertido de repente a los vaqueros negros de pitillo, que le hacían las piernas increíblemente delgadas y fibrosas. No llevaba chaqueta, sólo una camiseta blanca.

—Vamos, entra —dijo Bill—. Debes de estar congelado. ¿Qué ha pasado con tu chaqueta?

Doug tiró su uniforme y su bolsa negra de deportes en el asiento trasero del coche, y luego se sentó en el asiento del copiloto, junto a su padre.

—No me hace falta, papá.

—No te vas a ir a Londres sin chaqueta.

—La he dejado en casa.

—Entonces ponte la del colegio.

—¿Estás de broma?

—Llévatela en la bolsa. La vas a necesitar.

Doug pegó un bufido y se abrochó el cinturón de seguridad.

—Gracias por llevarme —masculló.

—No hay de qué. —Bill volvió a meter el coche en la fila de tráfico que fluía hacia el centro de Birmingham. Eran sólo las dos de la tarde, pero parecía que la hora punta había empezado antes. Como de costumbre, le costó pasar de la tercera a la cuarta marcha; el coche pegó una violenta sacudida hacia delante y el motor soltó un gemido de queja.

—Maldito cambio de marchas —dijo Bill.

—¿Por qué no te compras un coche decente de una vez? Uno extranjero.

—Déjate de rollos —le espeto su padre—. Este coche lo hicieron auténticos artesanos. Artesanos ingleses. Y de eso sé un poco. —Se coló en un semáforo mientras pasaba del verde al ámbar—. De todas maneras, ya me dirás cómo. ¿Qué iba a decir la gente?

Era viernes, 29 de octubre de 1976, y Doug estaba a punto de embarcarse en una gran aventura: un viaje a Londres, el primero sin la supervisión de sus padres. Viajaría completamente solo, de hecho, aunque ése no había sido exactamente el plan. Sin saber realmente por qué (salvo que, en cierta forma, quería impresionar a sus héroes), había enviado un ejemplar de *El Tablón* con Eric Clapton en la portada a las oficinas de *NME*, y quince días después el redactor jefe de la revista, Neil Spencer, le respondió concisa pero generosamente. Todo el personal de *NME* se había ido pasando el ejemplar, por lo visto, con gran admiración. A Doug y a los demás colaboradores se les invitaba a proponer ideas para artículos, si tenían alguna, y a enviar reseñas de cualquier concierto que se diera en Birmingham que mereciera la pena.

En una postdata escrita a toda prisa añadía que, si alguna vez se pasaban por Londres y querían dejarse caer por la redacción, no habría problema. Doug había leído aquella carta en voz alta en el último consejo de redacción, y se quedó pasmado no sólo con que sus colegas demostrasen escaso interés, sino con que hasta se negaran a creer que aquella invitación iba en serio. Sin más razón que demostrarles que estaban equivocados, había llamado a las oficinas de *NME* unos días después y hablado con un miembro de la plantilla. La verdad era que aquella persona no parecía saber nada de la carta, pero estuvo muy amable, y cuando se enteró de que Doug tenía intención de acercarse a Londres ese fin de semana (algo que se le había ocurrido en el momento), le dijo: «Pues claro, pásate cuando quieras. El viernes por la tarde estaría bien.» Doug le había comentado que, de momento, no tenía ningún sitio donde quedarse en Londres, y la voz al otro extremo de la línea le dijo que eso no era problema, que ya encontrarían algún apaño. Todo le estaba saliendo increíblemente bien.

—¿Aún no tienes ni un número de teléfono? —le preguntaba ahora su padre—. Algún sitio donde podamos contactar contigo en caso de urgencia.

—No me dijeron dónde me iban a meter —dijo Doug—. En casa del redactor, supongo. Ya os llamaré desde allí.

La siguiente pregunta de Bill era inevitable.

—Esa gente no tomará drogas, ¿verdad? No irás a meterte en ese ambiente...

—Pues claro que no, papá. No es esa clase de revista. Son periodistas muy respetables. —Doug esperaba y daba por sentado, incluso mientras lo decía, que eso no fuera así. Conseguir algunas sustancias que alterasen la conciencia era la segunda razón de acercarse hasta Londres. Era un hábito que había cogido en los últimos meses—. De todas maneras, puedo cuidar de mí mismo. Sé decir que no.

Pues si lo sabes, se dijo Bill, no lo aprendiste de mí. Dejó a su hijo único en New Street Station, y le dijo adiós a aquella figura que iba desapareciendo poco a poco, que no le devolvió el saludo y que, a sus ojos, seguía pareciendo absurdamente frágil y vulnerable; luego le echó un vistazo a su reloj y se dio cuenta de que aún le quedaban tres horas libres antes de la hora del té. La última huelga iba por su segunda semana, y él había liquidado su papeleo atrasado hacía días. Una tarde libre en Birmingham se abría ante él. ¿Qué podía hacer con todo aquel tiempo libre, dado que los pubs estaban completamente cerrados? Acercarse hasta Samuel's en Broad Street tal vez, y comprarle a Irene un regalo sorpresa. No estaba ingresando dinero y no tenían ahorros de ningún tipo, pero los bonitos pendientes que había visto en el escaparate la última vez sólo costaban quince libras, y a ella le gustarían. Sería un detalle.

Y le debía todos los detalles del mundo.

Londres estaba marrón y gris. Aquella tarde de finales de octubre, parecía que casi todos los demás colores habían desaparecido de la paleta de la ciudad, así que las descascarilladas barandillas rojas y blancas de Blackfriar's Bridge resultaban sorprendentemente alegres, incluso frívolas. Bajo los pies de Doug, las aguas del Támesis se agitaban nauseabundas, con un color castaño de alcantarilla y un toque del verde moco de Joyce. Empezaba a llover, como había amenazado desde que se bajó del tren en Euston Station hacía media hora. Doug había conseguido llegar a Blackfriars en aquel metro que no le era nada familiar, desconcertado al principio por el ramal de la Northern Line hacia Euston, y luego por aquella relación totalmente ambigua entre Bank y Monument, donde las dos parecían y no parecían a la vez formar una auténtica estación de transbordo. Ahora estaba en el puente, temblando un poco y rodeándose a sí mismo con unos brazos con piel de gallina, porque, aunque el viento que se levantaba del agua era muy fuerte, nada en el mundo lo habría convencido para que se pusiera la americana del King William's aquella tarde crucial.

Eran casi las cuatro y media, y estaba anocheciendo rápidamente. Los bultos sombríos y amenazadores de las innumerables y brutales torres de pisos, con las ventanas de las oficinas salpicadas de cuadrados y rectángulos de chillona luz artificial, hacían que la ciudad aún resultara más extraña, menos acogedora: una enciclopedia de cemento de historias ocultas, de inescrutables cascotes de vida

secreta. Doug supuso que el edificio más alto de South Bank, una monstruosa sinfonía de marrones abigarrados sobresaliendo toscamente de los demás como un zurullo tallado, debía de ser la King's Reach Tower, el destino final de su viaje. Empujado por empleados madrugadores, azotado por la lluvia racheada y el viento que se alzaba en ráfagas vengativas, sin orden ni concierto, del agua asquerosa, avanzó como pudo hasta el extremo del puente. La aprensión le hacía aminorar la marcha a cada paso.

King's Reach Tower parecía ser la sede de cierto número de revistas. Portadas ampliadas de *Woman and Home*, *Amateur Photographer*, *TV Times* y *Woman's Weekly* adornaban las ventanas tintadas. Ni rastro de *NME*, pero cuando Doug se acercó al portero uniformado que estaba sentado tras su humilde y pequeño mostrador, y que recordaba más bien a un conserje novato en un hotel de dos estrellas, su búsqueda obtuvo un rápido asentimiento por respuesta:

—Piso veintitrés —dijo el portero, y le señaló la hilera de ascensores.

Esperó allí, cohibido, un par de minutos, hasta que una mujer rubia y un poco corpulenta de veintitantos años entró en el edificio e intercambió un saludo amistoso con el portero, a quien era evidente que le caía muy bien. Luego se unió a Doug junto a los ascensores y apretó uno de los botones, haciendo que él se diera cuenta de que se le había olvidado completamente. La cosa no empezaba muy bien.

—¿A qué piso vas? —le preguntó cuando entraron.

—Al veintitrés, por favor.

—Lo mismo que yo —dijo ella sonriendo y dejando que sus ojos se posaran en él un momento.

—¿*NME*? —preguntó Doug, esperanzado.

—Jo, no. *Caballos y Sabuesos*. No somos tan glamourosos. —Tenía un penetrante acento de los alrededores de Londres—. ¿Escribes para ellos o algo así?

—Bueno..., soy una especie de colaborador de provincias, supongo.

—Qué gracia. Me imagino que te gustará el punk-rock.

—Algunos grupos —dijo Doug, reprimiendo una sonrisa por su forma de decirlo—. No he escuchado mucho. Todavía no ha llegado del todo a Birmingham.

—¡A Birmingham! Jo, qué divertido. Pues los puedes ver a todas horas en King's Road. Rockeros punk y eso. Es muy emocionante.

—Seguro que sí.

La conversación se interrumpió. Cuando salieron del ascensor en el piso veintitrés, tomaron direcciones opuestas.

Doug se encontró la puerta de *NME* abierta. Cuando entró en aquel espacio tan amplio y sin divisiones de ningún tipo, lo primero que le llamó la atención, aparte de la sensación de desorden general, fue aquel silencio pesado e intransigente. Se había esperado una actividad frenética: redactores fumando encorvados sobre sus máquinas de escribir, pariendo sus críticas sobre discos; secretarias con aire de preocupación llevando publicaciones y reseñas promocionales de un escritorio a otro... En cambio,

al principio, no vio a nadie. Un tubo fluorescente parpadeaba sin ton ni son en el techo y varias hojas de papel se agitaban con la brisa generada por un viejo ventilador de pared. Parecía que nadie pisaba aquel lugar hacía semanas. Luego, por fin, un joven distraído y melenudo con gafas de concha surgió en su campo de visión, los ojos fijos en una hoja de papel mecanografiado. Doug tosió cuando pasaba junto a él y el hombre levantó la vista, los ojos vidriados de puro aburrimiento.

—Hola —dijo Doug, nervioso.

—¿Qué hay. —Y luego, después de un siglo—: ¿Querías algo?

—Soy Doug. Doug Anderton. —Como su nombre no provocó la menor señal de reconocimiento, añadió—: Llamé esta semana para decir que vendría. De Birmingham.

—Ah, ya.

—¿Está...? —Doug giró la cabeza, mirando a todas partes, esperanzado—. ¿Está... Nick por aquí?

—¿Nick? ¿Qué Nick?

—Nick Logan, el redactor jefe.

—Ah, *Nick*. No, Nick no viene hoy.

—¿Y Neil?

El hombre miró alrededor, o al menos unos cuantos grados a la izquierda, y luego otros tantos a la derecha, de una manera bastante superficial, antes de decir:

—Hoy no he visto a Neil. No sé dónde habrá ido.

Doug veía que se desvanecían todas sus esperanzas. Como si estuviera atrapado en aquel ascensor y cayendo a plomo desde el piso veintitrés.

—¿Fue contigo con el que hablé por teléfono?

Si el hombre trataba de recordar, no ponía mucho interés en el empeño.

—¿De dónde me has dicho que eras?

—De Birmingham. Me llamo Doug.

—A lo mejor fue Richard el que hablo contigo. —Pegó un grito hacia el otro lado de la oficina—: ¡Rich!

Desde detrás de un archivador llegó una voz incorpórea.

—¿Sí?

—Hablaste con un tal Doug de Birmingham por teléfono.

—No.

—Pues está aquí.

Un breve silencio.

—¿Qué quiere?

El hombre se volvió hacia Doug y preguntó:

—¿Qué quieres?

Y a Doug no se le ocurrió ninguna respuesta. Quería una calurosa acogida, una palmada en la espalda y una ronda en algún pub cercano a modo de celebración. Pero cada vez era más evidente que eso no iba a suceder.

—Espera un momento —dijo la voz incorpórea—. ¿Es el chaval de la revista colegial?

Agarrándose a aquel salvavidas, Doug casi gritó:

—Exactamente.

—¿Qué tal? —Un tipo desgarrado, de pelo pajizo y unos veintitantos años, luciendo una sonrisa torcida y la barba de tres días que se pondría de moda a la vuelta de unos años, salió de detrás de los archivadores y le tendió la mano.

—Hola. Soy Doug. Hablamos por teléfono.

Richard negó con la cabeza.

—No creo. Tal vez hablaras con Charles. De todas maneras, ¿qué podemos hacer por ti?

—Bueno, pues es que... pasaba por aquí y... —La voz de Doug se desvaneció, no porque no se le ocurriera una respuesta (que tampoco se le ocurría), sino porque, de golpe, le había llamado la atención un detalle surrealista. El espacio de la oficina estaba dividido en departamentos, y en lo alto de uno de los tabiques alguien había colocado una maraña de alambre espinoso y cristales rotos. En el interior del departamento, entre las dos mesas, colgaba del techo una soga de ahorcado que se balanceaba muy levemente de lado a lado con las corrientes de aire.

Richard siguió la dirección de su mirada y dijo:

—Ah, eso es el búnker de Tony y Julie.

—¿De Tony *Parsons*? —dijo Doug, pasmado, y sintiendo que por fin se estaba aproximando a las fuentes.

—Lo pusieron para asustarnos. Son como niños. Siéntate, Doug.

Se sentaron, y Richard le ofreció un pitillo. Doug le dio una calada de experto, o eso esperaba, haciendo una ligera mueca ante aquella quemazón acre que siempre le chocaba.

—Muy bueno el artículo sobre Clapton —se atrevió a decir entonces Richard—. Nos encantó.

—Gracias —dijo Doug—. Me pareció que se lo merecía, ¿sabes? Mira que salir a apoyar a Powell, después de todo lo que él mismo ha pillado de la música negra... No estuvo nada bien.

—¿Has venido por eso?

Doug puso una mirada de incompreensión, no entendiendo en un principio lo que quería decir.

—Es que esta noche hay un concierto —le explicó Richard—. El Rock contra el Racismo. Todo un acontecimiento. Es en Forest Gate. Y toca Carol Grimes.

—Ah, es verdad. Sí, pensaba... si podría ir. —Dio por supuesto que era lo que Richard quería que le contestara; resultaba difícil saberlo. Y, audazmente, añadió—: A lo mejor podría escribir sobre eso.

—A lo mejor. —Richard no parecía muy entusiasmado—. El problema es que aquí la gente lo ve más como una cosa para el *Melody Maker*. Ya se nos han

adelantado.

—Ah.

—Pero a lo mejor puedes encargarte de otro concierto. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte en Londres?

—Sólo esta noche.

—Bueno... —Revolvió unos papeles de su mesa, sacó una lista de algún lado y la examinó sin mucho entusiasmo—. No sé... Tenemos a los Steeleye Span en La Marquesina.

Doug meneó la cabeza.

—No me apetece mucho.

—Y a National Health en el University College. ¿Sabes algo de ellos?

Doug no sabía nada.

—Es un grupo nuevo, medio hippy, medio intelectual. La mayoría estaban en otro que se llamaba Hatfield and the North.

—Ah, sí. —Doug recordaba vagamente aquel nombre. Benjamin había ido a verlos una vez en el Barbarella, cuando Lois salía con Malcolm. No había parado de hablar de ellos los días siguientes (hasta que otras cosas se los quitaron de la cabeza). A Doug no le gustaba nada cómo sonaban. Estiró el cuello para echarle un vistazo a la lista, y algo captó rápidamente su atención—. Guau... Esta noche tocan The Clash. ¿Puedo hacer eso?

Richard respiró hondo.

—Bueno... Aquí no pone nada, pero seguro que Tony se encarga de eso. Es un poco su terreno, ¿sabes? —Se quedó pensando un poco más—. Mira, vamos a intentarlo con El Rock contra el Racismo. Una cosa de unas quinientas palabras o así.

A Doug se le dibujó en la cara una sonrisa que rápidamente trató de reprimir, porque no deseaba que se le notara tanto su gratitud. Era lo primero que le encargaban. Su primera aventura en el periodismo de ámbito nacional a los dieciséis años. Con tanta emoción, ni siquiera se dio cuenta de que nadie le había ofrecido un sitio donde dormir.

Doug había abandonado las oficinas de *NME* con sentimientos encontrados. Cierto que no había llegado a conocer a Tony Parsons, ni a Julie Burchill, Nick Logan o Charles Shaar Murray; pero se marchó con una pila de discos gratis bajo el brazo. Cierto que le habría gustado que aquellos discos fueran copias nuevas de «New Rose», «Anarchy in the UK» y el primer álbum de Eddie and the Hot Rods, y sin embargo le dieron «Money Money Money» de Abba, «Ring Out Solstice Bells» de Jethro Tull y «Morning Glory» de The Wurzels. Y era halagador, claro, que le hubieran encargado cubrir algo tan importante como el primer concierto de El Rock contra el Racismo; pero incluso habría sido mejor si Doug hubiese sido capaz de averiguar dónde se celebraba el evento.

Por lo visto, iba a tener lugar en un pub llamado La Princesa Alicia, en Forest Gate. Doug no llevaba algo tan práctico como un callejero de Londres, así que se vio obligado a acercarse a unas cuantas personas en el metro de Blackfriars y preguntarles cómo podía llegar hasta allí. Las tres primeras a las que les preguntó no le hicieron ni puñetero caso. La cuarta le dijo que no existía ningún sitio que se llamara Forest Gate. Doug le respondió que estaba al este de Londres. El desconocido meneó la cabeza y dijo que debía de referirse a Forest Hill, que estaba al sur. Doug le dijo que seguro que era Forest Gate, pero admitió que era lógico pensar que Forest Hill y Forest Gate debían de estar cerca. Así que el desconocido le explicó cómo llegar hasta Forest Hill. Resultaba sumamente complicado. Esa parte de Londres no tenía metro; había que ir en autobús o en el British Rail, o en ambos. Los transbordos eran difíciles, y Doug esperó más de cuarenta minutos en una parada de Camberwell mientras no dejaban de pasar otros autobuses, llenos hasta los topes de empleados agotados que se dirigían a sus casas para pasar el fin de semana. Cuando por fin se subió a su autobús, lo llevó al sitio equivocado.

Eran las ocho de la noche cuando llegó a Forest Hill. La primera persona a la que le preguntó le dijo que no existía ningún pub que se llamara La Princesa Alicia. Doug le contestó que estaba en Forest Gate, un sitio que, por lo que le habían dicho, debía de quedar cerca. El hombre le dijo que Forest Gate estaba al este de Londres, al otro lado del río, hacia Romford, a unos quince kilómetros. A Doug se le pusieron los ojos como platos de puro horror, y una vez más sintió que se encontraba en el ascensor de King's Reach Tower, cayendo a plomo desde el piso veintitrés. El hombre se disculpó (la verdad era que él no tenía la culpa de que Forest Gate estuviese al este), y Doug se consoló entrando en el pub más cercano, que se llamaba El Hombre en la Luna, no La Princesa Alicia, y tomándose dos jarras de cerveza. Por un extraño golpe de suerte, el barman no le preguntó cuántos años tenía.

En cualquier caso, ya era oficial: su viaje a Londres era un fiasco. ¿Qué podía salvar de él, para evitar la humillación, cuando volviera al colegio el lunes por la mañana y tuviese que enfrentarse a las preguntas de sus compañeros?

No había manera de hacerse todos aquellos kilómetros hasta Forest Gate a aquellas horas de la noche. Tendría que llamar por teléfono a la redacción cuando pasaran unos días y disculparse con Richard, al que tampoco parecía que le preocupara mucho aquella reseña. Desde su punto de vista, seguro que no suponía ninguna pérdida. Aún le quedaba tiempo para regresar a Euston y coger un tren a Birmingham, pero eso le resultaba un panorama terrible. Era el fin de semana de su escapada, de su gran aventura. En un desagradable rincón de su cabeza, seguía rondándole la idea de que aún no tenía un sitio donde dormir, pero de momento la dejó de lado. Debía de haber albergues de juventud en Londres, o pensiones. Ya encontraría algo. Mientras tanto, sacó su ejemplar de *NME* y repasó la guía de conciertos. The Clash tocaban esa noche en Fulham Old Town Hall, dondequiera que fuese eso, con The Vibrators y Roogalator. Tenía diez libras en el bolsillo. Le costaría

menos llegar allí en taxi, ¿no?

Fue una noche fantástica. Uno podía perderse en aquel ruido. Los pequeños problemas, como el hecho de no tener dinero ni sitio donde dormir, se disolvieron en un mar de acordes, sudor, cerveza, energía y cuerpos palpitantes que saltaban frenéticamente sin parar en su distante aproximación al ritmo de la música. Doug nunca había oído aquellas canciones, pero en los meses y años siguientes serían sus mejores amigas: «Deny», «London's Burning», «Janie Jones». Se quedó alucinado viendo y oyendo cómo Joe Strummer le gritaba, chillaba, cantaba y aullaba al micrófono; el pelo lacio por el sudor, las venas del cuello tensas y palpitantes de sangre. Doug se entregó a aquel sonido y se pasó una hora bailando como loco en el denso y palpitante corazón de una masa de unas doscientas personas o más. El calor y la energía eran arrolladores. Cuando se acabó, fue dando traspiés hasta la barra y se hizo un sitio a codazos mientras los fans clamaban por apagar su sed. Le empujaban y le daban empellones y él les devolvía los empujones como el que más, y por primera vez en todo el día se sintió, inesperada y maravillosamente, como si estuviera en casa.

Entonces, de repente, sintió una palmadita en el hombro y se quedó mirando una cara que le resultaba familiar, aunque no sabía por qué.

—¡Hola! ¡Pero si eres tú otra vez! —dijo una voz que podría haber pertenecido a una locutora de continuidad de la BBC—. Jo, ¡esto es la *bomba*!

Entonces se acordó. Era la mujer del ascensor del King's Reach Tower. No la había reconocido con aquel conjunto de cuero y aquella camiseta. Llevaba el pelo rubio engominado y peinado hacia atrás, y el sudor hacía que se le corriera el maquillaje, y ya no parecía corpulenta ni resultaba cómica, sino endiabladamente sexy.

—¡Ah, hola! —dijo Doug.

—¿Quieres que te pida algo? —Estaba más cerca de la barra que él.

—Sí. Una cerveza, por favor.

Cuando salieron de entre aquella muchedumbre, ella lo llevó hasta un rincón apartado donde dos hombres de una edad parecida a la suya, ninguno de ellos vestido para la ocasión, estaban apoyados en la pared, mirando con cautela a su alrededor, como esperando (con cierta razón) que los atacaran en cualquier momento.

—Éste es Jacko, y éste Fudge —dijo la mujer—. Chicos, éste es...

—Douglas —le salió de pronto, sin saber muy bien por qué decía el nombre completo.

—Yo soy Ffion. —Le tendió la mano—. Ffion Ffoulkes. Con cuatro efes.

—¿Cómo con cuatro? —dijo Doug.

—Dos en el nombre y dos en el apellido.

No entendía nada, pero lo dejó pasar.

—Douglas es un periodista del *NME* —explicó ella, toda orgullosa—. ¿Vas a

escribir algo sobre este concierto?

—No, esta noche no. Sólo he venido como espectador.

—Pues a mí la última parte me pareció *tremendamente* buena —dijo Ffion—. Madre mía, se han pasado. Me pitan más los oídos que los teléfonos de la redacción.

Fudge no dijo nada y Jacko bostezó.

—Oye, Fee, nos vamos a pirar ya, ¿no? Tanta bronca me ha levantado un dolor de cabeza tremendo, y los proletas estos me dan horror.

—A lo mejor nos pillamos algo horrible —añadió Fudge.

—Yo también soy un «proleta» —dijo Doug, cabreado.

—Douglas es de Birmingham —les informó Ffion a sus amigos.

—¡Pobre! —dijo Jacko—. Qué mala suerte, chaval.

—Pues debo decir que nuestra lengua la has aprendido fenomenal —dijo Fudge, radiante—. Casi se te entiende todo.

A Doug, en cambio, le estaba costando mucho entender a aquella pareja tan rara, cuyo acento le resultaba todavía más extraño que el de Ffion, dada su falta de práctica. Tampoco ayudaba que, cuando conseguía descifrar lo que decían, le costaba trabajo creerlo.

—Pues yo no sé qué le veis a un sitio como Birmingham —dijo Jacko—. ¿No está lleno de «paquis»?

—De «paquis» y de proletas —le confirmó Fudge.

Sin soltar palabra, Doug se volvió hacia Ffion y le dijo:

—¿Podríamos charlar en otro lado? Creo que tus amigos son el par de gilipollas más estúpidos y pijos que he visto en mi vida.

Jacko le agarró por el cuello de la camiseta y dijo:

—Oye, niñato, ¿qué te parecerían unas buenas hostias en medio de tu linda carita?

—Inténtalo —le contestó Doug—. Pero creo que deberías saber que llevo una navaja en el bolsillo.

Jacko lo soltó despacio. Su cara había perdido el poco color que tenía cuando se volvió hacia Ffion.

—Vamos, Fee. He quedado con McSquiter y el resto de la basca en Parson's.

—Yo me quedo.

Se miraron el uno al otro durante unos segundos de tensión, y luego Jacko dio una patada furiosa y se marchó.

—Putita de mierda —dijo Fudge, siguiéndole.

Ffion y Doug saborearon sus cervezas en silencio durante un rato. Ella volvió a sonreírle.

—¿De veras llevas una navaja? —le preguntó.

—Pues claro que no.

Ella se inclinó sobre él de repente y le dio un beso apasionado con la boca abierta. Sabía a cerveza y a pintalabios.

—Eres un encanto —le dijo—. ¿Qué te parece un poco de chocolate y de rollete

en mi casa?

—Vale —dijo Doug, seguro en un noventa por ciento de que había interpretado aquella invitación correctamente—. ¿Puedo quedarme a dormir?

—Claro.

Doug perdió algo importante aquella noche. No su virginidad, que ya había sucumbido ante una servicial alumna de quinto curso del colegio de las chicas a los catorce años, en un diminuto hotel de la orilla izquierda, durante una de las inestimables excursiones de fin de semana del señor Plumb a París. Lo que le entregó, en cambio, a la absurdamente llamada Ffion Ffoulkes, era más difícil de definir, pero, a su manera, igual de imposible de recuperar. Tenía que ver con su conciencia de sí mismo, su sensación de pertenencia a un grupo, su lealtad al lugar y a la familia de los que procedía. En el transcurso de unas cuantas horas, se rompió la alianza de toda una vida, y se estableció otra nueva, más tenue. Esa noche, en resumidas cuentas, se enamoró de la clase alta.

Se enamoró de donde vivían. Mientras caminaba con Ffion, en medio de la lluvia helada de aquella noche de octubre, camino del estudio que su padre, dejándose llevar por un impulso, le había comprado en King's Road un fin de semana, se enamoró de las solemnes hileras de casas georgianas de Chelsea y de sus plazas reposadas y bien cuidadas. Doug veía que allí se vivía a gran escala. Rednal parecía cutre y marchito en comparación.

También se enamoró de cómo vivían. Se quedó admirado ante el desorden bohemio del piso, el descuido con que los saquitos de semillas y las alfombras afganas se disputaban tu atención con un retrato de cuerpo entero (una espesa capa de óleo) de una mujer de ojos claros con un traje de chaqueta de tweed, que resultó ser la madre de Ffion. Le dijo a Doug el nombre del pintor y no acababa de creerse que nunca hubiera oído hablar de él. Pero lo que Doug no acababa de creerse era que ella pudiera tener cuadros de artistas importantes colgados de las paredes de su piso. Aquella noche, todo le resultó nuevo y sorprendente, y Doug también se enamoró de la manera de comer, de beber, de despertar a los vecinos con una música ensordecedora, de tomar drogas y, por supuesto, de hacer el amor de la clase alta; el sexo nunca le había parecido una experiencia tan ruidosa, tan alegre, tan polimorfa y agotadora.

—¿Quieres decir que nunca lo has hecho así? —le preguntaba Ffion, con gran incredulidad, tras haberse colocado en alguna postura inverosímil que muy bien podía requerir que se dirigiese a él desde el pliegue de su codo o por debajo del arco de su rodilla izquierda—. No serás virgen, ¿verdad, Dougie?

Unas horas después, mientras lo agarraba con fuerza por un mechón de pelo y le encajaba firmemente la cabeza entre las piernas, la lengua de Doug trabajándole el clítoris con un entusiasmo que no decaía nunca, ella soltó de repente un relincho

agudo, como un poni de pura sangre y dijo, con un suspiro de placer:

—Ay, Dougie, qué guay. Podría pasarme así todo el fin de semana.

—Yo también —dijo Doug, de veras pero confusamente.

—Qué... lata —añadió Ffion, formando las palabras lo mejor que pudo entre la oleada de sensaciones que el trabajito de él seguía despertando en ella— que me esperen a comer mañana... en Gerrards Cross.

—Diles que no vas —se oyó decir a la voz ahogada de Doug.

—Pero es que he quedado con... ¡uuuh!... los padres de mi novio.

Él se paró en seco y levantó la vista. Su cara tenía una expresión de profundo asombro, que habría resultado cómica incluso si no hubiera tenido el pelo de punta y la boca sucia de vello púbico y secreciones vaginales.

—¿Tienes novio? —preguntó.

—Sí —respondió Ffion, taciturna—. Un auténtico coñazo, por cierto.

—¿Y cuándo vas a volver?

—El domingo por la noche. Creo que vamos a montar a caballo.

Doug se apoyó en un brazo y se limpió la boca con el dorso de la mano. De golpe se dio cuenta de que no volvería a ver a Ffion. Y también de golpe pensó que no le importaba mucho.

—No pasa nada —dijo, y le besó por turno cada pezón antes de ponerse a trazar una línea con la boca por su estómago y su ombligo, hasta el alambrado refugio que venía después—. Tengo un montón de deberes que hacer este fin de semana, de todas formas.

Ffion volvió a agarrarlo por el pelo y lo puso de un tirón en su línea de visión. Ahora le tocaba a ella asombrarse.

—¿Cómo que deberes? —dijo—. ¿Quieres decir... que aún vas al colegio?

—Exactamente.

Sus miradas se encontraron, y de repente les pareció que estaban compartiendo una situación alimentada por el hash, la música, el alcohol y el sexo, que resultaba ser la más graciosa del mundo. Se echaron a reír, y no pararon hasta que se quedaron sin aliento y sus cuerpos desnudos se sacudían desmadejados. Doug fue el primero en recobrar el habla, pero lo único que consiguió decir, en una parodia aflautada de la perfecta vocalización de ella, fue: «¡Esto es la *bomba!*!», cosa que hizo que ella estallara en carcajadas otra vez, temblando como una adolescente nerviosa; así que cualquiera que hubiese pasado en ese momento por el pasillo de los apartamentos habría pensado que Doug había empezado a hacerle cosquillas, en vez de regresar una vez más a los succulentos esfuerzos que le aguardaban entre las lustrosas y relucientes piernas de Ffion.

—¿Estás lista para salir, entonces?

»De momento voy a dejar este disco aquí. Quería hablarte de él, pero ya hablaremos luego.

»Creo que vas a necesitar el abrigo. Hace un frío glacial ahí fuera, estos últimos días.

»¿Todo listo? Será mejor que me guíes. Sigo perdiéndome en este sitio. Todos esos pasillos...

»Espera, espera, no tenemos que ir tan deprisa. Tenemos toda la tarde, ¿sabes?

»Así está mejor.

»Supongo que te mueres de ganas de salir.

»Así... Ya te dije que la cosa iba a ser rápida. Venga, déjame remeterte esa bufanda. Hay que proteger un poco ese cuello. Así. Ese abrigo te ha durado un montón, ¿eh? Recuerdo que ya lo llevabas en quinto.

»Éste es nuevo. Me lo compró mamá el mes pasado. Decía que estaba harta de verme con aquel abrigo grande y viejo del tío Len. Al final acabó dándoselo a los pobres.

»He pensado que podíamos ir otra vez hasta el Beacon. ¿Qué te parece? ¿O mejor al estanque de los patos?

»Vale, entonces al Beacon.

»Pensé que te cansarías de hacer lo mismo todas las semanas.

»Tienes mejor pinta, ¿sabes? Mucho mejor. Ya lo dijo mamá cuando vino a verte el miércoles, y es cierto. Tienes la cara mucho más rellenita. Debes de estar comiendo mejor.

»Aunque seguro que aquí la comida debe de ser bastante asquerosa, ¿no?

»Cuidado con los coches. Algunos pasan volando por esta carretera a ochenta por hora. La policía nunca está donde se la necesita. Bueno, ya podemos cruzar.

»Tiene gracia, porque el miércoles vinimos a este mismo bosque. Yo y Harding y algunos de los otros. No sé si te lo dije, pero el señor Tillotson convenció al director para que nos quedara alguna alternativa los miércoles por la tarde. La llaman el Paseo Optativo y... bueno, pues eso es lo que es en realidad; o sea, que la gente como nosotros, que tiende a que le den una paliza tremenda cuando sale al campo de rugby, y tampoco se le da bien correr ni nada de eso, bueno, pues ya no tiene que practicar ningún deporte en concreto; podemos quitarnos el uniforme y meternos en el minibús, y venir a algún sitio como éste y dar vueltas por ahí un par de horas. Así tomamos un poco el aire, hacemos un poco de ejercicio y, al mismo tiempo, cultivamos nuestras mentes con un poco de conversación interesante, tú ya me entiendes.

»El único problema es que parece que ya no tengo nada de que hablar con

Harding. No sé por qué. Él piensa que soy un coñazo, seguramente, y yo creo que él es..., no sé..., raro. La cosa no tiene arreglo. Está muy raro. Así que nunca sabemos de qué hablar. Aquellos guiones que íbamos a escribir juntos... también se quedaron en nada.

»Dios mío, Lois, estás temblando. Últimamente pasas mucho frío, ¿verdad? Eso es porque te pasas el tiempo sentada en cualquier parte, supongo, y en cambio en esa habitación tuya hace demasiado calor. Ya sé que es preferible a que haga frío, pero cuando sales un día como hoy lo notas mucho, ¿a que sí? Mira qué gorrito tan horrible traigo en el bolsillo. Me lo hizo la abuela, y tengo que llevarlo conmigo por si me pregunta qué fue de él. Toma, pónitelo. Tápate las orejas. Las tienes moradas. ¡Mira cómo tienes las mejillas! Así mucho mejor.

»Volviendo a lo del rugby (que no es un tema que me preocupe mucho, por cierto), la cosa va de homosexualidad reprimida, si quieres saber mi opinión, y no tan reprimida a veces, si vieras lo que pasa en las duchas después de algunos partidos... De todas maneras, perdona, estoy desvariando, son los nervios, no te preocupes, es que a veces ni siquiera sé si puedes oírme, pero claro que puedes, me lo han dicho, así que tengo que seguir hablando, eso han dicho, seguir hablando como si mantuviera una conversación normal, lo que pasa es que en las conversaciones normales la otra persona te responde algo de vez en cuando, pero, de todos modos, no se trata de eso... ¿Qué te estaba diciendo? Ah, sí, lo del rugby, el tema del rugby, bueno, pues esta semana se montó un pequeño escándalo porque Astell House jugaba contra Ransome House, y Richard jugaba de interior de la melée por Astell y Culpepper por Ransome, de interior derecho o de mediocampista o como quieran que se llamen esos estúpidos puestos, y nadie sabe muy bien lo que pasó, pero hubo una especie de bloqueo, y lo siguiente que se supo fue que Culpepper estaba tirado en el suelo chillando de dolor (y digo chillando de veras) porque se había roto un brazo. El caso es que Richards está muy apenado, como era de esperar, y muy disgustado, la verdad, porque es un buen tipo y no le gusta hacerle daño a nadie, pero ahora Culpepper va por ahí diciéndole a la gente que lo hizo aposta. Una mentira como una casa, como todo el mundo sabe. Lo que pasa es que odia a Richards y haría lo que fuera con tal de hacerle la vida imposible. Lo odia desde que entró en el colegio, algunos dicen que porque es negro, pero yo no creo que sea por eso, yo creo que le odia porque es mejor atleta que él, mejor deportista, mejor lo que sea, en realidad. Pero parece que la cosa va a peor. Parece que lo odia cada día más y nadie sabe cómo va a acabar la cosa.

»El caso es que Richards aún va a darle más motivos. Nos enteramos ayer. Se ha metido en el Club de Teatro. O no se ha metido, exactamente, sino que...

»Perdona, creo que será mejor que demos un rodeo. Era la amiga del instituto de mamá, la señora Oakeshott, y lo último que nos apetece es que nos dé una paliza de media hora, ¿verdad? Creo que no nos ha visto. Además, por aquí se llega antes, ahora que lo pienso. Ya estamos casi arriba de todo.

»Ah, sí, Richards y el Club de Teatro. El caso es que no ha actuado nunca en su vida, pero va a ser la estrella de la función de Navidad. Que es *Otelo*, claro. La verdad es que en nuestro colegio no tienen una cantera de actores negros donde escoger, que se diga. Harding se ofreció a hacer de Laurence Olivier y embadurnarse otra vez, pero esta vez, por alguna razón, su sugerencia no ha tenido mucho éxito. En cuanto a Desdémona..., no tengo ni que decirte quién lo va hacer. Cicely, claro. Ahora lo único que falta es que le den el de Yago a Culpepper, y ya tenemos el circo montado.

»Y sí, sigo estando loco por ella. Ya sé, ya sé que llevo años así y que aún no le he dirigido la palabra. Cada vez es más ridículo. He escrito prácticamente cuatro sinfonías y media docena de poemarios sobre esa mujer, y no me conocería de nada si nos encontráramos mañana en la calle. Pero... parece que nunca *pasa* nada en el colegio que haga que se crucen nuestros caminos. Es casi como si los dioses estuvieran en mi contra. Quiero decir que la razón principal por la que empecé a trabajar para la revista fue porque supuse que ella también iba a ser una de las redactoras. Pero luego ni apareció en la primera reunión. Después decidieron juntar las clases de lengua con las de las chicas y nos pusieron en clases diferentes. No sé actuar, así que no la voy a conocer, y no se me da bien hablar en público, así que no puedo meterme en el club de debate... No sé qué debería hacer. La única manera de la que podría conocerla es a través de Claire, porque Claire se la encuentra en todas partes, pero Claire..., bueno, es la última persona a la que podría pedirle ese favor.

»Philip me contó una cosa divertida sobre Claire el otro día. Él y Claire se ven mucho últimamente, por lo de la revista y porque viven a un par de manzanas de distancia. Pero, por lo visto..., no sé si lo sabrás, a lo mejor lo sabías, pero... no, puede que no, porque pasó justo después... Bueno, pues por lo visto, la hermana de Claire... Coincidió con ella una vez por casualidad, en el café de la terminal de autobuses; también estaba Paul, que se portó *fatal* con ella, me acuerdo... Pues la hermana de Claire, que se llama Miriam, ha..., bueno, ha desaparecido. Se ha esfumado. No sé todos los detalles, no sé *ningún* detalle si quieres que te sea sincero, pero la cosa tiene que ver con un amante, con un rollo que tenía, y entonces le dejó a Claire una nota, o se la dejó a sus padres, y se fue con ese hombre a algún sitio del norte, y ahí se acabó la cosa. No han vuelto a saber nada de ella. Ni una palabra.

»Creo que Claire lo lleva fatal. Vamos, estoy seguro. A cualquiera le pasaría lo mismo, ¿no?

»Por cierto, sigue sin haber ni rastro de las fotos de las vacaciones en Dinamarca, me temo. Papá está furioso consigo mismo por mandarlas a revelar por correo, cuando podía haberlas llevado al laboratorio que hay cerca de casa. Hace ya dos meses que las mandó, pero la gente de la empresa de revelado sigue en huelga, por lo visto. Casi le da un ataque cada vez que se lo mencionas. Dice que las huelgas van a acabar con este país, como el cáncer acaba con el cuerpo. Seguro que nos las mandan en una semana o dos. Espero que salgan bien. Era un sitio increíble, Lois. Me da

mucha pena que no pudieras venir con nosotros.

»Bueno, ya llegamos. Me encanta esta vista, ¿a ti no? Ya sé que los sitios como Skagen tienen vistas más bonitas, pero... siempre me encantará ésta. Allí está la fábrica de Longbridge, ¿la ves?, donde trabaja papá. Y el padre de Doug. Y también se ve el edificio de la universidad. El colegio está justo detrás, ¿te acuerdas? Y este bloque de aquí, justo al otro lado de Rubery, el de la punta verde, ahí es de donde hemos venido. Ahí es donde vives en este momento. Pero no por mucho tiempo. Vas a salir muy pronto. Eso dice todo el mundo.

»Ay, Lois, cómo me gustaría que dijeras algo, sólo algo. Sé que me escuchas y que entiendes todo lo que digo y que te gusta que te cuente todas estas novedades tan estúpidas del colegio, pero si pudieras *decir* algo otra vez, si fueras como eras hace unos meses cuando todos creíamos que ya habías pasado lo peor y parecía que... No sé, parecía que te ibas a poner bien otra vez.

»Es que te vas a poner bien otra vez. Tienes que ponerte.

»Rezo por ti, ¿sabes? Todas las noches. Y *funciona*. Sé que funciona. No se lo contaría nunca a nadie porque nadie me creería, pero es verdad. Te he contado esa historia, ¿no? Entonces ya sabes lo que quiero decir. Y pasó. Pasó de verdad. Tú me crees, ¿verdad, Lois? Y eso significa que puede volver a suceder. Esta vez me lo tengo que tomar más en serio, porque lo que pido es mucho más importante. Pero Él me escucha, Lois. Sé que me escucha. Me escucha y sé que va a arreglar las cosas. Muy pronto.

»Vale, será mejor que volvamos.

»Naturalmente, la otra noticia importante es que el grupo va a tener su primer ensayo dentro de unos días. Por fin, después de tantos años de hablar de eso. Tenía que ser el fin de semana pasado, pero ahora lo hemos aplazado hasta el próximo jueves. La víspera de la noche de las hogueras. Y debo decirte que *me muero* de curiosidad por ver qué as se guarda Philip en la manga, porque se ha andado con tanto misterio...

»¡Mierda! ¡No! No, Lois, no pasa nada.

»De veras, no pasa nada, sólo es un perro. Un perro ladrando.

»Sólo es un...

»Venga, abrázame, abrázame fuerte.

»De veras, no pasa nada, tranquilízate, tranquila.

»Sólo es un...

»¿Por qué no sujeta a su *puto* perro?

»Me importa un pimiento. ¿No ve que está muerta de miedo?

»Vamos, vamos. No pasa nada.

»Vamos. Tranquila. Estate tranquila. Respira hondo.

»Agárrate a mí. *Agárrate* a mí, Lois. El perro se ha ido. Ya no hay ruido. No pasa nada. Todo va a ir bien.

»Ahora a casita.

»De vuelta a tu habitación.

»Me tengo que ir ya, Lois. Ha sido un paseo muy bonito. Muy bonito. Y tienes mucha mejor pinta.

»Me gustaría poder quedarme más tiempo. De veras. Me gustaría poder quedarme aquí contigo todo el tiempo.

»Y ahora mira, quería darte esto antes de irme. Es el disco del que te hablé.

»El doctor Saunders me ha dicho que tienen un tocadiscos en la sala de los pacientes, y a veces escuchas música allí, ¿no? Dice que has estado escuchando a Bach, y a Mozart, y cosas así.

»Pero pensé que a lo mejor te apetecía escuchar esto. Quiero decir que yo creo que ya estás... preparada para ello.

»No sé si te acordarás, pero justo antes... justo antes de que Malcolm se muriera, me llevó a un concierto que había en el centro. Fuimos al Barbarella a ver a todos esos grupos tan raros. ¿Te acuerdas de qué tipo de música le gustaba? Bueno, pues la gente que ha grabado este disco tocaba esa noche, y eran su grupo favorito. Le gustaban más que nadie. Y pensé que, si lo escuchabas, a lo mejor te hacía recordar..., te ayudaba a pensar un poco en qué clase de persona era.

»Y también hay otra razón. Mira el título del disco. Se llama *El Club de los Canallas*.

»*El Club de los Canallas*, ésos somos nosotros, Lois, ¿a que sí? ¿No lo ves? Así era como nos llamaban en el colegio. Bent Rotter y Lowest Rotter. *Nosotros somos El Club de los Canallas*. Tú y yo. Paul no. Sólo tú y yo.

»Yo creo que este disco *se hizo* para nosotros, ¿entiendes? Malcolm no llegó a oírlo, pero yo creo que... lo conoce, aunque parezca una estupidez. Y es un regalo suyo, para ti y para mí. Desde... donde esté.

»No sé si eso tendrá mucho sentido.

»De todas formas...

»Te lo dejo aquí encima de la mesa.

»Escúchalo un poco si te apetece.

»Me tengo que ir ya.

»Me tengo que ir, Lois.

»Me tengo que ir.

(El lunes, 13 de diciembre de 1999, Douglas Anderton, junto con otras cinco figuras de la vida pública, tomó parte en un acontecimiento titulado «Adiós a todo eso» en el Queen Elizabeth Hall de Londres. Para marcar el final del segundo milenio cristiano, se pidió a los oradores que escribieran algo breve sobre el tema de las despedidas, explicando «qué sentían más dejar atrás o de qué se alegraban de librarse». Ésta es una versión inédita del texto que leyó en aquella ocasión.)

LA NOCHE DE LAS HOGUERAS

Había un chico en el colegio que se llamaba Harding. Supongo que hay un chico así en todos los colegios. Era el bufón de la clase, el payaso de la escuela. Aunque yo no diría que tuviera un ingenio deslumbrante; no recuerdo ninguna ocurrencia en concreto, y tampoco contaba chistes ni nada de eso. Lo único que recuerdo es que nos hacía reír, y que nadie podía considerarse a salvo cuando él andaba cerca.

Por poner un ejemplo entre muchos, contaré el caso del señor Silverman, el profesor de matemáticas. Silverman El Sudoroso lo llamábamos, aunque ahora que lo pienso no solía sudar mucho hasta que Harding la tomó con él. No sé por qué le daría por meterse con aquel inofensivo ejemplar, a no ser porque era joven e inexperto, y acababa de hacer las prácticas de enseñanza. Harding distinguía muy bien a las personas nerviosas y se cebaba despiadadamente en ellas. Su campaña empezó, me acuerdo, como a los quince días, mientras Silverman se paseaba arriba y abajo por la clase durante un examen de matemáticas y de repente pegó un bote de un metro en el aire cuando se fijó que había una rata disecada del laboratorio de biología sentada tan contenta sobre el tintero del pupitre de Harding. Un par de días después, aún tuvo que sufrir una humillación mayor cuando estaba de pie repasando el trabajo de otro chico para ayudarlo a resolver una ecuación de segundo grado, y Harding y un par de compinches empezaron a desplazar sus pupitres hacia él, centímetro a centímetro, hasta que el pobre hombre se vio rodeado, acorralado por los cuatro costados; al final, casi se rompió una pierna trepando por los pupitres para salir de allí. Ésa fue la primera vez que vimos un estallido de la transpiración incontrolable que iba a dar lugar a su apodo. Después de eso, fue de mal en peor, y la confusión de sus clases pronto se convirtió en leyenda (en otra ocasión, Harding nos convenció a *todos* para girar nuestros pupitres ciento ochenta grados antes de que llegara el señor Silverman, así que, cuando se presentó, se encontró a toda la clase de cara a la pared contraria) hasta que al final el director decidió asistir él mismo a alguna, para ver si la realidad se correspondía al menos en un cincuenta por ciento con lo que daban a entender los rumores. Al principio todo fue bien, hasta que Silverman, sudando profusamente mientras garabateaba una serie de logaritmos en el encerado con mano temblona,

metió la mano en un bolsillo para sacar el pañuelo y lo que sacó fueron los mismísimos calzoncillos de Harding, un magnífico par blanco grisáceo con abertura en Y que este último debía de haber puesto allí hacía poco. Silverman El Sudoroso se secó la frente con ellos durante unos cinco segundos antes de percatarse de lo que pasaba, y durante el consiguiente alboroto, mientras los demás nos moríamos de risa, recuerdo que Harding se limitó a recostarse en su silla con una sonrisita de autocomplacencia en la cara: la sonrisa del artesano experto, del gran orquestador de la masacre, al ver que no ha perdido su habilidad. El señor del desgobierno supervisando su reino y tomando nota de que todo está bien.

¿Qué les pasa a las personas como Harding?, me pregunto. ¿Dejan a un lado su sentido del humor cuando pagan el primer plazo de su hipoteca y se hacen aparejadores? Perdí el contacto con él en cuanto abandonamos el colegio (como todos), así que probablemente nunca lo sabré. Tampoco descubrí nunca por qué era así: cuáles serían sus motivaciones. Iba a decir que su único placer en la vida era hacer que la gente se riera, pero puede que no fuera el caso. A lo mejor lo hacía por sí mismo. Le gustaba impactar a la gente, averiguar hasta dónde podía llegar, y la gracia estaba seguramente en ver cómo reaccionaban las demás personas. En el escándalo delirante que solía provocar. Lo políticamente correcto aún no se había inventado, y a medida que se iba haciendo mayor sus gracias iban sobrepasando cada vez más todos los límites, sin atenerse a criterios de buen gusto. Empezó a parecer que la idea fundamental consistía simplemente en ofender a la mayor cantidad de gente posible: chicos, profesores, daba igual.

Hay una ocasión en concreto que recuerdo muy bien. Como año y medio antes de la otra historia. Fue en noviembre de 1976 para ser exactos, dos días antes de la noche de las hogueras. Debió de ser un miércoles por la tarde, porque entonces era cuando se solía reunir el club de debate de los mayores. Esa vez iban a representar una parodia de las elecciones complementarias del día siguiente, y Harding se había ofrecido para hablar en nombre del Frente Nacional.

La gente no se acuerda ya de los años setenta. Se creen que todo eran cuellos de cisne y *glam rock*, y se ponen nostálgicos con *Fawlty Towers* y los programas infantiles de la tele, y se olvidan de la atroz extrañeza de todo eso, de las cosas tan raras que no paraban de suceder. Recuerdan que los sindicatos tenían auténtico poder en esa época, pero se olvidan de cómo reaccionaba la gente; todos aquellos chiflados y paramilitares que hablaban de formar ejércitos privados para restaurar el orden y proteger la propiedad cuando la autoridad de la ley se viniera abajo. Se olvidan de los refugiados ugandeses y asiáticos que llegaron a Heathrow en 1972, y cómo hicieron que la gente dijera que Enoch había tenido razón a finales de los sesenta cuando avisó sobre los ríos de sangre, y cómo resonó esa retórica a lo largo de los años, hasta un comentario de borracho que hizo Eric Clapton sobre el escenario del Birmingham Odeon en 1976. Se olvidan de que en esa época el Frente Nacional a veces parecía una fuerza con la que había que contar.

Esas elecciones complementarias en concreto fueron un acontecimiento regional, que tuvo lugar a unos cuantos kilómetros en Walsall, y habían sido promovidas por las bufonadas de otra de las figuras más pintorescas de los setenta: John Stonehouse, el antiguo parlamentario que había desaparecido en Florida en noviembre del 74, que fue arrestado por la policía de Melbourne un mes después y al que, finalmente, tras el proceso judicial, se le sentenció a siete años de prisión por veintiún cargos de fraude, conspiración, robo y falsificación, por un total de ciento setenta mil libras. (En aquel entonces sabían hacer las cosas.) La sentencia se dictó durante aquel fatídico y caluroso verano del 76, en el que Inglaterra tuvo que nombrar un ministro para la sequía y Eric hizo aquel comentario tan desafortunado en el Birmingham Odeon y nosotros andábamos todos ocupados preparándonos para afrontar el sexto curso. Las elecciones complementarias se celebraron el 4 de noviembre, y fue la víspera cuando el club de debate representó su propia versión.

Mis recuerdos de aquella ocasión son borrosos, evidentemente. Sé que el salón de actos del colegio estaba abarrotado, y yo me encontraba al fondo con mis amigos Benjamin y Philip. Unos chavales bastante encantadores, a pesar de tener tendencias más bien hippies. En esa época de su vida costaba muchísimo esfuerzo conseguir que hablaran de otra cosa que no fuera del grupo musical que siempre estaban a punto de formar. Un par de años antes, junto con Harding, habíamos constituido un cuarteto inseparable. Pero la lealtad que le profesábamos empezaba a desvanecerse lentamente; aun así, seguía intrigándonos a todos, y nos moríamos de curiosidad por saber qué clase de actuación pensaba ofrecernos ese día.

Cuando se levantó para hablar, después de que los otros tres candidatos nos hubieran hecho llorar a todos de puro aburrimiento, lo primero que nos llamó la atención fue que Harding se las había arreglado de alguna manera para cambiar su apariencia física. Entró en el escenario arrastrando los pies, con la espalda encorvada, las piernas arqueadas, los ojos mirando hoscamente a su alrededor, con una mezcla de virulencia y absoluto desencanto ante la estupidez del mundo. Parecía que había envejecido sesenta años. Supongo que se trataba de una parodia de A. K. Chesterton, una figura desconocida para la mayoría de nosotros, aunque el hecho de que hubiera sido el líder del FN unos cuantos años era el tipo de cosa que no se le escapaba a Harding. Las reglas del debate estipulaban que los candidatos escribiesen sus propios discursos, pero Harding hizo caso omiso, y rebuscando torpemente en el bolsillo de su americana con aquellas manos paráliticas de viejo, sacó lo que estaba claro que era uno de los panfletos impresos del propio Frente. Lo único que hizo a partir de ese momento fue leerlo en voz alta.

La reacción que provocó fue probablemente la última que él (o de hecho yo) habría esperado. Los gritos de protesta fueron muriendo y un silencio de asombro se apoderó del público. Por lo menos ese día aprendimos que el lenguaje del puro racismo posee una especie de fuerza maligna y portentosa. Algunas de aquellas frases se alojaron en mi memoria y siguen allí, un cuarto de siglo después, como

quemaduras del inconsciente. Habló de «manadas de subrazas de piel oscura», de «degeneración racial», de «la mentira de la igualdad racial» y de la amenaza a nuestro «patrimonio nórdico de libertad». Al poco rato de escuchar cosas de ese calibre, Steve Richards, el único chico negro del colegio (apodado «Rastus», por si se lo preguntaban ustedes), salió del salón de actos, rojo de ira reprimida. Harding se dio cuenta, pero eso no lo detuvo. Se puso a hablar de «las fauces de la muerte». Si el gobierno no abandonaba su política de tolerancia racial, decía, ahí era donde íbamos a ir a parar. «¡Las fauces de la muerte!» no dejaba de repetir. «¡Las mismísimas fauces de la muerte!» Resultaba tan ridículo que algunas personas se echaron a reír nerviosamente. Empezaba a ser posible tomarse todo aquel asunto como un delirio de borracho. Pero parte de nosotros comenzábamos a sentir que el humor de Harding, si se le podía llamar así, nos estaba llevando a unos lugares bastante curiosos en los últimos tiempos.

Consiguió seis votos, por cierto: más del cinco por ciento del total. No estuvo mal, pero el candidato del FN en aquellas elecciones complementarias obtuvo mucho mejor resultado. En las West Midlands, allá por 1976, éramos como una piña.

Al día siguiente tuve el privilegio, si ésa es la palabra, de asistir al primer y (como luego se vio) único ensayo del grupo de Philip y Benjamin.

Debería insistir en este momento en que los setenta fueron una época muy rara. La música es otro ejemplo. No darían crédito a las cosas que la gente (gente lista, además, en su mayor parte) se dedicaba a escuchar, con la cara muy seria, en el equipo de música de sus padres o en sus dormitorios en aquel entonces. Había un grupo llamado Focus (creo que eran alemanes) cuyo teclista solía dejar de martillar su sintetizador Moog para soltarle grititos tiroleses al micrófono. Y otro llamado Gryphon que también solía hacer un alto en medio de algún *ostinato* rockero para sacar de repente sus flautas y sus cuernos y realizar una pequeña incursión en la música medieval. Y el gran papá de todos ellos, claro, era Rick Wakeman, con sus monstruosos álbumes conceptuales sobre Enrique VIII y el Rey Arturo, uno de los cuales, creo recordar, presentó como espectáculo de patinaje sobre hielo en vivo en el estadio de Wembley. Una época curiosa.

Si te iba ese tipo de música, había un libro destinado a desfondar la mochila de Army and Navy Stores que llevabas al colegio todas las mañanas. Me refiero, naturalmente, a *El Señor de los Anillos* de J. R. R. Tolkien. Ni que decir tiene que era la lectura favorita de Philip, y que eso se refleja en la serie de nombres que trató de imponerles, durante las últimas semanas, a sus desgraciados colegas musicales. Lothlorien era uno. También Mithril, Minas Tirith y La ruina de Isildur. Al final, sin embargo, lograron superarse a sí mismos y decidieron ponerse el nombre más estúpido que pudieron encontrar. Se llamaron «La vara de Gandalf».

Philip y Benjamin habían conseguido de alguna manera pescar a un trío de

aspirantes a colaboradores para aquel primer ensayo, y nunca he visto tan bien reflejada la angustia en tres caras como cuando Philip empezó a repartir las partituras de la primera canción, que debía de llegar por lo menos a las catorce páginas. Estaban llenas de runas pequeñas, caligrafía gótica e ilustraciones al estilo de Roger Dean de dragones y duendecillas pechugonas en varios estadios de provocativa desnudez.

—¿Qué es esto? —dijo el batería con aprensión.

Philip explicó que su primera composición iba a ser una sinfonía rock en cinco movimientos, que sumaba treinta y dos minutos de duración (es decir, más larga aún que «Supper's Ready» del álbum de Genesis *Foxtrot*) y en la que se narraba la historia completa del universo, desde el momento de la Creación hasta aproximadamente, por lo que pude entender, la dimisión de Harold Wilson en 1976. El título de aquella pieza tan pegadiza, destinada a ser un éxito seguro en los clubs de *soul* de Wigan, era «Apoteosis del nigromante».

Bueno, ellos lo intentaron, eso hay que reconocerlo. Durante cinco minutos, por lo menos. Pero Philip había elegido un mal momento, históricamente hablando, para apostar por el estrellato del rock progresivo. Estábamos a finales de 1976, ¿recuerdan? Empezaban a tenerse noticias, hasta en una tierra de nadie en lo que a cultura se refería como Birmingham, de un nuevo tipo de música que estaba surgiendo en sitios como Londres y Manchester. Nombres como The Damned y The Clash y, por supuesto, The Sex Pistols corrían ya de boca en boca. Era el renacimiento glorioso del single de dos minutos. Nada de solos de guitarra. Los álbumes conceptuales estaban pasados de moda. Los melotrones, prohibidos. Era el amanecer del punk o, como Tony Parsons lo denominó más acertadamente, el rock de la cola del paro. Y hasta mis compañeros pijos del colegio comenzaban a caer en la cuenta.

Fue el batería el que dio la primera señal de rebelión. Tras hacer tintinear sus platillos durante lo que debió de parecerle una eternidad, como parte de un extenso pasaje musical que pretendía evocar la idea de montones de lejanas galaxias surgiendo a la vida, proclamó de repente: «No me jodas, esto es un coñazo», y se puso a tocar un redoble de cuatro por cuatro. Viendo que le daban pie, el guitarrista subió de golpe el volumen y se embarcó en un desenfrenado acorde de tres notas que llevó al vocalista, un personajillo agresivo llamado Stubbs, a improvisar lo que, caritativamente, podría definirse como una melodía. Y aquí viene lo interesante. Seguramente se puso a cantar lo primero que se le vino a la cabeza, ¿y qué dirían que fue? Curiosamente, fue aquella frase estúpida del discurso fascista de Harding del día anterior. «¡Las fauces!», empezó a gritar. «¡Las fauces! ¡Las mismísimas fauces de la muerte!» Una y otra vez, como un ensalmo, a medida que la música se iba volviendo más y más frenética y Philip se ponía corriendo delante de ellos, meneando los brazos para que interrumpieran aquel horrible estruendo; y entonces, como no le hicieron caso, se quedó allí mirando con los brazos cruzados hasta que Benjamin se unió a él y le pasó el brazo por los hombros; y así continuaron en los laterales, viendo cómo se

desmoronaba aquel proyecto que les había costado años poner en pie. Había fuego en los ojos de Stubbs en ese momento: una especie de exaltación diabólica, alimentada por el puro e impoluto placer de aporrear o patear algo. Así fue como nació el primer grupo punk de nuestro colegio, y ése fue su nombre a partir de entonces, «Las Fauces de la Muerte», y aunque resultó divertido ver cómo ocurrió, también me entró pena por Philip, pena por aquel sueño que se había desmoronado tan deprisa a su alrededor.

Pero no fue realmente hasta la noche siguiente cuando supe exactamente cómo debía de haberse sentido.

Era la noche de Guy Fawkes,^[18] y se quemó una hoguera enorme en Cofton Park. Se congregó una pequeña multitud, se dispararon cohetes al cielo de Longbridge, y se repartieron bengalas. Enseguida vi a Benjamin y a su familia, pero tuve mis dudas a la hora de acercarme a ellos. Había un problema entre su padre y el mío. El mío era representante sindical, y el de Benjamin ocupaba un puesto directivo. Ambos trabajaban en la fábrica de la Leyland. Al final se saludaron, y mantuvieron una especie de conversación entrecortada. El padre de Benjamin estaba de buen humor por el resultado de las elecciones complementarias. Habían ganado los conservadores por una gran mayoría. La más amplia desde la Segunda Guerra Mundial, nos dijeron. Los indicios se habían ido acumulando a lo largo de todo el año, y ahora ya no había manera de escapar: el gobierno Callaghan estaba acabado, incluso aunque pudiera agotar su legislatura. La mayoría laborista desapareció del mapa, Denis Healey recurrió al Fondo Monetario Internacional para pedir dinero, y se notaba que la confianza general iba menguando poco a poco. Aquel resultado lo demostraba. Mientras tanto, entre bastidores, se gestaba una nueva clase de conservador, y eso significaba negocios. Su retórica era feroz; era antiasistencia social, anticomunitaria, anticonsenso. En un par de años, quizá, iban a tomar el poder y a quedarse allí mucho tiempo.

Benjamin tenía un hermano pequeño que se llamaba... Bueno, tal vez eso no deba decírselo. No creo que, hoy en día, me lo agradeciera. Le llevábamos unos cuantos cursos de ventaja en el colegio, pero todos lo conocíamos. La verdad es que no tenía pérdida. Había algo extraño, algo un poco monstruoso en él. Era un auténtico sabio (o al menos muy inteligente) para su edad. Estaba como una chota, y a todos nos daba pavor. Yo no sabía cuáles serían sus ideas sobre política, pero seguro que las tenía. Tenía sus ideas sobre todo. De todos modos, aquella noche lo averigüé.

—¡Eh...! ¡Duggie! ¡Duggie! ¡Duggie! —Se acercó corriendo hasta mí, con una bengala en la mano. Me entraron ganas de clavarle una a aquel cabrito tan descarado. Nadie me llamaba Duggie.

Sostuvo la bengala ante mi cara y dijo:

—Espera, espera.

Yo ya estaba esperando. ¿Qué otra cosa se podía hacer?

—Aquí la tienes —dijo—. ¡Mira! ¿Qué es?

Y en ese preciso momento, la bengala se apagó. No dije nada, así que él mismo me dio la respuesta:

—La muerte del sueño socialista.

Se reía como un pequeño poseso, y se quedó mirándome un par de segundos antes de echar a correr, y en ese momento vi exactamente lo mismo que había visto en los ojos de Stubbs el día anterior. El mismo triunfalismo, la misma excitación, no porque se estuviera creando algo nuevo, sino porque se estaba destruyendo algo. Me acordé de Philip y su estúpida sinfonía rock y juro que se me llenaron los ojos de lágrimas. El ridículo intento de comprimir la historia de infinitos milenios en media hora de armonías y acordes de mierda de repente no me parecía más quijotesco que todas las cosas por las que mi padre y sus colegas llevaban trabajando tanto tiempo. Un Seguro de Enfermedad Nacional, gratis para todo el mundo que lo necesitara. La redistribución de la riqueza a través de los impuestos. La igualdad de oportunidades. Bonitas ideas, papá, nobles aspiraciones, igual que había una parte de belleza en el batiburrillo musical de Philip. Pero nunca iba a suceder. Si alguna vez había habido una época en la que pudiera suceder, esa época se nos estaba escapando de las manos. Había pasado el momento. Adiós a todo eso.

Es fácil acertar volviendo la vista atrás, ya lo sé, pero tenía razón, ¿verdad? Contemplan esa noche desde la perspectiva actual, las últimas semanas del último siglo del segundo milenio (si el calendario de cierta secta religiosa y esotérica, pronta a desaparecer, aún les sirve de algo) y deberán admitir que tenía razón. Y también la tenía el hermano de Benjamin, el muy cabrito, con su bengala y su horrible sonrisita y el asqueroso brillo de su incipiente victoria en aquellos ojos de doce años. Adiós a todo eso, me estaba diciendo. Ya lo había averiguado. Sabía lo que nos depararía el futuro.

Después de aquello, no me quedé mucho más tiempo por allí, alrededor de la hoguera. Eran casi las ocho de la noche, lo que significaba que «Los Nuevos Vengadores» estaban a punto de empezar en la ATV. Joanna Lumley pronto andaría por el campo con algún atrevido modelito, y no me lo iba a perder por amor a unas cuantas ruedas de fuegos artificiales. En aquellos días, había que saber sacarle partido a lo que fuera.

EL TABLÓN

Jueves, 9 de diciembre de 1976

ESPECIAL TEATRO

Mientras el Club de Teatro de los mayores ensaya ya con vestuario su representación navideña de «Otelo», os ofrecemos entrevistas exclusivas con sus dos principales protagonistas.

Steve Richards como OTELO

Una entrevista de Doug Anderton

«Lo veo como un hombre noble, un hombre valiente, de acción, pero tiene esa debilidad fatal de tener un ego bastante grande. Y ahí es donde Yago mete baza y consigue hacer daño.»

Esta lectura realista pero penetrante de una de las más grandes tragedias de Shakespeare es característica de la nueva perspectiva que le proporciona al papel Steve Richards, del sexto curso de ciencias.

Conocido ya por ser la indiscutible estrella tanto del First XV de rugby como del First XI de cricket, Steve es un recién llegado al mundo de las rabinetas entre bastidores y los nervios de la noche de estreno. ¿Pero está disfrutando de la experiencia hasta ahora?

«Está siendo fantástico», dice con una sonrisa. «El resto del reparto es una gente estupenda, y a pesar de la densidad del drama, la mayor parte del tiempo nos hemos reído muchísimo. Al principio me echaba para atrás el reto que significaba este papel, ¿sabes?

Había leído «Otelo» cuando estaba en cuarto y sabía que era como escalar una montaña para cualquier actor. Pero me gusta desafiarme a mí mismo. Me gusta la presión. Así es como uno saca lo mejor de sí mismo, y supongo que para esto está este colegio, ¿no?»

Los padres de Steve, Lloyd y Connie, llegaron a este país desde Kingston, Jamaica, a mediados de los años cincuenta. Se quedaron a vivir en Handsworth pero, como a muchos de sus colegas jamaicanos, al principio no les resultó fácil adaptarse.

Lloyd era ebanista de profesión, pero en esa época sólo consiguió trabajo como obrero no cualificado. Empezó como chapista en la fábrica de Hay Mills de lo que entonces era la compañía Wilmot Breedon, y desde entonces ha ido ascendiendo hasta convertirse en capataz de la British Leyland. La madre de Steve, Connie, trabaja en los servicios médicos de comidas. Tienen otro hijo, el hermano pequeño de Steve, Aldwyn, que lleva ese nombre por

Aldwyn «Lord Kitchener» Roberts, uno de los representantes más famosos del calipso caribeño.

«Sí, somos una familia unida», afirma Steve. «Para mis padres fue duro porque dejaron a muchos parientes allá en Jamaica. Así que, en cuanto al tema familiar, tuvieron que empezar otra vez desde cero. Van a venir a verme la noche del estreno, eso seguro. Y la segunda, ¡y la última!»

Alguna gente se sorprendió, le digo, cuando se anunció que lo habían catapultado directamente al papel protagonista. En un colegio que no desborda precisamente de miembros de las minorías étnicas, ¿no le preocupaba haber conseguido esta guinda de papel, por decirlo llanamente, sólo por el color de su piel?

«Claro, fue idea del Club de Teatro que hiciera una lectura», responde. «Lo fundamental es que tuve que pasar el casting como todo el mundo. No me han regalado nada.»

Por último, han corrido rumores por los pasillos del colegio estas últimas semanas sobre la química, dentro y fuera del escenario, entre Steve y su compañera protagonista, Cicely Boyd. Pero me temo que les voy a dar una mala noticia a los cotillas; Steve insiste en que de eso nada. Y cuando me explica por qué, resulta que aún son peores noticias para su legión de admiradoras al otro lado de Founder's Drive.

«Evidentemente, Ciss y yo mantenemos una relación muy intensa en el escenario», dice, «pero la cosa no pasa de ahí. Salgo con una chica que se llama Valerie, y ya llevamos seis meses juntos. La verdad es que nos conocíamos desde hace años, porque coincidimos en la catequesis, lo que suena muy aburrido, pero es una chica estupenda, y va a estar ahí sentada en la primera fila, ¡para asegurarse de que no me paso ni un pelo en las escenas de amor!»

Una elegante palmada del director de la función, Tim Newsome (cuyo «Final de partida» resultó demasiado austero para algunos gustos el curso pasado), anuncia que se ha acabado mi tiempo y que necesitan a Steve para otro repaso de ese exigente final. De paso que bajo, me dejo caer por Portería y me cuentan que hasta ahora la venta de entradas ha ido rápidamente. Así que una cosa está clara: los dos colegios están convencidos de que éste va a ser un «Otelo» digno de recordar.

* * *

Cicely Boyd como DESDÉMONA

Una entrevista de Claire Newman

Hay una cierta clase de pelo que parece hecho para sacudirlo, y sin ninguna duda, Cicely Boyd lo tiene a espuestas. Las legendarias guedejas rubias que

caen en cascada sobre sus hombros perfectamente formados han inspirado probablemente más poesía de cuarto curso a lo largo de los años que los que tardó la Dama Oscura en librarse del Cisne del Avon; y también le dan pie al repertorio de sacudidas más grande que he visto en mi vida.

Esta chica puede sacudírselo con desprecio, con conformidad, con impaciencia y, por supuesto (¿cuántos maestros ingleses lo han descubierto, desde que se introdujeron las clases mixtas?), también con coquetería. No es de extrañar que a menudo se oiga a sus pasmadas compañeras comentar «¡Qué aires se da!» cuando se la cruzan por algún pasillo.

Sin embargo, hoy se lo sacude con pasión y sinceridad, mientras habla de la agotadora experiencia de sumergirse en el papel de Desdémona para la inminente y muy esperada representación de «Otelo» bajo la dirección de Tim Newsome.

«Tienes que hacer un montón de lo que yo llamo “euritmia emocional”», me explica entusiasmada. «La noche del estreno hay que estar en plena forma, tanto física como espiritualmente. El karma tiene que ser el justo. Me he dado cuenta de que la meditación me ayuda muchísimo. Le he enseñado muchas cosas a Steve sobre el tema, y antes de los ensayos solemos sentarnos con las piernas cruzadas en el suelo, mirándonos fijamente a los ojos durante una media hora.»

Seguro que lo ha sacado del libro de texto de la Real Academia de Arte Dramático. «Steve», por cierto, es Steve Richards, ese chico de los muslos musculosos y palpitantes y los pectorales relucientes, que hará su debut teatral frente a la Boyd como El Moro loco de celos. ¿Le ha resultado difícil hasta ahora trabajar con alguien prácticamente novato?

«Yo misma sugerí que llamasen a Steve para hacer de Otelo», dice haciendo un puchero. «Y por lo que veo tenía razón. Durante mucho tiempo he pensado que era una persona de lo más misteriosa. Tiene una fachada muy corriente, muy directa y sencilla, pero yo estaba segura de que cuando le quitara toda esa coraza me encontraría con algo enorme y fascinante debajo, que me apetecía mucho explorar.» (Supongo que se refiere a su talento.) «Sé perfectamente que va a estar fantástico en ese papel. Tiene una sensibilidad especial para el verso.»

Un poco nerviosa, me abrocho el cinturón y le insinuo que hay críticos, en algunos círculos, que sostienen que ha llegado a tener demasiado poder en el Club de Teatro, y que su gestión ha sido calificada (una vez más, sólo en algunos círculos) como dictatorial. ¿Qué tiene que decir a estos comentarios?

Al principio, ni siquiera se digna responder, al menos con palabras, y se limita a una sacudida majestuosa de su pelo que podría dejar sin sentido a un rinoceronte a cincuenta metros. Luego me ronronea:

«No puedo evitar que la gente sienta envidia. Pero no es mi problema. Estamos teniendo un año maravilloso y hemos puesto en pie algunos espectáculos estupendos. Lo único que puedo decir es que me produce una enorme satisfacción.»

Y esa envidia, me arriesgo a decir, ¿no tendrá algo que ver con su aspecto?

«La verdad, Claire, ya sabes que existe ese prejuicio que hace que la gente piense que una mujer no puede ser guapa e inteligente a la vez. Pero en realidad yo no me considero guapa en absoluto.» (Me mira como para confirmarlo, o quizá negarlo, pero a este respecto guardo la estudiada neutralidad de la reportera profesional.) Ahora ella se inclina hacia delante, en plan confidente. «De hecho, Claire, te voy a confiar un pequeño secreto.» Le advierto que, como estoy entrevistándola para la revista del colegio, ya no va a ser ningún secreto, pero me lo cuenta de todas formas. «Tengo un serio problema con mi imagen corporal», me susurra. «Lo cierto es que siento una especie de aversión hacia mi propio cuerpo, y la única forma que tengo de luchar contra eso es enfrentarme a mi imagen todos los días, hora tras hora, minuto a minuto. Que es por lo que el techo de mi dormitorio está plagado de polaroids mías completamente desnuda.»

Ante esa revelación mi lápiz de periodista novata, que he estado mordisqueando distraídamente, se me rompe entre los dientes y decido que es hora de rematar rápidamente esta entrevista. Le doy las gracias a la señorita Boyd, y ella retoma los ensayos con una encantadora sacudida de su pelo a modo de despedida. Efectivamente, pienso, es una criatura magnífica con la que los dioses nos han obsequiado, y ningún alumno o alumna del King William's que se tenga en cierta consideración querrá perderse la representación de la semana que viene. Mientras tanto, chicos, no dejéis que todas esas *polaroids* os distraigan demasiado de vuestros verbos irregulares griegos...

* * *

(«Otelo» será reseñada en el primer número del mes que viene por nuestro nuevo crítico teatral, Benjamin Trotter.)

TIEMPO LIBRE

El Paseo Optativo

Por tercera semana consecutiva, los miembros de El Paseo Optativo del señor Tillotson se perdieron completamente el último miércoles, esta vez en los terrenos de Waseley Country Park. El próximo trimestre las chicas también podrán disfrutar de esta actividad extraescolar. Esperemos que alguna lleve algún mapa topográfico.

El Pajeo Optativo

La primera reunión de este grupo se canceló debido a la masiva falta de asistencia. Se supone que los *miembros* no fueron capaces de leer el correspondiente tablón de anuncios.

EL TABLÓN

Jueves, 13 de enero de 1977

OTELO, EL MORO DE VENECIA

(Edificio Grande, días 13,14 y 15 de diciembre)

Reseñada por BENJAMIN TROTTER

¡Ay, el misterio de la vida teatral! Allí estaba yo, siguiendo los pasos de Harold Hobson, Kenneth Tynan y... mmm, otros famosos críticos teatrales. Mi primera incursión en el glamouroso mundo del crítico que no para de ir de acá para allá. La interminable limusina esperando en la puerta..., el tímido coqueteo con la chica del guardarropa mientras le tiendo mis guantes y mi sobretodo..., el suave abrazo de la felpa cuando me acomodo en la butaca de la primera fila. La expectación silenciosa del público...

Está bien, diré la verdad... Pues allí estaba yo, a las siete menos cuarto en la parada de Lickey Road, esperando aún por el 62, que debía haber aparecido hacía media hora. Luego, cuando llego al Edificio Grande con minuto y medio de antelación, resulta que he perdido mi «pase de prensa», una hoja de papel arrugada, en realidad, en la que Tim Newsome había garrapateado «POR LO VISTO, TENEMOS QUE DEJAR ENTRAR GRATIS A ESTE JETA». Tras abrirme paso entre los gorilas de la puerta, me siento como puedo en uno de esos bancos de madera que parece que los han comprado en la liquidación de algún asilo salido de una novela de Dickens, y llego justo a tiempo de ver el final de la primera escena.

Vamos con mis primeras y confusas impresiones: Julian Stubbs como Yago. Una gran elección. Tiene la chispa diabólica justa, y casi mastica el verso, saborea claramente el sibilante veneno de sus líneas. Tres horas después, volverá a pisar el escenario a escasa distancia, en El Arroyo Cantarín, dando la cara por los prodigios punk del mismísimo King William's Las Fauces de la Muerte (en cuyo nacimiento tuvo un poco que ver aquí su servidor), y se ve que aporta la misma energía malévol a los dos papeles. Esta escena se desarrollaría muy bien, si no fuera por la deslucida colaboración de Graham Temple, cuyo Rodrigo, en comparación, parece de madera.

Entra Otel o, y se puede sentir que un escalofrío de admiración estremece al público. Steve Richards da físicamente el papel. Es corpulento, majestuoso, el hombre tiene presencia. El vestuario sencillo pero eficaz de Emily Sandys realza su porte, sus desenvueltos andares de aire militar. Es

una figura con la que habrá que contar. Cuando empieza a hablar, al principio su voz supone un auténtico chasco. Titubea, se atiesa, parece que no capta el ritmo. Le da miedo el verso, no lo domina. Y uno se desilusiona: esto no va a funcionar. Es demasiado pedir, descargar todo el peso de la obra sobre un actor debutante.

Pero ha sido un falso comienzo. Unos parlamentos después, y Richards ha ganado inmensamente en confianza. Puede sentir el respeto del público, y eso lo mantiene a flote. Enseguida coge el ritmo:

Rudo es mi lenguaje
y no estoy dotado para dulces expresiones de paz,
pues desde que estos brazos tuvieron siete años
hasta ahora, salvo las nueve postreras lunas,
se han empleado a gusto en los campamentos.

Richards encontró perfectamente la ambigüedad tonal de este pasaje: su modo de expresarse era cortés, pero captó la resaca de la jactancia, del desprecio sutilmente velado por los hombres de paz que subyace tras estas melifluas palabras. Ya se veía que iba a ser una interpretación rica, cargada, con varios estratos. Y eso resultó ser hasta el final.

Entonces viene el momento fatal. Acto I, escena III, línea 169. Una simple acotación, «Entra Desdémona». Y de repente toda la representación empieza a venirse abajo como un castillo de naipes.

Más adelante en la obra, la Desdémona de Cicely Boyd le preguntará a Yago: «¿Qué escribiríais sobre mí, si tuvierais que alabarme?», y el astuto manipulador le responde: «Ay, dulce señora, no me hagáis esto porque, ante todo, soy un criticón.» Bueno, Cicely, lo siento y tal, pero en eso estoy con Yago.

El problema de Desdémona, desde luego, es que ha de tener cierto espíritu, una especie de coraje y de resistencia, si no quiere aparecer como un engorroso alhelí que los hombres se disputan.

Las bases de esto se encuentran ya en los versos de Shakespeare; lo único que tiene que hacer una actriz es ser fiel a esos movimientos flexibles y musculosos, y el resto vendrá solo. Pero la señorita Boyd, ya fuera aposta o por pura incompetencia, traicionó esos versos en todo momento. Uno sufrió una tremenda decepción en cuanto abrió la boca y pronunció su primer verso: «En verdad percibo aquí un deber dividido», poniendo el énfasis insensata e inadecuadamente en «en verdad» y «deber». ¿En qué estaría pensando? Desgraciadamente, eso ya marcó el tenor del resto de su interpretación. A Desdémona se la puede ver como una esposa leal y virtuosa, o como una tentadora coqueta que es, en parte, responsable de precipitar el trágico desenlace de la obra. Mejor aún, una actriz puede tratar de negociar un camino entre estas dos lecturas, y retratar un personaje de

auténtica complejidad y contradicción. Sin embargo, lo único que obtuvimos de la Desdémona de Cicely Boyd fueron una entonación cantarina y una gama de respuestas a su marido que nunca llegaron más allá de la adoración lunática. Fue una interpretación que no estuvo a la altura de sus compañeros, ni de la obra misma, ni de, lo que es peor, la propia reputación de Cicely Boyd como una de las cómicas más dotadas del King William's.

Pero aún nos restaba una desilusión mayor con la Blanca de Jennifer Hawkins. Esa ramera supuestamente más dura que el acero sólo consiguió irradiar, en la versión de la señorita Hawkins, el atractivo erótico y la cruda energía sexual de un salmonete comatoso.

Tim Newsome sacó lo que pudo de estos intérpretes y el resto de su excelente reparto, pero al final de la noche nos quedamos con un «Otelo» que carecía absolutamente de peso dramático. Dado el éxito que el Club de Teatro de los mayores obtuvo con «Bésame, Kate» hace un par de años, me quedé preguntándome si una alegre versión musical no les habría ido mejor a todos esos talentos para la comedia ligera. Incluso estoy dispuesto a sugerir el título gratis: «OTELO, El Coro de Venecia». ¿Qué le parece, señor Newsome?

* * *

CARTAS AL DIRECTOR

De Arthur Pusey-Hamilton,
Miembro de la Orden del Imperio Británico

Estimado señor,

Disfruté enormemente de la reciente representación escolar de «Otelo». No conocía previamente la obra, pero me pareció una elección muy adecuada dado el presente clima político. Creo que el clímax ilustraba de un modo muy convincente la estremecedora visión del señor Powell de «ríos de sangre», y aportaba una amplia demostración de los peligros de la inmigración sin restricciones, tal como sucedió en la Venecia del siglo XVI.

¡Bravo, señor Newsome!

Le escribo, sin embargo, para quejarme del escandaloso despliegue de degeneración moral con que se toparon mis asombrados ojos en la así llamada «fiesta del reparto» tras la última representación.

Mi joven vástago Arthur Pusey-Hamilton Jr. es un chaval bastante sano que estudia tercer curso en el K.W. Se le empleó en esa representación en calidad de tramoyista, y fue una fuente de placer tanto para mí como para Gladys, mi adorada esposa, comprobar que se dedicaba a una vigorosa actividad extraescolar que podía «hacerle salir de su caparazón» (por emplear la vulgar expresión de su psicólogo infantil). Si bien, ni yo ni Gladys,

mi adorada esposa, acabábamos de ver nada malo en las actividades a las que suele dedicar su tiempo libre (a Pusey-Hamilton Jr. le gusta quedarse sentado en su cama, a veces horas y horas, meciéndose adelante y atrás mientras contempla fijamente la pared de su dormitorio, que ha pintado de negro mate), juzgaron deseable, tanto el susodicho psicólogo como el equipo de asistentes sociales del ayuntamiento que recientemente han estado «mirando su caso» (por usar su propia jerga), que tal vez debiera socializarse un poco más con sus jóvenes compañeros.

A la luz de eso, accedimos con cierto entusiasmo a que asistiera a la pequeña y (quisimos imaginar) civilizada celebración que iba a tener lugar en el hogar de uno de los miembros del reparto tras la representación final. Evidentemente, eso significaba que Pusey-Hamilton Jr. permanecería levantado hasta mucho más tarde de su hora habitual de irse a la cama (las cinco y media de la tarde, a no ser que se esté emitiendo una edición especialmente instructiva de «Horizonte» o «Panorama»), pero ni yo ni Gladys, mi adorada esposa, hemos tenido nunca ninguna razón para ser «carcas», ¡y creemos firmemente que hay reglas que están hechas para ser saltadas! (Aunque no, claro, la regla que dictamina que ha de llevar las manos firmemente esposadas a la espalda siempre que esté en la cama o en la ducha. Eso sí que no.)

Conforme a esto, eran bien pasadas las diez de la noche y la fiesta llevaba al menos un cuarto de hora en plena actividad cuando llegué al número 43 de Pickworth Road, B31, la noche en cuestión. No tuve dificultad en encontrar la casa, porque el primitivo e incesante martilleo de la así llamada música «reggae» resonaba por toda la calle para todo el mundo, como si los propios tímpanos de Satán estuvieran tocando a retreta en las fauces del Hades. Me preocupé inmediatamente por el efecto que aquella cacofonía infernal podría tener en la delicada sensibilidad de Pusey-Hamilton Jr., a quien por supuesto no le está permitido escuchar la así llamada música «pop» en casa, siendo de la opinión tanto yo como Gladys, mi adorada esposa, que una dieta habitual de buenos y antiguos clásicos ingleses como «El primer cuco de la primavera» de Delius es un repertorio muchísimo más saludable para un chaval de su edad; aunque tampoco somos reacios, de cuando en cuando, a que «se suelte el pelo» con algo más ligero al estilo de la Pompa y Circunstancia de Elgar.

Cuando llamé al timbre del número 43, por tanto, ya me esperaba lo peor. Y, sin embargo, la realidad era mucho más espantosa que cualquier cosa que la más calenturienta imaginación hubiese podido inventar.

No me explayaré en detalle sobre las escenas de decadencia que me aguardaban tras aquella puerta de aspecto tan inocente del número 43 de Pickworth Road. Baste decir que presencié actos de una depravación que

habría hecho sonrojarse a los libertinos de la Roma de Calígula. ¡Así es como los miembros de la profesión teatral, pensé, «celebran» sus triunfos dramáticos! Con el corazón palpitándome, las palmas de las manos sudándome, los ojos posándose aquí y, he de ser sincero, allá, me abrí paso con pies de plomo en un mar de cuerpos retorcidos en busca del pobre Pusey-Hamilton Jr., cuyo vulnerable temperamento, lo sabía de cierto, habría sufrido ya un daño irreparable ante aquella exposición a un comportamiento degenerado. Por fin lo encontré, sentado en mitad de la escalera, bebiendo una lata de ginger ale (¡cuán pronto se instala la corrupción!, porque en casa no se le permite beber más que agua natural del grifo y algún vaso de jugo de ciruela sin azúcar), mientras que tras él, a menos de un metro, dos miembros secundarios del reparto estaban enzarzados en un acto que no había visto realizar desde una desgraciada ocasión durante la última guerra, cuando, como valiente soldado de a pie en la campaña contra Rommel, me desperté una noche, atado, amordazado y, sin duda, drogado (tal como le expliqué a mi oficial superior durante la consiguiente corte marcial) en los dominios de un burdel egipcio, insalubre incluso para las costumbres de ese fétido país.

Aunque debo añadir que estas impudicias no se limitaban a los actores secundarios del drama de esa noche. Mientras veía la obra ya me había llamado la atención lo que creo que se denomina «química» entre los dos principales intérpretes, pero pensé, ingenuamente, que era producto de una hábil interpretación por su parte. ¡Pronto iba a descubrir que no! Pues, al acompañar a Pusey-Hamilton Jr. al improvisado guardarropa en busca de su anorak y sus calentadores de orejas, nos topamos nada menos que con los dos protagonistas (los mismísimos Otelo y Desdémona, para no ocultar ya más su identidad) sobre una cama, envueltos en una actividad que no podía derivar en otra cosa, ya que parecía a punto de llegar a su inevitable conclusión, que en entrecruzamiento de razas.

Y eso, efectivamente, era más de lo que podía soportar hombre o bestia alguna o, de hecho, Pusey-Hamilton Jr., cuyos sentimientos al verse presa de esas escenas eran ahora claramente perceptibles a la vista de sus gemidos de angustia, de cómo me tiraba penosamente de la mano, y de sus reiterados gritos (obviamente dirigidos a algún invitado) de «Largo de aquí, largo de aquí, te odio, me estás arruinando la vida». No había tiempo que perder en sacarlo de aquel sumidero de iniquidad y, evidentemente, a la media hora ya estaba a salvo en casa, Gladys, mi adorada esposa, lo había arropado (bien fuerte) en su cama, y disfrutaba de esa clase de sueño para la cual los únicos requisitos son la inocencia juvenil, la conciencia tranquila y, por supuesto, una buena dosis de barbitúricos.

Cuánto tardará mi hijo en recuperarse de esa terrible experiencia está por

verse.

A través de su revista, me dirijo al director del King William's School. Y le pregunto, señor: ¿van a permitir ustedes esta clase de alharacas a sus alumnos? ¿El nombre de la que, en su día, fue una venerable institución se va a ver arrastrado por el barro, arrojado al arroyo y tirado el retrete? Y que conste que esto no es una reacción histérica de alguien que no está «en la onda» de esta era tan moderna y cambiante. No soy un carca, ni un «carroza», ni una persona chapada a la antigua. ¡Por todos los demonios, señor! Puedo tolerar un poco de sodomía entre compañeros de colegio de cuando en cuando, pero el comercio (el comercio carnal) con el sexo contrario..., a una edad tan tierna e influenciable... Y entre distintas razas, por el amor de Dios... Eso sí que no. De ninguna manera. Me dirijo pues a usted para que actúe inmediatamente, para que extirpe toda traza de este rencoroso cáncer y purgue la fuente de este piojoso azote que amenaza en mi opinión (y en la de mi adorada esposa Gladys) el mismísimo honor y la mismísima esencia de ese colegio.

¡Sea tajante a este respecto, se lo suplico! Como solíamos decir en el ejército: «¡Venga, señor, pórtese como un blanco!»

Atentamente,
Arthur Pusey-Hamilton,
Miembro de la Orden del Imperio Británico



SELLADO con el antiguo
y noble sello de los
Pusey-Hamilton.

«HIC HAEC HOC»

El señor Serkis regresó al colegio la segunda semana del trimestre. Se había recuperado de su apendicitis, pero no estaba nada contento.

—Estoy muy pero que muy desilusionado —le dijo al consejo de redacción.

Era otra lluviosa tarde gris de viernes, y el radiador de la sala de reuniones no funcionaba. Tal vez fuese la estancia más fría de todo el colegio, al final del pasillo del Carlton Club, al que se llegaba por un estrecho y, en cierta forma, misterioso tramo de escaleras junto a la entrada de las taquillas de los delegados. Únicamente a los de los dos últimos cursos se les permitía acceder a aquel lugar remoto, y aun así había serias restricciones. El ser socio del club, lo que daba acceso a la atractiva sala de juntas revestida de roble, sólo se conseguía por elección, y cada año se desestimaba a más de la mitad de los aspirantes, eliminados por un clásico procedimiento de veto, cuyos inextricables criterios nunca se explicaban. Al propio Benjamin no se le elegiría como miembro hasta el año siguiente. Mientras tanto, el que se le permitiera sentarse una vez a la semana en aquella buhardilla helada e inaccesible, con su pintura desconchada y sus vetustas cañerías, le había parecido un privilegio increíble. Pero los consejos de redacción nunca habían alcanzado sus vagas expectativas peliculeras. Un aire de decepción parecía siempre hacer presa en ellas, incluso al poco rato de haber empezado.

—Os dejo que saquéis dos números solos, y mirad lo que ha pasado. —El señor Serkis señaló un montón de papeles que había en la mesa que tenía delante—. Diecisiete cartas de protesta. Incluida una del director. —Las hojeó mientras Doug, Claire y Philip le miraban, avergonzados—. La mayoría —dijo— son por la carta. —Levantó la vista—. ¿Alguien sabe quién la escribió?

—Harding —canturreó todo el mundo (menos Benjamin) al unísono.

El señor Serkis suspiró.

—Le pega. —Contempló el auténtico sello de lacre al final de la ofensiva carta mecanografiada—. Lleva la marca de su perfeccionismo.

—Eso lo hizo con el sello de su anillo —dijo Philip—. Cogió uno de no sé dónde, un mercadillo de antigüedades o algo así, y ahora no se lo saca nunca del dedo.

—Jamás deberíais haber publicado eso —dijo el señor Serkis, echándole de nuevo un vistazo a la carta y haciendo un gesto de desaprobación ante sus peores excesos—. Por lo menos, teníais que haberla cortado un poco. Nunca hay que publicar la dirección de nadie. Y el trozo sobre Steve y Cicely... prácticamente da a entender que estaban manteniendo relaciones sexuales en público. Esa frase sobre «el entrecruzamiento de razas» es tremenda. Tremenda. Habría que publicar una disculpa.

—De acuerdo —dijo Doug, resignado, mientras tomaba nota—. Una disculpa.

—Otra cosa; no sé quién escribió esa gracia sobre el pajeo optativo, pero el

director se puso furioso. No es sólo la palabra, es... Bueno, como dice aquí —y cogió la extensa nota escrita a mano con la florida letra del director—. «Esperaba que, a la luz de los antecedentes de los redactores, el equipo actual fuese en algún momento capaz de elevarse por encima del nivel del humor barato de bachiller.»

—Estamos aún en el colegio, ¿no? —comentó Philip—. Pues entonces el humor de bachiller no debería estar tan mal.

—Hay que publicar una disculpa —dijo el señor Serkis, sin inmutarse ante aquel argumento, y Doug siguió tomando nota—. Otra cosa más —se volvió hacia Claire—, a tu retrato de Cicely le han dado muchos palos. Y tengo que admitir que es una de las cosas más malintencionadas que he leído en mi vida.

—Se lo merecía —respondió Claire, pero se le notó mucho que hablaba a la defensiva—. Es una diva de mucho cuidado. Lo sabe todo el mundo.

—No la escuchaste con imparcialidad. Y eso de su coqueteo en clase no venía a cuento.

—Pero es *verdad*.

Se produjo una breve pausa, el silencio del punto muerto.

—Esto no va a ser más que una puñetera disculpa —dijo Doug, garabateando—. A este paso, no va a haber sitio para nada más. ¿Quién la va a escribir?

Cuando quedó claro que nadie se iba a ofrecer voluntario, el señor Serkis eligió a Benjamin.

—¿Por qué yo?

—Porque eres el que escribe mejor de la revista. —Dando por supuesto (acertadamente) por la cara de pasmo que puso Benjamin que su cumplido era tan inesperado como contundente, lo matizó añadiendo—: Y además eres el único cuyo artículo no ha provocado un aluvión de quejas.

Inconscientemente, el señor Serkis le había tocado el punto débil.

—¿Y eso por qué? —quiso saber Benjamin—. Fui muy duro con la obra. ¿Por qué no he provocado la más mínima polémica?

Por lo visto, nadie sabía responder a eso, y a Benjamin lo despacharon inmediatamente a la oficina de al lado para que redactara una disculpa un tanto exagerada pero sutilmente carente de arrepentimiento.

Se sentó a la máquina de escribir y se quedó mirando los tejados que relucían, plateados, con el agua de lluvia. Por encima de ellos, aquellos dos robles tan altos que flanqueaban la entrada sur se balanceaban febrilmente con el viento. Contempló un momento los árboles, y luego dejó que sus ojos se le vidriaran hasta que los objetos que tenía delante quedaron desenfocados. Un borrón gris marengo, marrón chocolate y verde pastel. Sus dedos descansaban sobre las teclas de la máquina de escribir, pasivos, paralizados. La pregunta que le había estado incordiando (*¿Y eso por qué? ¿Por qué parecía que todo lo que hacía no... molestaba a nadie, no calaba hondo?*) se retiró a algún rincón inaccesible, fue absorbida, tragada. Y una especie de insensibilidad ocupó su lugar. Benjamin era vagamente consciente de que la vida

colegial continuaba desarrollándose en las múltiples estancias y pasillos que había bajo sus pies. Las actividades extraescolares del viernes por la tarde estarían llegando a su fin: los jugadores de ajedrez estarían recogiendo sus fichas, los fetichistas de los juegos de guerra abandonando sus mapas y sus gráficos, los artistas lavando sus pinceles bajo la distraída supervisión del señor Plumb, la Fuerza de Cadetes Asociados cambiando aquellos uniformes verdes que picaban tanto por trajes de paisano, los músicos y radioaficionados y jugadores de bridge y entusiastas del squash preparándose para volver a casa. ¡Qué esfuerzos hacía el mundo por mantenerse ocupado! Pero Benjamin se sentía tan distante de todo aquello, tan apartado... Se limitó a permanecer sentado ante la máquina de escribir, en un arrebatado de modorra y falta de curiosidad. Claire entró en la habitación en un determinado momento y se llevó un par de archivadores con ejemplares atrasados de la revista; tal vez hablara con él. Philip sí que asomó la cabeza un momento de paso que bajaba, la gabardina apoyada en el hombro, y dijo: «¿Cómo va la cosa, maestro?» o «No te enrolles mucho» o «Nos vemos el lunes entonces» o algo por el estilo. Y uno por uno, supuso Benjamin, los demás también debieron ir yéndose. Él también tendría que irse enseguida. No se podía quedar allí sentado todo el fin de semana. Y sin embargo había algo extrañamente confortable en aquella apatía, en aquella soledad. El silencio del pasillo exterior le daba la razón.

A veces, cuando se quedaba solo como ese día, Benjamin esperaba que Dios hablara con él. Se acordaba del silencio del vestuario, y de la puerta de la taquilla de al lado abriéndose y cerrándose, y luego de sus propias pisadas cuando fue a retirar el don que le habían otorgado aquel día trascendental. Pero Dios no le había hablado desde entonces. Ya lo haría, claro; en algún momento, en algún lugar. Volvería a hablar con él. Pero Benjamin no podía hacer nada de momento, más que esperar. La paciencia era fundamental.

Oyó pasos en el pasillo. Un andar ligero y femenino, que rebasaba su puerta entreabierta, en dirección a la sala de reuniones del consejo de redacción. Hizo caso omiso.

Benjamin se preguntaba si debería ponerse a trabajar en la disculpa. Pero de repente aquel esfuerzo le parecía tremendo: el esfuerzo físico de levantar un dedo y darle a una de las teclas de la máquina con la suficiente fuerza como para que quedara una letra impresa en la hoja; por no decir nada del esfuerzo mental, de decidir qué tecla tenía que golpear y por tanto, por extensión, cuál tendría que soportar la tremenda responsabilidad de ser la primera. La escribiría en casa, al día siguiente o el domingo. Tenía un montón de tiempo. Ahora era preferible, con mucho, saborear aquella reserva, encerrarse en sí mismo, afianzar aún más aquel exquisito estupor que ningún sonido, ninguna imagen sería capaz de penetrar.

Y, de hecho, no fue ningún ruido ni ninguna imagen lo que sacó a Benjamin de su inercia. Fue un olor. El olor de un cigarrillo.

Qué extraño. Estaba prohibido fumar en el colegio, tan prohibido que al parecer

ni siquiera Doug lo había intentado. Tan pronto aquel inconfundible aroma estancado alcanzó su nariz, Benjamin se sintió intrigado. Se levantó inmediatamente de la silla en la que casi había llegado a adoptar una postura supina, y recorrió con cautela (casi a hurtadillas) el trozo de pasillo que lo separaba de la sala de reuniones. Al alcanzar el umbral se detuvo y, entonces, por unos instantes posó sus asustados ojos en la figura sentada de Cicely Boyd.

Estaba sentada, o más bien encogida, junto a la mesa de reuniones, de espaldas a la puerta, y con un pie descalzo (parecía que el zapato se le había caído) metido debajo del culo. Aquella postura irradiaba tensión y expectación nerviosa. Llevaba unos pantalones de color castaño claro y un jersey azul marino de Argyll, holgado y grueso, además del famoso pelo dorado recogido en una larga cola de caballo que le llegaba casi hasta el hueco de la espalda. La ceniza de su cigarrillo sin filtro caía revoloteando sobre la mesa sin que ella se diera cuenta mientras miraba fijamente hacia la ventana, proporcionándole a Benjamin una buena vista de su perfil izquierdo. Tenía una nariz fina y aguileña, los ojos del azul más claro imaginable, y toda una constelación de diminutas pecas sobre los pómulos, aparte de un lunar aún más pequeño en la mejilla izquierda. Todos aquellos detalles eran nuevos para Benjamin, que en ese momento fue consciente de que nunca había visto realmente a Cicely más que a cierta distancia o en breves vislumbres. Allí, de cerca, en persona, era cincuenta, o cien, o un millón de veces más guapa de lo que él habría creído posible. Le pareció que durante unos segundos su corazón dejaba de latir completamente.

Entonces ella se volvió; y él supo de golpe, antes de que sus ojos tuvieran tiempo de encontrarse, que había ido allí expresamente para verle.

Dio un titubeante e involuntario paso hacia delante.

—Tú eres Benjamin —afirmó ella escuetamente.

—Sí. —Y por alguna extraña razón, lo siguiente que dijo fue—: Ya sabes que aquí no se puede fumar.

—Ah. —Dejó caer el cigarrillo, recogió su zapato y aplastó cuidadosamente la colilla contra el suelo—. Hay que respetar las normas, ¿no?

Se quedó mirándolo un momento, hasta que él se sintió forzado a decir algo más.

—Ya se ha ido todo el mundo.

—Todos no —respondió ella—. Quería verte a ti concretamente. —Aspiró hondo—. Has escrito...

—... una reseña sobre vuestra obra, sí, ya lo sé. Lo... —(y de repente la palabra le pareció inútil, aunque no se le ocurría otra)—... siento.

Ella tomó nota de ese comentario, lo asimiló y lo ponderó.

—¿Por qué escribiste eso? —preguntó ella, tras lo que pareció una larga pausa.

Benjamin se había estado temiendo aquella pregunta. Era la misma pregunta que no había querido hacerse intencionadamente a sí mismo, y ahora que se enfrentaba a ella, no encontraba ninguna respuesta aceptable. Sencillamente, una especie de locura debía de haberse apoderado de él cuando se había sentado a la máquina de escribir

aquella tarde. Por fin se le presentaba la oportunidad con la que llevaba años soñando: la oportunidad de componer, no sólo una carta de amor a Cicely, sino algo infinitamente más poderoso: una declaración pública de la admiración que sentía por ella, un panegírico de su belleza y de su talento que la dejaría a ella perpetuamente en deuda. Pero por alguna extraña e insondable razón no había hecho nada de ese estilo. Sacrificó aquel comienzo glorioso en aras de cierta dudosa noción de objetividad crítica. Sí, su interpretación había sido mala; por supuesto que se había percatado de ello, y que lo creía así; pero haber dicho todo aquello, en unos términos tan duros, cuando su corazón le dictaba hacer exactamente lo contrario..., bueno, eso había sido una estupidez. Una auténtica perversidad. Toda aquella historia, en realidad, planteaba una pregunta mucho más amplia, a la que tampoco se podía responder, y que le apremiaba mucho últimamente: ¿qué le *pasaba* a él exactamente?

Cicely, de todas formas, no esperó su respuesta. Tenía la suya preparada.

—Voy a decirte por qué escribiste eso —dijo, y entonces se le quebró la voz—. Porque era cierto. Completamente.

Tan pronto ella dijo eso, Benjamin tuvo, por primera vez en su vida, lo que se podría denominar una experiencia trascendental. Pudo verse muy claramente a sí mismo corriendo hacia ella, arrodillándose junto a su silla y pasándole un brazo por el hombro a modo de consuelo. Pudo oír perfectamente cómo le decía:

—No, Cicely, no. No era cierto. Para nada. Fue una estupidez escribir eso. —De pronto vio que aquello era lo correcto y lo natural. Pero no lo hizo. No dijo nada y permaneció en el umbral.

—Estas últimas semanas han sido tremendas. No te lo puedes imaginar. —Sacó otro pitillo de la cajetilla y empezó a darle vueltas rápidamente con los dedos, muy nerviosa—. Primero, la entrevista esa. Eso... que escribió Claire... —Apretó los ojos al recordarlo—... Tan hiriente.

—Yo creo que Claire tiene un problema —dijo Benjamin sin mucha confianza—. En lo que a ti respecta. Yo creo que está un poco celosa.

—Era amiga mía —dijo Cicely. Hablaba para sí misma, y no dio señales de haber oído su comentario—. Debo de haberle hecho algo malo.

—No creo —dijo Benjamin, pero ella volvió a hacer caso omiso.

—Me detesto. De veras. —Esta vez miró a Benjamin directamente—. ¿Sabes lo que es eso? ¿Tú te detestas?

—Tal vez debiera, después de lo que te he hecho —dijo Benjamin; o habría dicho, si no hubiera estado teniendo otra experiencia trascendental. En cambio, dijo entre dientes—. La verdad es que no lo sé.

—Pero en cierta forma... —prosiguió Cicely—... lo que escribió ella... Lo que escribió ella es más fácil de llevar. Porque era a mala intención. En plan zorra. Y no era cierto. En cambio, tú sí decías la verdad. Te espantó mi interpretación. Entera y verdadera.

—No... Fui muy duro. No sé por qué.

—¿Todos mis énfasis estaban mal?

—Como los de todos los demás, por cierto —dijo Benjamin, en un vano intento de mejorar la situación—. Si alguien tiene la culpa es Tim. Al fin y al cabo, te dirigí él.

Cicely se levantó y se acercó distraídamente a la ventana. Era más alta de lo que él se había imaginado, y tan delgada y encantadora y llena de gracia... Benjamin se acobardó al pensar que podía haber estropeado aquella belleza, haberle hecho daño de alguna forma.

—¿Y qué pasa con... la carta de Harding? —se vio forzado a preguntar, para su propia sorpresa—. Eso tampoco era cierto, ¿no?

Cicely se volvió bruscamente.

—¿Lo mío con Steve?

Él asintió.

—Hay que ser mala persona para publicar eso. La novia de Steve lo leyó y lo mandó a paseo. —Y entonces se le estremeció todo el cuerpo en un sollozo—. Es tan fácil... Estás trabajando con alguien y la relación se hace tan intensa... Pero no fue nada serio, yo no quería hacerle daño a nadie. Dios mío, soy una persona odiosa, odiosa de verdad.

Benjamin se había quedado sin palabras de aliento y, además, saber que Richards había tenido de verdad aquella buena suerte, por breve que fuera, le llenó de unos celos irracionales y paralizadores. Una vez más, una parte de él más bonachona e inaccesible le sugirió que debía consolar físicamente a Cicely. Pero, también una vez más, se quedó petrificado en su sitio.

Pero, incluso sin su ayuda, ella consiguió controlarse enseguida. Permaneció junto a la ventana, dándole la espalda, y se secó las mejillas con un pañuelo de papel. Luego se volvió. En sus ojos, aún enrojecidos, había un indicio de una luz diferente, más acerada.

—Me vendrías bien —dijo inesperadamente.

—¿Cómo?

—Creo que tienes una cabeza interesante.

—Gracias —dijo Benjamin tras una pausa de puro pasmo.

—A veces puedo ser vanidosa, pero eso no significa que no admita las críticas. Como la mayoría de mis amigas me tienen un poco de miedo, sólo me dicen lo que creen que quiero oír. En cambio, tú... —y la sonrisa que le dedicó era a la vez agresiva y encantadora—... tú nunca vas a andarte con rodeos, ¿verdad? Nunca.

—Bueno... No sé lo que quieres decir exactamente, pero... sí, lo intentaré.

—Cuando te he dicho que me detestaba a mí misma —continuó Cicely, sentada ahora en la mesa, de modo que casi estaba a la altura de Benjamin, a un metro o metro y pico de distancia—... lo decía en serio. Todo en mí tiene que cambiar. No me queda más remedio.

—Pues yo no creo... —empezó Benjamin.

—¿Qué?

Pero ya se había olvidado de lo que iba a decir.

—¿Sabes?, ya me habían dicho que eres poco hablador —dijo ella, en cuanto él se quedó sin palabras—, pero no me esperaba que la cosa fuera tan exagerada. Pareces un monje de clausura.

—¿Pero quiénes...? —preguntó Benjamin—. ¿Quiénes te han dicho que no soy muy hablador?

—Todo el mundo —dijo Cicely—. He estado investigando sobre ti, claro. ¿Quién no, después de semejante reseña?

—¿Y qué...? —Benjamin tragó saliva—. ¿Y qué te han dicho exactamente?

Cicely lo miró muy seria.

—¿Sabes una cosa, Benjamin? No siempre es un placer saber lo que otra gente piensa de ti. —Dejó que aquella advertencia quedara flotando en el aire; vio que no servía de nada y prosiguió—. De todas maneras, no tienes por qué preocuparte. La mayoría de la gente me dijo simplemente que no conseguía entenderte. «No hay quien lo entienda» es la frase que más se repetía. Parece que la gente piensa que eres una especie de genio, pero no necesariamente alguien con quien les apetecería hacer un viaje en tren.

—No lo sabía —dijo Benjamin con una risa forzada—. Lo del genio, quiero decir. Cicely le aseguró con mucho énfasis:

—El mundo espera grandes cosas de ti, Benjamin.

Él se quedó mirando al suelo sin decir ni mú, luego levantó la vista y se topó con su mirada por primera vez.

—No creo que tengas que cambiar en nada, ¿sabes?

—Muy amable de tu parte —dijo Cicely—. Pero estás equivocado. ¿Qué te parece mi pelo?

A Benjamin ya se le había pasado el momento de franqueza y, en vez de decir, como le habría gustado: «Es impresionante» o «Tienes el pelo más bonito que he visto en mi vida», masculló:

—Me gusta. Es bonito.

Cicely se rió ácidamente y meneó la cabeza. Luego, al ver unas tijeras de cortar papel sobre el otro extremo de la mesa, se incorporó, las cogió y se las pasó a Benjamin.

—Quiero que me lo cortes —dijo.

—¿Qué?

Ella volvió a sentarse en la silla, le dio la espalda a Benjamin y repitió:

—Quiero que me lo cortes. Todo.

—¿Todo?

—Todo. —Tiró de la punta de su cola de caballo, como si fuera la soga de una campana—. Todo esto.

—No puedo hacer eso —dijo Benjamin, sobresaltado.

—¿Por qué no?

—Nunca le he cortado el pelo a nadie. Te lo voy a dejar fatal.

—Por el amor de Dios, no te estoy pidiendo que me hagas la permanente. Con que le pegues un buen tajo vale.

Benjamin dio un paso hacia delante y alargó una mano aterrorizada. Sería la primera vez que la tocara. Sería la primera vez que tocara a una chica, aparte de su hermana, desde que había alcanzado la pubertad.

Retrocedió y dijo:

—¿Estás segura?

Cicely suspiró.

—Pues claro. Venga.

Benjamin cogió la mata de pelo con su mano trémula. Su belleza y su suavidad eran difíciles de creer. Brillaba tenuemente entre sus dedos. Lo que estaba a punto de realizar resultaba espantoso a la luz de su gratuidad.

Recogiendo todo el pelo de Cicely para meterlo entre los dos filos de las tijeras, no pudo evitar rozar su piel. Inmediatamente sintió que a ella se le tensaba todo el cuerpo, ya fuera previendo el corte, ya fuera en respuesta a la descuidada caricia de sus dedos contra la fina pelusa de su nuca.

—Lo siento —masculló. Y luego—: Bueno, pues allá vamos.

Cicely se tensó otra vez.

—Preparados..., listos...

—YA.

El funcionamiento de las tijeras fue repentino y totalmente efectivo. El pelo se le quedó en la mano, y él lo agarró con fuerza, sin dejar que un solo mechón cayese al suelo. Cicely se levantó.

—Toma.

Le tendió la bolsa de Cyclops Records que había tirado antes sobre una mesita accesorio, y con una lentitud cuidadosa y deliberada él dobló el pelo tres veces sobre sí mismo, de modo que encajara perfectamente en la bolsa. Mientras tanto, Cicely había sacado rápidamente una polvera del bolsillo y examinaba su nuevo corte de pelo con una mirada aterrada y curiosa a la vez.

—Así te pareces un poco a Joanna Lumley —insinuó Benjamin—, la de «Los Nuevos Vengadores».

No era nada cierto. Así parecía una de las reclusas de un campo de concentración nazi que había visto hacía poco en un documental de la tele. Pero, de todos modos, ella no lo oía; poniendo el espejo a un lado y a otro se limitaba a susurrarse a sí misma:

—Dios mío...

—¿Qué..., mmm...? —Benjamin meneó la bolsa con el pelo—. ¿Qué tengo que hacer con esto?

—Haz lo que te dé la gana —dijo Cicely, aún preocupada.

—Vale. —En principio, lo dejó sobre la mesa—. De acuerdo.

Tras unos cuantos segundos más de contemplación, Cicely cerró la polvera de golpe y la guardó.

—Bueno —dijo—. No está mal para empezar. —Buscó una hoja de papel en la mesa, garabateó unas cuantas cifras en él y se la tendió a Benjamin.

—¿Qué es esto? —preguntó él.

—Mi número de teléfono.

Él se quedó mirando los siete dígitos escritos con un bolígrafo verde claro que hacía borrones. Unas cuantas horas antes, habría dado cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa, por atreverse siquiera a hablar con Cicely, y no digamos por que le ofreciera aquella información que no tenía precio. De repente le había cambiado la vida. Era más de lo que podía asimilar.

—Gracias —dijo.

—De nada. Gracias por el corte de pelo.

Se volvió y se dispuso a marcharse. Había que detenerla.

—Respecto a lo de esa reseña... —empezó Benjamin.

—Supongo que nos volveremos a ver —dijo Cicely, en un tono tan neutro, tan carente de sentimiento, que él se dio cuenta de que la conversación tocaba a su fin—. Ya hablaremos de eso.

—Estupendo —dijo Benjamin; y entonces ella se fue.

Se llevó la bolsa de plástico llena de pelo a casa y la subió a su dormitorio. Luego la dejó sobre la cama y se acostó dando un suspiro de agotamiento.

¿Qué demonios iba a hacer con aquel pelo?

Cinco días después, Philip le hizo la pregunta clave y Benjamin tuvo que admitir que no sabía la respuesta.

—Entonces..., ¿ahora Cicely es tu novia?

—No *creo* —respondió Benjamin, y luego levantó el dedo para saber la dirección del viento, en un intento inútil de evitar un interrogatorio más exhaustivo.

—¿Que no *crees*? —dijo Philip, incrédulo—. ¿Y eso qué quiere decir? Quiero decir que una tía es tu novia o no lo es.

—Pues entonces no lo es. —No tenía ni idea de dónde venía la brisa. Se suponía que había que chuparse el dedo antes de levantarlo, pero nunca había acabado de entender por qué. Además, ahora que lo pensaba, no era que hiciera mucha brisa precisamente—. Creo que esto debe de ser el este —añadió, aventurando una estimación aproximada y señalando hacia delante de la vereda salpicada de barro.

—¿Entonces qué quiso decir? —insistió Philip—. ¿Qué quiso decir cuando dijo «Nos volveremos a ver»?

—Supongo que sólo quería decir..., bueno, que ya nos encontraríamos de casualidad en el colegio. —La verdad era que no sabía lo que Cicely habría querido decir, y le molestaba que Philip lo sospechase—. Oye, ¿no te parecería más práctico, mejor que estar aquí discutiendo sobre mi vida amorosa o mi falta de ella, tratar de averiguar dónde demonios estamos?

Era un miércoles por la tarde, el día de la excursión semanal del Paseo Optativo, y la acción se estaba desarrollando según el guión acostumbrado. No sólo habían conseguido perderse después de andar unos quinientos metros, sino que mientras probaban rutas alternativas y reunían a los rezagados que casi inmediatamente habían empezado a desaparecer de su vista, el grupo se había acabado dispersando. Así que Philip y Benjamin estaban solos en un sendero de las cercanías del embalse de Upper Bittell, y llevaban media hora sin ver al desventurado señor Tillotson y su manoseado mapa de carreteras, famoso por su inutilidad.

—Oye, esto es más cansado que currar —dijo Philip, después de que hubiesen seguido tambaleándose unos veinte metros más—. Vamos a hacer un descanso.

Unas escaleras adosadas a un muro cercano se prestaban amablemente a ese propósito. Se sentaron, uno a cada lado, Benjamin de cara a la vereda y Philip frente a una larga extensión de pastos, amarillo verdosa a la luz del sol, salpicada aquí y allá de vacas frisonas rumiando tan contentas. Abrió su mochila de Army and Navy Stores, sacó una gruesa pila de sándwiches de queso envueltos en papel de aluminio y le dio uno a Benjamin. Abrieron una lata de Guinness y se la pasaron por turnos, poniendo una cara rara ante su densidad aceitosa y agridulce.

—No hay nada como un poco de ejercicio, ¿eh? —dijo Philip, después de que llevaran un rato comiendo y bebiendo en silencio—. Tonifica los músculos. Hace que

te sientas el rey de la creación.

Benjamin se había ablandado bajo la influencia de la luz del sol, la comida y el alcohol. Ahora ya estaba listo para ponerse en plan filosófico sobre la ambigua declaración de Cicely. Lo importante era que por fin ella le había dirigido la palabra. En cierto modo, tenían una relación.

—No podemos estar *tan* perdidos —estaba diciendo Philip, mientras escrutaba el horizonte sin muchos ánimos—. Tú sólo vives a unos tres kilómetros de aquí, ¿no?

—Supongo —dijo Benjamin. Miró alrededor distraídamente—. Me resulta un poco familiar. Creo que mi madre viene por aquí de vez en cuando.

Se fueron acercando dos chicas, y se pararon a hablar con Philip.

—¿Ni rastro del señor Tillotson? —quiso saber él.

Ellas negaron con la cabeza, y la más baja de las dos, de pelo rubio claro muy rizo, pechugona, y con una sonrisa permanente, bastante franca e inquietante, dijo:

—Yo creo que ha bajado hasta el canal. Le dijimos que algunos chicos se habían ido hasta allí para echarse un pitillito.

—Ah, bueno —dijo Philip, recostándose comodamente contra las tablillas de la escalera—. A lo mejor nos alcanza pronto.

—Así que a esto le llamáis andar, ¿no? —preguntó la chica, con una sonrisa aún más amplia.

—Uníos a nosotros, si os apetece.

—No, gracias. Creemos que podemos llegar hasta Barnt Green por aquí. Y coger allí un autobús para llegar a casa temprano.

—Vosotras mismas.

Mientras las chicas proseguían su camino, Benjamin dijo:

—¿Quiénes eran ésas?

—No sé quién era la morena. Aunque es guapa, ¿no? La otra se llama Emily. Emily Sandys.

—He oído hablar de ella. Diseñó el vestuario de *Otelo*.

—Puede ser. Doug me contó que a lo mejor también se mete en la revista. Para maquetar y eso. —Se quedó mirando las dos figuras femeninas que se iban alejando, y una mirada habitual de lujuria melancólica pero manifiesta le hizo quedarse boquiabierto un momento—. Debía haberle dicho algo a la morena. Yo creo que le va la marcha.

Emily y su amiga desaparecieron de su vista, y los chicos permanecieron en silencio. Sus pensamientos se volvieron inescrutables durante un rato. El panorama idílicamente rural que tenían ante ellos podría haber dado pie a una serie de reflexiones. A pesar de que sólo estaban a dos o tres kilómetros de las afueras de Longbridge y Birmingham, el paisaje suavemente ondulado, con sus rebaños indolentes y cabeceantes y sus pulcros setos, podría haber inspirado un poema de Betjeman o una composición de Butterworth. Aquella serenidad pastoral continuó durante un rato, hasta que Philip preguntó:

—¿Piensas mucho en chicas desnudas?

Benjamin consideró la cuestión detenidamente, como se merecía.

—Sí, mucho —dijo—. Todo el tiempo, la verdad.

—¿Desnudas a las chicas con los ojos? ¿Lo intentas, vamos?

—A veces. Trato de no mirarlas de esa forma, ¿sabes?, pero no lo puedo remediar.

Supongo que es lo natural.

Con la vista fija a poca distancia, y mientras su mente daba un giro inesperadamente abstracto, Philip dijo:

—El cuerpo femenino es una cosa muy bonita. —Miró un momento a Benjamin y luego añadió rápidamente—: ¿Has visto alguna vez a alguna...?, ya me entiendes. ¿Has visto a alguna bien vista?

Benjamin negó con la cabeza.

—La verdad es que no. Sólo en la tele.

Entonces oyeron el rechinar y el piñoneo de una bicicleta que se acercaba, y probablemente la voz del que iba montado en ella, que cantaba para sí a todo volumen. El tono rústico de la tarde podría haberles hecho esperar a un alegre pastor que iba o venía de ordeñar a su ganado mientras cantaba con su vigorosa voz alguna vieja y encantadora cancioncilla inglesa. Pero las palabras les llegaron en un tono de soprano infantil atrozmente desafinado, y se entendían muy bien:

Soy un anti-CRISTO

Soy un anar-QUISTA

Parecía que el cantante no se sabía nada más, porque tras unos segundos de pausa empezó otra vez, chillando todavía más y en un tono aún más desafinado:

Soy un anti-CRISTO

Soy un anar-QUISTA

Entonces entró en su campo de visión y frenó derrapando a su lado. Era Paul.

—¡Vaya, vaya! —dijo, con una sonrisita de placer ante el espectáculo de aquellos dos gandules pillados in fraganti—. ¿Qué tenemos aquí? ¿A Hilary y a Tensing, derrotados en el primer campamento base mientras planean un nuevo desafío al Everest? ¿O al capitán Scott y el capitán Oates atajando hacia el Polo Sur, aunque digan que sólo van a pasar un día fuera de Watford?

—Vete a la mierda, Paul —dijo Benjamin, escandalizado al ver que ni siquiera allí podía librarse de su hermano—. ¿Por qué no estás en casa, por cierto?

—Supongo que puedo ir en bicicleta adonde me dé la gana, ¿no? Me gusta alimentar la fantasía de que éste es un país libre, a pesar de las últimas boqueadas de nuestros líderes socialistas.

—Hoy no has ido al colegio —le recordó Benjamin— porque le dijiste a mamá que habías cogido un catarrazo y te ibas a quedar en la cama con una bolsa de agua caliente.

—Una mentira piadosa —le confesó Paul, llevándose un dedo a los labios en un remedo de conspiración—. Evidentemente ya sé que tú, el hombre que nunca se aparta del sendero del deber y la corrección, jamás...

—Vámonos, Phil. —Benjamin se puso de pie de un salto, en un gesto de impaciencia—. Estoy seguro de que te apetece escuchar estas pedanterías tanto como a mí. —Reemprendió la marcha con atléticas zancadas, tratando de dejar atrás a su hermano, que pedaleaba lánguidamente tras la pareja, a unos metros de distancia—. ¿De qué estábamos hablando? —le dijo por encima del hombro.

Phil apretó el paso para alcanzarlo, echándose la mochila al hombro.

—Hablábamos de mujeres desnudas —dijo.

—¡Ja! —Paul se rió despectivamente—. Pues eso es algo que *vosotros dos* no vais a ver en un futuro cercano.

—¿Por qué no te *largas*? —le sugirió Benjamin, volviéndose hacia él.

Pero Philip había captado un matiz peculiar y cargado de intención en la última pulla de Paul; un indicio de alguna succulenta información que quizá deseaba ardientemente compartir con ellos.

—¿Por qué? ¿Tú sí? —preguntó.

—Yo sí ¿qué?

—Si has visto a alguna chica desnuda.

—Claro —dijo Paul, pedaleando aún más rápidamente y adelantándolos con facilidad.

—Pues claro que sí —dijo Benjamin, en un tono repleto de sarcasmo—. Mogollón de veces, supongo.

—No —dijo Paul—. Sólo una.

Benjamin lo agarró por el hombro y le obligó a pararse, tirándolo prácticamente de la bicicleta.

—Venga, cuenta —dijo—. ¿A quién?

Paul se tomó un tiempo para calibrar la situación.

—¿Por qué iba a decírtelo? —preguntó.

—Porque, si no me lo dices, te voy a cortar las piernas.

Sujetó aún más fuerte a Paul por el hombro y disfrutó viendo cómo cerraba los ojos de dolor.

—Suéltame —dijo Paul y, cuando Benjamin lo hizo, le dijo—: A la hermana de tu amiga.

—¿A quién? ¿Qué amiga?

—Sí, hombre, aquellas dos chicas que nos encontramos en el café de la terminal de autobuses hace siglos.

Benjamin retrocedió en su mente hasta aquel encuentro humillante: aquella mañana de domingo en la que Claire le había pedido salir con él, y Paul le había dicho tales burradas a Miriam que ella le pegó un tortazo.

—¿La hermana de Claire, quieres decir?

—Exactamente. La vi en un embalse. No en éste, el de Cofton Park. Estaba en bolas. Le vi el pelo de abajo y todo.

Sorprendido, Benjamin cometió el error de soltarlo del todo, y Paul aprovechó la oportunidad para saltar otra vez sobre su bicicleta y emprender la huida.

—Paul —le gritó su hermano—, ¿qué me estás contando? —No hubo respuesta, y siguió gritando mientras la bicicleta se alejaba a toda velocidad—: Esto es *patético*, ¿sabes? ¿No se te podía haber ocurrido algo *un poco* más verosímil?

Pero lo único que escuchó como respuesta, flotando hacia él en el apacible aire invernal, fue:

Soy un anti-CRISTO

Soy un anar-QUISTA

Y esas palabras serpentearon y no dejaron de repetirse una y otra vez, mientras Paul desaparecía por un ángulo, pedaleando furiosamente, sus piernitas alimentadas, como siempre, por aquella infinita energía maniaca y misteriosa.

—Has sido muy buena amiga —le dijo Barbara Chase a Sheila Trotter.

Sheila se quedó mirando su café, incómoda. Era agradable que te dijeran eso, pero no sabía cómo responder.

—Seguro que piensas que soy bastante débil y bastante tonta —añadió Barbara.

—No, para nada. De todos modos, no soy yo la que tengo que decirlo, ¿no?

Barbara sonrió tristemente y le apretó la mano.

Era una mañana apagada y tempestuosa, y ellas eran las únicas clientas de La Docena del Fraile, un café que daba a Bristol Road en el centro de Northfield. Había marcas redondas de café sobre las mesas de formica y migas de donuts y de petit-sous de chocolate llenaban las rendijas de los asientos de plástico. Como lugar de encuentro para dos mujeres dispuestas a compartir sus secretos matrimoniales mejor guardados no resultaba muy adecuado, la verdad. Pero, en 1977, no había mucho donde elegir en Northfield.

—Tienes que dejar de verle, Barbara. En serio.

—Ya lo sé. —Revolvió su café, pensativa, como tratando de encontrar un significado en los remolinos del fondo—. Pero el caso es que, cuando estoy con él, hace que me sienta tan *especial*..., que me sienta tan *viva*, tan *valorada*... —Se quedó contemplando el tráfico, la cola de la parada de autobús, las obstinadas amas de casa que pasaban por delante con sus carritos de la compra, protegiéndose la cara del viento—. Necesito que me aconsejes, Sheila. ¿Qué hago?

—Te lo acabo de decir. Tienes que dejar de verle.

Barbara no respondió. Se limitó a decir:

—Te he contado cómo empezó todo, ¿verdad?

—Claro que me lo has contado; cómo se enrolló contigo en la reunión de padres y profesores. Yo también estaba, ¿recuerdas?

—¿Y cómo consiguió que Philip me pasara una nota?

—También.

—Quería que fuera con él un día a la Tate Gallery. Que le ayudara a cuidar de los niños.

—Eso también me lo has contado.

—Y una cosa llevó a otra. Nos separamos de los niños, y él empezó a enseñarme todos aquellos cuadros, a hablarme de arte, de escultura, de cosas en las que yo nunca me había parado a pensar. Podría pasarme la vida viendo museos con él. Y de eso ya hace meses, y lo más ridículo del caso es que aún no... nos hemos acostado juntos ni nada. ¿Eso también te lo he contado?

—Pues claro.

—Lo único que hacemos es hablar.

—Ya lo sé. Me lo has dicho.

—Pero es que habla tan bien. Eso es lo que me gusta de él. Tiene...

—... Un pico de oro, ya lo sé. También me lo has dicho.

Entraron dos clientes más. Se sentaron en el otro extremo del café. Aun así, Barbara bajó la voz.

—Yo quiero a Sam, claro. Siempre se ha portado maravillosamente conmigo. No me ha hecho nada por lo que se merezca esto. Y ya sé que no hay que ser un cerebro para conducir un autocar, pero me gustaría..., me gustaría que tuviera algo que *decir* por sí mismo de vez en cuando.

—¿Sam sabe que has vuelto a verle?

—Sí.

—¿Y qué te ha dicho?

—Dice que tengo que elegir. O él o yo, me dijo.

—¿Y tú qué le has contestado?

—Le dije que ha sido un buen marido y que me quedaba con él.

Sheila suspiró, aliviada.

—Bueno. Eso era lo que debías decir. Entonces, ¿ya habéis roto?

—Aún no.

—Entonces tienes que romper. Escríbele una carta, y dile que no puedes seguir así.

—Ya lo he intentado cientos de veces. Pero me contesta usando todas esas palabras suyas... Esas palabras tan largas y tan bonitas que yo no entiendo. Ay, Sheila, ¿qué voy a hacer?

—Ya te he dicho lo que tienes que hacer. Tres o cuatro veces.

Pero Barbara no la escuchaba. Tenía la cabeza llena de palabras; no de las palabras de Sheila, claro, sino de las de *él*: un torrente de fonemas, un torbellino polisilábico en el que incluso ahora sentía que se ahogaba: *sublimidad concupiscencia veneración Afrodita inamorata frivolidad flirteo lisonja castidad misiva pureza adulación esponsales epitalamio* girando cada vez más rápidamente, más vertiginosamente aún que el café que no dejaba de revolver inconscientemente, cada vez con mayor violencia, hasta que Sheila le sujetó la mano y volvió a decir:

—Barbara, tienes que dejar de verle.

La señora Chase levantó la vista y pareció que reparaba en ella por primera vez.

—Has sido tan buena amiga... —dijo en plan soñador—. Pero lo que necesito saber es... qué me *aconsejas*.

Colin Trotter y Sam Chase se encontraron en El Caballo Negro una noche lluviosa. Se sentaron a una mesa de un rincón para tomarse jarras de Brew XI.

—Éstas las pago yo —dijo Sam—. Es una manera de darte las gracias. Por ser tan buen amigo.

Colin estaba conmovido. Chocaron las jarras y les pegaron un buen sorbo.

—Yo creo que se puede decir —prosiguió Sam— que la crisis ya ha pasado. Gracias a ti, ya pasó el momento de peligro.

—¿Gracias a mí?

—Seguí tus consejos, y parece que han funcionado.

—¿Qué pasó?

—Bueno, como ya sabes, yo estaba decidido a enfrentarme con él. Pero tú me sugeriste un acercamiento más sutil.

—Por la experiencia que yo tengo —dijo Colin—, no se pueden tomar estas cosas a la tremenda.

—Exacto. Pero hay que coger el toro por los cuernos.

—Así que hablaste con Barbara...

—Sí. Le dije: Barbara, hemos llegado a un cruce. Éste es el final del camino. O él o yo. Tienes que elegir entre la espada y la pared. Se lo dije directamente: no puedes estar en la procesión y repicando.

—¿Y qué te contestó?

—Me dijo que dejara de hablar con frases hechas. —Dejó su jarra de cerveza y se inclinó hacia delante en plan confidencial—. El caso, Colin, es que tengo que aprender muchas cosas todavía en lo que a educación se refiere. Mis padres nunca creyeron que eso fuera importante, claro. Así que tengo que empezar de cero. Me he puesto a leer alguno de esos libros tan complicados que Philip trae del colegio. Me los llevo cuando tengo que hacer un viaje largo y trato de mejorar un poco. Me cuesta mucho, pero lo conseguiré. A todo cerdo le llega su San Martín.

—Bueno, me parece estupendo, Sam. De veras.

—Puedo reconquistarla, Colin. Estoy seguro.

—Yo también.

—Ahora ya hemos pasado lo peor. Se están despejando las nubes y puedo ver la luz al final del túnel. Después de la tormenta, viene la calma.

—La calma precede a la tormenta —señaló Colin.

—Ya, pero no hay mal que por bien no venga.

—Cierto —dijo Colin, y volvieron a chocar sus jarras.

—No se me da muy bien hacer predicciones —dijo Sam, y Colin sonrió para sí, porque a esas alturas ya sabía que ése era el prelude habitual a las predicciones de su amigo—, pero creo que puedo decir, sin temor a equivocarme, que esos dos no van a volver a verse.

Claire se quedó mirando fascinada cómo el señor Plumb apartaba un buen pedazo de pastel de café y nueces, y luego se lo ofrecía a Barbara en su propio tenedor. Ella abrió la boca y despacio, torpemente, él consiguió meter el trozo de pastel entre sus dientes y depositarlo sobre la lengua anhelante. Barbara tenía los ojos lánguidamente cerrados. Al hacer aquello, no entraron en contacto físico, pero se estableció una intimidad desconcertante. Muy bien podrían haber estado haciendo el amor sobre la mesa.

Era un sábado por la tarde y Claire estaba sentada en el café de la Ikon Gallery de John Bright Street. Había una columna cerca de su mesa, y desde detrás de ella, subrepticamente, echaba de vez en cuando un vistazo a la amorosa pareja, cualquiera de cuyos integrantes podría haberla visto si no estuvieran tan profundamente inmersos en su conversación (que, a ojos de Claire, parecía más bien un monólogo), por no hablar de su parsimoniosa e ineludiblemente sensual deglución del pastel. No le preocupaba mucho que la reconociera el señor Plumb; nunca le había dado clase, y la única razón por la que podía identificarla como alumna del King William's era que tenía sobre la mesa un montón de ejemplares atrasados de *El Tablón* que databan de los años 74 y 75. Con la señora Chase, en cambio, ya corría más peligro. Se habían cruzado frecuentemente por las calles de Northfield, y Philip las había presentado una vez, después de que se encontraran por casualidad en el centro comercial de Grosvenor. Sería mejor que no la vieran.

Parecían (o al menos lo parecía el señor Plumb) estar hablando de arte, y Barbara tenía una cara como de hipnotizada de pura admiración, con la boca medio abierta y los labios pegajosos de crema de café y migas. Claire sólo distinguía alguna palabra de vez en cuando, lo que le resultaba frustrante. ¡Pero qué palabras! Oyó por ejemplo: *tríptico, acuarela, gerotinta y gouache*, susurradas como si fueran términos de la seducción más astuta del mundo, entresacados directamente de la agenda de Casanova. Le oyó hablar de *claroscuro, ceroplástica, petroglifos y grisalla*, como si fuera un trovador errante que le diese una serenata al pie de algún balcón veneciano. Estaba claro que aquel monólogo sólo podía ser el prelude (o tal vez la secuela) de una visita al propio museo. ¿Habían ido o estaban a punto de ir? ¿Todos aquellos arrumacos eran pre o poscoitales? Claire deseaba que los otros parroquianos se quedaran callados mientras ella se esforzaba por escuchar algo que le diera una pista.

Y entonces, de repente, el señor Plumb y la señora Chase hicieron a un lado los restos del pastel, dejaron los restos de su comida esparcidos sobre la mesa como dos amantes que abandonan su cama deshecha en un hotelucho, y enfilaron la puerta que daba a la galería.

Claire se levantó, con intención de seguirles, pero luego se detuvo bruscamente. En realidad, aquello ni le iba ni le venía. Estaba allí para hacer un trabajo, y no era

cosa suya si la señora Chase decidía tener una aventura, o el señor Plumb había logrado añadir otro nombre a su larga lista de conquistas. Se engañaba a sí misma si pensaba que ayudaría a Philip averiguando más sobre aquella penosa relación; y, además, aquélla ni siquiera era su verdadera motivación, si tenía que ser sincera consigo misma. Aquel impulso inmediato e irreflexivo de levantarse de la silla se podía explicar perfectamente con una sola palabra: sexo. Había percibido un olorcillo a algo relacionado con el tema que siempre captaba la parte más ansiosa y morbosa de su atención.

La culpa la tenían sus padres. De hecho, había llegado a sentir que ellos tenían la culpa de todo; de todo lo que había salido mal en los últimos años. Al negarse a hablar de sexo con sus hijas, al negarse a mencionarlo, y al negarse incluso a reconocer su existencia, no habían conseguido más que provocar en ambas una curiosidad obsesiva, y en el caso de Miriam los resultados habían sido desastrosos. A Claire le parecía más que probable que nadie de la familia volviese a ver a su hermana, y ese pensamiento la destrozaba. Incluso ese mismo día, que tenía trabajo que hacer para distraerse o, al menos, el espectáculo pasajero y lateral de las payasadas de Miles y Barbara, la sensación de la ausencia de Miriam la corroía, la llenaba de un vacío glacial al que sabía que nunca acabaría de acostumbrarse. La echaba de menos cada minuto del día que pasaba despierta. Y el no saber, el horrible infinito de la especulación sobre qué habría sido de ella, aún era peor.

Los hechos eran los siguientes. Un fin de semana de noviembre de 1974 Miriam había empezado a mostrarse especialmente inquieta. No habló de nada en particular, pero Claire sabía que había pasado la noche con Bill, y que por alguna razón la cosa no había funcionado. El domingo por la mañana dieron un paseo juntos, y terminaron en el café que quedaba junto a la terminal del 62 en Rednal, donde compartieron mesa con los hermanos Trotter, Paul y Benjamin. Al día siguiente, Miriam fue a trabajar, y pareció que lo peor ya había pasado. Y luego, ocho días después, el martes 26 de noviembre, desapareció. Había ido a trabajar como de costumbre, pero no regresó. Sus padres se pasaron en vela toda la noche, muertos de angustia, y por la mañana el señor Newman estaba a punto de ir a ver a la policía cuando Claire juzgó necesario, aun en contra de su voluntad, contarles aquel secreto: Miriam tenía un amante, y con toda probabilidad había pasado la noche con él. El viernes de la semana anterior, cuando los dos pensaban que se había quedado a dormir en casa de su amiga Judith, había estado con su amante en un hotel de Stourbridge, y probablemente también había estado con él esa última noche. Su padre quiso saber su nombre, y ella se negó a decírselo, pero por la noche, cuando volvió del colegio, se lo sacó a la fuerza. Cerró los ojos y se estremeció ahora al recordar cómo la había tratado aquella noche; fue el primer atisbo, y hasta el momento el único, de una capacidad para la violencia que ella siempre había creído que se escondía debajo de aquella piadosa capa de autocontrol preternatural. De todos modos, se lo dijo: se trataba de Bill Anderton, el padre de Doug, uno de los enlaces sindicales más

importantes de la fábrica de Longbridge donde Miriam trabajaba de mecanógrafa.

Ella había creído entonces que su padre era un asesino en potencia. Las cosas que había amenazado hacerle al señor Anderton eran espantosas. Ni siquiera su madre fue capaz de contenerlo en un principio. Pero al final se convenció de que podía llamarlo por teléfono en vez de plantarse en su puerta.

Durante dos horas el teléfono de los Anderton había estado comunicando, pero justo cuando Donald estaba a punto de darse por vencido y presentarse por fin en su casa, le cogieron la llamada. Tras una breve y hostil conversación se metió directamente en su coche y desapareció.

Claire supo después que su padre se había encontrado con el señor Anderton en un pub de Northfield, pero nunca supo los detalles de ese encuentro. Lo único que consiguió saber fue que no llegaron a ninguna conclusión. A la mañana siguiente, Donald fue a la policía y denunció la desaparición de Miriam. A la policía pareció no preocuparle mucho la cosa, sobre todo cuando se enteraron que había un hombre de por medio. Le dieron a entender que aquella clase de cosas sucedían muy a menudo, y que seguramente Miriam aparecería o se pondría en contacto con ellos a la vuelta de unos días. Y, en honor a la verdad, tenían razón. Doce días después llegó una carta.

La carta. Dos años después, seguía guardada en el escritorio de Donald, sin una respuesta que además resultaba imposible. Constaba de una sola cuartilla perfectamente doblada, y un sobre con su dirección escrita a máquina (secamente dirigido a los señores de Newman), limpiamente cortado por el dobléz con un solo y limpio tajo del abrecartas. Ni Donald, ni Claire, ni su madre Pamela la habían releído en los últimos dieciocho meses. No les hacía falta. La habían leído tantas veces aquellas primeras semanas que la tenían grabada en la memoria; cada pista, cada gota de posible significado exprimida tan a fondo que ahora parecía una cosa inútil, estéril, disecada.

La carta en sí también estaba escrita a máquina en su mayor parte. Y decía:

Queridos papá y mamá:

Esta carta es para deciros que me he ido de casa y que no volveré. He encontrado a un hombre y me he ido a vivir con él y soy muy feliz. Estoy esperando un hijo suyo y seguramente lo tendré. Por favor, no intentéis dar conmigo.

Vuestra hija que os quiere

Miriam había firmado la carta de su puño y letra, y añadido una posdata también escrita a mano:

«P.D.: El matasellos de esta carta no es de la ciudad donde estoy viviendo.»

El matasellos de la carta era de Leicester, y su fecha el 9 de diciembre de 1974. Había llegado al día siguiente, un martes. La carta en sí no llevaba fecha.

Claire se quedó con aquel último detalle, aunque nunca fue capaz de explicarles a sus padres por qué le parecía tan importante. Es una prueba, les dijo, (o al menos una

indicación) de que Miriam podría haber escrito esta carta en cualquier momento. Incluso *antes* de desaparecer. ¿Y qué?, dijo su padre. Bueno, había dicho Claire, y aspiró hondo: Supongamos que alguien... se la hubiera quitado de encima, la hubiese asesinado. Y supongamos que hubiera descubierto que llevaba esta carta en el bolso. Qué oportunidad más estupenda. Lo único que tenía que hacer era esperar un par de semanas, coger un tren a otra ciudad (a Leicester, por ejemplo) y echar la carta desde allí. Y entonces nadie pensaría que estaba muerta. Sólo pensarían que se había escapado para estar con su amante.

Donald tenía dos objeciones que hacerle a esta teoría, una lógica y la otra no. La lógica, que era demasiada casualidad. Resultaba prácticamente inverosímil suponer que a un presunto asesino (tuvieron que emplear palabras como aquella, era horrible, pero no les quedó más remedio) le hubiera llovido del cielo aquella cortina de humo, aquella manera tan adecuada de borrar sus huellas. Y, en cualquier caso, tenía que seguir habiendo un amante para que Miriam hubiera escrito la carta, en primer lugar. Y en ese momento entraba en juego su objeción irracional y arrasaba con todo. En cuanto se había enterado de la aventura de Miriam con Bill, había registrado de arriba abajo su dormitorio en busca de sus diarios, comprendiendo lo importantes que eran y dándose cuenta de por qué su descubrimiento había supuesto semejante desavenencia entre Claire y su hermana. Y cuando los leyó, cuando fue consciente de los detalles íntimos y físicos con que Miriam había fantaseado al principio de la relación para luego dejar constancia de ellos, sus sentimientos hacia su hija mayor cambiaron irrevocablemente. Empezó a sentir cierta repulsión hacia ella, mezclada con una especie de piedad adusta y despectiva, y cualquier insinuación de Claire de que la desaparición de su hermana podía ser más complicada que lo que se deducía de la carta era rechazada sin más contemplaciones.

—No sabemos con cuántos hombres se habrá estado acostando la guarra de tu hermana —había dicho—. Puede haberse beneficiado a toda la fábrica, que nosotros sepamos.

Claire había llorado cuando le soltó aquella burrada, y las lágrimas volvieron ahora a sus ojos, cuando las recordó. Odiaba a su padre: le costaba admitirlo, pero era cierto, y llevaba tanto tiempo viviendo con ese conocimiento tácito que ya no la sorprendía ni la horrorizaba. Odiaba su falsa afabilidad, su hipocresía, su sutil pero absoluto dominio sobre su madre y, sobre todo, aquel ambiente de religiosidad rancia y recalentada que impregnaba su casa a todas horas; el mismo ambiente que había hecho huir a Miriam, en primer lugar, y que ahora hacía que Claire pasase fuera de casa la mayoría de los fines de semana, al desolado amparo de lugares públicos como aquel café.

Claire quería dejar de pensar en todo aquello y concentrarse en cambio en aquel montón de ejemplares atrasados que tenía intención de hojear en busca de chispas de inspiración editorial. Pero había algo que debía decidir antes. Algo relacionado con Doug.

Le gustaba a Doug, eso estaba claro. Y en circunstancias normales, se habría sentido halagada e interesada; era guapo y divertido, aunque estaba demasiado seguro de sí mismo. Pero las circunstancias no eran normales. Sabía que era antipática con él, a veces de un modo imperdonable, y sabía que Doug no tenía ni idea de por qué se portaba así; no creía que supiera absolutamente nada de la historia de Miriam y su padre. Aquello habría hecho difícil su relación con él en cualquier caso, pero lo que aún empeoraba mucho más la cosa era que nunca conseguía dejar de preguntarse si Bill Anderton, de una forma u otra, estaría involucrado en la desaparición de Miriam.

Por decirlo más crudamente: ¿cómo se podía salir con un chico, si sospechabas que su padre había matado a tu hermana?

No era tan tremendo ni tan sencillo. Pero empezaba a pensar que había dos medidas que debía tomar: la primera, que tenía que dejar de ser tan desagradable con Doug y hacerle sufrir sus problemas familiares, con los que no guardaba una relación directa; y la segunda, que debía intentar hablar con su padre. En realidad, sabía que no descansaría tranquila hasta que *hubiera* hablado con él, y le hubiese pedido directamente que le diese su propia versión del final de su aventura con Miriam.

Y ese día, por primera vez, se le ocurrió que esas dos decisiones podían estar conectadas.

Claire suspiró y bebió los últimos posos amargos de su café. Aquellas reflexiones la habían sumido en una terrible depresión, y la idea de fisgonear lo que hacían el señor Plumb y la señora Chase había perdido de repente toda su gracia. Haciendo un esfuerzo, empezó a examinar el montón de ejemplares atrasados de *El Tablón* y pronto se topó inevitablemente, y para mayor fastidio, con el ejemplar del jueves, 28 de noviembre de 1974: la semana de la desaparición de Miriam.

No era una lectura que animase mucho.

ALUMNA DEL KING WILLIAM'S VÍCTIMA DE UNA BOMBA EN UN PUB

decía el titular, y bajo él venía una foto de Lois Trotter, la hermana mayor de Ben. Claire repasó el artículo rápidamente, dado que ya sabía la mayor parte de la historia. Resultaba asombroso que Lois hubiera salido prácticamente ilesa, físicamente hablando, cuando su novio, Malcolm, estaba sentado a su lado y había muerto víctima de la explosión. Allí no venía ninguna explicación de cómo podía haber ocurrido. Claire se rió sin ganas de cómo terminaba el artículo. «Lois se encuentra actualmente en el Queen Elizabeth Hospital, en tratamiento del grave trauma sufrido». Tan grave, pensó, que seguía sin recuperarse dos años después. Había dejado de preguntarle por ella a Benjamin; era un tema demasiado doloroso. Aunque alguien le había comentado que Lois había regresado a casa, y que volvía a vivir con su familia.

El siguiente ejemplar, del 5 de diciembre de 1974, era especialmente aburrido. Debía de haber sido una semana tranquila, porque la historia principal hacía referencia a una persistente fuga de agua en la piscina del colegio de las chicas. Pero

en la esquina de la página cinco había algo que le llamó la atención: una pequeña columna encabezada por el siguiente titular: «NOTICIAS DE LONGBRIDGE».

El tema de la seguridad en Longbridge [decía] ha vuelto a ponerse de actualidad tras un fatal accidente en la planta principal. Jim Corrigan, un obrero irlandés de mantenimiento que sólo contaba veintitrés años, intentaba desplazar maquinaria de una tonelada de peso de una nave a otra, empleando una carretilla expresamente diseñada para ese propósito. Una rueda de la carretilla quedó encajada en una de las grietas del suelo de cemento, y se supone que Corrigan utilizó un gato para levantar la carga, que se desequilibró y lo aplastó causándole la muerte. Se produjo otro accidente prácticamente idéntico en el mismo lugar hace menos de tres meses, que (afortunadamente) sólo causó heridas de escasa consideración a otro trabajador. Un portavoz de los temas de sanidad y seguridad de Longbridge dijo que la coincidencia era «curiosa», pero admitió que la grieta del suelo en cuestión no había sido reparada tras el primer accidente. El señor Corrigan deja esposa y una hija pequeña.

Aquella historia, suficientemente inquietante en sí misma, también le recordó algo a Claire: que la revista había tenido una tradición, no hacía tanto tiempo, de recoger historias sobre la fábrica de Longbridge, partiendo de la base de que se debía animar a los alumnos a interesarse por los asuntos de una fábrica que proporcionaba tal cantidad de puestos de trabajo a toda el área. Esa tradición se había roto, supuestamente, porque tenía muy poco éxito (ella misma recordaba prestarles escasa atención a aquellas noticias), ¿pero por qué no recuperarla? No porque fuera una gran idea, claro, sino porque le proporcionaría la excusa perfecta para sostener una larga conversación en privado con Bill Anderton: una entrevista a fondo, el perfil de una de las figuras clave en tantas disputas laborales recientes de la fábrica.

Sí, era una buena idea...

Pobre Jim Corrigan, pensó, haciendo el montón de revistas a un lado y frotándose cansinamente los ojos con los nudillos. Veintitrés años segados cruel y fortuitamente, la vida se le había escapado un martes por la tarde, un día laborable cualquiera. Pobre Malcolm. Condenado al olvido un jueves por la noche; sentenciado a muerte por querer sacar a su chica a tomar una copa en un pub del centro. Y pobre Miriam, dondequiera que estuviera...

¿Tres muertes?

Por favor, Dios mío (la invocación vino sola, antes de que pudiera evitarlo), no dejes que sea cierto. Que Miriam no esté muerta.

Tres narraciones abreviadas, entonces. Tres historias, sin conexión entre ellas, excepto que habían sido salvajemente truncadas, cuando sus primeros capítulos apenas estaban escritos. Todas en un escaso plazo de tiempo. El mismo escaso y fatal

plazo de tiempo. El plazo perfecto para historias sin final.

EL TABLÓN

Jueves, 17 de marzo de 1977

CARTAS AL DIRECTOR

De R. J. Culpepper, sexto curso de ciencias

Estimado señor:

Escribo en respuesta al artículo de S. Richards que publicaron ustedes en su último número, titulado (con pasmosa originalidad) «El final de una época». Ya hace tiempo que vienen deleitando a sus lectores con semejantes efusiones de faramalla sentimental.

El señor Richards se erige a sí mismo en portavoz de todo lo que él considera decente y honorable en la vida deportiva inglesa, y lamenta el hecho de que este año la regata de Oxford y Cambridge sea financiada, por primera vez en la historia, por una marca comercial, es decir por Ladbrokes, los corredores de apuestas. Señala que hasta se ha rebautizado al trofeo del vencedor (¡qué horror!) como la «Copa Ladbroke».

Si el señor Richards pudiese levantar la cabeza un momento de la hondonada de arena donde la ha metido, tal vez se parase a reflexionar sobre las ventajas de ese acuerdo.

Hay pocos acontecimientos en el calendario deportivo más interesantes que la regata Oxford-Cambridge. El espectáculo de dos equipos de regatistas de primera categoría descendiendo a toda velocidad por el Támesis no se puede olvidar nunca una vez se ha visto. (Hablo como quien ha sido testigo de la carrera en vivo, cosa que el señor Richards no ha sido, que yo sepa.) Es más, ese espléndido entretenimiento es presenciado todos los años por miles de londinenses y millones de espectadores de televisión que, por cierto, debo añadir, no pagan un penique por ese privilegio.

¿Será que el señor Richards cree que los equipos pueden someterse a meses de riguroso entrenamiento sin realizar ningún tipo de gasto, o que hasta las mismas canoas crecen en los árboles? Quizá le interese saber, en cambio, que cuestan tres mil libras cada una, una suma que no se puede alcanzar sin un patrocinador privado, de modo que la supervivencia de esta gran tradición británica ha quedado asegurada en un futuro inmediato.

Los dieciséis miembros de El Círculo Cerrado, un «grupo de especialistas» formado por las mentes más preclaras del King William's (en el que el señor Richards, creo, no ha conseguido entrar), mantuvimos la semana pasada una fascinante discusión sobre el tema «continuidad y

cambio». En esta ocasión, el más reciente de nuestros miembros, P. D. Trotter, que fue elegido socio hace bien poco a la insólita edad de trece años, señaló un punto importante. Trotter hizo la observación de que sólo la gente con un profundo amor y *conocimiento* de la tradición la entiende lo bastante bien como para darse cuenta de que a veces hace falta tomar medidas radicales, incluso brutales, para mantenerla viva. Modernizarse, modernizarse o morir, fue su llamada de atención; lema sobre el que debería meditar largo y tendido no sólo el señor Richards, sino todos aquellos (incluidos los miembros del gobierno actual) cuya actitud autocomplaciente y retrógrada ha llevado a este país al presente estado de inercia social y económica.

En conclusión, le sugeriría al señor Richards que la salvaguarda de las tradiciones británicas es mejor dejársela a aquellos cuya familiaridad con ellas se remonta a más de una generación.

Atentamente,
R. J. Culpepper.

Había muchas teorías diferentes sobre por qué Culpepper odiaba tanto a Richards. Algunos se lo achacaban al racismo; otros decían, con bastante razón, que Richards se había convertido en un atleta excepcional, y que su rival se reconcomía de envidia.

Doug tenía otra explicación.

—Supongo que será porque nunca ha conseguido enrollarse con Cicely, y Steve sí.

Benjamin, a quien aún le desagradaba pensar en lo que habría sucedido en la fiesta posterior a la representación, se quedó de repente muy callado. Pero Claire estaba intrigada. Nunca había escuchado toda la historia del romance fallido de Cicely y Culpepper.

—Fue todo por culpa de Sean, claro —empezó Doug, y por un momento Benjamin pasó a pensar en lo raro que le sonaba, incluso ahora, oír que llamaban a Harding por su nombre propio. Ese era uno de los grandes momentos de transición en el King William's, el cruzar el Rubicón del apellido al nombre propio, y con Harding, sin duda por el recelo o hasta el temor que despertaba en algunos de sus compañeros, había sucedido más tarde que con la mayoría. El propio Benjamin seguía llamándolo «Harding» la mayoría de las veces. Pero tampoco era que hablaran mucho.

—A Culpepper le gustaba Cicely —explicó Doug—. Estaba obsesionado con ella.

—Pues claro —dijo Claire—. Como a todos. —Le echó una mirada a Benjamin, que no dijo nada.

—Y el verano pasado, creyó que había conseguido ligársela. Un día estaba jugando al tenis, y entonces aparece ella con una amiga para jugar en la pista de al lado, y en menos que canta un gallo ya estaban enrollados y jugando un dobles mixto. Ella juega fatal, desgraciadamente, pero él no le dice ni mu. Le hace creer que lo único que pasa es que juega con una mala raqueta. Así que va y le dice, si quieres, la próxima vez que juegues, te presto mi raqueta. Evidentemente, tiene la puta raqueta más cara del mundo, de la marca con la que juegan Björn Borg y Ilie Nastase o algo parecido. Y ella le contesta, muchísimas gracias, eres mi héroe y todo ese rollo, más movida de pestañas y el numerito habitual de Cicely.

»Total, que a la semana siguiente ella va a cogerle prestada la raqueta. Está en la taquilla, y la taquilla tiene un candado. Así que (con una gran muestra de generosidad hacia Cicely) él le dice el número de la combinación. Vete y cógela tú misma. El problema es que... Sean también sabe el número de la combinación. No me preguntéis cómo. Pero siempre se las apaña para saber esas cosas. Y llega media hora antes que Cicely, y prepara su jugada.

—¿Qué hizo? —preguntó Claire.

—Bueno, si hay una cosa por la que Culpepper sea famoso, aparte de por ser un auténtico cretino, es por su colección de revistas porno. El chico es adicto al tema.

Nunca tiene bastantes. Claro que no las guarda en la taquilla. Eso le traería problemas. Pero eso debió de ser lo que le dio la idea a Harding. Porque Cicely se planta delante de la taquilla, la abre, ¿y qué ve? Cada centímetro cuadrado de la taquilla está *empapelado*, empapelado de arriba abajo, con fotos de revistas porno. Y no sólo de porno blando, sino de porno duro con las cosas más raras del mundo. Tías con perros, y tíos metiéndoles aspiradoras a otros por el culo, y todos esos rollos. Y apoyada en medio de todo aquello, la preciosa raqueta nueva de Culpepper, aunque no creo que ella se diera ni cuenta.

Claire se rió, encantada, y hasta Benjamin tuvo que unirse a ella, a pesar de que ya había escuchado aquella historia muchas veces. No le quedaba más remedio que admitir que era uno de los momentos sublimes de Harding.

—¿Y qué le dijo? —quiso saber Claire.

—No creo que le dijera nada. —Doug se levantó y recogió sus vasos vacíos—. De todos modos, ahí viene... Se lo puedes preguntar tú misma.

Se acercó a la barra para pedir otra ronda de bebidas justo cuando Cicely entraba en el pub y se acercaba hasta su mesa. Abanderando la moda inspirada en *Annie Hall*, llevaba una chaqueta de tweed de hombre, unos pantalones holgados de pana verde, una blusa sin cuello y un sombrero de ala ancha. A Benjamin le pareció que estaba extraordinariamente elegante y tremendamente guapa. A Claire, que estaba ridícula.

—¿Qué tal, Ciss? —dijo al tiempo que se levantaba—. Qué ropa más increíble.

Las desavenencias fruto de la entrevista de Claire habían quedado zanjadas hacía tiempo, al menos superficialmente. Pero seguía habiendo algo frágil y cortés en su manera de besarse en la mejilla. En cuanto a Benjamin, no la besó en ningún sitio, limitándose a decir:

—¿Podemos sentarnos un rato solos?

—¿No hemos sido muy maleducados? —preguntó ella, mientras buscaban un sitio junto a la ventana. (Lo bueno de La Parra era que tenía unos grandes ventanales. Lo malo, que daban a un subterráneo muy concurrido conocido, sin mucha fortuna, como Paradise Circus.)

—No creo —dijo Benjamin, a quien le importaba un bledo. Habría pasado de cualquier tipo de cortesía en virtud de aquella intimidad tan excitante—. Además, me parece que esos dos se van a enrollar esta noche.

—Me cuesta tanto hablar con Claire después de lo que escribió sobre mí. Tengo la sensación de que me traicionó. ¿Tú la entiendes?

Benjamin se encogió de hombros. Como de costumbre delante de Cicely, le daba miedo parecer incapaz de expresarse y, como de costumbre también, ese miedo le quitaba el don del habla.

—La gente es tan... opaca, tan *enigmática* —reflexionó ella—. Aunque eso es lo fascinante, ¿no? A ti, como escritor, te tiene que fascinar.

—Sí que me fascina —dijo Benjamin. Había cometido la imprudencia de decirle a Cicely que estaba escribiendo una novela, y ahora ella lo había etiquetado como un

agudo observador de la conducta humana. Y era una ilusión que se veía obligado a alimentar, en beneficio de ella—. Las complejidades del comportamiento social, los sutiles matices de la personalidad son todos... —(¿De qué coño estaba hablando?)— ... bueno, que todo eso me interesa mucho.

—A mí me resulta espantoso pensar —dijo Cicely, con una sonrisa— en cómo debes de estar observando todo lo que digo y lo que hago. ¿Lo escribes todo después?

—No me hace falta —dijo Benjamin, solemne y sinceramente—. Siempre me acuerdo muy bien.

—Espero que no me saques en tu libro. Estoy segura de que me harías un retrato muy poco halagador. Aparecería como una egocéntrica ridícula, obsesionada consigo misma, a la que no le importa nada lo que la rodea.

A Benjamin le dolía que cada vez que la veía (y éste era su cuarto encuentro en La Parra) empleara aquella manera de hablar: aquel infinito y lacerante autodesprecio.

—¿Es así como te ves de verdad? —preguntó.

—Es como me has *hecho* verme a mí misma —respondió Cicely, y no había más que gratitud en su voz y en sus ojos al decirlo.

—Voy a pedir algo —masculló Benjamin, y mientras esperaba junto a la barra se mordió los labios y se dijo, una vez más, que había llegado el momento de confesar la verdad, de decirle a Cicely de una vez por todas que aquello era absurdo, aquel papel que le había adjudicado, eligiéndole como su crítico más severo, su conciencia casi, cuando la verdad era que adoraba todo en ella con un fervor incondicional. Sólo una cosa lo refrenaba: la terrible sospecha de que, una vez supiera cuáles eran sus verdaderos sentimientos, perdería interés en él y no querría volver a verlo. Se encontraba en una situación grotesca, en resumidas cuentas, al permitírsele pasar todo el tiempo que quisiera en compañía de la persona a la que idolatraba más en el mundo, pero sólo a condición de no decirle nunca nada cariñoso, no echarle un pipopo, no mencionarle jamás que la amaba o la valoraba o que se sentía atraído por ella. El precio que tenía que pagar por ver a Cicely era vivir una mentira permanente.

En cualquier caso, poco después de regresar a su mesa con media jarra de Guinness y un Bloody Mary, Benjamin se enteró de que aquella penosa experiencia pronto iba a terminar.

—Eres muy especial para mí, ¿sabes? —dijo Cicely. Una gotita de moco le colgaba del agujero izquierdo de la nariz, y él se quedó mirando, embelesado, cómo se la quitaba distraídamente con un delicado movimiento de su dedo y se la secaba con un pañuelo. Dios mío, hasta le encantaba su manera de sonarse. Si le hubieran dado a elegir en aquel momento entre ver cómo Cicely se sonaba la nariz o que Brigitte Bardot y Julie Christie se turnasen para hacerle una larga felación, sabía lo que habría escogido.

—De ahora en adelante, siempre seremos amigos —prosiguió ella—. Y no amigos corrientes. Nuestra amistad tiene algo diferente. Una especie de... cualidad

especial. ¡Cómo empezó! ¡Cielo Santo!

Echó hacia atrás la cabeza y se rió, pero por alguna razón Benjamin no pudo compartir su hilaridad. Tenía un presentimiento sordo y terrible de que algo tremendo estaba a punto de suceder. Esbozó una sonrisa.

—Siempre te estaré agradecida, ¿sabes?, por lo que has hecho por mí. Cómo hiciste que me descubriera a mí misma. Nadie podría pedir más. Y me han encantado todas las veces que nos hemos visto. Cuando hemos venido a este pub a hablar los dos de una manera tan sincera y tan directa...

—¿Que te han... *encantado* todas estas veces? —dijo Benjamin. Ella se quedó mirándolo con aire inquisitivo, así que se explicó—. Has dicho «encantado». Has usado el pretérito perfecto.

—Ya lo sé. —Se quedó mirando fijamente su bebida, incapaz de mirarle a los ojos—. No puedo seguir viniendo aquí a verte, Ben. Lo siento.

De repente se fundió un fusible en alguna galaxia lejana, y el universo entero se quedó a oscuras.

—¿Por qué no? —Benjamin se oyó decir a sí mismo, a años luz de distancia.

—Mi novio me ha dicho que no le hace gracia.

—¿Tu qué...?

—He empezado a salir con Julian. Julian Stubbs. —Ahora casi lloraba encima de su bebida—. Va a salir fatal, ya lo sé. Dios mío, soy una persona odiosa. Odiosa.

La noche le salió mejor a Claire. Su recompensa por ser cariñosa con Doug toda la noche fue que él la invitó a su casa a tomar un café. Estaban los dos un poco borrachos, y en el asiento trasero del 62 mientras iba traqueteando por Lickey Road, por delante de las verjas de la fábrica de Longbridge, ella dejó que le pasara un brazo por los hombros. Sin embargo, le paró los pies cuando él hizo unos intentos torpes pero muy claros de tocarle el pecho izquierdo; pero resultó agradable, en conjunto, ir sentados juntos aquella cálida noche de primavera, prácticamente en silencio, sin tratar de trabar conversación, limitándose a mirar el juego de la luz ambarina sobre los asientos de delante mientras las farolas les iban pasando por encima y el autobús se acercaba lentamente a la terminal, aproximando cada vez más a Claire al siguiente estadio de su búsqueda, o quizá a su final.

Cuando llegaron a casa de Doug, su madre estaba viendo la tele y su padre seguía trabajando, con todos sus papeles dispuestos en pulcros montones sobre la mesa del comedor, y un cigarrillo casi sin tocar quemándose en el cenicero. Los dos se levantaron cuando vieron que su hijo traía compañía. Por un terrible momento, ella pensó que Doug iba a decirles su nombre completo, de forma que Bill se daría cuenta de que era la hermana pequeña de Miriam y se pondría antipático y suspicaz, y se negaría a hablar con ella. Pero lo único que dijo fue:

—Mamá, papá..., ésta es Claire.

Y entonces Bill volvió a su trabajo, y ella estuvo hablando como una media hora en la cocina con Doug e Irene, y luego, cuando se marchaba, entró de nuevo en el comedor y le preguntó a Bill si podría entrevistarle para la revista del colegio, y él pareció sorprendido pero evidentemente halagado ante la idea, y Doug también pareció sorprendido y un poco menos halagado, pero entonces Claire le dio un beso en la boca cuando se despidieron en la puerta principal, y eso ya le gustó más.

EL TABLÓN

Jueves, 28 de abril de 1977

CARTAS AL DIRECTOR

De Arthur Pusey-Hamilton,
Miembro de la Orden del Imperio Británico

Estimados señores:

Un artículo reciente de su corresponsal, Douglas Anderton, destacaba ejemplos de lo que él describe como un «sentimiento antiirlandés» entre la buena gente de Birmingham. Desde 1974, el año de los atentados en los pubs, él propone todo un catálogo de ataques con bombas incendiarias, linchamientos y asaltos sin provocación previa a ciudadanos irlandeses, y describe esos incidentes como una «vergüenza».

Por una vez, estoy plenamente de acuerdo con el señor Anderton. Todos esos incidentes son realmente vergonzosos. Ha habido demasiado pocos, para empezar, y no han sido lo suficientemente graves.

¿Es que el señor Anderton no se ha percatado de que estamos librando una guerra en Irlanda, una guerra ideada para defender los legítimos intereses británicos? Y en tales circunstancias, a cada ciudadano británico un poco sensato le incumbe, desde luego, hacer todo lo que esté en su mano para apoyar al gobierno en su campaña contra las fuerzas de la sedición que se concentran al otro lado del mar de Irlanda.

Hay una serie de medidas sencillas pero eficaces que todos nosotros podemos tomar a este respecto. Pongamos por ejemplo la discutible (para algunos) política británica del «encierro». Fue de hecho Gladys, mi adorada esposa, a quien primero se le ocurrió una manera de poner esto en práctica en nuestro propio hogar.

Llevábamos mucho tiempo albergando la sospecha de que nuestro vecino de al lado, el señor O'Reilly, era (por decirlo crudamente) irlandés. Aunque no teníamos pruebas concretas, había ciertos factores (su nombre, el color del coche familiar —verde esmeralda—, su costumbre de silbar «Danny boy» mientras corta el césped) que nos convencieron plenamente de que corría sangre irlandesa por sus venas. Y a Gladys sólo le llevó unas horas montar una primitiva trampa en medio de su camino de entrada, y luego, cuando se debatía inútilmente colgando de su tobillo izquierdo de la farola más cercana, atarlo fuertemente y arrastrarlo pateando y chillando hasta la fresquera, donde ha permanecido hasta hoy. ¡Un irlandesito menos

que contamine las calles de esta preciosa ciudad, oiga!

Mi modo de enfocar la cuestión, debería añadir, ha sido algo más radical. Se viene rumoreando desde hace un tiempo (aunque no acabo de imaginarme por qué iba a mantenerse en secreto algo así) que el ejército británico lleva a cabo una política de «disparen a matar» en Irlanda del Norte. A pesar de haber escrito numerosas cartas al número 10 de Downing Street, no he conseguido obtener confirmación oficial de este hecho; sin embargo pensé que no había ninguna razón especial, como patriótico ciudadano inglés, por la que no debiera de instigar algo similar en nuestra apacible alameda. Así pues, obtuve un modesto préstamo bancario para adquirir alguna munición y convertir nuestro desván en una pequeña torreta, y de esta forma empezar a vigilar la calle. No tardé mucho tiempo en darme cuenta de que el nombre de la furgoneta del carnicero del barrio, que pasa por delante de nuestra casa todos los martes y los jueves por la mañana a las diez en punto, no era otro que «Murphy's – Proveedores de la mejor carne y las mejores aves». ¿Se podría ser más descarado? El conductor muy bien podría haber pintado con spray las palabras «Tropas de maniobras» en su furgoneta con letras de dos metros de altura.

Conque sí, ¿eh?, pensé. Muy bien, cabroncete provocador, ya sé cuál es tu juego. De modo que la siguiente vez que pasó por delante de casa, me apresuré a largarle un par de ráfagas de mi fiel Kalashnikov. Pena que mi puntería ya no es lo que era (mi vista es bastante mala desde que tuve una pelea sin importancia con Gladys, mi adorada esposa, sobre la postura correcta a adoptar mientras se entona el tercer verso del himno nacional; los dos perdimos la paciencia, y nuestro sacacorchos de adorno birmano estaba demasiado a mano) y el único objetivo que logré alcanzar, en esa ocasión, fue el perro de un paseante mayor (era un perro lobo irlandés, eso sí), mientras que ese cobarde cabrón de Murphy pegó un volantazo al oír mis disparos y se empotró contra un árbol cercano, sufriendo las que desgraciadamente sólo resultaron ser lesiones externas de poca consideración. Y encima tuvo el atrevimiento de denunciar el incidente a la policía, y éstos, demostrando una carencia de sensatez y una ausencia de decencia patriótica a las que es difícil dar crédito, nos arrestaron acto seguido tanto a mí como a Gladys, mi adorada esposa. Y así continuamos, detenidos por voluntad de Su Majestad, pero seguimos confiando en que nuestros nombres quedarán limpios de toda mancha en el consiguiente juicio, que tendrá lugar el miércoles. Agradeceríamos de corazón la presencia y el apoyo de todos sus buenos lectores en esta ocasión histórica.

Infatigablemente suyo,
Arthur Pusey-Hamilton,

Miembro de la Orden del Imperio Británico



SELLADO con el antiguo
y noble sello de los
Pusey-Hamilton.

«¡FLOREAT VAGINA!»

- CN: ... este magnetofón, si no le importa.
- BA: Claro que no. Lo que te venga mejor.
- CN: Evidentemente, no usaré todo lo que digamos. Quitaré muchas cosas.
- BN: Estoy en tus manos, Claire. Esta tecnología tan moderna, me supera.
- CN: (Risas.) No es tan moderna, la verdad. De todos modos, allá vamos.
¿Listo?
- BN: (Risas.) Más listo que nunca. Venga, dispara. Haz lo que te dé la gana.
- CN: Vale... Bueno... La verdad es que no sé por dónde empezar. Estoy hablando con Bill Anderton, representante del Comité de Trabajadores de la fábrica de Longbridge de la British Leyland, y principal..., ¿principal enlace sindical?
- BA: Principal, sí, es cierto.
- CN: ... del Sindicato de Trabajadores del Transporte. Tal vez pudiese empezar diciéndome por qué piensa que a los lectores de esta revista podría interesarles lo que pasa en Longbridge.
- BA: Bueno, Claire, ésa es una pregunta muy interesante, y se me ocurren dos maneras de contestarla. Una es decir simplemente que a todo el mundo que vive en Birmingham le afecta Longbridge. De eso no se libra nadie. La vida de una fábrica de semejante tamaño tiene algún impacto en cada parte de la comunidad de la zona. Desde los distribuidores que venden los coches, las empresas de ingeniería que ayudan a suministrar las piezas, los supermercados en los que las mujeres de esos hombres se gastan el dinero el fin de semana... La lista es interminable. Creo que todo el mundo estará de acuerdo. Pero lo segundo que voy a decir ya es más polémico, si tú quieres. Hay una lucha abierta en Longbridge; una guerra, se podría decir. Una lucha entre el trabajo y el capital. Esta lucha es tan antigua como la historia, o al menos tan vieja como el capitalismo, pero no viene mucho sobre ella en los libros de Historia. He mirado en los libros que mi hijo trae del colegio a casa y son iguales a los libros que yo estudié cuando era chaval: la historia de reyes y princesas y presidentes del gobierno. La historia de la clase gobernante, en otras palabras. Pero la clase gobernante no es más que una parte diminuta de la Historia, y a lo largo de los siglos lo que la ha sostenido y mantenido ha sido el trabajo del resto de la población, y esa gente también tiene una historia. Así que lo que estoy diciendo es que los chavales del King William's deberían interesarse por Longbridge porque es como un..., un microcosmos, si tú quieres, de la sociedad en general. La clase

gobernante contra la clase trabajadora. La patronal contra los obreros. A eso se resume la Historia, la sociedad, y la vida entera, si me apuras. No sé si me he explicado muy bien.

CN: Usted ve la relación entre esas dos clases como una lucha, como una guerra.

BA: Fundamentalmente, sí.

CN: ¿Y no es justo esa actitud por la que se ha ganado su reputación de militante?

BA: No me gusta esa palabra. Esa palabra es un invento de la clase dirigente. Es una palabra que se han inventado para descalificar a alguien que defiende los intereses de sus hermanos. La clase gobernante también es dueña del lenguaje, ¿entiendes?, como de todo lo demás. Así se corrompen las palabras.

CN: ¿Es usted marxista?

BA: Bueno, ésa es una pregunta un poco... peliaguda, Claire. ¿Sabes lo que es ser marxista?

CN: (Risas.) No exactamente. Es que Doug me dijo que creía que sí lo era.

BA: He leído a Marx, claro. Lo estudié en la escuela nocturna, y estoy de acuerdo con su interpretación de la Historia. Pero eso no me convierte en un comunista, evidentemente.

CN: Pero algunos de los representantes sindicales de Longbridge sí son comunistas. Algunos de sus colegas.

BA: ¿Quién te ha dicho eso?

CN: Ha venido en los periódicos.

BA: Pues no es cierto. Piénsalo, Claire. Los periódicos no son propiedad de los trabajadores, son propiedad de los jefes. Ésa es la razón de que todo lo que publican favorezca a la patronal, y esté contado desde su punto de vista. ¿Quién es el propietario de tu revista?

CN: Bueno, no creo que nadie sea el propietario... El colegio, supongo.

BA: Exactamente. ¿Y el director os deja publicar cualquier cosa que se os ocurra?

CN: No, todas no.

BA: A los magnates de la prensa les interesa hacer correr bulos sobre los trabajadores. Llamar comunistas a los representantes que han elegido es una de las muchas cosas que suelen hacer. Yo no soy comunista, ni lo he sido nunca. Soy socialista. Lo que tienen en Rusia, de todas formas, no es auténtico socialismo.

CN: Dice que como representante electo, sólo representa los intereses de sus miembros. Pero hay una sensación general de que muchas de las huelgas que se hacen en Longbridge no le interesan a nadie. Que son malas para la productividad y malas para la imagen de la compañía.

- BA: Bueno, no sé qué quieres decir con eso de «una sensación general».
- CN: Estaba pensando en que tuvimos una reunión en el Club de Debate, en que la propuesta era «Este colegio cree que los sindicatos tienen demasiado poder», y fue aprobada por diez votos contra uno.
- BA: Eso deja muy clara la postura de tu colegio, pero no refleja los sentimientos del país en general.
- CN: ¿Cuáles cree que son las cualidades necesarias para convertirse en un buen representante sindical? Por ejemplo, ¿por qué, entre todas las figuras sindicales de la British Leyland, personas como usted y Derek Robinson se han hecho tan populares?
- BA: Bueno, me alegra que menciones a Derek, porque eso me da pie para hablar de él, y así no parece que me estoy haciendo autobombo. (Risas.) Evidentemente hay que ser un buen orador, tener un pico de oro. Hace falta valor para plantarse ante diez mil personas en medio de Cofton Park y soltar la clase de discurso que los va a poner de tu parte. A Derek eso se le da estupendamente. Es un orador nato. Así que la cosa tiene mucho que ver con el lenguaje, ¿entiendes?; si dominas el lenguaje, tienes poder. Una especie de poder. Luego te hace falta también tenacidad, el coraje de permanecer fiel a tus ideas y seguir luchando cuando las cosas no te salen bien. Pero también hay otra cosa, que es lo que yo llamaría una especie de... visión panorámica.
- CN: ¿Qué quiere decir con eso exactamente?
- BA: Bueno, como he tratado de explicar (no muy bien, me parece) la lucha en Longbridge no es un hecho aislado. Llevamos siglos así, y se ha dado siempre en distintas partes del mundo. El movimiento socialista es un movimiento internacional. No respeta las fronteras nacionales ni tampoco las razas. Eso es muy importante, pero a la vez es muy difícil hacérselo comprender a toda la masa de trabajadores.
- CN: ¿Y eso por qué?
- BA: Porque el racismo es endémico. Hoy en día el trabajo de un obrero es algo muy vulnerable, y su sustento también es muy vulnerable y resulta muy fácil que alguien juegue con eso y siembre la discordia entre gente que, de otra forma, se uniría por una causa común.
- CN: ¿Está pensando en alguien en particular?
- BA: Hay montones de ejemplos. Hace un par de años, tuvimos un representante sindical (no voy a decir quién, pero ya ha dejado la compañía) que repartía panfletos nazis por toda la fábrica. Hubo que tomar medidas disciplinarias. Aún hace poco, vimos cómo ese cabrón (perdón por la expresión, pero es lo que pienso), cómo ese cabrón de Enoch Powell les soltaba un discurso a sus amigos conservadores en el Monday Club, en el que insinuaba que a los africanos y a los

asiáticos había que darles mil libras por cabeza para que se volvieran a casa. Lo que él llama su casa, claro. Eso me parece despreciable. Por eso la huelga de Grunwick es tan importante.

CN: ¿De Grunwick?

BA: Estudiáis... asuntos de actualidad y esas cosas, ¿no? Quiero decir que os dan clases especiales en el colegio, ¿verdad?

CN: Entra dentro de Cultura General, sí.

BA: ¿Pero nadie os ha hablado de la huelga de Grunwick? ¿No lo habéis visto en las noticias?

CN: Lo siento, no...

BA: Vale, pues en resumidas cuentas Grunwick es una empresa de revelado de películas de Willesden, al oeste de Londres. Seguro que tu padre ha mandado por correo algunas fotos de las vacaciones para que se las revelaran y aún no se las han devuelto. Pues la razón es ésta. Hay un sindicato de empleados llamado APEOI: Asociación de Profesionales, Ejecutivos, Oficinistas e Informáticos. Grunwick emplea a muchos hindúes en su sección por correo, y el verano pasado hicieron una huelga para mejorar sus condiciones de trabajo, y cuando trataron de unirse a ese sindicato los despidieron. A los ciento cuarenta. Desde entonces, han estado rodeando la fábrica con un cordón de huelguistas, jugándose la vida la mitad del tiempo, porque los coches de los directivos atraviesan ese cordón, igual que los autobuses que usan para hacer pasar a los esquirolas; y una de las cosas que yo he estado tratando de hacer es organizar a los miembros de mi sindicato para ir hasta allí y apoyarlos. Ponernos en el cordón con ellos. La mayoría están dispuestos, pero cuando alguien protesta, la protesta es del estilo de «¿Y por qué vamos a ayudar a ese hatajo de indios?»

CN: ¿Y cómo intenta contrarrestar esa clase de prejuicios?

BA: Bueno, ¿por dónde empiezas? Me he mantenido en contacto con su enlace sindical, que se llama Jayaben Desai... (Pausa.) Espera, te lo voy a escribir. Una mujer maravillosa, con mucha correa, que te anima mucho. He tratado de que viniera a Longbridge y hablase con los miembros de mi sindicato para que pudieran ver que..., bueno, cuando conoces a alguien así, y le oyes hablar, te das cuenta de que vamos todos en el mismo barco. Es una cuestión de ignorancia. De miedo a lo desconocido. No siempre se trata de los negros o de los asiáticos, claro. Después de los atentados en los pubs, había un sentimiento antiirlandés muy fuerte en la fábrica. Se dijeron cosas tremendas, se amenazó a la gente, esas cosas. El nacionalismo es una auténtica lacra, a mi modo de ver. Ése es el auténtico enemigo. Si te deshaces del nacionalismo, ya te has deshecho del noventa por ciento de los

problemas del mundo. Todos los que tratan de jugar la baza nacionalista y sacarle un beneficio político me parecen despreciables. Esos cabrones son la escoria de la tierra, y perdona la expresión.

CN: Resumiendo, ¿qué papel cree que va a jugar usted durante los próximos años? ¿Cree que, a pesar de todos estos problemas, el futuro de la British Leyland está asegurado?

BA: El futuro de la compañía está asegurado porque últimamente Longbridge es una buena fábrica con una buena plantilla y una buena producción, así que al final la dirección encontrará una manera de hacer dinero, por las buenas o por las malas. Lo despiadados que pueden ser para conseguirlo depende de la habilidad y del espíritu de lucha de los hombres del sindicato, así que si tengo que jugar un pequeño papel a la hora de defender el empleo y el salario del trabajador medio, me daré por satisfecho. Habré puesto mi granito de arena.

CN: Muchas gracias, señor Anderton.

BA: (Risas.) Ah, ya veo, ahora te vuelves formalita, ¿no? Bueno, pues muchas gracias a usted también, señorita...

CN: Newman.

BA: ¿Newman?

CN: Claire Newman.

(Una versión resumida de la transcripción precedente apareció en El Tablón con fecha del 5 de mayo de 1977. El siguiente fragmento no se publicó nunca.)

CN: (A continuación.) ¿Se encuentra usted bien, señor Anderton? ¿Le pasa algo?

BA: No, estoy bien. De veras.

CN: ¿No sabía mi nombre?

BA: No, creo que Doug no me lo dijo.

CN: Soy la hermana de Miriam. (Largo silencio.) Sabe a qué Miriam me refiero, ¿verdad? Miriam Newman.

BA: No. No sé. Nunca había oído ese nombre.

CN: Pues yo creo que sí. Creo que está usted equivocado. Miriam Newman.

BA: No. Ni idea.

CN: Pues tuvo una aventura con ella hace tres años. La cosa empezó hace tres años. Era mecanógrafa de la sección de diseño. (Largo silencio.)

BA: ¿Y?

CN: ¿Y qué?

BA: ¿Y qué pasa? ¿Qué quieres saber?

CN: Creí que podríamos... hablar de ella.
BA: (Pausa.) ¿Dónde está?
CN: No lo sé. No lo sabemos.
BA: ¿No volvió?
CN: No. Me preguntaba... Me preguntaba si usted podría arrojar alguna luz sobre lo que le sucedió.
BA: ¿Te ha mandado tu padre a hablar conmigo?
CN: No. No sabe que estoy aquí. De todos modos, no creo que... No creo que ya le dé muchas vueltas al tema.
BA: Hablé con él cuando desapareció.
CN: Ya lo sé.
BA: Le conté todo lo que sabía. Luego, pensé en llamarle, en preguntarle si se había sabido algo, pero no pude. No fui capaz de... (Silencio.)
CN: Dejó una nota.
BA: ¿Una nota?
CN: Nos mandó una carta.
BA: ¿Y eso cuándo fue? ¿Qué ponía?
CN: Un par de meses después. Decía que se había largado con otro hombre.
BA: Eso fue lo que oí. Le oí decir a alguien algo parecido en la cantina.
CN: ¿Alguna vez le habló de otro hombre?
BA: Sí. La última vez que nos vimos... Fuimos a un hotel de Stourbridge... Un fin de semana horroroso. Se puso a hablarme de él. Me dijo que no era de por aquí cerca.
CN: La carta llevaba un matasellos de Leicester. También decía..., decía que estaba embarazada. (Largo silencio.) ¿Podría ser, cree usted?
BA: Pues claro que sí.
CN: ¿Cree que el niño podría haber sido suyo?
BA: (Pausa.) Sí, supongo que sí. También podría haber sido del otro. Del otro tipo.
CN: Yo no creo que hubiera otro hombre.
BA: ¿Y por qué no? ¿No era lo que ponía en la carta?
CN: Pero no me lo creo. Miriam no era así. Nunca me habló de nadie más. Ni siquiera una vez. La única persona de la que hablaba era usted. Estaba obsesionada con usted. Le quería.
BA: (Largo silencio; un ruido extraño, tal vez el chirrido de una silla, BA incorporándose y cambiando de postura.) Creo que tienes razón. Toda la razón. (Silencio.) Sí, estaba obsesionada conmigo. Yo lo permití. Yo dejé que pasara. Era muy halagador y... no vi adónde nos estaba llevando. Debería haberlo visto. Cualquiera con un poco de sentido se habría dado cuenta. Supongo que la razón... La razón por la que lo

permití fue que... yo también la quería, ¿entiendes? En serio. Al principio no era amor, pero al final sí. No es que dejara de querer a Irene, pero eso daba igual, sólo empeoraba las cosas, en realidad, para todos nosotros. Además, Irene lo sabía. Estoy seguro. Es evidente. Las mujeres no son tontas. Pasamos meses así. No sé cómo. No sé cómo pudimos. Sé lo que supuso para nosotros, pero no sé lo que supuso para Miriam. Nos veíamos todos los días en la fábrica. Bueno, casi todos los días. Solíamos encontrarnos en una de las casetas de duchas. El último día, el último día que alguien la vio, habíamos quedado en encontrarnos allí. Pero yo no fui. No sé cuánto tiempo me esperaría. Era siempre así. Nunca pasábamos la noche juntos. Salvo aquella vez. Aquella noche horrible. Yo siempre podía acudir a Irene, pero ella no tenía nada parecido; no creo que se llevara bien con vuestros padres, decía que la convivencia era difícil, pero me hablaba de ti algunas veces. De su hermana. Hablaba muy bien de ti. Lo estaba pasando tan mal, todos lo estábamos pasando tan mal... Todo aquel maldito asunto estaba causando tanto dolor... Y yo no sé cuánto tiempo podría haber seguido así. Supongo que eternamente. Pero incluso así, ésa no fue manera de zanjarlo, que Miriam desapareciera como desapareció. Ésa no era la manera. De hecho, no creo que fuese idea suya. No creo que decidiera acabar así. Debió de pasar algo raro. Algo... (Silencio. Ruido de tráfico. Un frufrú de pañuelo de papel. ¿BA? ¿CN?)

BA: Tu hermana está muerta. Eso es lo que yo creo.

CN: Voy a apagar esto.

Siempre que Benjamin iba a misa, cosa que hacía todas las semanas, y siempre que rezaba, lo que hacía todas las noches, le pedía a Dios la misma cosa: que pusiese fin a su distanciamiento de Cicely. Pero sus plegarias no obtenían respuesta. Por lo visto, ahora estaba condenado a un destierro absolutamente total, como el que había sufrido antes, en los días en que ni siquiera había hablado con ella.

Cuando la religión le falló, volvió a los consuelos del arte. Empezó escribiendo una serie de poemas, titulada «En tu ausencia», pero la abandonó tras nueve líneas de un soneto y medio haikú. Luego reanudó su novela, tratando de refundir su reciente historia con Cicely en un capítulo brutalmente irónico que se iba por las ramas, de forma que aquel sufrimiento y aquella sensación de rechazo constantes pudieran transmutarse en alta comedia. Lo abandonó al tercer párrafo. Un presunto cuarteto de cuerda se quedó en el título y en una dedicatoria en lo alto de la página de papel manuscrito. Se enteró, de segunda o tercera mano, de que su historia con Stubbs sólo había durado unas semanas; pero, aun así, ella no hizo ningún esfuerzo por contactar con él. También se enteró de que había dimitido como secretaria del Club de Teatro, pero no supo por qué. Eso sí, siempre le saludaba de un modo bastante cariñoso cada vez que se cruzaban por los pasillos. Y se saludaban con la mano desde sus respectivas paradas de autobús. Pero no iban a recuperar, estaba claro, la intimidad de la que habían disfrutado brevemente durante las últimas semanas del segundo trimestre. El único recuerdo que tenía Benjamin de aquel episodio de éxtasis y ensoñación era el cajón secreto del armario de su dormitorio, donde se encontraba la bolsa de plástico llena de pelo rubio.

Mientras tanto, la rivalidad entre Richards y Culpepper aumentó. Cuando llegó el Día de los Deportes anual, a principios de julio de 1977, era ya tan pública y notoria, y todo el colegio estaba tan pendiente de ella, que los redactores de *El Tablón* decidieron superar sus prejuicios colectivos sobre la información deportiva y designar a alguien para que siguiera a los dos competidores mientras se preparaban para su enfrentamiento en las pistas de atletismo. Philip aceptó encargarse de esta tarea, y se presentó puntualmente en los vestuarios del pabellón de deportes un cuarto de hora antes de que se desarrollara la primera carrera (cuatrocientos metros).

Se encontró a Culpepper haciendo flexiones con mucha energía en el suelo de baldosa, mientras Steve Richards hurgaba en el contenido de su bolsa de deportes, presa de un pánico cada vez mayor.

—¿Qué pasa, Steve? —preguntó Philip.

—Que ha perdido su amuleto —explicó Culpepper, entre ostentosos resoplidos—. Ya sabes cómo son estos indígenas. Mogollón de supersticiosos. Será un ídolo pagano que tiene que besar tres veces antes de cada carrera o algo así.

—Es una medalla de San Cristóbal, gilipollas —dijo Steve—. Que es todo lo

cristiana que se puede ser. Y la tenía aquí hace nada.

—Supongo que ahora me acusarás de habértela robado.

—No me sorprendería nada, viniendo de ti —masculló Steve.

Philip empezó a anotar frenéticamente en su bloc: «... *en un ambiente cargado de sudor y mal genio... lanzándose acusaciones a diestro y siniestro incluso antes de que empezara la carrera... Richards en desventaja psicológica...*».

Un chaval muy menudo de primero, con el pelo rizo, que se llamaba Ives, asomó la cabeza por la puerta y dijo:

—El señor Warren quiere a todo el mundo fuera en cinco minutos.

Steve seguía hablando de la pérdida de su medalla mientras los corredores se congregaban en la línea de salida.

—No es que sea supersticioso —decía—. Es que esa medalla tiene un valor sentimental. Fue un regalo de Valerie.

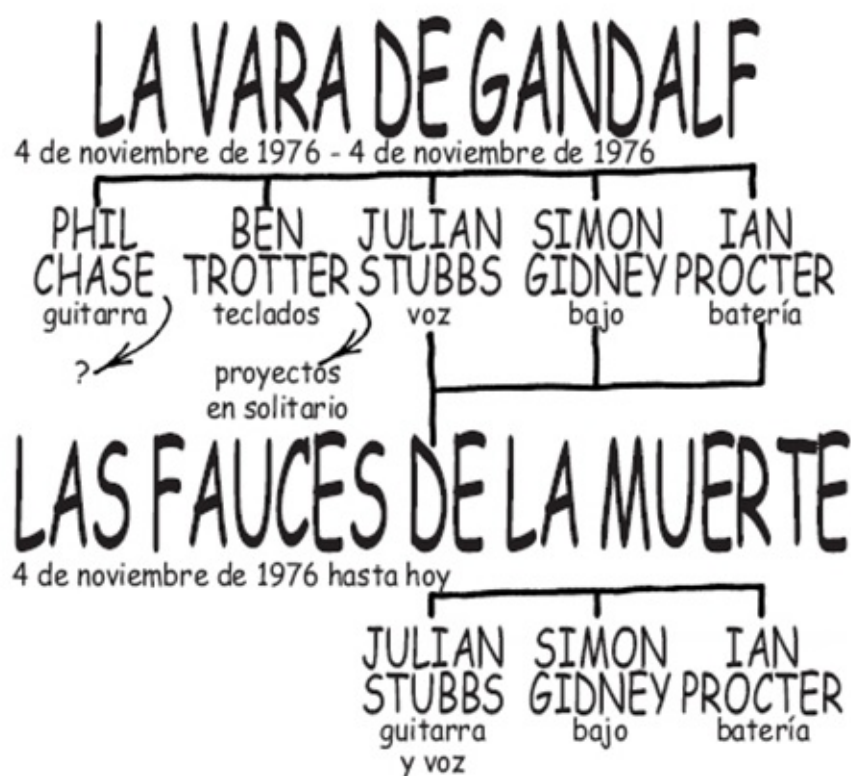
—Creía que habías roto con ella —dijo Philip.

—Por eso es tan importante. Es la única cosa que me regaló.

—Ya aparecerá.

Steve no parecía muy convencido mientras seguía mirando ferozmente a Culpepper con un aire suspicaz cuando ocuparon sus puestos, el uno junto al otro, en la pista. Steve corría por Astell House, y Culpepper por Ransome. Pero la competición entre los equipos era lo de menos, como todo el mundo sabía. Todos los años, al final del Día de los Deportes, se entregaba un trofeo de plata al atleta que hubiese demostrado ser el deportista más destacado del colegio durante el curso. Se premiaba con el título de *Victor Ludorum*, y ése era el honor que Steve y Culpepper anhelaban con tanta fuerza. Eran los únicos contendientes a tener en cuenta.

Antes de que empezara la carrera, Philip se retiró a un banco que quedaba sobre la pista de atletismo, desde donde podía ver muy bien a los corredores por encima de las cabezas de la multitud. Se acomodó y volvió una página de su bloc. Cuando vio lo que ponía en lo alto, se sonrió tristemente. El bloc tenía las páginas sin rayar, y también hacía las veces de bloc de dibujo. Allí, hacía más de ocho meses, había empezado a compilar lo que esperaba que fuera un complicado «Árbol genealógico rock», a la manera de Pete Frame, donde se contase la historia de su larga y exitosa colaboración con Benjamin. En cambio, la cosa había terminado así:



Y las Fauces seguían haciéndose fuertes, por lo visto, atrayendo a respetables multitudes los viernes por la noche en El Arroyo Cantarín, en Selly Oak. Hoy en día, pensó Philip, cualquier mierda podía tener su público, siempre que se subiera al carro del punk. Corrían malos tiempos para alguien como él, cuyos héroes (especialistas, sin excepción, en piezas instrumentales de quince minutos, normalmente con un poco de mitología clásica de andar por casa y algún solo de violín eléctrico) habían acaparado recientemente artículos de dos páginas en la prensa musical, pero hoy en día apenas conseguían un contrato de grabación. Eran grupos sobre los que podía haber discutido ardientemente con sus amigos hacía un año, pero cuyos nombres provocaban ahora berridos de burla si se atrevía simplemente a mencionarlos en la sala de recreo de sexto. ¿Qué gracia tenían Camel y Curved Air y Gentle Giant,^[19] además? Qué mundo tan cruel...

Un repentino estallido de gritos de ánimo interrumpió aquellos pensamientos y le hizo darse cuenta de que no le había estado prestando atención a la carrera, que ahora parecía haberse terminado. Bajó a toda prisa desde la zona del banco y agarró a Ives, que pasaba corriendo.

—¿Quién ha ganado? ¿Quién ha ganado?

—Culpepper. ¿No lo has visto?

—No, no lo he visto. ¿Qué ha pasado? ¿Por mucha diferencia?

—Tendrás que preguntárselo a otro. Tengo prisa.

—Vamos, Ives. Sólo dime si...

—¡Que no tengo tiempo! ¡No me puedo parar! ¡Me va a matar si no estoy allí a las tres!

Y con aquella misteriosa exclamación, Ives salió pitando.

Parecía que todo el mundo había ido a ver las pruebas deportivas. Es decir, todo el mundo menos Benjamin. Una vez más estaba sentado a solas en la pequeña oficina que quedaba al lado de la sala del consejo de redacción, en lo alto del pasillo del Carlton Club, y saboreaba el ambiente de un colegio completamente abandonado por su personal docente y su alumnado. Era en esas circunstancias, al fin y al cabo, en las que Cicely había acudido por primera vez a hablar con él. Aquel mismo silencio inquebrantable. La misma modorra y la misma apatía. Salvo que entonces no había sido capaz de identificar su fuente, mientras que ahora, sabía exactamente qué mal padecía: una nostalgia paralizante, un anhelo casi insoportable de la oportunidad de retornar a aquel día y encaminar la relación con Cicely por otros derroteros. ¿Cómo había podido? ¿Cómo había sido *capaz* de dejar que aquella oportunidad se le escapara entre los dedos? ¿Qué era lo que había sucedido entre ellos dos exactamente? (¿O lo que no había acabado de suceder?) Cualquiera que fuera la explicación, había una certeza amarga de la que había tratado de defenderse, pero que muy bien podía también aceptar: le costaría más que unas cuantas estrofas o estudios de piano de Spenser atraerla de nuevo hacia él.

Benjamin estaba sentado inmóvil junto a un escritorio, miraba los tejados, y se perdía en ensoñaciones. Al contemplar la claridad de aquel cielo azul de verano, recordó algo: una escena de su primera infancia. Tal vez su primer recuerdo. Estaba con su madre, en una especie de fiesta en un jardín o una feria veraniega. ¿Qué edad podría tener? ¿Tres años, quizá? ¿Cuatro? Tenía grabada una imagen de máquinas de tracción o de coches antiguos, engalanados con cintas de colores. Tómbolas y tiros al blanco y juegos de «póngale la cola al burro». Por un lado podía sentir que su madre lo tenía fuertemente agarrado de una mano, mientras que con la otra mano él tenía cogido un globo, un globo amarillo, por un largo trozo de hilo. Se estaban yendo de la feria y buscando su coche, un Hillman Imp. verde. Y entonces ocurrió algo. Un momento de descuido. Se le escapó el hilo de la mano y, de repente, aquel globo, la cosa más bonita que había tenido nunca, desapareció. Se soltó y se alzó en el aire. ¿Se puso a gimotear del disgusto, llamó a su madre, se echó a llorar? No se acordaba en absoluto de los sonidos de aquel día. De hecho, cada vez que pensaba en aquella escena (y, era verdad, a menudo pensaba en ella, se sentía obligado a revivirla una y otra vez) el único sonido que oía era el de la música; como si el recuerdo fuera un fragmento de película, con su banda sonora incluida. Siempre se trataba de la misma música, además. Benjamin sentía que podía escuchar perfectamente dentro de su cabeza los acordes cada vez más altos, las dulces armonías características de «El ascenso de la alondra» de Vaughan Williams. Mientras el globo se perdía a lo lejos, mientras su cara de tres o cuatro años se inclinaba para verlo desaparecer, convertida en una máscara de desolación infantil, entró el violín, y también él cogió ímpetu, alzó

el vuelo, adentrándose en espiral en el cielo de aquel caluroso domingo, dando vueltas y más vueltas, hasta que, igual que el globo, fue disminuyendo y difuminándose poco a poco para desvanecerse en la distancia infinita, dejando tras de sí solamente un punto amarillo grabado a fuego en sus retinas y una dolorosa e insoportable sensación de pérdida. Una sensación de pérdida que Benjamin siempre había creído que nada sería capaz de superar. Hasta ese momento, es decir...

Pero entonces se dio cuenta de una cosa. Por una vez, la música no sonaba dentro de su cabeza. La *podía* oír realmente. A no ser que se estuviera volviendo loco. En alguna parte, en otra habitación, en un distante rincón del colegio, oía que alguien tocaba la parte inicial de «El ascenso de la alondra». Un tocadiscos a todo volumen. ¿De dónde vendría aquel sonido?

Benjamin sacó la cabeza por la ventana y torció el cuello a la izquierda, mirando hacia el aula de música. Ésa tenía que ser la fuente. Era el único sitio donde sabía que había un tocadiscos, en la gran sala del primer piso llamada Gerald Hill Studio, que albergaba la fonoteca del colegio de partituras en miniatura y discos clásicos. ¿Pero quién iba a estar allí aquella tarde? Alguien a quien la perspectiva del Día de los Deportes le aburriese tanto como a él, evidentemente. Benjamin salió corriendo por el pasillo para investigar, bajó por la escalera principal y pasó por delante de la portería, y luego se detuvo cuando llegó al patio exterior. Desde allí tenía una buena vista del aula de música, y vio a una figura solitaria apoyada contra el amplio ventanal del Gerald Hill Studio, la cara relajada por efecto de una concentración extasiada mientras el poema tonal de Vaughan Williams alcanzaba su primer clímax. Benjamin parpadeó sorprendido cuando vio de quién se trataba. Era Harding.

Steve había ganado los doscientos metros, y Culpepper los ochocientos. Culpepper era uno de los pocos contendientes que quedaban para el salto de altura (cuyo listón estaba ahora en un metro noventa), mientras que Steve ya había batido los récords del colegio en salto de longitud y lanzamiento de jabalina. El señor Warren, que había ideado el complicado sistema de puntuación que se empleaba en esas ocasiones, y que era el único que parecía entenderlo, no decía nada sobre las respectivas posiciones de los dos rivales, pero evidentemente había muy poca diferencia. La tensión seguía creciendo, alimentada todavía más por el misterio que rodeaba a la medalla de San Cristóbal de Steve, que ahora ya acusaba abiertamente a Culpepper de habérsela robado. Cualquiera que fuera el resultado de la competición de ese día, al final quedaría un poso de amargura y de mal rollo.

Philip había hecho unas cuantas anotaciones más: «*una asombrosa sucesión de finales muy reñidos... las caras tensas por el esfuerzo y el agotamiento... ¿dónde termina la rivalidad y empieza el antagonismo?*», pero la competición no le tenía tan en suspenso como parecía tener a la mayoría de los espectadores. Quería que ganara Steve porque le caía mejor, pero su interés no pasaba de ahí. La verdad era que

empezaba a aburrirse un poco.

Retomó su posición en el banco que quedaba sobre la pista de atletismo, volvió una hoja de su cuaderno y se puso a hacer un boceto del complicado perfil, lleno de entrantes y salientes, de la capilla del colegio, que dominaba el horizonte en segundo término. Bajo la tutela del señor Plumb, se estaba convirtiendo en un buen dibujante. Al poco rato un pequeño grupo de chavales se habían congregado a su alrededor y sus esfuerzos eran objeto de comentarios de admiración.

—Evidentemente, os sabéis la historia de la capilla, ¿verdad? —dijo Philip, mientras empezaba a esbozar el enladrillado de terracota—. El colegio sólo lleva aquí cuarenta años. Antes estaba cerca de la estación de New Street, pero decidieron cambiarlo de sitio justo después de la guerra. Y la capilla no es una capilla en realidad. Es parte del antiguo pasillo de arriba. Lo deshicieron ladrillo a ladrillo, y luego numeraron las piezas para poder ponerlo en otro sitio. Los ladrillos quedaron ahí amontonados durante toda la guerra, casi cinco años.

Bueno, a Philip le parecía interesante, aunque a su público no. Hacía poco que había empezado a recoger muestras de antigua información como aquella, en parte de los libros de la biblioteca pública, y en parte de los largos paseos que había comenzado a dar los fines de semana, buscando sitios interesantes que dibujar. En especial, le había fascinado la enorme red de canales olvidados y caídos en desuso de Birmingham, y trataba de convencer al señor Tillotson para que organizara una excursión del Paseo Optativo por aquellos remansos descuidados. Muchos de sus rincones más misteriosos quedaban demasiado lejos como para explorarlos él solo.

Pronto oyó otro griterío proveniente de la multitud que tenía debajo. Unos cuantos chavales habían descendido en tropel hasta la línea de meta, y entre ellos Philip consiguió distinguir a Culpepper encogido en el suelo, con la cabeza entre las manos y los hombros temblando.

—¡Mierda! —dijo Philip, poniéndose de pie—. ¡Ya me lo he vuelto a perder!

Esta vez se trataba de los mil quinientos metros, prueba que por lo visto había ganado Steve por un estrecho margen. Ahora ya sólo faltaban dos carreras más por disputar. Era imposible decir quién sería el ganador.

Con los melancólicos compases de las «Cinco variaciones sobre el rico epulón y el pobre Lázaro» de fondo, Benjamin y Harding siguieron hablando de su amor por Vaughan Williams. Los dos estaban de acuerdo en que la tercera y la quinta sinfonía eran obras maestras, y en que la octava estaba muy minusvalorada. Charlaron sobre la sinfonía de Londres y se preguntaron si a alguien le sería posible escribir la sinfonía de Birmingham con la misma grandiosidad y resonancia. Benjamin creía que no. Le recomendó a Sean (ahora le llamaba Sean sin ninguna vacilación y sin sentirse incómodo) que escuchara el concierto para oboe, una obra menor pero muy bonita. Sean dijo que su favorita era «Serenata a la música», una adaptación para orquesta y

coro de unos versos tomados de *El mercader de Venecia*. Era lo primero que había escuchado de aquel compositor; le había oído a su madre cantar uno de los solos cuando él solamente tenía ocho años, en un recital que dio la coral de la ciudad.

—No sabía que tu madre era cantante —dijo Benjamin, pensando, a la vez que lo decía, que en realidad no sabía nada de los padres de Sean.

—Tanto mamá como papá tienen buena voz —dijo—. Siempre andaban cantando algo juntos. Era una de las cosas que tenían en común.

—¿Tenían?

—En este momento están separados —le confesó. Era increíble cómo la música le soltaba la lengua, igual que el vino—. Papá se fue hace unas semanas.

—Pues lo siento.

Sean cruzó la habitación, cogió la funda de un disco y fingió leerla. Debía de haberle costado soltar aquello.

—Se veía venir —dijo—. Papá viene de una gran familia irlandesa, y mamá es inglesa de pura cepa. Y puede ser..., bueno, puede ser difícil convivir con ella. Es muy estricta.

Benjamin pensó un momento en el estafalario mundo imaginario que Sean había creado sobre los Pusey-Hamilton (el niño tímido y raquítico sujeto a un régimen paternal de castigos, la insensata sátira del prejuicio antiirlandés) y se sorprendió a sí mismo preguntándose por primera vez si su humor no sería algo más que una serie de simples payasadas anárquicas.

—¿Qué quieres decir con lo de estricta? —le preguntó.

Y entonces Sean contestó rápida y enfáticamente:

—Quiero a mi madre. —Benjamin no había pretendido insinuar lo contrario, pero parecía de capital importancia subrayar aquel hecho—. Es una mujer increíble. No hay muchas así, la verdad.

Después de eso, se quedó muy callado, y durante un rato sólo la música quebró el silencio. Afortunadamente, antes de que pasase mucho tiempo, oyeron llamar suavemente a la puerta.

—¡Pasa! —gritó Sean.

Era Ives. Faltaban cinco minutos para las tres, estaba sin aliento, y llevaba bajo el brazo una bolsa de Vincent's, una tienda de música clásica del centro de Birmingham.

—¿Qué, lo has conseguido?

—Sí. Me ha costado veinte peniques más de lo que me dijiste.

—No importa.

Abrió la bolsa e inspeccionó su contenido dando un grito de satisfacción. Era otro disco de las obras para orquesta de Vaughan Williams. En él se incluían los poemas tonales «En el país de los pantanos» y la «Rapsodia Norfolk número 1».

—Tienes que escuchar esto, Ben —dijo, interrumpiendo «El rico epulón y el pobre Lázaro» a la mitad y poniendo el nuevo disco sobre el plato—. No me explico cómo no lo tienen en la fonoteca. Vas a alucinar. —Ives seguía remoloneando en la

puerta—. Lárgate, chaval —le salmodió Sean, al tiempo que lo despedía con la mano con un gesto de impaciencia—. No te preocupes por la pasta. Ya te la daré luego.

La «Rapsodia Norfolk número 1» comenzaba con un fino y brumoso trémolo de la cuerda, sobre el que un solo de clarinete esparcía lastimeros fragmentos de melodía. Luego, mientras los demás instrumentos empezaban a añadir sus voces, surgía lentamente un tema: una larga melodía errabunda, increíblemente noble, increíblemente triste. Era como una melodía que Benjamin conociese de toda la vida, aunque hasta ahora hubiera permanecido en secreto, encerrada en alguna estancia íntima y oculta de su corazón.

—Ah —suspiró, y no acertó a decir más que esto—: ¡Qué bonito!

—Es una melodía popular —dijo Sean—. La encontré en King's Lynn. —Mientras la música proseguía, se sentó frente a Benjamin y se puso a explicarle muy entusiasmado—: Imagínatelo. Estamos en 1905. Día tras día, se recorre en bicicleta todos esos pueblos de Norfolk. Siempre que puede, entra en un pub y se pone a hablar con la gente, y al rato les pide que le canten algo. A los viejos, sobre todo. El tipo este de King's Lynn tenía setenta años. ¡Un pescador de setenta años! Tú imagínate. Vaughan Williams le invita a un montón de cervezas. Puede que también le diera un par de chelines. Y entonces, a las dos horas o así, justo antes de cerrar, por ejemplo, el tipo empieza a cantar. Y esto..., ¡esto es lo que canta! ¿Habías escuchado algo así en toda tu vida?

—¿Se titula de alguna manera?

—«El aprendiz del capitán». A Vaughan Williams le encantaba esta melodía. La utilizó una y otra vez. ¿Y sabes qué dice la letra? Es sobre un tipo que está en la cárcel. Está en la cárcel acusado de asesinato. Era el capitán de un barco y le habían encomendado a este chaval huérfano para que fuera su aprendiz, y un día el chaval le hace una putada (el capitán no dice lo qué, le desobedecería o algo, supongo), ¿y sabes lo que hace el capitán? Le ata al mástil, lo amordaza, y lo azota hasta matarlo con un trozo de cuerda. Tarda un día entero en hacerlo. Todo un puto día en pegarle semejante paliza. Pero ahora está encerrado en la cárcel diciendo lo mucho que lo siente.

Benjamin escuchó cómo iba muriendo la canción, y sintió un escalofrío.

—Guau. Pero es tan bonita, y tan... inglesa.

—¿Has estado alguna vez en Norfolk? —le preguntó Sean.

—No.

—Pues deberías. Es un sitio increíble. Algunos sitios son como el fin del mundo. —Reverentemente, dejó que la música se desvaneciera en un silencio absoluto, y luego levantó la aguja—. Los ingleses somos una gente muy violenta —dijo mientras lo hacía, hablando a medias para sí mismo—. La gente no se da cuenta, pero es verdad. Luego nos arrepentimos, por eso somos tan melancólicos... Pero primero hacemos... lo que haya que hacer.

Benjamin fue meditando aquellas palabras mientras bajaba despacio hasta la

parada del autobús poco después. Violencia y melancolía... Las dos flotaban aquel día en el ambiente. Philip le llamó por la noche para informarle del resultado del Día de los Deportes, y Benjamin se estremeció al pensar en la rabia que le tenía que haber entrado a Culpepper cuando Steve se había coronado *Victor Ludorum*. En cuanto al propio Steve..., ¿qué habría sentido al aceptar el trofeo? ¿Sólo una sensación de triunfo, o estaría teñida también de tristeza y del deseo de que fuera la prenda de amor perdida de Valerie lo que estuviera besando y alzando por encima de la multitud que lo vitoreaba?

La conversación de Benjamin con Harding podía haber descubierto que compartían ciertos entusiasmos musicales; sin embargo, las consecuencias fueron decepcionantes. No condujo a ninguna renovación significativa de su amistad. Las vacaciones de verano se interpusieron con demasiada rapidez. Cuando empezó el nuevo curso, mientras circulaban rumores de que su padre se había ido de casa para regresar a Irlanda, pareció que Harding se había vuelto aún más solitario y hostil. Siguió con sus bromas, eso sí; por lo menos, siempre que algún episodio especialmente extraño alteraba el discurrir habitual de la vida colegial, se le echaba la culpa a él. Culpepper, por ejemplo, aprobó su examen de conducir y empezó a ir en coche al colegio, y una tarde de octubre abrió la portezuela para encontrarse con una cabra prácticamente anestesiada en el asiento trasero. Pero Harding nunca admitió la autoría de aquella broma, y nadie consiguió explicarse nunca de dónde podría haberse sacado la cabra.

Philip renunció a sus ambiciones musicales, vendió su guitarra poniendo un anuncio en el tablón del colegio, y usó el dinero para ampliar su ya nutrida biblioteca sobre el Birmingham «oculto», su historia y su arquitectura. Benjamin no veía mucho a Cicely. La policía le mandó una carta al padre de Claire en la que decía que el expediente sobre la desaparición de su hija seguía abierto, pero que no se había realizado ningún progreso. Claire y Doug salieron juntos tres o cuatro veces más pero luego lo dejaron. La vida, en resumidas cuentas, continuaba.

Había sido un verano inactivo. Se dejaron las cosas sin resolver, las historias no llegaron a su fin. La huelga de los trabajadores de Grunwick y la aventura entre la señora Chase y Miles Plumb habían empezado casi a la vez, a finales del verano de 1976. Y ahora, más de un año después, ninguna de las dos daba señales de tocar a su fin. En ambos casos, había habido largos periodos de parálisis y repentinos ataques de actividad; había habido negociaciones, seguidas de rupturas de la comunicación; y también se había recabado la opinión de consejeros exteriores. Pero, incluso tras todo ese tiempo, los patrones de Grunwick seguían negándose a reconocer el derecho de los trabajadores a unirse al sindicato, y Miles Plumb no acababa de reconocer o aceptar la integridad del matrimonio de Barbara y Sam. Las dificultades seguían siendo insuperables.

El 7 de noviembre de 1977, los huelguistas de Grunwick reclutaron un nuevo piquete de ayuda, y entre los que llegaron en autobús de todo el país para ofrecer su apoyo había una delegación de la British Leyland, encabezada por Bill Anderton. Alquilaron un autocar a una empresa del pueblo, y el conductor resultó ser Sam Chase. Se pasó la mayor parte del viaje de tres horas hasta Londres pensando en vengarse de Miles Plumb, y por poco despeña el autocar desde el paso elevado de la M1 a su paso por Northampton.

Se pararon a desayunar en la estación de servicio de Watford. Sam no se despegó de su asiento y les dijo que no tardaran más de veinte minutos.

—¿No vienes con nosotros entonces? —le preguntó Bill.

—No, gracias. Prefiero quedarme aquí leyendo un buen libro. Tráeme una taza de té, si puedes.

En realidad, llevaba dos buenos libros: *Cómo dominar el lenguaje en veinticinco pasos mágicos*, de Wilfred Funk, y un maltrecho libro de bolsillo americano titulado *Cambie su vida con el poder de las palabras*, que había comprado en julio en un saldo. Llevaba semanas releyéndolos una y otra vez. Se había aprendido párrafos de memoria, aparte de llenar cuadernos enteros de apuntes. Pero seguía teniendo la sensación de que no habían conseguido transformar completamente su vida. Aun así, estaba convencido de que aún quedaban misterios por descubrir.

Abrió uno de los libros por una página muy sobada y se puso a recitar lo que recientemente se había convertido en su mantra particular:

«Mis palabras son **dinamita cotidiana.**»

«Mis palabras son **bebidas energéticas.**»

«Mis palabras son **amigas serviciales.**»

«Mis palabras son **cremas reafirmantes.**»

«Mis palabras son **mi nuevo yo.**»

Luego buscó el índice.

- Puedes elegir tu manera de hablar.
- Aprende a corregir tus respuestas verbales y controlarás cualquier situación.
- Llénate de energía con vitaminas verbales.
- Un discurso lleno de potencia significa experiencias llenas de potencia.
- Domina tus palabras y verás cómo se rinden tus «enemigos».
- Las palabras positivas son como los ascensores. ¿A qué piso vas?

Volvió Bill Anderton con la taza de té.

—Aquí tienes, Sam. Baja a la Tierra.

Sam se quedó mirando el brebaje gris que le ofrecían en un vaso de plástico. Una especie de película moteada, especialmente desagradable, se había formado ya en su superficie.

—Gracias, Bill —dijo; y luego añadió, como para probar—: El fervor de mi gratitud es prácticamente inexpresable.

Bill le echó una mirada de preocupación y se metió dentro otra vez.

El autocar llegó a Willesden, al noroeste de Londres, alrededor de las siete y media. Cuando Sam iba conduciendo con cuidado por Dudden Hill Lane, vio que no

podía torcer por Chapter Road, donde estaba la entrada principal de la fábrica de Grunwick. La calle estaba cortada, pero no por los piquetes, sino por la policía. Parecía que había cientos de ellos.

—Voy a tener que dejaros aquí —le dijo a Bill—. Esos tíos no me van a dejar pasar de ninguna manera.

Los setenta y tantos trabajadores de la Leyland salieron en fila del autobús, y Sam se quedó mirando cómo Bill Anderton intentaba convencer a uno de los policías de que les dejara entrar por Chapter Road. Tras el grueso cordón de policías, como de cinco o seis en fondo, Sam vio a una multitud aún mayor pero más desordenada de huelguistas que aguardaban la llegada del autobús que se había alquilado para hacer pasar a los empleados de la Grunwick que habían decidido no secundar la huelga. Vió como la policía retrocedía, muy ligeramente y con evidente desgana, permitiendo el paso a Bill y a sus hombres para que se unieran al piquete. Luego llevó el autobús unos cien metros más allá por Dudden Hill y aparcó junto al bordillo.

«¡Ya es hora de que te conviertas en un coleccionista de palabras!», leyó. «Del mismo modo que mucha gente colecciona sellos y cajas de cerillas de todos los países, tú deberías ampliar constantemente tu colección de palabras.»

«El coleccionista de palabras tiene que entrenarse para ser un observador atento, capaz de ignorar los especímenes corrientes, pero de ponerse inmediatamente alerta ante las palabras nuevas y poco usuales. Y, así como el coleccionista de mariposas, pone sus capturas sobre cartulinas y las conoce todas, el coleccionista de palabras debe anotar sus nuevos especímenes en un pequeño cuaderno y aprendérselas de memoria.»

Se concentró en el ejercicio de ese día.

«V de VARIEDAD. Intenta descifrar el significado de estas veinte palabras que empiezan por la letra “V”. Luego mira las respuestas en la página 108 para comprobar tus aciertos.»

Viscoso	Vórtice
Vicario	Volición
Vanaglorioso	Versátil
Venerar	Vigilia
Venal	Vianda
Venial	Vernal
Veraz	Vernáculo
Voraz	Verificar
Vulpeja	Verborrea
Votivo	Vacuidad

Sam hizo el ejercicio y comprobó que había acertado cuatro de veinte. El día

anterior, en «*U de ÚNICO*» había acertado seis, y hacía dos días, en «*T de TALENTO*», once, toda una inyección de confianza. ¡Y ahora cuatro! ¡Era increíble! ¡Iba de mal en peor!

Cuando vio las filas de huelguistas que se habían congregado en el exterior de las verjas de la empresa, y también disgregado por las calles adyacentes, Bill se sintió inmensamente orgulloso. El objetivo no era impedir que el autobús de esquirols entrase en la fábrica (seguramente lo haría por la puerta trasera, de todos modos), sino dar una muestra de apoyo a los piquetes asediados de Grunwick, que ya llevaban quince meses manteniéndose firmes en su decisión, a pesar de numerosos contratiempos en el Tribunal de Apelación y, como mucho, el apoyo bastante ambiguo del sindicato central. Bill se iba a enterar en las noticias de esa noche de que ochocientos trabajadores de todo el país habían acudido para plantarse ante la fábrica. Era un despliegue extraordinario de fe, buena voluntad y solidaridad, justo lo que el movimiento laborista británico necesitaba en ese momento. Sus propios hombres, una semana antes, habían votado en contra de sus deseos de aceptar la nueva propuesta de acuerdo de la patronal. Eso le había desalentado mucho, y no se fiaba de los planes del nuevo director de la British Leyland, Michael Edwardes, cuyo nombramiento se había anunciado el 1 de noviembre. Pensaba que corrían malos tiempos para el socialismo. Veía cómo se desvanecían los antiguos principios. Pero lo que sucedía esa mañana parecía contradecir todo eso. Esa mañana iba a ser recordada como un gran día en la historia de la lucha de los trabajadores.

Se corrió la voz desde la otra punta de la fábrica de que, en efecto, un autobús había conseguido colarse entre las filas de huelguistas, y el puñado de los empleados fieles a la empresa ya se encontraba a salvo en su interior. Luego unas cuantas aclamaciones calentaron aquel ambiente glacial cuando Jayaben Desai se subió a una tarima de madera improvisada y se dispuso a soltarles una pequeña arenga a sus seguidores. Se había tropezado con Bill entre la multitud poco antes y se habían saludado amistosamente. Al verla ahora, Bill volvió a sentirse culpable de la manera en que había respondido automáticamente a muchas mujeres en los últimos años, aquel reflejo ya gastado, aquella costumbre en declive de ver solamente una posibilidad de practicar un poco de sexo. Era imposible mirar a Jayaben sin sentirse..., bueno, algo más que un tanto impresionado. Su admiración por ella rayaba el temor reverencial. Parecía muy pequeña sobre aquella tarima (debía de rondar el metro y medio de estatura), pero de alguna manera conseguía convertirse en un foco de atención asombrosamente carismático. Tal vez fuera aquel sari de colores tan vivos en un mar negro de abrigos y cazadoras. Pero Bill creía que se trataba de algo más. Eran su rápida elocuencia y su férrea determinación, y aquellos ojos inquietos, inquisitivos y risueños. Era el manto de autoridad con el que la habían revestido largos meses de desacuerdos.

Se acabaron los discursos, y había que irse. Los cordones de policía bloqueaban las dos salidas de la calle, así que resultaba imposible por el momento tanto meterse en la estación de metro de Dollis Hill como llegar hasta Dudden Hill Lane, donde estaban aparcados los autocares. Los huelguistas estaban desconcertados, pero tranquilos. Pronto se retiraría la policía y les dejarían pasar. Los hombres permanecían en grupos, riéndose, intercambiando bromas y cigarrillos, esperando moverse. La policía hacía caso omiso, haciendo frente común y mirando fijamente hacia delante, inescrutable, impasible.

¿De dónde vino la orden? ¿Cómo se transmitió tan rápidamente? Bill nunca consiguió averiguarlo. Lo único que supo fue que de repente se produjeron una tremenda estampida y una especie de acometida en su dirección, como un ataque contra los piquetes. La policía cargó contra ellos y se puso a trabajar con los puños y con las porras.

No guardaba un recuerdo coherente de aquella carga, pero sí alguna imagen suelta.

Un adolescente alzado en volandas por dos policías y estrellado de cabeza contra el capó de un coche.

Un fotógrafo de prensa al que le cogieron la cámara y se la pisotearon.

Un anciano caribeño al que pusieron contra un murete de jardín y luego lo tiraron por encima de él, con las piernas retorcidas mientras aterrizaba hecho un guiñapo.

Jayaben Desai arrastrada por los pelos entre la multitud acobardada y aturdida.

Una mujer de mediana edad agarrada por el cuello y obligada a tirarse al suelo.

Un obrero negro de unos treinta años, del grupo del autocar de Bill, sujeto contra el asfalto, mientras dos policías jóvenes le daban patadas en el cuello y en la cara.

Chillidos y gritos y palabrotas a su alrededor, gemidos de dolor, ojos repletos de miedo y de rabia, caras envueltas en sangre, sangre en la acera y también en la calzada, ropas desgarradas, rotura de cristales, de escaparates, de ventanillas, de parabrisas, todos estallando en medio de aquel caos, y luego al final de todo, un policía jovencito, casi un chaval, de unos diecinueve o veinte años, lo suficientemente joven como para ser su hijo, la boca haciendo un puchero en una parodia insensata de odio, y algo saliendo de su boca, algo a medio camino entre un taco y un grito primitivo, con la porra levantada. Bill recordaba haber alzado el brazo sin muchas fuerzas y sentir cómo se lo dislocaban con un crujido horrible, y después la porra debió de bajar y él quedó totalmente fuera de combate.

Más tarde, ese mismo día, el autocar estaba aparcado en la gasolinera de Watford de nuevo. Esta vez Bill se quedó dentro con Sam. Tenía la cabeza vendada y el brazo en cabestrillo, pero se encontraba bien. Otros lo llevaban peor. Aquel día tuvieron que recibir atención médica doscientos cincuenta huelguistas. Algunos parlamentarios ya estaban intentando que se abriese una investigación que nunca se materializaría, y

una auténtica multitud llevaba toda la tarde manifestándose en el exterior de la jefatura de policía de Willesden Green. Al final sí fue un día histórico, pero no de la forma que él había previsto.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó.

Sam se había pasado los últimos cinco minutos absorto en su libro. Ahora lo levantó para que Bill le echara un vistazo.

—«*Cómo dominar el lenguaje en veinticinco pasos mágicos*» —leyó Bill, y se rió entre dientes—. Tratas de superarte, ¿no?

—El lenguaje es muy importante —dijo Sam.

—Cierto.

—Aquí dice... —Sam pasó las páginas al revés hasta llegar a la introducción del autor—. Escucha esto, dice: *Todos los líderes mundiales a lo largo de la Historia han sabido que las palabras hacen milagros.*

—También es cierto.

—*El estadista inglés John Selden dijo hace tres siglos: Las sílabas gobiernan el mundo.*

—Estoy de acuerdo.

—*Cuando un Hitler, un Mussolini o un Perón llegan al poder, lo primero que hacen es controlar las palabras: la prensa, la radio, los libros.*

—Bien dicho.

—*Hasta en una democracia las palabras son utensilios mágicos. El que gobierna, o quiere gobernar, ha de dominar la técnica de emplear las palabras. Al hombre le influyen más las palabras que los hechos de la realidad que lo rodea.*

—Ese tipo sabe lo que se dice.

—*En realidad* —concluyó Sam—, *una palabra puede cortar más que una espada.*

Bill se pasó una mano por la cabeza vendada a ver cómo estaba la cosa, e hizo una mueca.

—De todas formas —dijo—, una raja en la cabeza con una porra también tiene mucho mensaje. ¿Sabes lo que te digo?

Sam sonrió y dejó el libro, pensativo.

EL TABLÓN

Jueves, 15 de diciembre de 1977

EDITORIAL: Disolved la Guardia Pretoriana

Ahí va una pregunta para todos los candidatos del King William's que pretendan ir a Oxford o a Cambridge, la tan cacareada crème de la crème de la intelectualidad de Birmingham: ¿Cuál es la conexión entre los piquetes de la fábrica de revelado de Grunwick, que vimos en las pantallas de nuestros televisores el mes pasado, con algo que vemos en el Edificio Grande todos los días en la asamblea matinal?

¿Sorprendidos? Bueno, pensad en esa imagen aterradora de la huelga de Grunwick: filas y más filas de policías enseñando los dientes, con las porras preparadas, codo con codo para proteger los intereses de los patrones. Y ahora pensad en las filas de delegados delante de la tarima en el Edificio Grande todas las mañanas, formando una barrera defensiva entre nosotros (la masa) y nuestro querido director, mientras este último reparte sus perlas de sabiduría casera.

Vale, los delegados no llevan porras. (De momento.) Y en las caras de Lambert, C. J. o Pinnick, W. H. C., mientras permanecen allí de pie venga a balancearse con pinta de encontrarse (y con razón) bastante incómodos, no se refleja nada que pueda infundir muchos temores en el ánimo de los presuntos revolucionarios escolares. Pero el principio es el mismo. ¿Qué es un delegado colegial, en definitiva, a pesar de todo ese absurdo «prestigio» que parece asociarse al cargo, sino un glorificado guardaespaldas del director? Un asesino a sueldo, en resumidas cuentas; salvo que los asesinos que contrata el director suelen tener pinta de que les costaría darle una paliza a un travieso aprendiz de scout, y lo único que reciben a cambio de sus sufrimientos es una bonita corbata y un precioso distintivo para que su mamá se lo cosa en la americana durante las vacaciones de Navidad.

En la época clásica, el jefe de los pretorianos era el comandante de la guardia imperial, un cuerpo de élite formado por el emperador Augusto para evitar cualquier repetición de aquel repugnante asunto de Julio César. Desgraciadamente, no resultaron ser de gran ayuda, y la institución fue abolida por Septimio Severo, quien llegó a la conclusión de que tanto podían matarle como defenderle. ¡Pero los delegados de ahora ya no tienen tanto coraje!

El Tablón no ha hecho demasiada campaña en estos últimos trimestres;

normalmente, nuestra política editorial ha sido presentarles a nuestros lectores los hechos, y permitirles sacar sus propias conclusiones. Pero éste es un tema que nos atañe a todos muy directamente. Sencillamente, creemos que este vago vestigio de los días de fullerías imperiales no tiene cabida en un colegio distinguido y vanguardista de los años setenta.

Instamos a nuestros lectores a que reclamen al director y al señor Nuttall sobre el particular. Y, dado que otra serie de delegados habrá sido «elegida» (cómo, o por quién, no se nos permite saber a nosotros, pobres mortales) cuando esta edición salga a la luz, también elevamos esta petición a los nuevos nombramientos. ¡Resistid! ¡Decid que no a esos gajes del oficio! ¡No es ningún privilegio convertirse en el opresor de tus antiguos compañeros de armas!

FIRMADO,
Doug Anderton...

—... Firmado, Doug Anderton, etcétera.

Doug acabó de leer su folio mecanografiado y miró alrededor buscando apoyo. Lo encontró inmediatamente.

—Qué bueno —dijo Claire con mucho énfasis—. Es muy bueno. No me importa firmarlo.

Garabateó su firma junto a la de Doug y le pasó el folio a Philip. Él meneó la cabeza, preocupado.

—Esto va a ser como meter un elefante en una cacharrería —masculló. Pero estaba de acuerdo con todo lo que Doug había escrito, y añadió su firma a la de Claire.

—¿Y tú, Benjamin? —dijo Doug.

Benjamin se lo pensó aún más que Philip. Como siempre, le impresionaba la fuerza de la retórica de Doug y la claridad de sus ideas. Envidiaba su habilidad para adoptar una postura y defenderla a capa y espada, cuando él, en cambio, estaba condenado a ver siempre las dos caras de cualquier argumento. Tenía varios amigos delegados y tendía a pensar que eran buena gente que trataba de desempeñar una tarea difícil. Resultaba todo muy complicado.

—Bueno..., vale —dijo, y también firmó el editorial. Al fin y al cabo, era un artista, y los artistas tenían que hacer algo políticamente incorrecto de vez en cuando.

Sólo quedaba Emily Sandys, la nueva adquisición del equipo editorial, que parecía más reacia que nadie a comprometerse con aquel acto de rebeldía. Doug se quedó mirándola fijamente, como si le reprochara algo, porque eso era exactamente lo que había esperado. No le gustaba Emily por la misma razón que a Benjamin, aunque fuera en secreto, le caía bien: ser una de las figuras más destacadas de la

Asociación Cristiana mixta del colegio. Benjamin nunca se había unido a aquella organización tan trasnochada, claro. Era individualista por temperamento y, en cualquier caso, no habría podido vivir nunca con aquel estigma social. Se suponía que los cristianos iban a la cola de la escala de la evolución del King William's, incluso más atrás que la Fuerza de Cadetes Asociados, o que un triste trío de aficionados a ver pasar autobuses (como si fueran trenes) que se llamaban a sí mismos el Grupo de los Vehículos de Transporte Público. Sólo pensar en los cristianos se te venían a la cabeza horribles imágenes de jerseys de lana y tardes de ping-pong, de reuniones de estudio de la Biblia cargadas de aromas de furtiva atracción sexual adolescente y persistente olor corporal. Aquella gente era sencillamente desagradable a la vista. Pero Emily, a los ojos de Benjamin, era distinta. Era lista y sabía encajar una broma, y sus ideas de maquetación habían transformado la revista en los últimos meses, y ni a él ni a Philip, ni siquiera a Doug, se les había escapado que también tenía un cuerpo que llamaba la atención, lleno de curvas.

—¿Qué pasa si no lo firmo? —quiso saber.

Doug miró alrededor, y soltó un largo suspiro para dar a entender la gravedad de la situación.

—Bueno, si quieres que te diga la verdad, Emily, creo que deberías dimitir. Porque el resto de la mesa está unánimemente de acuerdo, y estamos pensando descargar todo el peso de la revista sobre las elecciones.

—Ya. —Parecía muy decepcionada—. Pero me encanta venir a estas reuniones. Me lo he pasado tan bien...

Doug se encogió de hombros. Ella decidía.

—Está bien —dijo Emily, y la quinta y última firma fue estampada en el folio. Doug lo cogió y se quedó mirándolo muy satisfecho.

—Estupendo —dijo—. Un momento histórico en la historia de *El Tablón*.

Histórico pero breve, como enseguida se vio. Diez minutos más tarde, Benjamin se vio obligado a dimitir del consejo de redacción. Un mensajero del director había asomado la cabeza por la puerta de la sala de reuniones para decirle que acababan de nombrarle delegado.

—No podías haberte negado —dijo Philip, a modo de consuelo, en la parada del autobús, más tarde aquel mismo día—. No te *piden* que seas delegado, te *dicen* que ya lo eres.

—Exactamente —dijo Benjamin.

—Quiero decir que, si te niegas, el colegio tiene ochenta formas de hacer que tragues.

—Es verdad.

—Nunca te darían una recomendación. O escribirían a Oxford o a Cambridge y les dirían que eres un chico problemático del que no puede uno fiarse.

—Ya lo sé. Eso es precisamente lo que le he contado a todo el mundo.

—No tenías elección, en realidad. Te han cogido por esa mala suerte que tienes

siempre.

Benjamin le sonrió agradecido y se preguntó (y no era la primera vez) por qué todo el mundo no podría ser tan razonable como Philip. Era todavía más loable de su parte, dado que él y Doug y Harding, inexplicablemente, ni siquiera habían sido elegidos aún para formar parte del Carlton Club. ¿Por qué habrían escogido a Benjamin para tan alta distinción, entonces? Parecía que no tenía sentido. Casi todos sus amigos habían sido muy mordaces cuando se enteraron del nombramiento. Doug le había soltado un sermón de diez minutos sobre «venderse al *establishment*». Claire se había limitado a dejar de hablar con él. Emily había sido bastante amable, era verdad, pero un anticipo más fidedigno de las delicias que aún le esperaban se lo dieron en ese momento dos chavalitos compañeros de Paul, que se acercaron corriendo hasta él en la parada del autobús.

—Perdone, señor delegado —le dijeron, muy pegados a sus piernas—. ¿Podemos hacer cola?

—¿Puedo echar este papel de la chocolatina en el cubo de la basura, señor delegado?

—¿Le importa que yo y mi amigo charlemos un poco, señor delegado? ¿No nos va a detener?

—¿Por qué no os vais los dos a la mierda? —les dijo Benjamin, y ellos salieron corriendo muertos de risa.

Intentó convencerse de que pronto se pasaría aquel furor. Sucedió lo mismo al final de cada trimestre cuando se anunciaban los nuevos delegados. Y por lo menos esta vez había otro escándalo auténtico para que todo el mundo tuviese tema de conversación: el rechazo a Culpepper. La mayoría de la gente había dado por sentado que se convertiría en Capitán del Colegio, o en Vicecapitán como mínimo. Pero resultó que ni siquiera lo hicieron delegado. Circulaban varias versiones, pero la más pintoresca decía que había llorado abiertamente ante el tablón de anuncios cuando pusieron los nombres. Había usado expresiones para describir al director y al subdirector, el señor Nuttall, que sorprendieron a los pocos alumnos de los últimos cursos que tenían el suficiente mundo como para entenderlas. Y algunos testigos decían, pero una vez más las versiones de esta historia variaban y poca gente creía que fuese realmente cierto, que le había escupido a Steve Richards, otro de los nuevos delegados, cuando se cruzaron en el pasillo.

El autobús tardaba mucho en llegar ese día y, antes de que llegase, Benjamin entrevió a Cicely cruzando Bristol Road para acercarse hasta él. Eran las cuatro y media de una fría tarde de diciembre. Ya estaba anocheciendo, y ella se protegía del frío con un abrigo largo de cachemir y un gran casquete estilo años veinte; como de costumbre, llamó la atención de todos los que esperaban en la parada del autobús; la gente incluso retrocedió un poco para dejarla pasar, y Benjamin se llenó de un orgullo indecible cuando se dirigió directamente a él y le plantó un beso en la mejilla. La frescura de su cara era deliciosa, y permanecieron un momento abrazados, como uno

esperaría que hicieran dos hermanos que se quieren.

—Ay, Benjamin. Estoy tan orgullosa de ti —dijo ella—. Vas a ser un delegado maravilloso, estoy segura.

—¿Eso crees? —Era la primera vez que alguien le decía algo semejante en todo el día—. A todos los demás les ha parecido tan... raro, se han puesto tan criticones. ¿Crees que he hecho bien?

—Para mí tú todo lo haces bien. Confío ciegamente en tu criterio.

Por poco revienta de felicidad al oírle decir esas palabras. Apenas había hablado con Cicely aquel trimestre y se había olvidado (no, eso no podía ser cierto; se había obligado a olvidar) de las maravillas que ella era capaz de obrar en su autoestima. De repente supo que tenía que verla otra vez.

—Ahí viene tu autobús —dijo ella, dándole un beso de despedida—. No te entretengo.

—Cicely, ¿te parece que vayamos a tomar algo un día de éstos? ¿Cualquier día de Navidad? Hace siglos que no hablamos.

—Jo, sería maravilloso, ¿no? Absolutamente maravilloso. Te llamo yo.

Algo en su manera de decirlo hizo que Benjamin se diese cuenta de que nunca lo haría. Y Philip, que había escuchado gran parte de su conversación, le contó en el autobús que en ese momento (por lo menos corría ese rumor) Cicely estaba enrollada con el señor Ridley, el marido de la profesora de latín, y que él nunca le dejaría salir a tomar algo sola con alguien del colegio masculino. Benjamin suspiró y se quedó mirando cómo los primeros copos de nieve empezaban a posarse en la ventanilla de autobús. Por lo visto, siempre era el último en enterarse.

Desconcertado por los acontecimientos de los últimos días de ese trimestre, buscó refugio, durante las vacaciones de Navidad, en la relativa seguridad de la vida familiar.

Lois había vuelto de nuevo del hospital, y ocupaba su antigua habitación. Los intervalos entre sus ataques de depresión más serios y más paralizadores se iban haciendo cada vez más largos, para alivio general. Los ruidos fuertes seguían asustándola, y no acababa de soportar las películas de violencia de la tele. Tenían que andarse con mucho cuidado en no exponerla a nada que pudiera recordarle lo sucedido en noviembre de 1974. Pero ahora era capaz de desempeñar algún trabajo, al menos por el momento, aunque no fuera nada más complicado que unas cuantas horas tras el mostrador de la vinoteca del barrio, y había otros indicios esperanzadores. Cuando su tía Evelyn le puso un giro postal en Navidad, se gastó el dinero en una agenda quinquenal de mesa, y comenzó a escribir en ella el primero de año. Todo el mundo lo interpretó como que había empezado a pensar en el futuro en términos más optimistas.

Paul andaba siempre solo. Se pasaba la mayor parte del día sentado en su

habitación, ya fuera haciendo sus deberes de vacaciones o leyendo detenidamente el *Time*, el *Newsweek*, *The Spectator*, *The Listener* o cualquiera de los otros semanarios políticos que últimamente se habían convertido en su lectura favorita. En Nochebuena, cuando el resto de la familia se reunió frente al televisor para ver «El show de Morecambe y Wise», él se quedó arriba, leyendo una colección de ensayos del economista Milton Friedman.

Colin y Sheila estaban encantados con los éxitos de Benjamin. Cuando cosió el nuevo distintivo de delegado en su americana del colegio, a Sheila se le nublaron tanto los ojos que apenas veía para enhebrar la aguja.

Aunque sólo vivían a unos kilómetros de distancia en la misma calle, era una tradición familiar (en una familia que consideraba sacrosantas las tradiciones) que en Navidades los abuelos de Benjamin pasasen tres días de visita en aquella casa. La consiguiente orgía de setenta y dos horas atracándose de comida y viendo la tele siempre le había parecido a Benjamin uno de los momentos culminantes del año; pero esta vez, quizá porque le abrumaban sus nuevas responsabilidades, quizá porque estaba muy deprimido por cómo se iba desarrollando su relación con Cicely, no le entusiasmaba precisamente la situación. Hacía como que sí, pero nada más.

Sólo hubo un momento que, siempre que pensaba en él, días o meses o hasta años después, pareció tener una textura diferente, incluso un aura divina o sublime. Fue en Nochebuena, mientras Paul estaba arriba adquiriendo unas nociones rudimentarias de monetarismo y los demás estaban viendo a Morecambe y Wise, y tuvo que ver con el abuelo de Benjamin.

Benjamin llevaba varios meses sintiendo una nueva afinidad con su abuelo. La cosa databa de un momento a mediados de agosto cuando la familia estaba de vacaciones en el norte de Gales y sus abuelos (porque, evidentemente, ésa era la tradición) habían ido a pasar una semana en una casa de huéspedes cercana. Una tarde de sol muy poco típica, Benjamin y su abuelo fueron a dar un paseo por Cilan Head, y se pararon a descansar un rato, como tenían por costumbre, en los montículos gemelos de Castell Pared Mawr. Desde allí, había una vista incomparable del inmenso mar azul celeste batiendo sin tregua contra los vertiginosos acantilados; a pesar de la espesa bruma vespertina se podía ver enfrente la bahía de Porth Ceiriad y casi las islas de St Tudwal's. Contemplaron aquel impresionante panorama un buen rato en silencio, hasta que el abuelo de Benjamin, sin ningún tipo de preámbulo, dijo algo extraordinario:

—¿Quién podría contemplar este panorama —preguntó— sin creer en la existencia de Dios?

Era una pregunta que no necesitaba respuesta, afortunadamente, porque a Benjamin, como siempre, no se le habría ocurrido ninguna. En su vida habría sospechado que su abuelo tuviera convicciones religiosas, y nunca le había contado (ni a nadie de su familia, aparte de Lois) su extraño momento de revelación en el vestuario del King William's hacía ya más de tres años. Benjamin había llegado a

sentir que las creencias religiosas, cuando eran sinceras, eran una cosa esencialmente privada, una conspiración tácita entre Dios y uno mismo. Resultaba conmovedor descubrir, aunque fuera indirectamente, por un comentario espontáneo, que su abuelo también debía de ser otro conspirador. Benjamin lo miró de reojo con curiosidad, pero él estaba mirando al mar, con los ojos entrecerrados y el cabello plateado rizado por la brisa. No se dijo nada más sobre el tema. Al poco rato se fueron de allí y continuaron su paseo.

La experiencia que tuvo Benjamin en Nochebuena fue muy diferente. Difícil de definir, difícil de concretar. Sucedió en medio de «El show de Morecambe y Wise». Benjamin estaba sentado en el sofá, con *Bellota* (ahora un gato viejo y gordo) estirado sobre su regazo. Su abuelo se encontraba en un sillón, a su izquierda. Morecambe y Wise estaban haciendo un *sketch* con Elton John. Ernie pretendía montar un número musical, en el que Eric cantaba la melodía principal y luego Ernie añadía el contrapunto, mientras Elton John los acompañaba a los dos al piano. Cada vez que intentaban ensayarlo, fallaba algo. Eric cantaba los primeros compases, pero en cuanto entraba Ernie con el contrapunto, Eric dejaba de cantar la melodía principal y seguía a su compañero. Se trataba de un recurso muy gastado, pero la consumada sincronía de los intérpretes, la electricidad y la empatía que se daba entre aquellos dos hombres maduros que, en ese momento, eran los cómicos más queridos de Inglaterra, lo convertían en un milagro de hilaridad desenfrenada. De repente, sentado en trance ante la televisión, con el ronroneo de *Bellota* transmitiéndole lentas oleadas de alegría por todo el cuerpo, Benjamin tuvo una visión fugaz: se le ocurrió que él era sólo una persona, y su familia sólo una familia, entre millones de personas y millones de familias de todo el país, todos sentados frente a sus televisores, todos viendo a aquellos dos cómicos, en Birmingham y en Manchester, en Liverpool y en Bristol, en Durham y en Portsmouth, en Newcastle y en Glasgow, en Brighton y en Sheffield, en Cardiff y en Stirling, en Oxford y en Carlisle y en todas partes, todos riéndose, todos riendo la misma gracia, y tuvo una increíble sensación de... unidad, era la única palabra que se le ocurría, la sensación de que todo el país se había entregado, por un momento fugaz, al divino acto de reírse, y al mirar la cara de su abuelo, muerto de risa, el mismísimo retrato del éxtasis, se acordó de la cara de Francis Piper, cuando había ido al King William's a leer sus poemas, y cómo le había recordado el rostro de Dios, y en ese mismo instante a Benjamin le dio por pensar que quizá sus ambiciones estaban equivocadas (su deseo de ser escritor, su deseo de hacerse compositor) y que ser alguien capaz de hacer reír era la vocación más santa, más sagrada, y se preguntó si debería poner la mira en convertirse en un gran cómico o un gran guionista, pero luego esa sensación se le pasó, el *sketch* se acabó, le tocó el turno a un cantante bastante aburrido, y Benjamin se dio cuenta de que, en realidad, sólo era un adolescente corriente, un adolescente corriente de una familia corriente; hasta la cara de su abuelo le parecía corriente, al fin y al cabo; y Benjamin se percató por primera vez de que Lois no se había reído con ellos, y aquella sensación de lucidez cegadora

se desvaneció, y una vez más todo en su vida parecía pesado, complicado e incierto.

Benjamin se despertó, abrió los ojos, y notó cosas raras.

Para empezar, abrir los ojos no había supuesto ninguna diferencia. Seguía sin poder ver nada. En segundo lugar, sentía un dolor atroz. Le dolía la espalda y tenía un calambre en ambas piernas, pero eso no era nada comparado con aquel dolor estremecedor que le latía en las sienes, y que a intervalos regulares se extendía en oleadas de una agudeza sin paliativos, haciendo que sintiera que su cráneo entero estaba metido en un torno de banco que se iba cerrando poco a poco. En tercer lugar, no podía moverse. Su libertad de movimientos estaba constreñida por todas partes, aparentemente por cuatro paredes hechas de alguna clase de madera.

Y por último, lo más raro de todo; tenía algo extraño en la mano. Un objeto sin identificar. Era blando y carnoso y suave, salvo en la protuberancia, donde se volvía más duro y más áspero, pero aun así flexible. Durante los primeros segundos de vigilia no tuvo ni idea de lo que era. Luego, cuando consiguió soltar la mano y empezó a recuperar parte de la sensibilidad de sus dedos, se puso a examinar el objeto con más detenimiento y descubrió que estaba pegado a otros objetos que le resultaban más familiares y reconocibles. Una clavícula humana, por ejemplo, y un hombro y un brazo. Entonces se dio cuenta de lo que era el primer objeto. Era un pecho. ¡Un pecho de mujer!

En ese momento una voz femenina soltó un gemido en la oscuridad, a su lado.

—Ay, mierda...

Se oyó el ruido de una mano tanteando la superficie de la madera, y luego el chirrido de una puerta al abrirse, y entonces apareció un rectángulo de pálida luz naranja. Benjamin vio que se encontraban en el interior de un dormitorio, escasamente iluminado por una farola de la calle, en el que había una cama de matrimonio donde yacían tres cuerpos desnudos enzarzados bajo un montón de abrigos. Aún no había amanecido. Benjamin empezó a recordar dónde estaba. Era el dormitorio de Bill e Irene Anderton. Se habían ido a Málaga de vacaciones de invierno, y Doug, al que habían dejado al cuidado de la casa por primera vez en su vida, aprovechó la oportunidad para dar una fiesta. Pero la situación se les había ido de las manos. Abrieron el bar y se cepillaron todo lo que encontraron. El propio Benjamin se había bebido por lo menos tres cuartas partes de una botella de oporto. De eso sí se acordaba. Y también de charlar con aquella pelirroja tan simpática de pelo corto y cara pálida y pecosa. Le había contado cosas de National Health, y explicado que era el mismo grupo que Hartfield and the North, pero con un bajista distinto. Ella parecía muy interesada en el tema. Demasiado interesada, la verdad. De todos modos, le sorprendió haber dormido con uno de sus pechos en la mano toda la noche. ¿Y qué hacían en el armario de Bill e Irene?

Tras abrir la puerta del armario, la chica pelirroja se puso de rodillas como pudo y

salió de él a gatas. Llevaba un vestido largo azul marino de Laura Ashley, con toda la parte superior arrugada a la altura de la cintura. Una vez se incorporó en el dormitorio, se dio cuenta de que había perdido el sujetador y se puso a buscarlo. Benjamin lo encontró en el suelo del armario (era de encaje blanco) y se lo alargó, con una sensación de galantería y de incomodidad al mismo tiempo. Ella lo cogió como si tal cosa, y se lo puso. Luego se subió la parte de arriba del vestido, y Benjamin también salió a gatas del armario y le ayudó a subirse la cremallera.

—Gracias —dijo ella, la voz ronca por el tabaco y el alcohol. Le señaló la bragueta a Benjamin, que la tenía bajada. Él se la subió—. Venga, vámonos de aquí.

La siguió escaleras abajo hasta la cocina, pisando entre más cuerpos en el descansillo y en el pasillo. Cuando ella encendió la luz de la cocina, se encontraron ante el predecible espectáculo de devastación. Vasos rotos, botellas vacías y comida esparcida por todas partes. La cacerola de fondue de Irene había sido usada a modo de cenicero y desbordaba de colillas de cigarrillo y de pavas de varias decenas de porros.

La chica escrutó su reflejo en la ventana de la cocina e hizo una mueca.

—Tengo que irme a casa —dijo. Luego miró hacia abajo, a la parte frontal de su vestido y exclamó—: Oh, no.

—Ah —dijo Benjamin al percatarse del archipiélago de evidentes manchas blancas—. ¿Qué es eso?

—Pues no creo que sea leche condensada.

Benjamin se quedó pasmado.

—¿Te las he hecho yo?

La chica sonrió por primera vez.

—Con un poquito de ayuda por mi parte. —Se acercó a Benjamin y le acarició el pecho levemente, deslizando un dedo entre los botones de su camisa de estopilla—. ¿No te acuerdas?

De momento el recuerdo era un poco vago, pero se iba haciendo cada vez más claro.

—Sí —contestó él, y besó a la chica en la boca, sintiendo como la lengua de ella se deslizaba entre sus labios y se enroscaba suavemente a la suya.

—Bueno, ¿y cuál es el veredicto? —dijo ella al tiempo que se apartaba y se alisaba el pelo—. No ha estado mal... para un salmonete comatoso, ¿no?

Benjamin se quedó mirándola, atónito. Era muy extraño que dijera aquello, aunque, ahora que lo pensaba, la frase le resultaba vagamente familiar.

—¿Qué dices?

—¿Tienes un peine? —le preguntó ella mientras examinaba de nuevo su reflejo.

—¿Qué acabas de decir?

Ella se volvió y le miró a la cara, con una mirada triunfal pero serena.

—Lo digo porque hace un año —se explicó ella—, cuando actúe en *Otelo*, dijiste que irradiaba «el atractivo erótico y la cruda energía sexual de un salmonete

comatoso». ¿Pero dónde he dejado mi abrigo?

Fue a buscarlo al cuarto de estar. Benjamin la siguió, aterrizado.

—¿Quieres decir que... eres Jennifer? ¿Jennifer Hawkins?

—¿No me has reconocido?

—Sólo te había visto en esa obra.

Ella ya había encontrado su abrigo, un abrigo de piel de imitación hasta la rodilla, que por lo menos ocultaba las manchas más grandes.

—Tengo que irme, de verdad —dijo—. Mis viejos deben de estar que trinan. ¿Y los tuyos, por cierto?

Benjamin no se había parado a pensarlo.

—Les... he dicho que me quedaba en casa de un amigo —dijo, recordando también vagamente haberle contado a su madre algo parecido. Pero, de repente, se le vino a la cabeza un problema mayor. El día siguiente era el primero del trimestre, y se suponía que esa noche tenía que cenar en casa del director con los otros delegados. De momento, lo único que se sentía capaz de hacer era vomitar a gusto un buen rato y luego arrastrarse hasta la cama medio muerto.

—Tengo el coche fuera —dijo Jennifer—. ¿Quieres que te lleve?

—Mmm, no. No, gracias. Puedo ir andando.

—Tú mismo. —Le dio un beso en la mejilla, fugaz pero no sin cierta ternura—. Bueno, ya nos veremos. Eres un tigre. Nunca lo había hecho dentro de un armario.

—Pero..., ¿lo hemos hecho *de verdad*? —dijo Benjamin, horrorizado.

—No te preocupes, no has llegado a conocerme en sentido bíblico —le respondió Jennifer amablemente—. Sólo nos divertimos un poco. Aunque eres todo un artista. Treinta y cuatro segundos, le calculo. El más rápido del Oeste.

Y con ese irónico cumplido se marchó, dejando la puerta principal abierta, y trotando hacia la carretera a la luz azul que precede al amanecer. En Cofton Park, algunos pájaros empezaban a cantar sin mucha confianza. El ruido que hizo el coche de ella al arrancar fue ensordecedor. Benjamin se sujetó la cabeza con las dos manos y supo que no volvería a beber oporto en su vida.

La casa del director estaba en el recinto del colegio, entre los laboratorios de ciencias y el nuevo pabellón de deportes. Benjamin se acercó hasta allí por Bristol Road South y vio que Steve Richards venía en dirección contraria. Eran las siete de la tarde, y se le hacía muy raro ir al colegio, de noche y en vacaciones. El uniforme escolar siempre le había quedado bien a Steve, y esa noche parecía más elegante que nunca, aunque un poco nervioso. Por su parte, Benjamin sabía que él tenía una pinta horrible, pero Steve era demasiado educado como para decírselo. Había pasado la mayor parte del día en la cama, y a las cuatro de la tarde estaba convencido que no iba a poder con esa noche y de que tal vez nunca recuperaría el movimiento de sus piernas. Pero su madre, en silencio y mortificada, le había atiborrado de café solo, y

ahora calculaba que podría sobrevivir si no volvía a tocar el alcohol el resto de la semana.

—¿Jerez, Trotter? —dijo el director, ofreciéndole una copa en cuanto entró por la puerta.

—Eh, mmm... No, gracias.

—Un poco pálido, ¿no?

—Sí, señor, ya lo sé. No he dormido muy bien esta noche. Supongo que con los nervios...

—Me refería a este fino, que es bastante flojito. De todos modos, ahora que lo dices, tu palidez es un poco espectral, incluso para lo blanco que eres tú. ¿Quieres subir y echarte un rato?

—No, gracias, señor. Estoy bien.

—Como quieras, entonces. ¡Hombre, Richards! A ti nadie podría decirte que estás pálido, ¿eh?

Con ésta y otras lindezas el director tuvo entretenidos a sus invitados antes de cenar.

En la larga mesa del comedor, Benjamin se sentó entre Richards y el señor Nuttall, el simpático subdirector que había sido también su tutor el primer año, y con quien siempre se había llevado bien. Además del señor Nuttall, había ocho delegados de un lado de la mesa, y siete de otro. El director estaba sentado a la cabecera, y su esposa, una mujer bastante formidable con el pelo castaño y una permanente exagerada, aparte de un desagradable tic en el ojo derecho, en la otra punta.

—Bueno, Trotter —dijo el señor Nuttall mientras partía el pan—, me alegro de tenerte con nosotros.

—Gracias, señor.

—Sinclair y yo estábamos hablando de la huelga de bomberos. ¿Tú qué opinas?

—Bueno... —Ni que decir tiene que Benjamin no opinaba nada. Sabía que había habido una huelga nacional de bomberos los dos últimos meses, pero nada más—. Me parece que es una pena que a la gente se le incendie la casa, y no haya nadie para apagar el fuego.

—Cierto, Trotter. Pero también debes recordar que el único medio que tiene alguna gente de hacer oír su voz, en el actual sistema político, es negándose a trabajar. Ya sé que te va a sorprender, pero yo soy laborista. De toda la vida. Este país tiene tradición de apoyar a los débiles, y para mí el Partido Laborista es el que mejor encarna esa tradición. Tanto los profesores como los alumnos del King William's somos sólo unos pocos privilegiados, Trotter. Debemos salir de nuestra modorra y defender a los que han tenido menos suerte que nosotros.

Benjamin asintió con ganas, aunque salir de su modorra y levantarse para la bendición de la mesa, que fue lo siguiente que se le pidió, resultó ser un esfuerzo agotador. Luego se desplomó sobre la silla, y gimió por lo bajo cuando contempló el cóctel de gambas que una doncella uniformada le había puesto delante. La mujer del

director oyó el gemido y lo miró con cierto interés. Benjamin notó que lo estaba mirando. Ella guiñó el ojo tres veces seguidas. Era la única persona que no se había dado cuenta de que la mujer del director tenía un desagradable tic en el ojo. Creyó que se lo estaba guiñando. Sin saber qué se suponía que había que hacer, según las normas de etiqueta, cuando la mujer de tu anfitrión se ponía a guiñarte el ojo en la mesa del comedor, le devolvió el guiño. La mujer del director pegó un bote sobre su silla como si la hubiese mordido. Benjamin miró al director, que a su vez lo estaba mirando a él absolutamente perplejo. Se concentró otra vez en su cóctel de gambas, sintiendo que cada vez le provocaba más arcadas.

Mientras tomaban el plato principal habló, sobre todo, con Steve Richards. Nunca habían tenido mucho que decirse, pero Benjamin vio que ahora le iba cogiendo cariño a aquel joven educado, modesto e ingenioso. Empezó a darse cuenta de lo que Cicely podía haber visto en él.

—Cicely y yo... nunca hicimos nada de eso, ¿sabes? —dijo Steve—, de lo que ponía en la revista. Nos pusimos un poco cariñosos en la fiesta, pero nada más. A todo el mundo le pasa lo mismo.

—Pues claro —dijo Benjamin, sentidamente.

—Perdí a mi novia por esa carta que publicaron. Y eso sí que me duele. Sólo llevábamos seis meses saliendo, pero yo creía que teníamos..., ya sabes, algún futuro juntos.

—¿Y tus padres? ¿Lo leyeron?

—Sí, estuvieron bastante enfadados una temporada. Pensaban que los había decepcionado. Pero lo superamos. Esto... —señaló el distintivo de delgado—... les ha dado mucha alegría.

—A los míos también. Es curioso, ¿verdad?, las cosas que les hacen sentirse orgullosos a los padres...

Les habían servido copas de vino tinto francés con su correspondiente tajada de ternera y patatas asadas. Steve le pegó un buen trago. Benjamin ni lo tocó.

—¿Qué vas a hacer cuando acabes, Ben? ¿Intentar ir a Oxford o a Cambridge?

—Eso creo.

—Yo también. Quiero estudiar Físicas en Trinity. Ahí es donde fue Isaac Newton, ¿lo sabías? El señor Nagle cree que puedo conseguirlo. Tengo que sacar sobresaliente en todo, pero él cree que si me esfuerzo de verdad los meses que quedan...

—Espero que toda esta historia de los delegados no nos distraiga demasiado.

—No. No creo. No te preocupes. Hasta un niño podría hacerlo.

La conversación se hizo más entrecortada. Benjamin se puso a hablar muy entusiasmado del *sketch* de Morecambe y Wise, pero se daba cuenta de que Steve no se enteraba. Además le dijo que su familia no veía la televisión en Nochebuena.

—A esos dos casi nunca los he visto.

Después del postre (macedonia de frutas, de la que Benjamin sólo consiguió tomar la mitad) el capitán del colegio, Roger Stewart, se levantó para soltar un

discurso.

—Caballeros —dijo—, han sido elegidos para el más alto honor que el King William's puede ofrecer a sus alumnos mayores. Se les ha elegido por una sola razón: porque, a los ojos del director, el señor Nuttall y otros miembros del profesorado, han obtenido excelentes resultados en sus respectivos campos, ya fuera en los estudios, en gimnasia, en otros deportes, en la Fuerza de Cadetes Asociados, o incluso... —miró a Benjamin... en literatura. Recuerden esto: se les ha elegido por sus méritos. El King William's es una meritocracia, no un bastión de privilegios. Al mismo tiempo, el colegio tiene sus tradiciones, y hay que defenderlas. Se ha hablado en algunos ámbitos de suprimir totalmente la figura del delegado. Esa idea la han puesto en circulación los fracasados, muertos de envidia, y no hay que tenerla en cuenta. El puesto de delegado no es un regalo. Crea un solemne vínculo de deberes para con el colegio. Deben reflexionar sobre eso. Esta noche es una noche de celebración, pero también el momento de que todos meditemos sobre nuestras nuevas responsabilidades.

»Ahora el señor Nuttall va a pasar una botella de oporto Founder's por toda la mesa. Y para conservar una tradición que se remonta al siglo XVIII, confirmaremos nuestra lealtad al King William's, y nos beberemos las copas de un solo trago.

Cuando Benjamin volvió del cuarto de baño, se sentía un poco mejor. Los demás ya se habían levantado de la mesa, y estaban reunidos sin muchas ceremonias en el cuarto de estar del director, tomando café y haciendo bromas. Hizo un esfuerzo desesperado por unirse a ellos. En la mesita de café que tenía ante él, se encontró con lo que parecía una reproducción en plástico a tamaño natural de una mano, que por alguna razón le pareció un objeto de atrezzo del Club de Teatro. Entretuvo un rato a los demás cogiéndola y dejando que se la estrecharan, rascándose la cabeza con ella y usándola para aliviar un supuesto picor en la axila. Sólo cuando pretendía hurgarse la nariz con ella, la mujer del director se inclinó hacia él, se la quitó sin decir palabra, y se la sujetó con gestos hábiles y expertos en el muñón suave y redondeado en el que remataba su brazo. Fue el último en darse cuenta de que sólo tenía una mano.

A solas en la parada del 62, media hora después, Benjamin trataba de quitarse aquel incidente de la cabeza. Se mirara por donde se mirara, el comienzo de su carrera como delegado no había sido todo un éxito que digamos, pero ahora tenía otra cosa en que pensar, algo que, a su manera, era mucho más importante. Arriba, en el cuarto de baño del director, tras vomitar por tercera vez, había tenido una revelación trascendental. Se había dado cuenta de que se había enamorado de Jennifer Hawkins.

A las diez y media de esa noche, Benjamin llamó por teléfono a Doug, quien, a juzgar por su voz, aún se encontraba peor que él. (No iba a ir al colegio al día siguiente, ni tampoco lo que quedaba de semana.) Le pidió el teléfono de Jennifer, y Doug se lo dio sin hacerle ninguna pregunta comprometedor, lo que fue un alivio.

Benjamin la llamó inmediatamente.

—Diga —dijo una voz débil y ronca, después de intercambiar unas palabras con su padre.

—¿Jennifer? Soy yo.

Se produjo una larga pausa al otro extremo de la línea.

—Lo siento... ¿Quién eres?

—Soy yo, Benjamin.

—Ah. —Le llevó unos momentos asimilarlo. Parecía muy pero que muy sorprendida, aunque no descontenta del todo—. Hola, Tigre. ¿Y a qué le debo este placer?

—Pues..., no sé... —Una vez más, aquel maestro de la palabra escrita parecía tener problemas con su equivalente oral. Deseó habérselo pensado mejor antes de llamar—. Es que se me acaba de ocurrir que a lo mejor..., que a lo mejor empezamos algo anoche, y estaría bien ver... ¿hasta dónde podríamos llegar?

Hubo un largo silencio.

—¿Qué quieres decir con eso?

Benjamin no lo sabía.

—¿Me estás pidiendo que salga contigo, Benjamin?

—Pues... sí.

—¿Te parece una buena idea?

Con aquella pregunta no había contado.

—Pues sí, claro. ¿No lo es?

—Mira, lo único que pasó anoche fue que los dos nos emborrachamos y nos metimos un poco de mano. No tienes que invitarme a cenar a la luz de las velas.

—Ya lo sé, Jennifer. —No soportaba aquella manera tan burda de definirlo. Tal vez ella aún no se hubiera dado cuenta, pero había sucedido algo más importante. Algo más significativo—. Pero creo..., creo que deberíamos volver a vernos.

Jennifer suspiró.

—Vale, está bien. Si tú lo dices. ¿Qué tenías pensado?

Por lo menos, para eso sí estaba preparado.

—Hay un ciclo de antiguos cortos surrealistas franceses en el cine de Cannon Hill Park. Están poniendo cosas de René Clair y de Man Ray que casi no se han visto.

—¿Y si vamos a tomar algo a La Parra?

Así que fueron a tomar algo a La Parra.

EL TABLÓN

Jueves, 19 de enero de 1978

CARTAS (PERO NO AL DIRECTOR)

La siguiente misiva —dirigida, al parecer, únicamente a R. J. Culpepper— ha llegado hasta la redacción de El Tablón por vía indirecta. La publicamos sin ningún tipo de corrección ni de comentario, a modo de fascinante introspección en el proceso mental de uno de los alumnos más conocidos del KW's. Muchas gracias al topo anónimo que nos la pasó.

10 de enero de 1978

Querido Ronald:

Espero que ya te hayas recuperado del *shock* de enterarte de que no te habían hecho delegado. Supone, en efecto, una censura espantosa por parte de los bufones que toman estas decisiones y, si he de ser sincero, confirma mis peores sospechas sobre ellos. Ascender de categoría a un mediocre como Richards, sólo como un gesto de liberalismo por el color de su piel, resulta bastante patético. También se podría argumentar que ser rechazado por semejantes cretinos es más bien un halago, pero sé que te costará verlo de esa manera. Debes de tener la aplastante sensación de haber sufrido un tremendo desaire.

En cierto sentido, sin embargo, Anderton y sus chupatintas trotskistas han hecho bien: el puesto de delegado no merece la pena desde numerosos puntos de vista. Un delegado, en realidad, no es más que un lacayo del director. Debes recordar que tú ostentas un cargo mucho más importante como secretario de El Círculo Cerrado.

Sé, por anteriores conversaciones sobre el tema, que estamos de acuerdo acerca del futuro de esta asociación. En vez de seguir siendo un estéril foro de debate sobre esotéricos asuntos académicos, se puede convertir en algo mucho más emocionante: un círculo alternativo de poder para individuos cuidadosamente elegidos y con los mismos criterios. La clase de personas a las que más les preocupa el futuro del King William's, y que entienden mucho mejor como salvaguardarlo que aquellos que oficialmente lo dirigen.

Por darte un ejemplo: sé de muy buena tinta, mi hermano en concreto, que el señor Nuttall simpatiza con el gobierno de Callaghan. ¡Imagínate! ¿Hubo alguna vez una administración más anclada en el pasado, más

desesperadamente a la deriva, más esclava de los caprichos y las exigencias de una facción interesada y militante? (Me refiero a los sindicatos, naturalmente.) Y, sin embargo, ¡ésa es la noción que tiene nuestro subdirector del buen liderazgo! No es de extrañar que el mismo King William's haya caído en la autosuficiencia y la inercia durante estos últimos años.

Los retos que ahora debería afrontar nuestro colegio son, a mi parecer, los siguientes:

1. MODERNIZARSE. Necesitamos mejores laboratorios de ciencias, y mejor aula de música. (Todo eso cuesta mucho dinero, claro, y significa IMPUESTOS a los padres, no más limosnas del gobierno.)

2. ORGANIZARSE. En este momento hay demasiados alumnos, y algunos, sinceramente, no dan la talla. Los requisitos de entrada deben ser más rigurosos.

3. ENGRANDECERSE. La opinión general respecto al King William's es que se trata de un colegio en decadencia. Hay que invertir esta tendencia, y conseguir que Oxford y Cambridge vuelvan a estar pendientes de nosotros. Es una desventaja tener nuestra sede en Birmingham, ciudad a la que el resto del país detesta, y con razón. Hay que dedicar más esfuerzos, por tanto, no sólo a mantener nuestra categoría deportiva y académica, sino a DARLE PUBLICIDAD.

Déjame consignar, de paso, por qué pienso que, entre todas las instituciones colegiales, El Círculo Cerrado se encuentra en la mejor posición para marcar una diferencia en todos esos aspectos cruciales.

1. RESERVA. El Círculo no tiene que dar cuentas a nadie más que a sí mismo. Por consiguiente, puede desarrollar sus puntos de vista con absoluta libertad, sin someterse a la influencia de camarilla o grupo de presión alguno. (Se podría establecer una analogía con la Asociación Nacional para la Libertad, en mi opinión la más importante de las muchas alianzas extraoficiales de derechas que se están creando, y que aúna a la única serie de intelectuales que parecen entender lo grave que es la situación de este país: John Braine, Peregrine Worsthorne, Winston Churchill Jr., etc.)

2. PROTECCIÓN. La otra gran baza de El Círculo es que puede elegir sus miembros no sólo entre los alumnos de los dos últimos cursos sino TAMBIÉN ENTRE EL PROFESORADO. De modo que se puede excluir a las mentes débiles (Nuttall, Serkis, etc.) mientras los espíritus afines (Pyle, Daintry, Spraggon) son captados para nuestra causa.

3. ELITISMO. El Círculo no tiene que escuchar las voces de la chusma. No es un reñidero de gallos como los clubs de debate de pequeños y

mayores. No se pierde el tiempo escuchando a cebollinos y chiflados varios. En esencia es antidemocrático, y ésa es su fuerza. Las ideas y las políticas pueden germinar mucho más rápida y eficazmente en este ambiente favorable. En conclusión, ha sido un honor ser elegido el miembro más joven de El Círculo en toda su historia, y un privilegio ver cómo la asociación empieza a transformarse bajo tu guía. Mi súplica es la siguiente: no pierdas el ímpetu, sólo como resultado de este contratiempo tan pasajero como insignificante. El Círculo Cerrado, y por tanto la totalidad del King William's, sigue viéndote como a un caudillo.

Con mis mejores deseos,
Paul

* * *

Fascinantes palabras, pues, de Trotter Jr. Parece que teníamos razón al advertir a nuestros lectores, hace más de un año (ver ET del 18 de noviembre de 1976), de la retorcida filosofía que animaba a esta organización secreta. Tras ella, es casi un alivio darle de nuevo la bienvenida a uno de los corresponsales habituales más lucidos de El Tablón.

REFLEXIONES SOBRE LA CUESTIÓN DE LOS DELEGADOS

De Arthur Pusey-Hamilton,
Miembro de la Orden del Imperio Británico

Señores:

Me chocó mucho su reciente editorial, titulado «Disolved la Guardia Pretoriana»; y me chocó no tanto por su tesis (que deploro de todo corazón), sino por su referencia al hecho de que los delegados del King William's no llevan porras encima, o al menos (como ustedes mismos decían en un sugerente paréntesis) «de momento».

Bueno, señores, déjenme que les haga la pregunta directamente y del modo más sencillo posible: ¿por qué demonios no? Si, como ustedes dicen, los delegados son el equivalente escolar de una fuerza policial, deberían contar con la dotación necesaria. ¿O es que esos chicos tan valientes no realizan un trabajo peligroso y difícil, vive Dios? ¿Enviarían ustedes a estos hombres a recoger los desperdicios, a enfrentarse a una depravada e ingobernable pandilla de niños de once años, muchos de ellos armados con tirachinas y castañas, y aun así no les permitirían llevar los utensilios más básicos para defenderse? ¡Qué vergüenza, señores! ¡Qué vergüenza!

Y yendo un poco más lejos, me parece que no sólo debería permitírseles

a los delegados llevar armas, sino que habría que animarlos a imitar a la Gran Policía Británica también en otros aspectos.

Pongamos por ejemplo las detenciones que podrían realizar. Está muy bien eso de que los sinvergüenzas tengan que presentarse en el colegio un sábado por la mañana, ¿pero ese mismo castigo no tendría bastante más fuerza si primero se les diese «un buen repaso»? Esa táctica ha obrado milagros, estoy seguro, en la policía de las West Midlands. Desde luego, sería un poderoso elemento disuasorio para cualquier criminal en potencia el saber que, de camino a dirección en compañía de un par de fornidos delegados, ya habría ocasión de tener algún pequeño «accidente» mientras lo escoltaban escaleras abajo.

¿Y qué decir de esos inevitables misterios sin resolver que juegan tan a la contra del normal desenvolvimiento de la vida colegial? ¿El misterio de la medalla de Richards, por ejemplo, o la cabra de Culpepper? Una vez más, los delegados podrían tomar ejemplo del manual de nuestra policía local. ¿Por qué nombrar delegado a alguien con el corpachón de Miller, sino para arrancarles su confesión a un par de sospechosos poco dispuestos a cooperar? ¿Por qué nombrar a alguien con las dotes literarias de Trotter Sr., sino para tergiversar esas confesiones de la manera más convincente? Estos métodos han funcionado con los terroristas que pusieron las bombas en los pubs de Birmingham (o eso me han dicho), así que también pueden funcionar con los delincuentes del colegio, si bien menos importantes, no por ello menos recalcitrantes.

En resumen, señores, «no nos paremos en porras». ¡Escudos antidisturbios! ¡Cascos! ¡Descargas eléctricas! ¡Salas de interrogatorios perfectamente equipadas! Si vamos a tener una fuerza policial escolar, ¡tengamos una de la que podamos sentirnos orgullosos!

Ni que decir tiene que todos estos sentimientos son plenamente compartidos por Gladys, mi adorada esposa, y sólo me resta añadir que seguiré siendo, a no ser que reciban por escrito extensa e inequívoca noticia en contra, su más leal y humilde servidor,

Arthur Pusey-Hamilton,
Miembro de la Orden del Imperio Británico



SELLADO con el antiguo
y noble sello de los
Pusey-Hamilton.

«PILAE AD MUNDUM»

Un lunes por la noche, el último de aquel enero tremendamente frío, Philip dejó el colegio unos minutos más tarde de lo habitual, tras ocuparse de unos asuntos en la sala de redacción. Utilizando, por variar, la entrada sur, percibió en el crepúsculo glacial una figura lejana que estaba recogiendo basura en el cuadrado de asfalto que en la mayoría de los colegios se denominaría patio de recreo, pero que en el King William's, haciendo honor a sus pretensiones de grandeza militar, se llamaba «patio de revista». Philip se acercó un poco más y vio que la figura solitaria era Benjamin.

—Hola —dijo—. ¿Qué coño estás haciendo?

—Recogiendo los desperdicios —le respondió Benjamin secamente—. ¿Me echas una mano?

Philip se puso a ayudarlo a recoger los envoltorios de chocolatinas y los billetes de autobús usados.

—Puede que te parezca una tontería —dijo—, pero creía que lo de recoger los desperdicios consistía en venir aquí con una clase de los pequeños, para ver si se pasaban diez minutos recogiendo basura.

—Y así es —dijo Benjamin.

—Entonces ¿por qué lo estás haciendo tú?

—Pues... —Benjamin se incorporó y se secó la frente. A pesar del frío que hacía, tenía calor y le faltaba el aire de tanto esfuerzo—. Hoy era el primer día, y se suponía que iba a hacerlo con los de primero B (ya sabes, los de once años), así que los traje aquí, les hice formar, y les dije que quería que se dividieran en grupos de cinco y formasen una especie de gran pentágono para peinar el patio de revista en sentido contrario a las agujas del reloj durante cinco minutos, y en el sentido de las agujas otros cinco.

—¿Y qué ha pasado?

—Salieron corriendo por Founders' Drive hacia la parada del autobús. Los veintiséis. —Suspiró desesperado—. No tengo autoridad, Phil. Ni pizca.

—Venga, Kojak. Vámonos a casa.

—No empieces a llamarme Kojak —dijo Benjamin, al tiempo que echaban a andar. Era el nuevo apodo que Doug había acuñado para él. Doug también había desarrollado una costumbre muy molesta; siempre que estaba hablando con Benjamin y veía que algunos chavales más pequeños andaban enredando por allí cerca, le decía: «Cógeles los nombres, Danno», en honor a otra serie de polis americana. De momento, Benjamin no había seguido aquel consejo y, tras tres semanas de delegado, se felicitaba a sí mismo en su fuero interno de no haber impuesto ningún castigo ni hecho ninguna detención. Era su propia forma de resistencia pasiva; un intento de tranquilizar su conciencia por haber aceptado un papel que, en lo más hondo de su corazón, sabía que nunca tenía que haber aceptado.

—No eres el único que tiene problemas, ¿sabes? —dijo Philip, mientras iban pasando por delante de las clases vacías pero fuertemente iluminadas—. En mi casa, las cosas están fatal en este momento.

—¿Y eso?

—Bah, por el gilipollas del Mari Plomo.

Benjamin se quedó horrorizado.

—¿Pero *aún* sigue la cosa? ¿Lo de ése con tu madre? Creía que se había terminado hace años.

—Mi madre no para de dejarlo para volver a empezar, luego volver a dejarlo...

—Deberías decir algo. ¿Cómo puedes soportar ir a sus clases cuando sabes de que va?

—No creo que sepa que lo sé. De todas formas, papá dice que la cosa se va a acabar. Esta vez sí que está furioso.

—Lo siento, Phil —dijo Benjamin—. No lo sabía. —Ahora que ya no formaba parte del equipo de redacción de la revista, y ahora que se cambiaba en el vestuario de delegados, y ahora que se pasaba las comidas en el apartado refugio revestido de roble del Carlton Club, Benjamin sentía que estaba empezando a perder contacto con su amigo. En realidad llevaban todo el trimestre sin hablar—. Oye, ¿sabías que ahora tengo novia?

—Sí, ya lo sabía. Jennifer Hawkins. Me lo contó Doug.

—Anda... —Benjamin se esperaba algo, la enhorabuena, tal vez, una especie de visto bueno.

Pero lo único que dijo Philip fue:

—Me dijo que iba a hablar contigo sobre el tema.

Aquello sonaba muy mal, y Benjamin estuvo dándole vueltas a su posible significado hasta la hora de comer del día siguiente, cuando Doug lo saludó al salir del comedor.

—Philip me dijo que querías hablar conmigo sobre no sé qué.

—Sólo quería darte unos consejitos. ¿Qué haces después del cole?

Benjamin hizo una mueca.

—Es mi semana de recogida de desperdicios. Acabaré sobre las cuatro y media o así.

—Iré a buscarte.

—No te apetecería... —Era tremendamente violento, pero se lo preguntó de todas formas... No te apetecería venir a ayudarme, ¿verdad? Es que esta noche es con los de quinto, y algunos..., bueno, que algunos son más altos que yo.

Doug se echó a reír al oír aquello, pero vio que Benjamin estaba realmente nervioso, y no le sacó toda la punta que habría podido.

—No te preocupes, Kojak. Sólo ver el distintivo de delegado se quedarán aterrorizados. Serán como barro en tus manos.

Le llevó un poco localizar a Benjamin después del colegio. Doug lo encontró, por

fin, con el culo metido en uno de los cubos de basura, las piernas en alto y las manos atadas a la espalda con su corbata de delegado.

—¿Cómo te ha ido? —le preguntó. Tras sacar a Benjamin de allí, deshacer la elaborada serie de nudos marineros y limpiarle el polvo, añadió—: Bueno, ¿qué? ¿Qué tal se lleva lo de ser miembro de las clases dirigentes?

—No se me da nada bien, Doug —dijo Benjamin—. Voy a tener que dimitir.

—No puedes dimitir, hijo mío. Es un cargo vitalicio. —Se rió entre dientes—. La verdad es que eres un caso, Ben. Estaba clarísimo que lo tuyo no es formar parte de las Fuerzas Especiales.

—Bueno, ya me voy dando cuenta, ¿no?

—¿Qué tal lo lleva Steve?

—Mejor que yo —dijo Benjamin, mientras echaban a andar juntos hacia Bristol Road. Veían pasar los autobuses traqueteando en la lejanía, llenos de colegiales. En primer término, los campos de rugby se extendían enormes y fantasmagóricos a la luz mortecina—. Parece que le respetan un poco más. La otra noche estuvimos charlando un buen rato, incluso. Habían venido algunos padres a visitar el colegio, y los dos tuvimos que preparar setenta tazas de café y dejarlo todo limpio. Pero por lo menos pudimos charlar un par de horas.

—Así que entre hacer de doncella para el director y pajearte con Jennifer Hawkins, no creo que te quede tiempo para mucho, ¿no?

—No me pajeo con ella.

Doug pegó un bufido de incredulidad.

—Venga ya, Ben. Todos sabemos lo que pasó en la fiesta. El armario de mis padres ya no me parece el mismo. Cada vez que papá va a coger un par de calcetines, se me vienen unas imágenes a la cabeza...

—Vale, pero eso fue una vez. Desde ésa, no hemos vuelto a hacer nada.

—Pero has salido con ella, ¿no?

—Sí. —Molesto por el tono de constante perplejidad de Doug, Benjamin dijo—: Lo que pasó en ese armario (sí, ya sé que tiene mucha gracia), lo que pasó esa noche fue muy importante para mí. Para los dos. Puede que las circunstancias fueran extrañas, pero fue importante. Fue el principio de algo muy especial.

—No me jodas, Ben, *espabila*. Sólo porque te emborraches en una fiesta con una chica y ella te haga una paja, eso no quiere decir que... estéis prometidos ni nada parecido. Esto no es como una novela de Jane Austen.

Benjamin se quedó mirándolo, enfadado.

—Debes de haber leído otras novelas de Jane Austen distintas a las mías. No recuerdo ninguna escena así.

—Sabes perfectamente lo que quiero decir. Tú y Jennifer no pegáis ni con cola. —Se detuvo y se volvió hacia Benjamin, con un tono más perentorio—. Mira, te voy a decir un par de cosas. ¿Te acuerdas de aquella vez que fui a Londres a ver a la gente del *NME*? La vez que quería que vinieras conmigo, y tú no quisiste. Pues allí conocí a

a una chica. Era mecanógrafa o algo así, y trabajaba para *Caballos y Sabuesos*. Fuimos a ver tocar a The Clash en Fulham y después a su casa, y el resto de la noche, te lo juro, Ben... —su voz se convirtió en un susurro—... nos lo pasamos follando como locos. Lo hicimos de todas las maneras, hicimos cosas increíbles. Y eso hace que tus treinta segundos con Jennifer me parezcan una tontería.

—Fueron cuarenta segundos, por cierto.

—Lo que fuera... El caso es que no la he vuelto a ver. Ni siquiera nos molestamos en darnos los teléfonos ni nada. Fue una noche de sexo maravillosa, y si te he visto no me acuerdo.

Benjamin lo pensó un momento, y luego siguió andando.

—Bueno, es una historia muy bonita, Doug, una anécdota muy conmovedora. Digna de Romeo y Julieta. Un Troilo y Cresida de los setenta. Pero algunos enfocamos estas cosas de otra manera.

—Está bien —dijo Doug, mientras corría para alcanzarlo—. Te voy a contar otra cosa. Y ésta sí que es importante. Tienes diecisiete tacos y vas a conocer cientos de mujeres en los próximos años. Si te vas a colar por alguien de esta puta ciudad, por lo menos elige a la persona indicada, y aquí sólo hay un par de chicas que merezcan la pena.

—No me digas... ¿Y quiénes serán?

—Claire y Cicely, evidentemente.

Benjamin aminoró la marcha y después se paró de golpe. Habían llegado hasta las verjas que daban a la carretera principal, ante la entrada del pabellón de deportes. La sala de recreo del último curso estaba en el piso más alto (refugio de los cincuenta chicos, más o menos, que no habían sido elegidos como miembros del Carlton Club), y la luz de sus ventanas se derramaba sobre el macadán a su alrededor, arrojando largas sombras deformes. De repente, a Benjamin le pareció que aquél era otro de aquellos momentos decisivos que había aprendido a reconocer: sobrenatural, cargado de significado. Un momento en el que debía tomar una decisión crucial.

—¿Claire y Cicely?

—Ya sé que nunca has tenido tiempo para Claire. No sé por qué, a mí me parece una tía estupenda. Siempre me lo ha parecido. Pero tratamos de salir juntos y la cosa no funcionó, así que... qué le vamos a hacer. No estaría escrito. Y en cuanto a Cicely, no es mi tipo, la verdad, pero...

—¿Pero qué?

—Que es el *tuyo*, ¿no? Es la chica ideal para ti. Sois el uno para el otro. Dios mío, Benjamin, eres la única persona que ha sido capaz de meterle un poco de sensatez en la cabeza. De hecho, te adora. Bebe tus palabras. Si alguna vez hubo dos personas hechas la una para la otra, ésas sois tú y Cicely, y que a una se la folle un tío casado y que el otro pretenda tener una relación profunda e interesante con Jennifer Hawkins... es para que a uno le dé un ataque.

Benjamin se quedó callado un buen rato. Miraba al suelo, trazando figuras

sombrías con el pie, mientras su bolsa de Cyclops Records se balanceaba ligeramente en el aire.

—Mañana es el cumpleaños de Jennifer —dijo por fin—. No voy a romper con ella el día de su cumpleaños.

—Puedes romper con ella cuando te dé la gana —dijo Doug. Pero entonces se dio cuenta de lo que siempre había sabido: que Benjamin era un caso perdido, y que estaba malgastando saliva—. ¿Qué le has comprado?

—Un disco —dijo Benjamin.

—No le va a gustar nada —dijo Doug echando a andar—. No me digas de quién es, no necesito saberlo. Sólo sé que no le va a gustar nada.

—Mmm, qué bonito —dijo Jennifer al tiempo que arrancaba el envoltorio—. Qué regalo más raro.

Benjamin le había comprado *Voices and Instruments*, uno de los nuevos lanzamientos de la casa discográfica de Brian Eno, *Obscure Records*. Una de las caras consistía en algunos poemas de E.E. Cummings musicados por John Cage, cantados por Robert Wyatt y Carla Bley. En la otra, un músico de Birmingham, Jan Steele, había hecho algunas versiones minimalistas de textos de James Joyce.

—Sé que dijiste que querías el disco de Evita —dijo Benjamin—, pero no lo dirías en serio, ¿no?

—Éste es mucho mejor —dijo Jennifer.

Para celebrar su cumpleaños fueron a ver *La guerra de las galaxias*, que acababan de estrenar en la Odeon New Street. Lo decidió Jennifer. Se sentaron en la penúltima fila y esperaron con paciencia a que pasaran los primeros diez minutos de tráilers y anuncios locales, luego se dieron por vencidos y se dedicaron a morrearse.

—«Delegado del King William's envuelto en escándalo público» —dijo una voz tras ellos.

Benjamin se volvió y vio que estaba sentado delante de Ives, el impertinente chaval de rizos rubios de segundo, al que había conocido cuando estaba con Harding en el Gerald Hill Studio.

—¿Qué haces aquí? —le dijo—. ¿No tienes deberes?

—Cállate la boca o me chivaré al dire.

Después del cine, fueron al *fish and chips* de Hill Street y se pusieron a hablar de la película. Benjamin decía que era toda «ruido y furia» sin ningún significado. Jennifer dijo que era la mejor película que había visto en su vida. Consintieron en discrepar.

Se despidieron en las paradas de autobús de Navigation Street con un beso ambiguo, demasiado largo para ser de cortesía y demasiado breve para ser apasionado. Jennifer besaba muy bien, pero las palabras de Doug ya habían adquirido un tinte mágico, y Benjamin se encontró preguntándose, de camino a casa, si alguna

vez volvería a vislumbrar los pechos que había agarrado sin darse cuenta en aquellas oscuras y somnolientas horas hacía tres semanas.

Ella ya no lo llamaba «Tigre» tampoco. Y eso no era buena señal.

*es usted la personificación misma de la oblicuidad narcisista
 su altivez y culpabilidad superan con creces mi legítima
 paciencia
 aborrezco y denigro su arrogante carnalidad
 su estratagema consistió sencillamente en hipnotizarla con su
 meticulosidad y diletantismo
 es usted un marasmo sifilítico, leucodermatoso, febril, pirético
 y fistular*

Bill agarró con fuerza su taza de café y miró alrededor. El decorado era austero, majestuoso, estaba diseñado para intimidar. Las paredes revestidas de madera de roble del hotel le recordaban un club; muy bien podrían haberle traído incluso a la cabeza la estancia del Carlton Club del King William's, si la hubiera visto alguna vez. El mensaje que enviaban a sus visitantes era el mismo: no juegues con nosotros; llevamos aquí mucho tiempo; aquí se han tomado decisiones; las conversaciones de los influyentes y los elegidos han resonado en estas paredes. Puede que te quedes un rato, pero te irás enseguida. Tú no eres de aquí.

*pecaminoso
 escrofuloso
 oscurantista
 charlatanismo
 untuosidad
 pinguosidad
 mofa
 decrépito
 supurar
 improbidad
 fustigar
 compurgación
 escorbútico
 malignidad*

Había como veinticinco personas tomando café en el cuarto de atrás. Fuera, en la sala de conferencias, había otras setecientas esperando a que les dirigiera la palabra el

nuevo presidente de la British Leyland, Michael Edwardes. El público lo integraban muchos funcionarios de los sindicatos nacionales, así como representantes sindicales de la Leyland. A los veinticinco del cuarto de atrás se les consideraba los más influyentes. El propio Michael Edwardes se encontraba allí, nervioso pero decidido.

Bill debería haber estado hablando con sus colegas, preparándose para el discurso que les aguardaba, que seguro que era importante. Edwardes les hablaría a los empleados sobre el estado de la compañía tal como él la veía, explicaría las decisiones que él y su consejo de administración habían estado tomando, en privado, durante las últimas semanas. Tenía que producirse algún despido. Bill debería haberse concentrado en esas cosas, pero en cambio esa mañana era presa del abatimiento. Veía su propia derrota, y la victoria de Edwardes, como algo inevitable. Y pensaba en una conversación que había sostenido el día anterior. Un trabajador paquistaní, Zulfiqar Rashid, había ido a preguntarle sobre la entrevista que Margaret Thatcher había concedido a la televisión un par de noches antes (la noche de la primera recogida fallida de desperdicios de Benjamin). ¿Qué había querido decir, quería saber Zulfiqar, cuando afirmó que los ingleses empezaban a sentirse «bastante abrumados» por otras culturas? ¿Se iba a frenar la inmigración bajo un gobierno conservador? Su mujer y sus tres hijos seguían en Lahore. Estaban planeando venir y reunirse con él en Birmingham al cabo de dos o tres años. ¿Eso ya no sería posible si la señora Thatcher se convertía en primera ministra? ¿A su mujer y a sus hijos (y a su propia pericia, ya puestos) se les quería en Inglaterra o no?

«No tienes por qué preocuparte», le había dicho Bill. «Volverá a salir elegido el Partido Laborista, ya verás.» Pero sabía que estaba mintiendo.

Sam levantó el auricular para marcar. Barbara había salido de compras, y estaba solo en casa. Eran las once menos diez. Sabía que esa era la hora del recreo matinal en el King William's. Sabía que, durante los veinte minutos siguientes, los profesores estarían descansando y tomando café en su sala.

Consultó la lista de frases que había estado haciendo las tres últimas noches.

*su despreciable e inflexible lealtad a las malas artes gemelas del
sensualismo y la disipación sólo aviva mi más profunda,
subrepticia y batipelágica inculpación*

Marcó el número del colegio y escuchó el tono. La secretaria del director cogió el teléfono y él pidió que le pusieran directamente con el señor Miles Plumb.

*cuota de mercado
gastos extraordinarios*

*escasa productividad
exceso de personal
gestión eficiente
estrategia productiva
plan corporativo
asambleas directivas
desbordamiento
reducida escala de operaciones
dinosaurio
reducción de plantilla*

Sam oía el murmullo de las conversaciones en la sala de profesores, el tintineo de las tazas, el chirrido de las sillas. La voz había dicho: «Voy a buscarlo», sin dar más explicaciones de cuánto podría tardar. Los segundos pasaban. Llevaba esperando por lo menos minuto y medio.

*su despreocupada lascivia raya en la ninfomanía
es usted un gallina temerario, un repelente cretino, un zoquete
excéntrico y un marica de redomada perversidad*

Las palabras empezaban a bailotear y emborronarse ante sus ojos. Aquellas frases que le habían parecido tan impresionantes cuando las había pronunciado a solas, en la penumbra del cuarto de estar a las dos de la mañana, ahora le resultaban forzadas y poco apropiadas. No tenía ni idea de lo que significaban algunas. Y, sin embargo, debía enfrentarse a aquel hombre en su propio terreno. Tenía que emplear las mismas armas que Miles había utilizado para apartar a Barbara de él.

Oyó unos pasos que se aproximaban al otro lado de la línea.

*ha llegado el momento en que, sencillamente, tenemos que
enfrentarnos a la situación*

El ambiente en la sala era sombrío, cortés, casi fúnebre.

*habrá que tomar decisiones difíciles que, desde luego, no le
gustarán a todo el mundo*

Bill era una de las pocas personas en la sala que sabían cuánto se jugaban esa mañana. Lo que estaban escuchando no era una mera declaración de principios. Poco antes de salir al estrado, Michael Edwardes había anunciado a los delegados que se encontraban en el cuarto de atrás que pediría un voto de confianza al final de su discurso. Iba a exponer su tesis envuelta en aquellos términos de sensatez angustiada, y luego pedir que se la ratificara, tras dejarles sólo unos minutos a los representantes sindicales, cogidos desprevenidos, para que presentaran sus argumentos en contra. Estaban siendo astutamente manipulados.

un penoso pero necesario proceso de reducción de plantilla

¿Penoso para quién?

del orden de doce mil quinientos puestos de trabajo

Bill se tensó en su asiento, esperando un alboroto. Oyó cómo un par de personas aspiraban profundamente, pero eso fue todo. Sus «hermanos» se quedaron callados. Dos filas más atrás, Colin Trotter asentía con melancólica resignación. Veía la lógica de todo aquello. Bill también le veía la lógica, pero la odiaba, la odiaba con el rencor apasionado que, en su día, le había servido de motor, pero que hoy simplemente parecía aplastarlo y agotarlo. Miró de reojo a Derek Robinson e intercambiaron una larga mirada de desaliento.

—¿Sí? —dijo la voz del teléfono.

Así que había llegado por fin el esperado momento de la confrontación.

*libertino sibarita
vil subterfugio
abominable tenorio
odioso embrollo
cabrón nictálope*

—¿Es usted el señor Plumb?

—Sí.

—Soy Sam Chase, el marido de Barbara.

*santurrón
amanerado
desviacionista
tergiversador
profiláctico
febrífugo
incandescencia
crucifixión
trapacería
apoplejía
embustes*

Se produjo un largo silencio. Parecía que ninguno de los dos hombres tenía nada que decirle al otro. Sam trató de articular las palabras, pero no podía. Más de un año de frustración y resentimiento bullía en su interior, pero no había forma de expresarlo. Ya no podía más.

—¿Tiene algo que decirme? —preguntó el señor Plumb—. ¿Pretende que tomemos parte en una especie de coloquio?

Furioso con su rival, pero aún más consigo mismo, Sam estrujó las hojas de papel, cerró muy fuerte los ojos e, instintivamente, sin pensarlo, hizo la pederreta más larga y más sonora de toda su vida.

Más tarde debió admitir, tras pensarlo fríamente, que no había sido el mejor momento de su vida. Aquello no era propio de un hombre maduro y con control sobre sí mismo. Pero pareció funcionar. Después de una pausa de pura perplejidad, se había cortado de golpe la comunicación, y ni él ni Barbara volvieron a saber nada del Mari Plomo.

Los delegados fueron saliendo de la sala de conferencias hacia los jardines del hotel y aquel sol de febrero. Una multitud de periodistas los aguardaba y rodearon a Michael Edwardes rápidamente. Él estaba agotado pero radiante. Su discurso había sido un éxito. Su tesis había ganado por goleada. La asamblea había aprobado sus propuestas por setecientos quince votos contra cinco. Unos cuantos «militantes extremistas» trataron de oponerse, pero todos hicieron oídos sordos. La remodelación de la British Leyland estaba en marcha.

Bill se sentó en un trozo aún caliente de un murete y se quedó mirando el jardín ornamental. Oyó pasos aproximándose por la gravilla y levantó la vista para toparse con su amigo y colega Derek Robinson de pie ante él.

—Tenemos que oponernos, Bill —dijo el hombre que pronto (muy pronto) sería demonizado en los periódicos como «Robbo el Rojo», y luego despedido por Michael Edwardes por intentar orquestar una campaña de protestas contra su plan de despidos—. Tenemos que oponernos con todas nuestras fuerzas.

—Pues claro —dijo Bill.

Derek le echó una penetrante mirada de preocupación y dijo:

—No pierdas la fe, Bill —antes de alejarse.

Les estaba esperando un autocar para llevarlos de vuelta a Longbridge. Bill se acercó a ver si Sam Chase era el conductor. Le habría gustado charlar con Sam. Pero era otra persona.

—Puede marcharse —le dijo al conductor—. Creo que me voy a quedar un rato por aquí.

La multitud se estaba dispersando. A Michael Edwardes se lo habían llevado rápidamente en un coche con chófer, y los periodistas le habían seguido. Bill fue paseando hasta el lóbrego interior del hotel y se quedó mirando a su alrededor, sin saber qué hacer. Colin Trotter y un grupo de directivos de segunda fila bebían jarras de cerveza y gintónics en una mesa de una esquina del bar. Una vez más, el oscuro revestimiento de madera y el aire de alegre complicidad que emanaba de aquellos hombres hizo que Bill pensara en un club, en un club sólo para caballeros. El tipo de

club para formar parte del cual tenías que ser elegido sin que nadie te dijese nunca los requisitos necesarios, sin que nadie te explicara por qué unos sí y otros no. ¿Y cómo se le podría llamar? ¿El Club de los Amos? ¿El Club de los Sinvergüenzas? ¿El Club de los Mentirosos?

Doce mil despidos. Un proceso penoso pero necesario. Casi se compadecía de los directivos por su cargo de conciencia, sus largas y estresantes reuniones, la angustia tan bien retribuida de la toma de decisiones de los ejecutivos, pero también pensaba en las semanas y meses y tal vez vidas de privaciones y desesperación que miles de sus hombres deberían afrontar en aquella época amarga, esclava del mercado, que se les echaba encima. ¿Había algo que él pudiera hacer, ahora que todos habían pasado por el aro como niños confiados y votado en contra de su propio sustento? Ciertamente que había habido muchos días, días buenos, y no hacía tanto tiempo, en que creyó que se podría ganar aquella batalla; pero los setenta tocaban a su fin y él se estaba haciendo mayor, y sabía que esos días nunca volverían, igual que no volverían aquellos días de placer ardiente y secreto con Miriam Newman, igual que tampoco volvería nunca la propia Miriam de entre los muertos.

Exeter, 14 de octubre de 1981

Querida Chiara (como tengo que aprender a llamarte):

Aquí hace un día gris y asqueroso. El viento que viene del mar no para de aullar. Es increíble que pueda llegar hasta el campus y hacer que el aire se vuelva húmedo y salino. Estoy sentada en la biblioteca (creo que soy la única, por lo que puedo ver desde aquí) viendo cómo los goterones de humedad bajan corriendo, o mejor dicho, haciendo esos, por los cristales de las ventanas. Tengo una antología de respetables estudios críticos sobre la poesía del siglo XVIII abierta sobre mi escritorio, además de unos cuantos ejemplares de Pope y Gray, todos sin leer. ¿Dónde estarán los demás? ¿Me estaré perdiendo alguna conferencia importantísima o algo? De todas formas, prefiero mil veces estar escribiéndote que pensando en pareados antiguos y aburridos.

¿Qué tal el otoño en Mantua? Maravilloso, seguro. Tengo una imagen muy clara de ti en tu nueva vida. Estás sentada en un café de alguna piazza, debajo de una columnata, tomándote un capuccino. Las hojas del otoño aletean sobre las losas. Una mujer mayor vestida de negro empuja su bicicleta por la plaza, con la cesta llena de pan y tomates, queso y leche. Y hay un montón de chicos italianos morenos y guapos apiñados en torno a sus motos en una esquina, que están mirando a esa estudiante bella y enigmática que acaba de llegar de Inglaterra, y están hablando de ella y discutiendo sobre quién le va a decir algo primero. Y entonces suena la campana del campanile y... Vale, la cosa no es así para nada, simplemente estoy añadiendo un cliché tras otro, pero puedo permitirme mis pequeñas fantasías, ¿no?, en esta triste mañana de Devon.

Por cierto, ¿tienes pensado volver a ser la sencilla Claire de siempre cuando vuelvas a Inglaterra? Pero no, tú sencilla nunca.

Bueno, el caso es que Philip va a ir a verte dentro de unas semanas. Por lo visto, hemos conseguido sorprendernos mutuamente anunciándonos las próximas visitas que vamos a recibir. ¿Pero tú y Philip...? No paro de asombrarme. Sí, claro, ya sé que no hay nada, es un amigo y va a pasar unos días contigo en Italia, ¿algún problema? Pero había algo en tu manera de decírmelo en la carta... De todas formas, lo pasaréis muy bien, estoy segura. Él es encantador, se enrolla muy bien, etc. Siempre lo he pensado. De todos los que trabajábamos en la revista en aquella época, seguramente era el más encantador y el menos complicado, ¿no estás de acuerdo?

Algo que no se puede decir de Benjamin.

La verdad es que también me sorprende que venga a verme, aunque sea en un puente. Creía que se habría hartado después de dos años de no parar de invitarme a

salir con él. Y ahora que por fin va a pasar, estoy muy nerviosa. Quiero decir... ¿Benjamin? ¿Durante dos días y medio? ¿De qué vamos a hablar? ¿De qué hablarías con Benjamin durante dos horas y media o, ya puestos, dos minutos y medio? ¿Podré soportar todo un fin de semana de esos silencios tan largos y misteriosos, ese pasarse una eternidad entera mirando por la ventana mientras se come el coco para encontrar le mot juste con el que contestar a tu última pregunta, que seguramente era algo del tipo «¿Te apetece una taza de té?»

Sí, ya sé que estoy siendo injusta, terriblemente injusta. Todos le teníamos cariño a Benjamin. Tú especialmente, lo sé. Y puede que Oxford le haya hecho abrirse mucho (¡ja!, más bien hay pocas probabilidades). Pero, para dejar de hacerme la graciosa un rato, supongo que tenía sus razones para estar siempre tan triste y pensativo. De hecho, sé que las tenía. Benjamin tenía una parte oculta, por si quieres saberlo. Una vez la entreví un momento.

La verdad es que nunca le he contado esta historia a nadie, pero bueno, son las diez y media de la mañana, todos mis amigos se han ido a no sé dónde sin mí, la biblioteca está desierta y tengo todo un taco de folios din A4 esperando que los llene. Y ya puesta a contárselo a alguien alguna vez, te lo voy a contar a ti ahora mismo.

En realidad, es una cosa bastante horrible. Y es más sobre su hermana, Lois, que sobre el propio Benjamin. Aunque al final ésa es la parte donde salgo yo.

Fue hace..., ¡cielos!, tres años y medio. ¡Cómo ha empezado a escurrírsenos el tiempo de los dedos! En febrero de 1978 si mal no recuerdo. Justo después de que él empezara aquella historia que le convenía tan poco con Jennifer Hawkins. Cuanto menos diga sobre ese tema, mejor.

¿Te acuerdas del señor Tillotson y el Paseo Optativo? No creo que fueras nunca. Empezó como una cosa del colegio de chicos, una especie de alternativa para los flemillas sin remedio, pero entonces se nos permitió a algunas chicas sumarnos al grupo, y la cosa tuvo mucho más éxito, como ya te puedes imaginar. Allí pasaba de todo, pero eso es otra historia. La gracia estaba en que nos perdíamos todas las semanas, y como todo lo que de veras tiene gracia, era de verdad; el señor Tillotson era un encanto, pero era incapaz de leer un mapa aunque lo fusilaran. Después de unas cuantas veces, empezó a picarnos la curiosidad de cuánto tardaríamos en perdernos y por cuánto tiempo, y algunos hasta hacían apuestas. Así la cosa todavía tenía más gracia.

Creo que hay un montón de trozos bonitos de campo alrededor de Birmingham, diga lo que diga la gente, pero después de unos cuantos meses conseguimos agotarlos, y entonces, una semana, el señor T tuvo una idea luminosa y decidió que iba a llevarnos a dar una vuelta por los canales abandonados. La mayoría ni siquiera sabíamos que había toda una serie de canales en la ciudad, pero estábamos equivocados; hay miles y miles de canales, de hecho, todos abandonados, todos sustituidos por autopistas, claro. Debo decir que era muy pintoresco, una visión de la ciudad que no se suele tener, la parte de atrás de decenas de fábricas y almacenes

abandonados, todos con las ventanas rajadas y con espacios solitarios que te ponían los pelos de punta. Aparte de eso, era el sitio ideal para perderse.

Benjamin y yo conseguimos separarnos de los demás, y al poco rato empezó a hacerse de noche y la verdad es que empezamos a asustarnos un poco. No teníamos ni idea de por dónde andaban los demás, pero nos pareció que lo mejor sería quedarnos exactamente donde estábamos, por lo menos un rato, y esperar a que pasara alguien por allí, en vez de ponernos a dar vueltas en otra dirección y perdernos aún más.

Así que nos sentamos y nos pusimos a hablar.

Benjamin hizo no sé qué comentario sobre los canales, y recuerdo que por ahí empezó la cosa. Dijo que, por lo visto (o eso era al menos lo que le había contado el señor Tillotson), Birmingham tenía muchos más kilómetros de canales que Venecia. Suena rarísimo, ¿verdad?; a lo mejor un día puedes ir a echar un vistazo y ponerte a medir un poco para decirme qué opinas. El caso es que yo le contesté algo como: «Qué bien, pero por lo menos cuando te das una vuelta por los canales de Venecia puedes ver todos esos palazzos y esas iglesias tan bonitas.» Y entonces Benjamin dijo una cosa muy rara; dijo que le molestaba que la gente hiciera ese tipo de comparaciones, y que lo importante de una iglesia no era su aspecto exterior, sino la clase de culto que tenía lugar en su interior, la sinceridad (o algo así) del sentimiento religioso, y dijo que en ese sentido las iglesias de Birmingham eran tan impresionantes como las de Venecia o las de cualquier otro sitio.

Me pareció que lo decía con un apasionamiento asombroso y sin venir mucho a cuento, así que le dije: «Pero tú no eres creyente, ¿no?, Benjamin», y él me contestó: «Sí que lo soy», y cuando le pregunté por qué no me lo había dicho antes, me dijo que llevaba mucho tiempo queriendo hablar conmigo de eso pero que nunca había surgido el momento, y que nunca había entrado en la Asociación Cristiana porque creía que la fe era una cosa privada y que se sentía incómodo si la compartía con otras personas.

A que te ha sorprendido, ¿verdad? Y me atrevería a decir que no te alegra mucho la cosa. Sé que siempre has detestado cualquier tipo de religión y nunca te he dicho nada sobre el tema, pero por carta sí te lo puedo decir; puedo decirte que estás equivocada, Claire, y que sé por qué sientes lo que sientes, pero el tipo de religión que practican tus padres no tiene nada que ver con el Cristianismo Verdadero, no es más que una perversión de la Fe, si quieres saber mi opinión. El Verdadero Cristianismo tiene que ver con el amor y la compasión y entender a la gente y ser tolerante y no condenar a nadie cuando comete errores y no tiene nada de siniestro, nada de sospechoso. Pero no, no me voy a poner en plan misionera contigo, sólo quería que vieras por qué existe cierta especie de complicidad, cierta especie de conexión entre Benjamin y yo, por distintos que seamos aparentemente.

Le pregunté que cuándo había encontrado a Dios y me lo contó, pero tampoco entró en detalles. Me dijo que cuando era más pequeño, cuando tenía trece o catorce

años, se había visto en una especie de aprieto y se puso a rezar y, para su sorpresa, sus plegarias fueron atendidas. ¡En aquel mismo momento! Me dijo que había sido una especie de milagro, pero nunca me contó exactamente qué fue lo que pasó. Dijo que era un secreto entre él y Dios y que nunca se lo había contado a nadie, ni siquiera a Philip. Y luego dijo, ah, se lo conté a una persona una vez, pero fue a Lois. Se lo conté cuando estaba muy enferma porque pensé que a lo mejor la hacía sentirse mejor.

Así que nos pusimos a hablar de Lois. Empezó a contarme qué era lo que realmente le había pasado aquella noche, y nunca se me ha olvidado ni una palabra.

Supongo que de lo que me enteré fue de lo mismo que sabías tú y que sabía todo el mundo. Había ido al pub con su novio el día que estalló la bomba, y él se murió y ella no. Aunque sufrió heridas muy graves en una pierna, y después se pasó meses andando con soportes de esos metálicos con correas. Y también tenía quemaduras. La verdad es que tuvo mucha suerte, desde ese punto de vista, pero el daño principal fue psicológico y nadie sabe realmente lo profundas que son ese tipo de heridas ni cuánto pueden durar. A veces no curan nunca. Pasó una temporada muy larga en shock total y luego pareció que se ponía bien durante un tiempo, pero volvía a recaer y cada vez las recaídas eran peores, hasta que cayó en una depresión absoluta y tuvo que estar internada mucho tiempo. Eso fue como dos años después de que pasara, creo. Que yo sepa, aquello duró unos meses y luego volvió a casa, pero la familia siempre debía tener mucho cuidado con no hacer algo que la alterara. Recuerdo que Philip me contó una vez una cosa sobre este tema, un pequeño detalle que Benjamin le había confiado un día. Le dijo que en el momento que estalló la bomba en la gramola estaba sonando «I Get a Kick Out of You» (conocerás esa canción de Cole Porter, ¿no?), y siempre tenían que andarse con mucho ojo para que ella no escuchara esa canción, porque entraba en crisis y se echaba a llorar como una loca. Era como vivir continuamente sobre el filo de la navaja.

Sin embargo, fue mientras Lois estaba en el hospital cuando Benjamin y ella se hicieron íntimos. Él solía ir a verla los fines de semana para llevarla a dar unos largos paseos por la montaña. No sé si sus padres iban mucho a verla, o Paul, ya que estamos (supongo que Paul nunca, no me sorprendería nada tratándose de ese monstruito), pero fue con Benjamin con quien ella empezó a intimar. Empezaron a llamarse a sí mismos El Club de los Canallas por un disco que les gustaba a los dos (¿recuerdas que en el colegio la gente solía llamarlos Los Canallas?) y Benjamin le contaba todo lo que hubiera pasado en el colegio esa semana porque no se le ocurría otra cosa de que hablar con ella, y siempre se preguntaba si ella se enteraba de algo o no, porque la mayoría de las veces no le contestaba, ni tampoco hablaba con nadie, pero esa tarde en el canal me dijo que ella se acordaba de todo, de hasta el más mínimo detalle, se acordaba perfectamente de todas sus historias y acabó sabiendo más cosas de su época colegial que él mismo. Qué irónico. Así que entonces fue cuando le contó lo de aquel milagro tan misterioso. Y poco a poco ella también fue

contándole cosas, empezó a hablar otra vez, y así fue como él se enteró de la historia de la bomba y de lo que le pasó a su novio.

Supongo que también es otra especie de milagro que Lois pudiese pasar por una experiencia como ésta y que una de las consecuencias fuera que se acercara más a su hermano. Ves como Dios siempre se asegura de que salga algo bueno de cualquier experiencia... Pero no voy a soltarle el rollo.

El novio de Lois se llamaba Malcolm, y ella estaba completa y profundamente enamorada de él, y esa noche que fueron al pub no era una fecha corriente. Benjamin sabía lo que iba a pasar, porque Malcolm se lo había dicho, pero Lois no lo sabía. Era una sorpresa. Malcolm le había comprado un anillo y pensaba pedirle que se casaran.

Es curioso que mientras te escribo esto se me vengan dos imágenes a la cabeza. Una es la de Malcolm y Lois sentados juntos en el pub, pero la otra, la que tengo siempre más en mente, es la de Benjamin y yo mientras estábamos allí sentados a oscuras, junto a aquel canal tan frío, con unas cuantas luces empezando a encenderse en algunas de las fábricas y reflejándose en las ondas del agua. Sólo unas pocas, como ya te he dicho, porque estaba todo muy tranquilo, era casi fantasmal, en aquella parte olvidada de Birmingham a la que ya no iba nadie. Sólo nosotros ese día. Y más bien por pura casualidad.

«¿Y llegó a pedírselo?», le pregunté, animándole a que acabase de contarme la historia, porque Benjamin se estaba quedando muy callado. Hablaba cada vez más despacio y empezaba a temblar.

«No», me contestó. «No, no le dio tiempo. Iba a hacerlo pero...»

Su voz se perdió, y yo puse mi brazo sobre el suyo. Había que echarle valor, pero ni lo pensé. Es esa clase de persona a la que no te atreves a tocar, de esos a los que no les gusta mucho el contacto físico.

«Ya ves...», continuó, después de lo que me parecieron siglos. «Fue en ese momento cuando pasó.»

Y luego dijo: «Lois no recuerda nada de lo que pasó justo después. No recuerda haber sentido ningún dolor. Todo se quedó completamente a oscuras y debía de haber gritos por todas partes y debió de pasar un rato hasta que pudo ver algo. Y después, lo único que recuerda... es haber mirado hacia abajo... y ver a Malcolm.»

«¿Dónde estaba?», le pregunté, y Benjamin me dijo: «Lo tenía en sus brazos.»

Ya sé lo que pensarás cuando leas eso; lo mismo que pensé yo cuando lo oí. Pensé (menuda estupidez, pero lo pensé de todas formas), bueno, qué imagen más romántica. Los dos amantes. Él sobre el regazo de ella. Ella lo acuna mientras él se muere. Puede que se susurraran algo. Benjamin me dijo que también era lo que él había pensado cuando Lois se lo contó por primera vez. Pero no.

«No lo estaba sosteniendo a él», me dijo. «No estaba sosteniendo a Malcolm. No estaba todo su cuerpo.»

«Sólo su cabeza.»

Y mientras yo trataba de asimilar aquello, él consiguió decirme algo más: «Una bomba... Una bomba puede destrozarse completamente un cuerpo humano... No lo sabes tú bien... Había gente por allí que...»

Y ya no dijo nada más. Se echó a llorar. Y yo lo rodeé con mis brazos y él estuvo llorando allí acurrucado no sé cuánto tiempo, con aquellos sollozos tan profundos, los dos allí solos, en aquel sitio tan raro y tan solitario... aquel sitio tan raro y tan solitario en donde nos encontrábamos (o mejor dicho, nos habíamos perdido) aquella tarde tan fría que nunca olvidaré.

Que no olvidaré mientras viva.

A qué cosas tienen que sobrevivir algunas personas...

Así que ya te he contado la historia de Benjamin, de Lois y de Malcolm. Y me pregunto en dónde estarás sentada mientras la lees. Al aire libre, en esa mesa, espero, en la piazza, bajo la columnata. A lo mejor se te ha enfriado el capuccino.

Creo que voy a irme a buscar un café.

Te escribiré dentro de unos días para decirte qué tal me fue con Benjamin el fin de semana. Y tú puedes hacer lo mismo cuando se vaya Philip. Tú y yo nunca debemos perder el contacto, nunca debemos dejar de compartir cosas. Mis recuerdos del colegio son como un tesoro, y veo que ya empiezan a desvanecerse. ¡Qué bien lo pasamos haciendo aquella revista! Me encantó esa época y tú eras de las mejores cosas que tenía.

Ya sé, me estoy poniendo sensiblera. Ya es hora de que pare. La vida me llama. O lo que entendemos por vida de momento.

Trabaja mucho y disfruta de esa oportunidad que te has buscado tú solita, y no te fíes de esos chicos italianos con sus motos y su tosca belleza latina.

Ciao Chiara, bella amica,

Con todo el amor de

Emily

(Muchos besos)

Pasaron los meses, y Cicely se puso enferma. Justo antes de que empezaran los exámenes, en el verano de 1978, tuvo una mononucleosis. Sus amigos decían que había estado trabajando demasiado, que tenía una depresión por su complicada vida sentimental, y que debían haberla visto venir. Sus detractores, que era una histérica de mucho cuidado y que toda aquella enfermedad era psicósomática. Fuera cual fuera la verdad, se pasó tres semanas en cama y luego la mandaron a Gales, a casa de su tío, a recuperarse. Así que no pudo hacer los exámenes. Tendría que volver al colegio al final de las vacaciones y repetir curso.

El último día de ese trimestre, el 20 de julio de 1978, Emily se encontró a Benjamin vaciando su taquilla y le dio una tarjeta para que la firmara. Era una tarjeta para desearle a Cicely que se pusiera bien, en la que habían firmado ya unas treinta personas. Benjamin miró el sobre, donde ya había sido escrita la dirección, y lo primero que dijo fue:

—Pero ahí es donde va mi familia de vacaciones todos los años.

—No me digas... Pues su tío también vive allí.

La casa se llamaba Plas Cadlan, y estaba en un pueblo llamado Rhîw, por el que Benjamin había pasado muchas veces con su familia, de camino a Aberdaron y Bardsey Island. El camping de roulottes donde iban todos los años solamente quedaba a unos ocho kilómetros. Apenas podía creerse que la mismísima Cicely tuviese alguna relación con aquel lugar, que él consideraba santo, sagrado, y no sólo por su historia como asentamiento religioso desde el siglo V o VI, sino porque se había convertido en el depositario de algunos de sus recuerdos de infancia más bonitos. Paul, Lois y sus padres volverían allí a la vuelta de dos semanas. Benjamin había decidido quedarse en casa ese año, y pasar una temporada con sus abuelos para variar, ya que a su abuelo le habían diagnosticado un cáncer de próstata y estaba demasiado enfermo para viajar. Llevaba tiempo esperando también aquella quincena de soledad y libertad relativas. Pero, de todos modos, si Cicely iba a estar allí...

—¿Cuánto tiempo va a quedarse con su tío? —preguntó.

Emily no tenía ni idea. Tal vez se pasase en Gales todo el verano, tal vez regresase a Birmingham la semana siguiente. Todo dependía de su salud.

Aquella información sólo contribuyó aún más a la rareza de lo que ya era un día muy raro. Desde que se habían terminado los exámenes hacía una semana, en el colegio se respiraba un ambiente irreal, como de carnaval. Ya no había clases. Para los treinta chicos o así que, igual que Benjamin, volverían en septiembre para presentarse a los exámenes de ingreso en Oxford y Cambridge, se celebraban reuniones informales llamadas «seminarios» para tratar del programa de estudios que podían llevar a cabo en verano. Aunque aún se seguían desarrollando campeonatos deportivos. Por lo demás, no había ningún incentivo para que los estudiantes del

último curso fuesen al colegio, y la mayoría, de hecho, no iba. Benjamin se pasaba la mayor parte del tiempo dando vueltas por su casa, escuchando música, yendo a Birmingham a comprar más discos, saliendo de vez en cuando con Jennifer a tomar algo y diciéndose a sí mismo que debía de pensar en una manera de cortar aquella relación antes de que la cortara ella. Como capitán del equipo de tenis del colegio (era demasiado inútil para jugar al cricket), llevó a su equipo a nueve ignominiosas derrotas consecutivas, todas por 6-0, 6-0, 6-0. Y ahora, el último día, todos sus conocidos vagaban por los pasillos firmándose los anuarios, haciendo declaraciones de amistad eterna, o también con la misma frecuencia (y bastante más apasionamiento) diciéndoles muy claramente a sus viejos enemigos cuánto se alegraban de no tener que volver a verlos. Resultaba todo un poco abrumador.

A eso de media tarde, se corrió la voz de que había una fiesta en el Carlton Club. Benjamin fue a investigar y se encontró con que el lugar había sido tomado por los que no eran miembros del club. En la mesa principal estaban jugando al «veintiuno» y el aire estaba cargado de humo de cigarrillos. Culpepper hacía de banca y se lo estaba pasando bomba. Sus risas y sus gritos de triunfo se oían desde la mitad del pasillo. Mientras tanto, alguien había mangado una caja de oporto Founder's de la cocina, y la mayor parte ya había desaparecido. Un chico que se llamaba Foote había vomitado en el patio exterior, dejando una larga estela de vómito color canela en la ventana del despacho del director, que quedaba justo debajo. Lo expulsaron. Por lo visto, era bastante corriente que te expulsaran en tu último día de colegio. Como castigo, desde luego, la cosa no tenía mucha malicia.

Sólo una persona no se había unido a aquel jolgorio. Estaba sentado en uno de los sillones de cuero, y no paraba de servirse de una botella de oporto, mientras el ceño fruto de su depresión se iba convirtiendo poco a poco, a cada vaso de vino, en una expresión de rabia y franca hostilidad. Era Steve Richards.

Steve llevaba unas semanas portándose de una manera muy rara. Estaba convencido de que había hecho mal sus exámenes o, para ser exactos, que había suspendido un examen de física crucial; que lo había suspendido tan claramente que lo había echado todo a perder al bajar la nota media de los demás exámenes. Durante la entrega de diplomas, la semana anterior, había hecho un aparte con Benjamin en una pausa de sus obligaciones oficiales, para explayarse más. Le dijo que no tenía la culpa de que le saliera mal. Se había quedado dormido en pleno examen.

—¿Que te quedaste dormido?

—Yo creo que sí. Porque miré el reloj y eran las dos y cuarto, y cuando lo volví a mirar eran las cuatro menos diez y no había escrito *nada*, Ben. Nada de nada.

Aquello no tenía sentido.

—¿Estabas cansado? —le preguntó Ben.

—Pues claro que no estaba cansado. Estaba en plena forma, por Dios. Llevaba semanas preparándolo.

—Hay una enfermedad en que la gente se queda dormida —dijo Benjamin,

pensativo. Acababa de leer *El tercer policía*, en el que Flann O'Brien (otra de sus nuevas pasiones) les sacaba mucho partido cómico a los episodios de narcolepsia de uno de los protagonistas principales, un científico loco llamado De Selby—. A lo mejor deberías ir al médico.

—No estoy *enfermo* —insistió Steve—. Alguien me hizo algo.

—¿Cómo que te hizo algo?

—Jugaron con mi cerebro.

Benjamin había encontrado una excusa para interrumpir la conversación justo después de eso. Empezaba a pensar que Steve, igual que Cicely, había trabajado demasiado y estaba perdiendo el control. Pero Steve no dejó el tema. Empezó a contárselo a sus otros amigos y a acusar en concreto a Culpepper, dando a entender que su rival había encontrado una manera bastante retorcida de desquitarse de todas las derrotas y contratiempos que había sufrido durante los dos últimos años. Todo el mundo hacía oídos sordos. La sensación general, en cualquier caso, era que Steve y Culpepper habían enterrado sus diferencias en la recta final del curso. Por pura casualidad, hasta habían presentado la solicitud de ingreso en el mismo colegio de Cambridge, y aquello parecía haberles hecho aceptar a regañadientes que sus caminos estaban destinados a correr paralelos. Culpepper hasta había encontrado por fin la famosa medalla de San Cristóbal mientras revolvía en la caja de objetos perdidos del señor Nuttall, y se la había devuelto personalmente a Steve, quien luego le estrechó la mano. Así que nadie sabía lo que pretendía Steve cuando empezó a dejar caer aquellas siniestras insinuaciones. Nadie se lo tomó en serio.

Por lo menos, hasta ese último día de curso.

Ese día, después de que Culpepper se hubiese hecho con un botín especialmente bueno, desplumando a los jugadores de cartas, y lo celebrara con gritos de alegría a la tirolesa, además de con unos cuantos mamporros en la mesa con los puños, un tremendo trago de oporto y un eructo que hizo que temblasen los trofeos deportivos en su vitrina, Steve saltó como un resorte y se puso justo detrás de él. Le dio unas palmaditas en el hombro y dijo en un tono de rabia contenida:

—Oye, Culpepper, ¿tú eres miembro de este club?

Culpepper se volvió lentamente. Cuando vio de quién se trataba, se le relajó la cara y esbozo una sonrisa de desprecio.

—Venga, Richards, no seas gilipollas. Es el último día de curso.

—No soy gilipollas. Éste es un club privado, y te estoy preguntando si tú eres miembro de él.

—Claro que no. Tampoco los demás lo son.

—Pues entonces, fuera.

—No seas imbécil.

—Te estoy diciendo, como delegado, que salgas de esta habitación ahora mismo.

Culpepper se rió malévolamente.

—¿Y qué vas a hacer si no me voy? ¿Me vas a detener?

—Sí —dijo Steve, plenamente consciente de que toda la habitación se había quedado en silencio y de que todo el mundo estaba pendiente de cómo se desarrollaba aquella conversación—. Puede que seas el primer detenido del próximo curso.

—Tu propuesta tiene un fallo —dijo Culpepper, tras una pausa deliberada—. El próximo curso es en Cambridge, y yo voy a venir aquí a hacer el examen de ingreso, pero *tú* no, porque tus notas no van a ser lo suficientemente buenas. —Pero dejó el peor insulto para el final, que fue cuando usó el nombre, el nombre que nadie del último curso se había atrevido a usar hacía siglos—. Y, ahora, ¿te importa si seguimos jugando, *Rastus*?

Y con eso volvió a su mazo de cartas y a barajarlas tranquilamente, hasta que de golpe Steve lo cogió por el cuello de la americana, y de repente se oyó un golpe sordo y un crujido increíble cuando estampó la cabeza de Culpepper contra la mesa con una fuerza asesina.

—¡Dios mío, Steve!

Había sangre por todas partes. Corría formando riachuelos por la improvisada mesa de juego hasta derramarse por los bordes en pequeñas cascadas. Culpepper se quedó inmóvil un par de segundos (seguramente del *shock*), luego consiguió incorporarse, como un toro aturdido, y miró alrededor. Cuando logró enfocar a Steve, arremetió contra él con todas sus fuerzas, pero ya lo tenían sujeto tres personas. Un par de jugadores también habían agarrado a Steve, y por unos momentos horribles los dos adversarios se miraron fijamente, uno de ellos sin resuello de pura rabia, el otro apenas capaz de sostenerse en pie, con la cara, la americana, la camisa y el pelo empapados de sangre carmesí. Bayley salió corriendo a pedir ayuda, y cuando llegó el señor Warren con su botiquín de primeros auxilios, se decidió inmediatamente que había que llamar a una ambulancia. Mientras tanto, Steve fue escoltado sin resistirse hasta el despacho del director.

Fue la segunda persona a la que se expulsó del colegio ese día.

Doug, Philip y Benjamin fueron a verlo mientras esperaba a que el director lo atendiera. Era evidente que había estado llorando, pero ahora parecía impresionantemente tranquilo y hablaba con calma.

—Vosotros sabéis lo que pasó —les dijo en tono acusador a Doug y a Philip—. Vosotros estabais con nosotros en ese cuarto aquel día. No me lo estoy inventando. Pensáoslo.

Luego una voz lo llamó desde detrás de la puerta, «¡Richards!», y desapareció.

—¿De qué va *la cosa*? —preguntó Benjamin—. ¿Qué ha querido decir?

Los tres estaban echados en la pendiente cubierta de hierba que llevaba a los campos de rugby. Eran más de las cuatro de aquella tarde húmeda y agobiante, y el colegio estaba casi desierto. Sus amigos habían comprado cuatro latas de Carling Black Label, pero Benjamin, tan consciente de su cargo como siempre, se sintió

obligado a abstenerse. Los otros tres no corrían peligro, ya no volverían el curso siguiente.

—A Steve se le ha metido esa idea en la cabeza —respondió Doug lentamente, con los ojos cerrados contra aquel sol abrasador—, que Culpepper le hizo algo el día del examen. Que le dio algo.

—¿Como qué?

—Una droga.

Benjamin se rió; la sola idea le ponía nervioso.

—¿Y cómo iba a haber hecho eso?

—¿Tú qué opinas, Phil?

—Si lo hizo —dijo Philip—, lo hizo cuando estábamos todos juntos en ese cuarto.

—Vale. —Doug se incorporó—. Vamos a pensarlo.

—Ni siquiera sé de qué estáis hablando —protestó Benjamin—. ¿Qué cuarto decís?

Así que Doug y Philip se lo explicaron. Todo derivaba del hecho de que el King William's pretendía que sus alumnos de último curso pasaran un examen de reválida, además del normal. Y a veces eso traía problemas a la hora de programarlos; aquella mañana en concreto, Doug, Philip, Harding, Richards, Culpepper, Gidney y Procter debían examinarse de reválida, pero les coincidía con el normal. Con lo cual, les habían retrasado este último examen hasta la tarde, y entre las once y media y las dos, los tuvieron recluidos aparte del resto del colegio, para que no pudieran copiar. Durante dos horas y media estuvieron encerrados juntos en el despacho del señor Nuttall, sin nada más emocionante por delante que la visita del señor Tillotson a la una y cuarto con un plato de sándwiches y siete tazas de té (si conseguía dar con el despacho).

—Espera un momento —dijo Doug—. ¿Sabíamos todos antes que íbamos a tomar té?

—Sí, creo que sí —respondió Philip—. Yo sí, por lo menos.

—Vale. Así que sabíamos que nos iban a traer un té. Estupendo. Entonces... —Volvió a cerrar los ojos—... Estoy tratando de acordarme. ¿Pasó algo en esas dos horas y media, aparte de que nos trajeran los sándwiches y el té y que Culpepper encontrara la medalla?

—Pues claro que sí. La broma de Harding.

—Ah, claro... —dijo Doug secamente—. La broma de Sean. ¿Cómo me he podido olvidar?

—¿Qué broma de Sean? —dijo Benjamin, que tardaba en perder sus costumbres y seguía sintiendo una gran curiosidad por las payasadas de su antiguo amigo.

—Enseguida te la cuento —le prometió Doug—. Te vas a tronchar. Pero ¿cuándo encontró Culpepper la medalla exactamente?

—Justo después de que nos trajeran el té.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—Pues entonces la cosa está tirada, ¿no?

—¿Por qué está tirada? —dijo Benjamin—. No te explicas nada bien.

—Tú escúchame un momento. —Doug se sentó, dejó su lata de cerveza sobre la hierba y se aplicó a la tarea de exponer los hechos—. Nos dan a todos un plato de deliciosos sándwiches de pasta de cangrejo de la señora Craddock. Ñam ñam, ñam ñam, muchas gracias. Luego llega el té. Una tetera grande, siete tazas con sus siete platitos. Pero justo en ese momento, por lo visto, Culpepper ya no tiene hambre y decide ponerse a revolver en la caja de objetos perdidos que el señor Nuttall tiene debajo de las estanterías de libros, seguro que con la esperanza de desenterrar algunas de esas revistas porno que tanto le gustan. De todas maneras, lleva toda la mañana sin hablarnos. Ya sabes cómo es. Desde que publicamos aquella carta que le escribió tu hermano, Philip y yo no somos santos de su devoción. Así que le dejamos que siga tranquilamente a su rollo.

»El caso es que, para su desgracia, no encuentra ninguna mamada ni ningún conejito abierto de par en par, pero sí se topa con algo interesante: la medalla de San Cristóbal de Steve, que lleva un año perdida, y por la que se armó aquel tremendo jaleo que todos recordamos muy bien. Así que se da la vuelta, la esconde en la mano, y dice... A ver si me acuerdo bien... Dice: “Creo que deberías venir a ver esto, Richards.” Y luego..., luego dice: “En realidad, creo que deberías venir todos.”»

—Exactamente —dijo Philip—. Dijo exactamente eso.

—Así que *todos* nos acercamos, como niñitos buenos, y él pone la medalla sobre el escritorio del señor Nuttall y le dice a Richards: «Ahí la tienes... ¿Y *ahora* sigues creyendo que te la cogí yo?» Y Steve se queda bastante sorprendido y no sabe qué hacer, y Culpepper le dice: «Creo que, si fueras un caballero, deberías ir pensando en pedirme disculpas», o alguna gilipollez por el estilo. Así que Steve hace lo correcto, le pide disculpas, y lo que es más, se las pide de corazón, se ve que lo siente, y *entonces*...

—Ya sé, ya sé —le interrumpió Philip todo emocionado—. Entonces nos quedamos *todos* de pie alrededor del escritorio, mirando la medalla mientras Steve se la vuelve a poner en el cuello y Culpepper se va otra vez hasta la bandeja del té, como quien no quiere la cosa. *Él solito*.

—Exactamente —dijo Doug, y le explicó a Benjamin—: Steve debe de tener esta teoría. Le ha dado muchas vueltas a lo que pasó ese día, a lo solos que estábamos los siete en aquel cuarto, y a lo cansado que se sintió después. Dijo que su té sabía raro, por cierto. Así que piensa que alguien le echó algo para joderle el examen de esa tarde. Que era el de física, el más importante para él.

—¿Pero cómo encaja la medalla?

—Culpepper sigue pudiendo haberla cogido el Día de los Deportes —dijo Philip—. Luego la guarda durante un año, sin saber muy bien qué hacer con ella. Y

entonces..., bingo..., se le ocurre ese plan, y ya tiene la táctica de distracción perfecta. Sabe que vamos a estar en el despacho del señor Nuttall. Sabe que la caja de objetos perdidos está allí. Puede guardar la medalla en el bolsillo y luego sacarla cuando le convenga, para que todo el mundo vaya a echar un vistazo y a él le dé tiempo a echar alguna porquería en el té. Sencillo.

Por plausible que trataran de hacerlo parecer, Benjamin seguía sin creerles.

—¿Y qué iba a echarle en el té?

—A mí no me preguntes —dijo Doug, encogiéndose de hombros—. No estudio química, como Culpepper.

Los tres se quedaron un rato callados.

—Pues a mí no me cuela —dijo Benjamin— que alguien pueda haber pensado algo tan... malvado.

—Tienes mucho que aprender, si esos libros tuyos pueden servirte de algo —dijo Doug desdeñosamente—. No todo el mundo va por la vida como tú, pidiendo que le den el papel del Pequeño Lord Fauntleroy. Pues claro que pudo hacerlo. No me fastidies, quieren ir al mismo colegio y estudiar lo mismo. Estos dos años, Richards le ha ganado en todo. Y es negro, no lo olvides. No te creas que eso no cuenta. ¿Tú crees que Culpepper iba a soportar plantarse en Cambridge y ver que todo iba a seguir igual?

Benjamin se quedó chafado. Parecía todo muy lógico.

—Supongo que no —dijo.

El sol empezaba a irse y a difuminarse entre la bruma. El humo del tráfico de Bristol Road flotaba en dirección a ellos, sobrecargando el aire caliente y pesado.

—¿Creéis que deberíamos hacer algo? —preguntó Philip—. ¿Decírselo a alguien?

—¿Decirle qué? —Doug meneó la cabeza, resignado—. No podemos probar nada.

—Ya lo sé, pero... —Benjamin sintió que brotaba en su interior cierta conciencia de la injusticia del mundo. Pero su rabia era informe, inaprensible, y lo único que consiguió decir fue—: Pobre Steve...

Philip recogió aquellas palabras y añadió:

—Y ahora mirad lo que le ha pasado. Se le ha jodido todo. —Tiró su lata vacía al campo, que trazó una larga curva de puro despecho. Luego dijo—: No le hemos contado la broma de Harding.

Doug se rió un poco, sin muchas ganas.

—Cuéntasela tú.

Philip le echó una mirada a Benjamin y le preguntó:

—¿Quieres que te la cuente?

—¿Qué? —Ya se le había olvidado aquella otra historia, y en cambio estaba pensando en Cicely; en Cicely y en su enfermedad, y en cómo ella, igual que Steve, no había conseguido pasar los exámenes. Les había ido fatal a los dos—. Sí —dijo al

fin—. ¿Por qué no?

—Vale. —Philip suspiró, se echó hacia delante y se agarró las rodillas. Para una anécdota muy divertida, no era un gran preludio—. Bueno, pues después de que pasara todo eso (un poco después), pasó otra cosa muy rara. Resulta que estamos todos allí sentados (Steve y Culpepper están repasando, y yo, Doug, Gidney y Procter estamos jugando a las cartas, mientras Harding se toma su té), cuando de repente se oye un ruido en la ventana. Como un golpecito. Y luego otra vez. Alguien que está tirando algo a la ventana, ¿no? Así que Culpepper va a investigar, y ve al memo de Ives allí parado en el paseo. Tiene una bola de papel arrugado en la mano, y eso es lo que ha estado tirando a la ventana. Así que la vuelve a tirar y le dice a Culpepper: «¡Es para ti!», y Culpepper la coge, y entonces Ives sale corriendo.

»Culpepper se queda en medio del cuarto y desarruga el papel. Todo el mundo le mira. ¿Y qué te imaginas que es?

Benjamin no tenía ni idea.

—Pues la hoja del examen, ¿entiendes? La hoja del examen de física. La que se supone que Steve y Culpepper no pueden ver. Para eso llevan medio día encerrados en aquella habitación.

—Jo. ¿Y de dónde la sacó Ives?

—En ese momento, a nadie se le ocurre pensar en eso. Esa mañana han hecho el examen unos veinte tíos. Cualquiera puede haber tirado la hoja a una papelera o habérsela pasado a él... Hay muchas maneras. Lo importante es el dilema moral que plantea. O que no plantea, para ser exactos. Para Steve no hay ningún problema (se tira la hoja sin más), y para Culpepper tampoco (te la lees de cabo a rabo y te pasas la media hora siguiente mirando las respuestas en el libro). La cuestión es: ¿cuál de esas dos filosofías va a salirse con la suya?

»Así que Culpepper y Steve se ponen a discutir como locos. Y los demás también. Al final, somos cinco contra uno. Doug, Procter, Gidney, Steve y yo estamos todos por coger el papel y volver a tirarlo por la ventana. Pero Culpepper no nos deja. El caso es que nos ponemos a perseguirlo por el cuarto. Steve le hace un placaje de rugby y lo tira al suelo. Y ahí están, los dos en el suelo peleando por ese maldito trozo de papel. El único que no se mete es Harding. Sigue allí sentado, tomándose su té como si le importase un pimiento. Y entonces dice una cosa. Se queda mirando a ese par de payasos revolcándose por el suelo y dice: “¿Qué día es hoy?” Y Culpepper no se lo puede creer y dice: “¿Qué?””, como si fuera la pregunta más estúpida del mundo. Que es lo que nos parece a todos los demás, por cierto. Pero entonces Harding dice: “¿Qué fecha tiene la hoja de examen?”, y la miran y...

—¿Y? —dijo Benjamin, aunque creía que sabía la respuesta.

—1972. 20 de junio de 1972.

Benjamin echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, pero era una risa de admiración más que de pura diversión.

—Claro. Había cogido una vieja de la biblioteca. Y además Ives es como su chico

de los recados.

Doug se había quedado mirando a lo lejos con los ojos entornados.

—Dios mío, aún puedo verle la cara. Allí sentado tranquilamente, dando golpecitos en el borde de la taza con ese maldito sello suyo. Clink, clink, clink, dale que te pego, y en mi vida he visto a nadie tan presumido y tan frío. Ese placer tan raro que le da por poner nerviosa a la gente. Estábamos todos como locos en pleno mogollón... Y él tan a gusto en su infierno particular. —Apurando la cerveza caliente que le quedaba, añadió—: Sí, infierno es la palabra justa cuando él anda por el medio. Ese tío... —Doug se lo pensó con cuidado—... es de la piel del diablo. No me queda más remedio que llegar a esa conclusión. —Volvió a dejarse caer sobre la hierba y soltó un gemido a la vez que se frotaba los ojos—. Mierda, menudo día. Menuda mierda de colegio. No me extraña que Steve se haya venido abajo al final. Nadie en su sano juicio podría sobrevivir a un sitio como éste. No es más que un semillero de monstruos y de tipos raros. —Le echó una mirada a Benjamin y se sonrió medio en broma—. Tú por ejemplo, con tu distintivo de delegado y tu pupitre lleno de obras maestras inacabadas. ¿Qué pasa contigo, tío?

Se puso de pie como pudo, y los otros dos le siguieron. Era hora de irse a casa.

—Estoy deseando salir de aquí —dijo Doug mientras se encaminaban hacia las verjas, para su último trayecto juntos en el 62—. Os lo juro, sólo me veo en Londres.

(N.B. El diario de Lois de esta época es a veces difícil de descifrar. Los números y las letras en lo alto de cada entrada (por ejemplo 3 + 260 D. M.) se refieren al número de años y de días «Después de la muerte de Malcolm». Los asteriscos al final de ellas, normalmente de uno a cinco, parecen ser una valoración de su estado de ánimo ese día en concreto.)

4 de agosto de 1978
3 + 256 D.M.

Un viaje largo e incómodo hasta Gales, con los tres apretados en el asiento de atrás. Pero un tiempo maravilloso mientras salíamos de Penybontfawr y subíamos el valle del Tanat. Vamos a esperar que siga así por una vez, ¿eh, Lois? Paul, por supuesto, dice que no. Se pasó la mayor parte del tiempo con su transistor pegado a la oreja escuchando los boletines. Cuanto peores eran, más contento se ponía. No paraba de decir «¡Va a llover!». «¡Va a llover un montón! ¡Y va a haber tormentas! ¡Y vientos huracanados dentro de unos días! ¡Hasta van a dar un aviso de vendaval!» Y así se pasó las tres horas, el muy cabrito.

(No no no. Tienes que ver la parte buena de todo, Lois. Lois, la negativa. La vieja Lois.)

Ben fue escuchando su magnetofón. Ha encontrado una manera de enchufar los auriculares de papá en la parte de atrás, y no hay quien le saque una palabra. No me importaría si no pareciera que lo único que escucha es su propia música. ¿Será que este hermanito encantador que tengo se está volviendo un poco egocéntrico? No creo. Esas canciones le hacen pensar en Cicely, espero, y por eso le gusta tanto escucharlas. Y puede que también le hagan pensar en Malcolm. Las cosas que escribe Ben tienen ecos, aunque sean vagos, de la música que a Malcolm le gustaba compartir con él.

Estas vacaciones voy a estar muy pendiente de Ben. ¿Por qué habrá venido con nosotros? Es demasiado mayor.

Llegamos al camping de roulottes a las siete de la tarde. Aunque de camping tiene poco. Es más un campo, un campo de cultivo cualquiera, en Cilan Head. Llevaba cuatro años sin venir aquí. Es una pena que Malcolm nunca viniera aquí conmigo. Me había olvidado de lo bonito que es. Bonito y relajante. El cielo es azul. No se me da nada bien describir las cosas.

Preparamos la roulotte por dentro y montamos el toldo de la entrada. Mamá, papá y yo vamos a dormir en la roulotte, Ben debajo del toldo, y Paul ha armado una tienda pequeña para él solo. Espero que se la lleven esos malditos vientos suyos.

¡Eres mala, Lois, muy mala! ¡No no no!

** * **

5 de agosto de 1978

3 + 257 D.M.

Me despertó a las siete y media el martilleo de la lluvia en el techo. Siempre hace el doble de ruido en el techo de la roulotte, ahora que me acuerdo. Así que Paul tenía razón, me temo que casi siempre la tiene.

Me quedé despierta un rato. Mamá y papá también se despertaron. Y también oyeron la lluvia. Mamá dijo que sonaba como si no tuviera intención de parar. Papá apartó la cortinilla y dijo que ya había visto llover así y que no duraría mucho. Siguió lloviendo con la misma intensidad durante dieciséis horas.

Acabé de leer «Espejo roto» y empecé «El tren de las 4.50». Todos los libros de Agatha Christie son muy parecidos, la verdad.

Paul se pasó todo el día metido en su tienda. Me temo que está en esa edad en la que los chicos se pasan casi todo el tiempo tocándose. Asomé la cabeza por la cremallera un momento y le dije: «¿Qué intentas hacer, otro palo para la tienda?», pero se limitó a hacerme un corte de mangas. No le gusta que me ponga graciosa, nadie se lo espera de mí.

La risa es una terapia estupenda, Lois, como solía decirme el doctor Saunders. Aunque te advierto que era el cabronazo más grande que he conocido en mi vida.

Por la noche Ben y yo nos atrevimos con el chaparrón y fuimos a llamar desde la cabina. Me dijo que quería llamar a Jennifer.

Me quedé fuera mientras hablaba con ella, y lo malo que tienen estas cabinas es que oí todo lo que le decía, aunque tampoco es que le dijera muchas cosas. No creo que haya una pareja en el mundo que pegue menos. Hubo un momento en que le dijo: «¿Me echas de menos?», y después de una pequeña pausa añadió: «Sí, ya sé que sólo han pasado dos días», con lo que me quedó muy claro que ella le había dicho que no lo echaba mucho de menos. La verdad es que la pregunta también era bastante estúpida.

Lois, Lois, sé buena con tu hermanito. Él siempre ha sido bueno contigo.

Al volver, el tiempo todavía se puso peor y el paraguas se nos dio la vuelta y salió volando por el aire, y justo después de eso saqué el tema de Jennifer. Le recordé que había dicho que iba a cortar con ella hace seis meses. Él dijo que estaba esperando el momento adecuado. Y yo le dije: «¿Cuándo crees que será eso, en vuestras bodas de oro?». Y él me contestó: «Bueno, me sirve de experiencia, lo estoy metiendo todo en mi novela», y yo le dije: «¿Como se va a llamar entonces, “El león cobarde”, “La bruja y el armario”?»

¡Vaya, vaya, Lois, te estás volviendo muy ingeniosa! No es que Jennifer sea una bruja, claro, sólo que no es lo mejor para él, y mi Benjamin se merece lo mejor. Pero creo que lo sabe; es más, creo que hará algo al respecto cuando a él le parezca bien y a lo mejor antes de lo que esperamos.

** * * **

6 de agosto de 1978

3 + 258 D.M.

Estuvo lloviendo toda la noche y el viento casi se lleva la tienda de Paul, así que al final puede que Dios exista. Me encantaría ver cómo el viento se lleva la tienda por delante y lo deja allí tirado en medio del campo, rodeado de ovejas, en pijama y con una mano bien agarrada a la polla. Me muero de risa sólo con pensarlo. Mientras estábamos desayunando le dije: «Paul, no le estarás siendo infiel a nadie, ¿verdad?», y él dijo: «¿Qué quieres decir?», yo le contesté: «Pues que estoy segura de que esta mañana te vi haciéndotelo con la mano izquierda.» Mamá y papá se quedaron helados al oírme decir semejante cosa, pero, bueno, mereció la pena verlo tan enfadado.

De hecho, a pesar de la lluvia, estoy cada vez más contenta y hasta puede que me dé cinco estrellas al final del día. Además, me parece que la lluvia está amainando. La verdad es que es una maravilla estar aquí aunque no haya mucho que hacer. Benjamin sigue con los auriculares puestos y yo he terminado «El tren de las 4.50». He empezado «El asesinato de Rogelio Ackroyd» pero sólo había leído quince páginas cuando Paul asomó la cabeza y dijo: «Supongo que ya sabes que el narrador es el asesino.» La verdad es que es de lo peor. De todas maneras me pasé a «Diez negritos», aunque veo que últimamente lo llaman «Diez hinduitos» y tienen razón.

Ha pasado una hora y ahora el sol brilla definitivamente. Papá ha sacado la barbacoa y está asando salchichas; qué maravilla, mi olor favorito. Podemos comer fuera para variar, lo que estará muy bien después de estar todos apretujados alrededor de esa mesa con todas las ventanillas llenas de vapor. Mamá está trabajando en la cocina preparándolo todo. Venga, Lois, levántate y ayúdala, te lo agradecerá. Está bien, si insistes...

7 de agosto de 1978

*cinco mil años es mucho tiempo
para cualquiera,*

*para estar muerto, y enterrado
en un cromlech cubierto de hierba.
el murmullo de la lluvia
me escalda mientras recorro
los senderos muertos
a oscuras
entre estas almas ligeras
que aún alientan
sus huesos como
polvo entre mis dedos*

8 de agosto de 1978

3 + 260 D.M.

¡Vaya, ya me han fastidiado las seis estrellas! Un día entero y casi no me acuerdo de nada. Ni siquiera me acuerdo de haber escrito lo anterior. Es horrible que Paul hable de esas cosas en la cena cuando sabe lo mucho que me alteran. Horrible horrible horrible.

Me acuerdo de que fui a dar un paseo, pero por lo visto desaparecí durante cuatro horas y media. Debió de ser cuando empezó a llover otra vez porque mamá dice que volví empapada. Ahora está lloviendo a cántaros, mucho más que antes, como si fuera a llevarnos la riada.

¿Qué es un cromlech para entendernos?

Ben dice que es una cámara mortuoria del neolítico. (Sabe de todo.) Eso me suena, porque el otro día en Abersoch leí en una guía que había varios por aquí. Debió de quedárseme grabada la palabra en la cabeza. De todas maneras es raro que no me acuerde de adónde fui ni nada.

Estoy mejor, de todos modos. Últimamente estas sensaciones siempre se me acaban pasando, y eso ya es una suerte, mira la suerte que tienes, Lois.

¡Pero no he cumplido lo prometido! Dije que iba a vigilar a Ben de cerca y no he hecho nada parecido, y ahora veo que está muy preocupado y que no está disfrutando estas vacaciones para nada. Me pregunto si será por algo en concreto o sólo por estar esperando el resultado de sus exámenes y por estar aquí encerrado con nosotros cuatro y esta lluvia asquerosa que cada vez se pone peor mientras escribo esto.

¿Por qué me preocuparé tanto por Benjamin? A lo mejor es lo que el doctor Saunders llamaba un desplazamiento. Pero ya sé qué es lo que pasa, a él no lo han puesto a prueba, no ha visto el daño que te puede hacer la vida, no ha tenido que salir del infierno. Ha visto lo que le pasaba a otra gente o se lo han contado, pero eso no es lo mismo. Ya sé, Lois, ya sé que ha tenido mucha suerte, nadie debería

¡Hala! Allá va la tienda de Paul. Será mejor que pare.

Ha pasado media hora, y bueno, esta noche vamos a tener que dormir todos dentro, la tienda se ha venido abajo y el toldo pinga y dos de las otras roulottes del camping lo han desmontado todo y se han largado. Mamá por poco sale volando por los aires cuando fue a tirar el agua de lavar en los helechos, y justo cuando papá estaba tratando de achicar el toldo y desmontar la lona que no paraba de batir al viento Paul se ha puesto a cantar por la ventanilla: «Vacaciones de verano para ti, vacaciones de verano para mí...», ¡y tenías que haber oído lo que le ha dicho papá! Una descubre un montón de cosas nuevas sobre su familia en unas vacaciones así. ¿Pero por dónde iba? Ah, estaba diciendo que Benjamin ha tenido mucha suerte, en cierto modo, porque nadie debería pasar por cosas así, y además él tiene su religión, tiene su Milagro, pero yo no acabo de creer en esas cosas. No es que no crea que le pasó, sólo que no me parece que tenga ninguna sustancia, o peso o lo que sea... Vaya, no sé explicarme muy bien, y voy a tener que pasar a la página siguiente, así que ¿qué te parece, Lois, tres estrellas o cuatro? Me temo que

** * * ½*

9 de agosto de 1978

3 + 261 D.M.

si quiere escribir, si quiere componer, todos esos sueños que arrastra con él de una forma tan evidente todos los días, siempre faltará algo, algo que nunca será capaz de..., mierda, no sé, esta noche no encuentro las palabras, y para esto no merecía la pena estrenar una página, ¿no?

Y ahora (a las cuatro y veinte de la tarde) han pasado dos cosas más, una graciosa y la otra no. Bueno, la verdad es que mamá y yo somos las únicas que pensamos que la primera es graciosa. ¿Seremos las únicas que seguimos conservando el sentido del humor?

El tiempo es increíble. Papá se levantó a las seis y media esta mañana, para tratar de volver a poner el toldo y asegurar los vientos en pleno vendaval de lluvia y con un frío que pelaba. Así que ya estaba de un humor de perros incluso antes de que Paul y Ben tuvieran su última bronca por culpa de Doug Anderton. Doug está de vacaciones en Portugal en este momento con alguna chica con suerte, y Ben esperaba recibir alguna carta suya antes de salir para acá, pero no la recibió. Por alguna razón Paul volvió a sacar hoy el tema y dijo que no le sorprendía nada. Dijo que siempre había sabido que Doug dejaría tirado a Ben en cuanto dejaran el colegio. Piensa que Doug es despiadado y calculador. (Pero yo sé que lo piensa porque Doug lo puso en evidencia una vez al imprimir una carta suya en la revista del colegio. Y la verdad es que era una carta muy estúpida.) Luego siguió hurgando

en la herida diciendo que Ben se engañaba a sí mismo si creía que iba a conservar a alguno de sus amigos. Nadie conserva a los amigos del colegio, dijo. Y hasta mencionó a Cicely y dijo que seguramente Ben no volvería a verla en su vida.

Ben no le contestó pero nunca le había visto tan mal. Creí que iba a echarse a llorar. Aún sigue con la misma cara, aquí a mi lado en el sofá, y juraría que le está dando vueltas a algo, tratando de tomar una decisión. No sé qué será.

Voy a tener que coger una hoja prestada del taco de Ben y pegarla luego, creo.

Bueno, y ahora la cosa divertida. Papá acababa de entrar con una pinta lamentable. La roulotte no tiene lo que se dice un sanitario, sólo un wáter químico siempre lleno de pis y de caquita, para no andarme con rodeos ni salirme por la tangente. Un día sí y otro no papá tiene que ir hasta el pozo negro que hay al fondo del camping y vaciar el contenido del wáter en él. ¡Menudo trabajito! Sólo que hoy el viento era tan fuerte que lo tiró. Lo tiró mientras estaba volcando todo aquello y lo siguiente que supo fue que estaba cubierto de la cabeza a los pies de los asuntos familiares, por así decirlo.

La verdad es que ayer me pareció que decía muchas palabrotas, pero ahora me doy cuenta de que eso no era nada. Se quedó allí pingando bajo el toldo, oliendo a rayos, con el viento soplando a su alrededor como una galerna de fuerza diez (que es lo que debe de ser exactamente), y le gritaba a mamá: «Se supone que estos son unas p... vacaciones, que la gente se relaja en vacaciones, que se tira al p... sol y toma cócteles, y aquí me tienes, empapado hasta los huesos y cubierto de m... y estamos en medio de un p... monzón...», y así se pasó media hora.

Bueno, lo siento pero tengo que verle la parte divertida. De hecho, me puse como una histérica. Con lo cual contagié a mamá también. Papá estaba horrorizado. No podía creerse que nos riéramos de él en aquel estado, aunque la verdad es que no nos reíamos de él, nos reíamos de toda la situación en la que estábamos metidos, y de que las vacaciones estuvieran siendo un completo desastre.

A lo mejor a las mujeres se nos da mejor tomarnos a broma una situación así. Benjamin desde luego no le ha encontrado la gracia. Hace cinco minutos acaba de levantarse y ha dicho: «Papá tiene razón. Ésta no es manera de pasar unas vacaciones. Me voy de aquí.»

¿Qué habrá querido decir con eso?

Son las diez menos veinte de la noche. Bueno, ya lo sabemos. Benjamin se ha ido. Dijo que quería volverse a Birmingham, así que papá lo llevó hasta la estación de Pwllheli a coger el tren. Es un viaje horroroso, hay que hacer tres transbordos, espero que esté bien. Aquí sigue diluviando. Seguramente ha hecho bien pero me gustaría que no me he hubiera dejado plantada, tan sola y sin más compañía que Agatha Christie.

Venga, Lois, ¡tú puedes! ¡Has pasado por cosas peores! ¿Qué te decía siempre el doctor Saunders?

La tormenta era cada vez más fuerte. Se hizo de noche y Benjamin apenas podía ver más de cinco metros a la redonda. Aquellos senderos estrechos y sinuosos parecían interminables. Ya no había coches por allí, y llevaba por lo menos media hora sin ver a otra persona. Estaba perdido sin remedio. En aquella noche cerrada, mientras las agudas flechas de lluvia se le clavaban en los ojos, ni siquiera podría haber dicho si las montañas quedaban a su izquierda o el mar a su derecha. Hasta los puntos de referencia más evidentes habían sido borrados por los elementos.

Después de que su padre lo hubiese dejado en el tren de Pwllheli, Benjamin había esperado a que arrancase para bajarse en marcha. No tenía ninguna intención de regresar a Birmingham. Iba a buscar a Cicely.

Desanduvo el camino por la carretera de Abersoch durante un cuarto de hora y luego consiguió llegar hasta Llanbedrog en la furgoneta de un granjero. Parecía que el tiempo se ponía cada vez peor, si eso era posible, y se paró un rato en el pub de Glen-y-Weddw, esperando que la lluvia amainase un poco. Pero aún se hizo más espesa y más intensa. Sobre las ocho, Benjamin empezó a ascender la colina que llevaba a Mynytho. Se adentró directamente en la tormenta, así que le llevó casi una hora llegar al pueblo, y para entonces ya era prácticamente de noche. Continuó por la carretera de Botwnnog, pero enseguida torció a la izquierda por una vereda empinada que creyó que bajaba hasta el mar. Al poco rato se dio cuenta de que había cometido su primer error.

¿Cuánto tiempo hacía que había dejado el pub? ¿Dos horas? ¿Tres? ¿Y por qué no había pasado por Llangian o llegado hasta la herbosa llanura que llevaba a Porth Neigwl? En algún sitio, había torcido por donde no debía, eso estaba claro. Pero aquella vereda *tenía* que conducirlo hasta alguna granja, alguna casa de campo, algún pueblo; tenía que haber alguna otra criatura viviente en aquel sitio tan húmedo azotado por los vientos, alguien que pudiera enseñarle el camino o incluso sugerirle algún lugar donde pasar la noche.

Y entonces una criatura viviente salió de golpe de la penumbra. Más bien tres, para ser exactos, tres ovejas aterrorizadas que bajaban corriendo a todo galope por la vereda hacia él; sus frenéticos balidos eran lo primero que oía, aparte del viento y la lluvia, desde que había dejado la carretera de Botwnnog. Benjamin dio un salto hacia un lado, tan sobresaltado como ellas por aquel encuentro tan raro. Miró hacia atrás por encima del hombro y apretó el paso, interpretando su súbita aparición como una mala señal. Si hasta las ovejas se perdían en una noche como aquélla, ¿qué decir de él?

Tras recorrer otros tres o cuatro kilómetros, llegó hasta un establo vacío que quedaba a un lado del camino, con las puertas rotas batiendo al viento como locas. Miró dentro. Había un poco de paja en el suelo de tierra; lo justo para dormir sobre

ella, si la juntaba toda. Pero no era una perspectiva muy agradable. Ahora temblaba mucho, y no le apetecía la idea de intentar dormir con la ropa empapada y el viento azotando las paredes del establo y aquellas puertas golpeándose toda la noche. Tiró su mochila al suelo y se quedó un rato en el umbral, contemplando la tormenta. No parecía que fuera a parar. La negrura de la noche seguía siendo total. Resultaba fácil imaginar que era el último hombre sobre la tierra.

Pero entonces Benjamin tuvo un atisbo de esperanza; vislumbró un alfilerazo de luz a lo lejos. Acababa de aparecer, de eso estaba seguro. Alguien en alguna parte debía de haber encendido una lámpara. En cualquier momento podía desvanecerse otra vez. Debía enfilar aquella dirección lo antes posible.

Agarró su mochila y echó a correr por la vereda, pero estaba demasiado cansado para aguantar aquella marcha. Se limitó a un paso rápido y jadeante y sintió que el corazón le latía quejumbrosamente contra las costillas. La luz desaparecía de vez en cuando y luego volvía a aparecer; Benjamin supuso que aquello significaba que la ocultaban en parte los árboles. Y entonces una mole montañosa surgió ante él sin avisar y el camino empezó a convertirse en una escarpada pendiente. Los árboles le quedaban a la derecha, un espeso grupo de ellos; un rasgo poco corriente de aquella península, donde el paisaje tendía a ser poco boscoso. Entonces se oyó un trueno, seguido del relámpago dentado de un rayo que le permitió ver el mar, agitándose con unas olas impresionantes y enfurecidas, tan sólo a unos quinientos metros a su izquierda. Aquello, entonces, era Porth Neigwl, o como lo llamaban los ingleses, La Boca del Infierno. Ya no podía estar lejos de Rhîw. Alentado por aquel pensamiento, siguió subiendo a toda prisa la colina con redoblada energía; ahora la luz había desaparecido, pero estaba seguro de que la volvería a encontrar. Y Benjamin sólo tuvo que recorrer unos cien metros más para ver lo que andaba buscando: un tosco letrero de madera, clavado en un árbol a la entrada de una larga calzada, donde ponía «PLAS CADLAN».

No lo sabía, pero estaba a punto de desmayarse de puro agotamiento. Fue trastabillando y tambaleándose por la calzada que, durante gran parte de su recorrido, parecía más bien un túnel, de lo bajas y enredadas que estaban las muchas ramas que lo cubrían. Arrancada de su tronco por el viento que la golpeaba, una rama le dio en la cabeza y casi lo deja fuera de combate cuando pasaba por allí. Luego la luz fulguró otra vez, esta vez a su izquierda y mucho más cerca, y aunque de vez en cuando la tapaba una hilera de rododendros descuidados, Benjamin pronto se encontró ante una diminuta verja de hierro forjado. Al abrirla de un empujón, chirrió en la oscuridad. Sintió la grava bajo sus pies, avanzó muy decidido, y luego perdió pie y se cayó casi inmediatamente, aterrizando en medio de algo anguloso lleno de pinchos, tal vez un pequeño seto. Se levantó y trató de tranquilizarse. Tenías rasguños en las manos y se chupó uno, que le supo a sangre caliente.

Pisando con más cuidado, siguió el estrecho sendero de grava lo mejor que pudo, torció tres o cuatro veces y llegó por fin a la casa. El corazón se le aceleró de alegría.

Había luz en un par de ventanas del bajo, y una lámpara de petróleo ardía fuera, iluminando un largo pasaje cubierto que corría a un lado de la casa para desembocar en su extremo en un cobertizo o anexo.

La había encontrado. Estaba allí. La pesadilla había terminado.

Benjamin aporreó la puerta y, cuando le abrieron, se encontró ante una de las caras más espantosas que había visto en su vida. Un hombre alto de unos cincuenta o sesenta años, con el pelo gris despeinado y sin cortar, la piel curtida por el sol y el viento como cuero tostado, y una asombrosa barba blanca que le llegaba casi hasta la cintura, estaba en el umbral mirándolo furioso con una hostilidad y una suspicacia manifiestas en sus ojos marrones. Las primeras palabras que le dirigió a Benjamin fueron en galés; y cuando no obtuvo respuesta, le ladró:

—Venga, di algo. ¿Quién eres y qué quieres?

—Soy un amigo de Cicely —tartamudeó Benjamin.

—¿Que eres *qué*?

—¡Glyn! ¡Glyn! —Aquel tono reprobatorio era el de una mujer menuda y maternal, más o menos de la misma edad, que apareció detrás de él sin hacer ruido—. Pasa, chaval, pasa.

—Soy un amigo de Cicely —repitió Benjamin, mientras seguía allí de pie chorreando sobre las losas. Era lo único que se le ocurría. Era su tarjeta de presentación.

—Yo soy Beatrice, la tía de Cicely —dijo la mujer—. Y éste es su tío Glyn.

El hombre volvió a mirarlo con el ceño fruncido; pero esta vez le pareció que a modo de bienvenida.

—Glyn, corre y tráele a este chico un poco de whisky.

Le dieron un vasito de whisky puro, y él se lo bebió demasiado rápido. Luego le hicieron sentarse junto al fuego que ardía en la chimenea de la cocina, y en vez de ponerse mejor, empezó a temblar todavía más. Le dieron otro vaso de whisky, esta vez mezclado con ginebra y agua caliente. Y después, seguramente, debieron de acostarlo.

Cuando Benjamin se despertó, supo que se había muerto y estaba en el cielo. De eso no cabía la menor duda. En realidad nunca había intentado imaginarse cómo sería el cielo, pero lo reconoció en cuanto lo vio. O lo oyó, más bien, porque lo primero que percibió del cielo fue un sonido: el canto de los pájaros. No podía seguir en Llŷn, porque nunca se oía cantar realmente a los pájaros en la península; sólo los chillidos solitarios de las gaviotas. Pero aquí los pájaros cantaban como una especie de coral meliflua e interminable, a la que el zumbido de las abejas ponía un contrapunto melodiosamente monótono. Era el sonido más bonito que había oído en su vida. La textura del cielo tampoco estaba nada mal; estaba acostado sobre unas frescas y gruesas sábanas de algodón recién planchadas. El sol entraba a chorros por las

ventanas formando rayos de oro blanco, que se rizaban un poco al atravesar las cortinas blancas de encaje que se balanceaban flotando por efecto de una ligera brisa. Frescas corrientes de aire jugueteaban sobre su cara. Y al fondo, las olas rompían suavemente contra alguna costa lejana.

Benjamin nunca había tratado de imaginarse cómo sería el cielo; pero sí estaba seguro de que debía tener un componente esencial, un requisito imprescindible. Cicely tenía que estar allí.

Y allí estaba. Sentada a los pies de su cama, mirándolo fijamente mientras él trataba de abrir los ojos del todo. También estaba vestida de blanco, con un holgado vestido de verano, y tenía el pelo largo y dorado, se lo había dejado crecer otra vez, y estaba más pálida y más delgada que nunca, y el azul de sus ojos también parecía más delicado que nunca.

Así que, entonces, era verdad. El cielo existía; y él había sido el último en llegar.

—Hola, Benjamin —dijo Cicely.

Benjamin se incorporó en la cama. Por lo visto llevaba una especie de camisón de otra persona.

—Viniste a buscarme.

—Eso parece.

—Sí. —Cicely sonrió—. Sabía que vendrías. —Benjamin puso cara de sorpresa, así que ella añadió—: Quiero decir que... sabía que, si venía alguien, serías tú. Toma...

Cogió una taza de té de la mesilla y se la ofreció. El té del cielo sabía, más o menos, igual que en todas partes, al parecer. Demasiada leche para su gusto. Bueno, entonces aquello al final no era el cielo. A Benjamin no le importaba. Cicely le besó en la frente y le susurró:

—Estoy tan contenta de que hayas venido...

Y él supo que estaba en un sitio completamente diferente, en un sitio mucho mejor.

Salía un olor a beicon frito de la cocina, que atravesaba el cavernoso vestíbulo, subía por la antigua escalera de roble y penetraba en el dormitorio, el cuarto de baño, el estudio, el salón, el lavadero y el ático de Plas Cadlan. Y atrajo rápidamente a Benjamin, que estaba recién bañado y vestido, a la cocina, una estancia que nunca tenía mucha luz, y donde encontró a Cicely ya sentada a la enorme mesa con sus tíos. Le sirvieron huevos fritos, pudín negro, unas toscas y deliciosas lonchas de beicon y unas rebanadas de pan blanco y tierno tentadoramente grandes.

—Me temo que vamos a tener que desilusionar a nuestra sobrina —dijo Beatrice, radiante de satisfacción mientras Benjamin se disponía a zamparse su desayuno—. Se ha hecho la ilusión de que has venido a verla desde Birmingham.

Aparentemente, incluso en aquel estado rayano con el delirio de la noche anterior,

Benjamin había conseguido dar alguna vaga explicación sobre las vacaciones que estaba pasando con su familia por allí cerca. Así que ahora se explicó con más detalle, en beneficio de Cicely, que en aquel momento ya estaba acostada.

—Me da igual de dónde haya salido —le dijo ella a su tía—. Estoy encantada de que esté aquí. Benjamin es el más amable y el más atento de todos mis amigos.

—¿Y ésta es tu primera visita a Llŷn? —preguntó Beatrice.

—Qué va. —De pronto Benjamin sintió la necesidad de hacer valer una especie de sentido de la propiedad—. Es una especie de segunda casa para mi familia. Llevamos años viniendo aquí. Todos los años venimos al mismo camping.

Entonces se produjo una pequeña explosión cuando el tío de Cicely dejó de golpe su taza de té sobre la mesa y soltó lo que únicamente puede describirse como un gruñido. Pareció que estaba a punto de hablar, pero su mujer le aconsejó lo contrario diciéndole en voz baja:

—¡Glyn! ¡Glyn! —Y le explicó a Benjamin—: Mi marido está totalmente en contra de las roulottes. Es una de las muchas cosas de las que está en contra.

Poco después, Glyn masculló algo sobre que se iba a su estudio, y salió por la puerta de atrás. Benjamin se terminó el desayuno y se puso a lavar los platos mientras Cicely los iba secando.

—He metido la pata, ¿no? —quiso saber, después de que Beatrice hubiese desaparecido escaleras arriba.

—No te preocupes. Casi siempre se mete la pata cuando mi tío anda cerca. —Dejó el trapo de secar y le rodeó la cintura con un brazo—. Ay, Benjamin, qué *alegría* de verte. No tienes ni *idea*. —Él le devolvió el abrazo, pero con menos naturalidad, como hacía siempre. Ella se apartó un poco—. Lo siento, hoy estoy muy sobona, ¿no? —Poniéndose otra vez a secar, dijo—: Me he sentido tan sola. Quiero decir que los dos se han portado muy bien, pero ya llevo un mes aquí y estaba empezando a volverme loca.

—¿Pero has estado *muy* mal? —le preguntó Benjamin.

—No sé qué ha pasado. Es que ha sido todo demasiado. Llegué aquí con un resfriado o algo parecido, y luego no me lo podía quitar de encima. Cada vez me ponía peor. No sé si serían los exámenes, o aquel rollo tan horroroso con el señor Ridley. Hay que estar loca para meterse en una cosa así. Loca de remate...

—No lo digas —le suplicó Benjamin al tiempo que le ponía un dedo mojado sobre los labios.

—¿Que no diga qué?

—Que eres una persona absolutamente odiosa.

—¿Cómo sabías que iba a decirlo?

Benjamin se limitó a reírse y le preguntó:

—Bueno, ¿quieres saber qué ha pasado en el colegio mientras has estado fuera?

—Pues claro.

Así que se puso a contarle; casi le llevó toda la mañana.

Después de comer, Beatrice le enseñó la casa y el jardín. Estaba especialmente orgullosa del jardín.

—Nos hacía mucha falta esa lluvia —dijo, mientras lo llevaba por una pequeña extensión de césped muy cuidado, que a pesar del sol vespertino se notaba muy mojado al pisarlo—. Siento que haya echado a perder tus vacaciones, pero para algunos de nosotros ha sido una bendición. De todas maneras, han dicho que no va a llover el resto de la semana. ¿Qué te parece mi árbol de las mariposas?

Benjamin contestó que era muy bonito. Como de hecho lo era.

—Aquí hay un ambiente especial —se permitió añadir—. Es muy distinto al resto de la península. Como otro mundo.

—Sí. Estos laureles —dijo Beatrice, señalando las filas de árboles con hojas color verde botella que trepaban por la colina hasta ellos y alcanzaban una altura de unos diez metros— nos tapan el resto de Llŷn y también nos sirven de refugio, cosa que otros jardineros de la península no tienen. Por eso he sido capaz de sacar tantas cosas adelante. Crear este jardín me ha llevado veinte años de trabajo.

—Me gustan sus rosas —dijo Benjamin, contento de haber encontrado una flor que podía identificar.

—Enseguida pasamos al herbario. Este sendero se llama El Paseo de Glyn. Le encantan las vistas de Porth Neigwl desde aquí. Y además estas plantas son sus favoritas: las forsitias, las malvas y las azaleas japonesas.

—Cicely me ha dicho que su marido es escultor —dijo Benjamin, agachándose para pasar entre las plantas que crecían profusamente a ambos lados del sendero.

—¿Crees que ya se ha recuperado? —preguntó Beatrice, haciendo caso omiso del pie que le acababan de dar—. Nunca sé qué opinar cuando se trata de Cicely. Parece tan frágil..., tan pálida.

—Parece que está muy animada —dijo él sin comprometerse demasiado.

—La verdad es que tu llegada ha tenido un efecto terapéutico. Espero que puedas quedarte unos días. Mira cómo esta azalea está cubierta de clemátides orientales. También tenemos eucaliptos. A tu izquierda. No sabía que tuviera un compañero al que quisiera tanto. Ha tenido unas cuantas relaciones bastante poco recomendables estos últimos años. Me gustaría que estuviera una temporada con una persona decente, para variar.

Benjamin percibió una nota de ansiedad casi maternal en aquellas palabras, y eso le intrigó, porque sabía que Beatrice y Cicely no eran parientes.

—¿Dónde está su madre en este momento? —preguntó.

—En América. Lleva dos meses allí, ensayando. No habría pasado nada de esto, evidentemente, si ella no fuera tan... despreocupada. Aunque no es a mí a quien le toca decirlo. —Ahora se acercaban a un cobertizo, una cabaña de techo bajo de la que salían ruidos de martillos y escoplos—. No vamos a molestar a mi marido —dijo Beatrice al tiempo que apuraba el paso—. La semana que viene se va a Francia. El

gobierno civil de Nantes le ha encargado una cosa para un sitio muy importante.

De aquellas insinuaciones Benjamin dedujo que el tío de Cicely era bastante famoso. Ella nunca le había hablado de él antes, pero nunca se había tomado muy en serio los logros de su familia, que a Benjamin le parecían bastante considerables. Sabía que su padre era arquitecto, aunque vivía en Londres y no solía ver a su hija más que un par de veces al año. Su madre (que se había vuelto a casar varias veces) era una renombrada actriz cuyo trabajo la mantenía bastante alejada de su país. A Benjamin le daba la sensación de que aquella gente habitaba, casi por derecho, un mundo donde él, muerto de envidia, sólo sería capaz de echar un vistazo con la cara apretada contra el cristal.

—Mira —dijo Beatrice mientras se volvía para contemplar las vistas. Habían llegado hasta la cancela de hierro forjado, desde donde se veía gran parte de la casa, con la pendiente de su tejado empinado alzándose orgullosa en medio de la hondonada en la que había sido construida—. ¿A que es una maravilla? El gablete del suroeste siempre me ha parecido precioso.

Benjamin no sabía a qué gablete se refería. En realidad, tampoco estaba muy seguro de lo que era un gablete. No creía que la casa de sus padres en Longbridge tuviera gabletes. De repente, casi por primera vez ese día, se acordó de su familia y le resultó extraño, casi increíble, que su roulotte siguiera plantada a pocos kilómetros de allí, en Cilan Head, al final de Porth Neigwl.

—¿Plas Cadlan es muy vieja? —preguntó, queriéndose quitarse la imagen de la cabeza.

—Se construyó en el siglo XVI —dijo Beatrice, mientras lo conducía de vuelta hasta la puerta principal—, y la ampliaron los victorianos. Nosotros la compramos hace veinte años, después de que llevara abandonada algún tiempo. Nos costó un trabajo enorme reconstruirla.

—Siempre he soñado con vivir en un sitio así.

—Claro. Pues a lo mejor lo consigues. Cicely me ha dicho que vas a ser escritor.

—Eso espero. O a lo mejor compositor.

—No me digas... Así que eres polifacético.

Aquello le recordó algo a Benjamin, la decisión que había tomado esa misma mañana y que ahora ya podía llevar a la práctica. Por fin había llegado el momento oportuno para ponerle a Cicely una de sus cintas. La encontró sentada en un banco de madera del jardín trasero, que quedaba bastante más alto que la casa y desde el que, por encima de los tejados y las chimeneas de Plas Cadlan y sus anexos, se veía el mar que batía contra Porth Neigwl, plácida y tranquilamente aquella tarde.

—¿Te has aburrido mucho con mi tía?

—Para nada. Me encanta este sitio. Es mágico... Es como si me hubieran contado por fin el secreto mejor guardado... —Cicely sonrió y le cogió la mano cuando se sentó junto a ella. Parecía la cosa más natural del mundo estar sentados en aquel banco de aquella forma, con las manos agarradas. ¿Cómo podían haber alcanzado

aquel nivel, aquel plano de entendimiento inconmensurablemente más alto, en tan sólo unas horas?—. Cicely —le dijo—, ¿hay algún magnetofón en esta casa?

—¿Un magnetofón?

—Un reproductor de cassettes.

—Sí, creo que sí. Al tío Glyn le gusta escuchar música mientras trabaja.

—¿Crees que nos lo prestaría un rato?

—Seguro que sí. —Se quedó mirándolo, los ojos radiantes de curiosidad, como ni nunca dejara de sorprenderla—. Voy a preguntárselo.

Quince minutos después, estaban sentados en el cuarto de Cicely, cada uno a un lado de la cama, con el radio-cassette portátil de Glyn sobre la colcha entre ellos. Benjamin había ido a buscar su mochila para sacar la cinta que contenía una serie de piezas a las que había llamado *Marinas N.^{os} 1-7*. Ya casi hacía dos años que las había grabado. La cinta estaba casi gastada de tan a menudo que las había escuchado durante ese tiempo.

—¿Vas a decirme de qué va todo esto? —preguntó Cicely mientras él introducía el cassette en el aparato.

Benjamin rebobinó la cinta durante unos nueve minutos, hasta el principio de *Marina N.º 4*, luego inspiró hondo y dijo:

—Ya sabes que compongo, ¿no? ¿No te lo he contado nunca?

—No —dijo Cicely, perpleja.

—Pues sí. Y pensé..., pensé que a lo mejor te apetecía escuchar algo.

—Pues claro. Me encantaría.

—El caso es que el trozo que voy a ponerte... es un poco... sobre ti.

Cicely se puso colorada y preguntó:

—¿Pero cómo va a ser una música *sobre* alguien?

—Bueno, pensaba en ti mientras la escribía. Supongo que es lo que quiero decir. Me la inspiraste tú, si quieres.

—Qué... increíble. ¿Y cuándo la escribiste?

—Hará un par de años —respondió él. Le dio al botón del *play* y pronto se oyó el siseo extra que daba comienzo a la grabación.

—Pero... —Cicely le estaba dando vueltas a esa respuesta, y no le cuadraban las cuentas—. Pero hace dos años ni siquiera nos conocíamos.

Entonces empezó la música y ella se calló educadamente.

Benjamin intentaba que no le notase lo nervioso que estaba, por si le aguaba la fiesta. Intentaba no mirarla mientras ella escuchaba, por si la desconcentraba. Pero en algún momento no lo pudo evitar. Le parecieron los cuatro minutos más largos de su vida. No le quedaba otro remedio que reconocer que la calidad de la grabación era penosa. Y su interpretación tampoco era ninguna maravilla, ¡todas aquellas notas en falso! ¿Por qué no la habría vuelto a tocar hasta que le hubiera salido bien? ¿Cómo podía haberla escuchado tantas veces desde entonces sin el más mínimo sentido crítico? Además, ahora le parecía que no expresaba en absoluto lo que sentía por

Cicely. Sólo un débil eco del eco más débil. Le haría falta una orquesta sinfónica, y el talento lírico de un Ravel o un Sibelius, para transmitir una fracción de lo que ahora sabía que sentía por ella.

Y, sin embargo, a ella la conmovió aquel regalo, eso estaba claro. Mientras derivaba hacia su ambigua conclusión, no percibió ninguna pérdida de atención ni ningún azoramiento en el rostro de Cicely. Tenía la boca ligeramente entreabierta e incluso se balanceaba muy suavemente al ritmo de la música. Y entonces Benjamin se tensó de pura emoción cuando el momento clave (el único que le parecía de verdadero interés armónico) produjo el efecto deseado; Cicely se volvió hacia él en ese preciso momento y dijo, sobre los acordes finales:

—Y eso... ¿qué era?

—Sólo un cambio de clave —explicó él todo orgulloso—, de sol menor a re. Pero nadie se lo espera.

—No, quiero decir ese ruido de fondo.

—¿Qué ruido?

—Me ha parecido un gato.

La pieza concluyó y Benjamin apagó el aparato.

—Sí, era un gato. Se llama *Bellota*. Lo eché del cuarto mientras grababa.

—No sabía que tenías un gato. ¿Qué raza es?

—No es nuestro. Es de mis abuelos.

Cicely le dijo lo mucho que le gustaba aquella música, lo mucho que la había conmovido, y él notó que decía la verdad. De todas formas, estaba decepcionado. No debería de habérsela puesto. Había sido una equivocación.

—Será mejor que le devuelva este cacharro al tío Glyn —dijo ella a la vez que cogía el aparato—. Ah, y por cierto... —se paró junto a la puerta—... quiere que vayamos los dos con él al pub esta noche. Llevo aquí un mes y nunca me lo ha pedido, pero ahora que estás aquí, quiere que vayamos los dos. Es increíble, pero le debes de caer muy bien.

Benjamin estaba preocupado con lo de ir al pub. ¿Y si iban a un sitio de aquellos a los que solía ir su familia en Abersoch o Llanengan? Pero al final resultó que no tenía motivos para preocuparse. Glyn no cejaba en su empeño de apartarse de los turistas, y el lugar de reunión que había elegido quedaba por lo menos a veinte minutos en coche, en uno de los parajes más remotos y menos visitados de la península. Pasaron por Aberdaron, donde aún vivía y trabajaba como párroco el poeta R. S. Thomas («Un gran hombre; un gran hombre de verdad», les informó Glyn) y luego se fueron adentrando poco a poco en las colinas que quedaban por encima de Uwchmynydd. A unos cientos de metros de la costa se alzaba el saliente rocoso de Ynys Enlli, Bardsey Island, en tiempos un monasterio y legendario lugar de peregrinación. Cuando salieron del coche, lo distinguieron en aquel crepúsculo azul y

brumoso.

El edificio al que los había llevado Glyn no parecía un pub en absoluto, sino más bien una pequeña granja, encalada y cubierta en parte por un techo de paja. Cinco ovejas mordisqueaban la fina hierba delante de la puerta, y no había más coches aparcados por allí ni ninguna señal de que se admitiesen clientes. En el interior tampoco había ninguna barra, sólo un par de mesas y un enorme tonel de roble pegado a la pared de piedra, del que los clientes (si se podía llamarlos así) se limitaban a servirse unas jarras llenas de una cerveza roja, fermentada y coronada de espuma cuando les daba la gana. Por lo visto, allí nadie pagaba las consumiciones.

Había tres hombres sentados a una de las mesas cuando llegaron. Se levantaron al ver a Glyn, y hubo muchas palmadas en la espalda, mucho estrecharse las manos y mucho intercambio de saludos en galés. Los hombres también les dieron las «buenas noches» a Ben y a Cicely, pero les hicieron entender, inequívoca pero sutilmente, que esperaban que se sentaran solos en la otra mesa. Aquello parecía lo más sensato, dadas las circunstancias. En la mesa de los cuatro amigos se empezó a organizar una partida de *cribbage*, entremezclada con una larga conversación, a veces muy bulliciosa, otras mantenida en voz baja y más en serio, con las consabidas miraditas a la pareja de intrusos ingleses.

—He visto antes a estos tipos —le dijo Cicely a Benjamin, sorbiendo valientemente su cerveza y apretando los ojos ante su espesa acidez—. Vienen a veces a casa, normalmente después de que mi tía se haya acostado.

—¿De qué están hablando?

—Supongo que de política. Son todos nacionalistas radicales.

Ben se quedó impresionado. Había oído hablar de los nacionalistas galeses en las noticias. Quemaban las casas de veraneo de la gente.

—¿Tu tío es nacionalista?

—Pues claro. Se pasa la vida mandando cartas sobre el tema a los periódicos ingleses y metiéndose en líos. También apoya al IRA.

Benjamin aún abrió más los ojos. Durante años, desde los atentados de los pubs o incluso antes, no había oído más que vilipendiar y despreciar al IRA, ya fuera a su familia, a sus amigos, a sus profesores en el colegio, o a los políticos en televisión. Había oído como les llamaban desde asesinos de niños hasta chalados y psicópatas. Sencillamente nunca se le había ocurrido que podía haber otra forma de enfocar el tema. Puede que Glyn fuera aterrador, pero también era el tío de Cicely, y evidentemente ella le tenía cariño, así que no cabía duda, a los ojos de Benjamin, de que en el fondo él estaba en el bando de los buenos. ¡Y, sin embargo, aquel hombre apoyaba al IRA! A la gente que había matado a Malcolm y le había hecho un daño tremendo a Lois. ¿Cómo era posible? ¿El mundo aún era *más* complicado de lo que se imaginaba? ¿No había *nada* que no tuviese dos caras? ¿Cómo demonios hacían las personas como Doug para sostener sus convicciones, aquellas posturas políticas claramente definidas de las que estaban tan seguros, en un mundo así?

—El IRA le hizo mucho daño a mi hermana —le dijo a Cicely. Era la simple exposición de un hecho; mejor no lo podía hacer.

—¿Qué tal está, Ben?

Él suspiró.

—No está tan mal. Últimamente está bastante contenta, la verdad. Mis padres esperan que pueda hacer sexto dentro de dos o tres años, sacar el bachiller, y luego, a lo mejor, ir a la universidad.

—Ya ha pasado mucho tiempo, ¿no? Casi cuatro años.

—Bueno, ya sabes, ha tenido recaídas. Aún hay que andarse con pies de plomo con ella. El otro día Paul la volvió a alterar.

—¿Qué pasó?

—Habíamos sacado la mesa fuera de la roulotte por la noche, y nos íbamos a comer unas salchichas. Las había hecho papá en la barbacoa. Y entonces... ¿Te acuerdas de esa pelea tremenda de la que te hablé, entre Steve y Culpepper, el último día del curso?, bueno, pues Paul empezó a preguntarme cosas sobre ella. Y no paraba de insistir. No quería saber el motivo ni nada parecido, sólo quería enterarse de los detalles más desagradables: «¿Le partió la nariz? ¿Hubo mucha sangre? ¿Le rompió la cabeza?», esas cosas. Y Lois no soporta ese tipo de rollo. Le recuerda demasiado... el aspecto que Malcolm debía de tener. Así que ella se puso muy nerviosa y le empezó a gritar a Paul: «¡Para ya! ¡Para ya!», y luego le tiró la comida y se metió en la roulotte y estuvo llorando un par de horas. Al día siguiente se quedó en cama toda la mañana, y nosotros nos fuimos a Pwllheli a hacer unas compras, menos papá que se quedó para cuidar de ella. Y, por lo visto, a la hora de comer se levantó, se vistió y dijo que se iba a dar una vuelta. Estuvo fuera toda la tarde. Evidentemente, nos preocupamos mucho, pero yo sabía que al final volvería. Y volvió. Pero luego dijo que no se acordaba de nada, y no supo decirnos dónde había estado ni nada parecido.

Cicely le cogió una mano y se la apretó. Fue más que un gesto de consuelo.

—Lo siento muchísimo, Benjamin. Pobre Lois.

Él fue a llenar otra vez sus jarras y luego le pidió a Cicely que le hablara de su madre. Para empezar, nunca había sabido que fuera galesa.

—Bueno, tampoco es que le dé tanta importancia como el tío Glyn. Todos sus maridos han sido de países diferentes y yo creo que le gusta bastante lo de ser ciudadana del mundo. De todas maneras, como en este momento está en Nueva York, ahora está como loca con América. —Cicely bajó la voz—. El caso es que todo este rollo galés es un poco exagerado. Glyn y mamá nacieron en Aberystwyth, pero se fueron a vivir a Liverpool cuando eran pequeños y pasaron gran parte de su vida en Inglaterra. A él sólo volvió a darle por Gales cuando oyó que se vendía esta casa y se enteró de que podía comprarla muy barata y llevar vida de «caballero rural». En cambio, la familia de mi tía es toda de Tunbridge Wells. Evidentemente, eso no le impide estar muy convencido de lo que dice. Pero no tienes que dejarte intimidar.

Benjamin pensó que Cicely empezaba a tener aspecto de cansada, y Glyn también

lo notó al poco rato. Se despidió de sus amigos, que parecía que se iban a quedar allí toda la noche, y los llevó de vuelta a Plas Cadlan en el coche. Benjamin se sentó delante, a su lado.

—Bueno, ¿qué, inglesito? ¿Te ha gustado probar la auténtica cerveza galesa? Ésa no la encuentras en los pubs para turistas o en vuestro... —arrancó las palabras del fondo de su garganta como si fueran una flema—... camping de roulottes.

—No le llames «inglesito» —dijo Cicely—. Suena fatal.

—Eres inglés, ¿no? —dijo Glyn, mirando de reojo a Benjamin.

—Claro.

—Entonces te llamaré así. Supongo que no te avergonzarás de que te llamen inglés.

—¿Tendría que avergonzarme?

—A mí no me gustan los ingleses. Y, curiosamente, a los amigos con los que estaba hablando tampoco. ¿Sabes por qué? —Sin esperar respuesta, prosiguió—: Te lo voy a contar; los galeses odian a los ingleses desde siempre, y seguirán odiándolos hasta que los ingleses los dejen en paz y paren de meterse en sus asuntos. Los han odiado desde el siglo XIII, cuando Eduardo I invadió Gales y sus ejércitos mataron a las mujeres y a los niños, y también se mató a Llewellyn II, y se aprobaron leyes que prohibieron a los galeses ocupar puestos importantes y en su lugar se puso a lores ingleses para que los gobernarán, y se suprimieron las leyes galesas y se las sustituyó por las inglesas, y se construyeron castillos ingleses por todo el país y a los galeses no se les permitía vivir cerca de ellos, y se les mandaba continuamente al frente francés para que los mataran en guerras que no tenían nada que ver con ellos, pero que se pagaban sobre todo con los impuestos galeses. Y luego empezaron a odiarlos aún más a principios del siglo XV, cuando Owain Glyn Dwr trató de llevar a los galeses a la independencia y devolverles su sensación de formar una nación, y los ingleses respondieron convirtiendo todo el norte de Gales y Cardigan y Powis en un desierto, quemando casas y destruyendo iglesias y hasta secuestrando a miles de niños galeses y apartándolos de sus familias para mandarlos a Inglaterra como criados de las familias inglesas ricas. —Glyn aparcó en ese momento en un oportuno lugar de paso, y apagó el motor. Se había dejado llevar por la pasión, y el coche había dado unos cuantos bandazos a derecha e izquierda de aquella estrecha carretera, así que fue un alivio que parara—. Y durante toda esa época terrible —continuó—, la tradición barda consiguió mantener la lengua viva, la maravillosa lengua galesa que es la más antigua de estas islas, por si no lo sabíais, pero hasta *eso*, hasta nuestra misma lengua, nuestra propia identidad, nos la quitaron en 1536 Thomas Cromwell y su supuesta «Acta» de la supuesta «Unión», que nos impuso esta lengua inglesa descolorida, enfermiza y debilitada, y hasta convirtió en un delito llevar nuestros asuntos en nuestra propia *lengua*, que ya es el colmo. Esa maldita acta no era más Acta de la Unión que la que los ingleses les impusieron a los escoceses en 1707, cuando amenazaron con bloquear todo el comercio escocés si no se aceptaban sus

condiciones, y forzaron al parlamento escocés a disolverse a sí mismo a cambio de un goteo de parlamentarios escoceses allá en Westminster y un miserable soborno de unos cientos de miles de libras. «Con oro inglés nos compran. Por oro inglés nos venden», escribió Robbie Burns, ¡y tenía toda la razón! Y entonces los ingleses empezaron a hacerles a los escoceses exactamente lo mismo que les habían hecho siempre a los galeses, falsear los impuestos para que fuera el dinero ganado con muchos sudores de la pobre gente escocesa (tejedores y mineros) el que sirviese para financiar las aventuras imperiales en el extranjero. ¡Y así han seguido hasta hoy, con los beneficios del petróleo del Mar del Norte! Y aun así, ni los galeses ni los escoceses han sufrido tanto por la rapacidad y la intransigencia y la crueldad inglesa como los irlandeses. ¿Tenéis idea, os han enseñado algo en ese colegio vuestro de las cosas tan horribles que les hicieron los ingleses a los irlandeses durante el reinado de Isabel I y el protectorado de Oliver Cromwell? Cuando Isabel emprendió la colonización de Irlanda en 1565, el país se rebeló, y los generales ingleses competían entre ellos a ver quién era el más salvaje matando, colgando, robando, saqueando y masacrando a las familias inocentes de la población nativa. También se apoderaron de los terrenos de las víctimas y de los supervivientes y se los dieron a los colonos escoceses, y cuando se produjo otro alzamiento en 1640 Cromwell lo aplastó, y tras barajar la idea del genocidio total, decidió limitarse a trasladar a todos los irlandeses nativos a una región limitada por el Shannon, pero, mientras, miles de ellos siguieron siendo asesinados, encarcelados o mandados en barcos como esclavos a las Indias Occidentales. Por el amor de Dios, después de ese tipo de atrocidades, ¿aún os sorprende que cualquier irlandés con un poco de dignidad siga pensando que está en guerra con los ingleses tres siglos más tarde? ¿Creéis que los indios nativos de América, o los maoríes de Nueva Zelanda, y los aborígenes de Australia y Tasmania os perdonarán alguna vez por haberlos exterminado prácticamente a base de asesinatos, hambre y enfermedades? Ya no engañáis al mundo, ¿sabéis?, ya no, con esa timidez y esa educación tan encantadoras y esa ironía y esa modestia inglesas. Preguntadle a cualquier galés, a cualquier escocés o irlandés que piense un poco por su cuenta qué opina de los ingleses y os dará la misma respuesta. Sois una gente cruel, sanguinaria, avara y codiciosa. Una nación de carniceros y vagabundos. ¡Carniceros y vagabundos, os lo digo yo! —Y en ese momento Glyn, que había estado echado hacia delante en el asiento del conductor, agarrado al volante hasta que los dedos se le pusieron blancos, se recostó y, aspirando hondo, dijo—: Y, ahora, ¿qué me tienes que decir a *todo esto*, inglesito?

Se produjo un largo silencio, mientras Benjamin apretaba los labios y escogía sus palabras cuidadosamente.

—Es un punto de vista —dijo.

Glyn encendió el motor y los llevó a casa.

La tarde siguiente, una tarde de cielo azul despejado y sol implacable, una tarde de una tranquilidad increíble en la que el zumbido de una mosca entre el brezo podía parecer un acontecimiento importante, Benjamin y Cicely paseaban por el promontorio que queda por encima de Rhîw. La noche anterior, antes de acostarse en sus respectivas camas, se habían besado en el umbral del dormitorio de ella, y había sido un beso carente de ambigüedad. Hasta Benjamin podía descifrarlo. Y para que aún le quedara más claro, Cicely había dicho: «Acabamos de empezar algo, ¿no?», antes de escabullirse en la oscuridad de su dormitorio y echarle una mirada acompañada de una breve sonrisa de alegría.

Estuvo despierto casi hasta el amanecer, con la cabeza dándole vueltas a aquel nuevo e inesperado golpe de suerte.

Ese día fueron trepando hasta la escarpada cresta de Creigiau Gwineu, de la que el tío Glyn les había dicho que era el enclave de un asentamiento que se remontaba seguramente a la Edad de Hierro. Resultaba difícil pensar en aquellas cosas en una tarde calurosa y tranquila, con aquel mar lleno de olas desplegado ante ellos por tres lados distintos. El descenso desde el asentamiento a los acantilados fue más suave. Benjamin cogió a Cicely de la mano y la fue guiando por un camino de ovejas entre los tojos erizados; en aquel sitio se volvía ágil y ya no tropezaba, consciente de que la misma textura del suelo de Llŷn estaba grabada en su mente por años de paseos infantiles, de largas noches despejadas de alegre exploración con Lois, sus padres, sus abuelos, e incluso Paul. Daba igual lo que dijera Glyn; en cierto sentido, parte de aquella península le pertenecía.

Antes de llegar al borde del acantilado se toparon con un sendero ancho y muy hollado que corría al pie del promontorio. Así que torcieron a la izquierda y caminaron en dirección a Porth Neigwl. Justo donde el sendero empezaba a girar tierra adentro, una roca grande y plana sobresalía entre los helechos. Era el sitio ideal para sentarse. Sólo cabían dos personas, suponiendo que quisieran sentarse lo más juntas posible.

Benjamin se quedó mirando la bahía, aquella extraordinaria ribera de seis o siete kilómetros que se había ganado su nombre llevando a innumerables marineros a la muerte a lo largo de los siglos, pero que esa tarde, una vez más, casi parecía benigna. La majestuosidad de la vista, consagrada por la presencia de Cicely, le llenó de una alegría misteriosa e indefinible.

—En esta época, el año pasado —dijo— estaba viendo un paisaje como éste con mi abuelo. Justo... —señaló hacia Cilan, al otro lado de la bahía—... justo allí. Y mi abuelo dijo una cosa muy curiosa. Me dijo que nadie podría contemplar esta vista sin creer en la existencia de Dios.

Cicely se quedó callada un momento.

—¿Y estás de acuerdo con él? —preguntó.

Benjamin estaba a punto de responder, cuando se reprimió. Había estado a punto de decir que sí, sin dudar; pero algo se lo impedía. Una nueva capa de incertidumbre. Se puso en marcha una veloz y compleja cadena de pensamientos, al final de la cual le dijo repentinamente a Cicely:

—¿Te puedo preguntar una cosa?

—Claro. Lo que quieras.

—¿Cómo me puedes haber perdonado?

—¿Perdonarte? ¿Perdonarte qué?

—Haber escrito esa reseña.

—Pero, Benjamin..., hace mil años de eso.

—Sí, ya lo sé; pero de todos modos..., era tan hiriente. Tan desagradable.

—Para nada. Ya te lo dije, es lo mejor que alguien podía haber hecho por mí. Nunca se me dio bien actuar. Lo hacía porque mi madre quería, y porque encajaba con mi estúpida idea de mí misma. Tú me curaste. Eso fue literalmente lo que hiciste: curarme. Y no creo que lo hicieras por pura maldad. Ya escribías música por..., por el amor que sentías hacia mí (ahora lo sé), y creo que también escribiste la reseña por eso mismo.

—Por amor.

—Sí, creo que sí. Para que me viera a mí misma. En eso *consiste* el amor, ¿no? Es un estado en el que..., en el que las personas se ayudan mutuamente a ver cómo son de verdad.

—Sí —dijo Benjamin—. Sí, tienes razón.

Ella había respondido a su pregunta. En su nueva intimidad con Cicely, estaba descubriendo un nuevo yo, y ese nuevo yo no estaba seguro, en absoluto, de la existencia de Dios. Parecía que iba a tener que soportar un yo aún más dubitativo que aquel con el que había vivido hasta ahora.

—No sé —le reconoció a Cicely—. No sé si estoy de acuerdo con mi abuelo o no.

—El cristianismo no es para mí —dijo ella, tajante—. Yo creo que tenemos mucho que aprender de las religiones orientales, ¿no te parece? Y además, supongo que la base de cualquier religión es siempre el mismo Dios. Así que debo de ser... panteísta, ¿no?

—Panteísta es quien ve a Dios en todas las cosas. Puede que mi abuelo sea panteísta, ahora que lo pienso. —Pobre abuelo. Ahora estaba postrado en cama, y con dolores continuos. Benjamin apartó aquellos pensamientos morbosos que empezaban a hacer presa en él—. Lo único que sé —dijo— es que me encanta este sitio, y que me parece que está muy ligado a... mi futuro. —Cicely lo miró con curiosidad, sin entender nada. Él tampoco lo entendía—. Aquí se termina mi historia —dijo lentamente, pero no sonó mucho mejor—. Lo siento, eso suena muy grandilocuente.

Ella apoyó la cabeza en su hombro y estuvieron un rato así, sin decir nada. Pero ella pensaba en sus últimas palabras.

—¿Y dónde terminará *mi* historia? —se preguntó en voz alta—. No tengo ni casa.

En Birmingham no me siento en casa, ni en ningún sitio, si quieres que te diga la verdad. A lo mejor en América...

—¿Por qué América? —le preguntó Benjamin.

A ella le falló la voz.

—Porque es a donde me voy. —Sintió que Benjamin se tensaba a su lado, y volvió hacia él unos ojos llenos de pena por el daño que estaba a punto de hacerle—. No es para siempre, Ben. Sólo unos meses.

—¿Unos *meses*?

—Mientras mi madre representa esa obra en Nueva York. Es un rollo tipo *off-Broadway*, puede que no dure ni un par de semanas. La echo muchísimo de menos, Benjamin. Y es una buena oportunidad. Viviremos en Manhattan, y pasaremos los fines de semana en Long Island.

—¿Y tus exámenes? Creía que ibas a volver al colegio.

—Hasta Navidades, no. —Se levantó y tiró de Benjamin. Apretó muy fuerte su cuerpo contra el suyo, y él sintió su rápida respiración y el latido de su corazón—. Mira, Ben, ya he metido muchísimo la pata con los hombres. Pero tú no eres una metedura de pata. Tú eres el primero. El primero y el último y el único. Lo que nos ha pasado aquí no es más que el principio, ¿no lo ves? Nos lo vamos a pasar estupendamente juntos, tú y yo. Estupendamente, increíblemente bien. Hemos tenido *tanta* suerte, tanta, tanta suerte al encontrarnos el uno al otro... Somos tan *jóvenes*, Ben... ¡Somos muy jóvenes pero ya *sabemos!* Tú y yo somos las dos personas con más suerte del mundo. Y eso no lo voy a tirar a la basura. Nada en el mundo va a hacerme tirarlo. ¿Qué son unos meses, unos cuantos meses separados, comparados con lo que tenemos por delante? Nada, Benjamin, nada de nada.

Él le retiró el pelo de la frente y dijo:

—¿Me escribirás?

Y ella le contestó:

—Todos los días.

Y Benjamin pudo ver en sus ojos dos mares reflejados; y ella en los suyos, un mar de lágrimas; pero, a pesar de sus lágrimas, sintió que le embargaba una felicidad monstruosa y divina, al saber al fin lo que era amar y ser amado.

Cuando Benjamin entró en la casa vacía de sus padres la tarde siguiente, lo primero que vio tirado sobre el felpudo fue una carta con los resultados de sus exámenes. La abrió y vio que había sacado las mejores notas posibles en todas las materias.

Sonó el teléfono. Era su abuela.

—¿Dónde has estado? Te hemos estado llamando sin parar.

—Lo siento, abuela. He salido mucho. ¿Qué tal está el abuelo?

—Un poco mejor. Hoy se ha podido sentar. Te manda recuerdos.

Benjamin le comentó sus notas. Se alegraba de poder decírselo a alguien. Después de contárselo a su abuela, llamó a Philip y se lo dijo. Las de Philip casi eran igual de buenas. Podría ir a Bristol en otoño sin ningún problema.

—¿Y Steve qué tal? —preguntó Benjamin.

Philip suspiró.

—Ha suspendido física. Totalmente. Y sólo ha sacado una D o una C en las demás cosas.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que ninguna universidad lo va a admitir para hacer Físicas. Tendrá que repetir curso.

—¿Y Culpepper?

—Una A, una B y una C. Pero la A fue en Física, así que ya tiene lo que le hacía falta. Por los pelos. —Los dos se quedaron callados y taciturnos—. La vida es una mierda, ¿verdad?

Tras lo que le pareció una pausa suficiente, Benjamin dijo:

—De todas maneras, *deberíamos* celebrarlo. Tú y yo, quiero decir.

—Sí..., y Claire. Y Emily. ¿Qué tal esta noche?

—No, esta noche no. Mañana —dijo Benjamin—. Esta noche tengo que hacer un trabajito.

Colgó y miró el resto del correo. La mayor parte eran cosas sin interés, pero hubo una cosa que le hizo reír. Por lo visto, la huelga de la fábrica de Grunwick se había acabado por fin. Los huelguistas no habían conseguido salirse con la suya, según los periódicos; pero, al menos, las fotos de su padre de las vacaciones en Skagen habían llegado al fin, casi dos años después de que las hubiera mandado a revelar.

El trabajito de Benjamin consistía en salir con Jennifer a tomar su última copa juntos en La Parra. Le contó la historia del catastrófico viaje de su familia a Gales y ella se rió un montón. Tenía una risa gutural, un tanto lasciva, y un sentido del humor a prueba de bomba. Él se dio cuenta de que eran dos de las muchas cosas que le

gustaban de ella. Aun así, cuando terminaron de contarse mutuamente sus vacaciones y los resultados de sus exámenes, él dejó su Guinness sobre la mesa con cierto énfasis y dijo:

—Oye, Jennifer, creo que deberíamos dejarlo.

—Sí —le respondió ella alegremente—. Tienes razón.

Benjamin se quedó completamente estupefacto. Había esperado algunas lagrimitas por lo menos.

—Creo... —explicó, preguntándose si ella habría entendido lo que le estaba diciendo—... Creo que hemos llegado al final del camino.

—Vamos, Ben, pero si ni encontramos nunca el camino... Para empezar, no tenemos nada en común. Yo no acabo de distinguir a Debussy de Delius, o a Beckett de Baudelaire. Te aburro mortalmente.

—No es cierto.

—Sé sincero conmigo, Benjamin. Por lo menos, nos debemos eso.

—Te podría haber fastidiado un poco, ¿no? —se quejó él.

—¿Con la universidad a la vuelta de la esquina? Según el folleto, mi residencia tiene ciento veintiséis habitaciones, todas con su respectivo armario. Voy a estar muy ocupada. —Era evidente que a él le costaba encontrarle la gracia, así que ella admitió de mala gana—: Pues claro que me fastidia. Pero no te lo tomes tan a pecho. No te preocupes, Tigre, ya encontrarás a alguien.

Benjamin vio que era la ocasión ideal de recuperar parte de su dignidad.

—Ya la he encontrado, en realidad.

—No me digas... —dijo Jennifer, con una despreocupación que, afortunadamente, no convencería a nadie—. ¿La conozco yo?

—Sí que la conoces. Es Cicely.

De nuevo su reacción fue lo último que se habría esperado; abrió la boca un momento de puro estupor y luego puso una expresión que no le había visto nunca desde que la conocía. Lo miró con cariño, reproche y, sobre todo, preocupación.

—Dios mío, Ben..., *no* —le suplicó—. Ella no. Tú y Cicely no, por lo que más quieras.

—¿Y por qué no? —preguntó él, casi queriendo añadir: «Todo el mundo ha salido con ella».

—¿Nadie te ha prevenido contra Cicely? ¿No te has dado cuenta de lo que le hace a la gente? ¿Cómo los mastica y los escupe?

Él meneó la cabeza.

—No la conoces. No la conoces como yo.

—Ésa —dijo Jennifer, tras soltar una risita— es la mayor estupidez que he oído en mi vida.

Pero no lo iba a convencer nunca. Benjamin ya no estaba por la labor del sentido común. Por fin se le habían abierto las puertas de golpe, las puertas que lo llevarían de su antigua vida a otra infinitamente más interesante. Nada de lo que dijera Jennifer

impediría que las atravesase. Y nada de lo que dijera nadie destruiría aquellos momentos que había compartido con Cicely el día anterior, mientras estaban juntos en el promontorio y ella le había hecho aquella promesa y él la había mirado a los ojos: unos ojos en los que vio reflejados, por partida doble, las claras aguas azules y las mandíbulas abiertas de Porth Neigwl, la Boca del Infierno, las mismísimas fauces de la muerte.

EL POSAVASOS VERDE

Pero hay momentos en la vida por los que valdría la pena gastarse una fortuna, momentos tan intensos, tan llenos de emoción que, en cierta forma, se vuelven atemporales, como el momento en que Inger y Emil estaban sentados en aquel banco de la rosaleda y sonrieron a la cámara, o cuando la madre de Inger alzó la persiana del ventanal de su cuarto de estar hasta el techo, o cuando Malcolm abrió su joyero y estaba a punto de pedirle a mi hermana que se casara con él (porque ahora sé que no llegó a pedírselo), y éste es uno de esos momentos, mientras me llevo la jarra de Guinness a los labios y pienso que, evidentemente, la vida ya no puede irme mejor, sólo puede ir cuesta abajo a partir de ahora, así que ¿cómo puedo prolongar este momento, cómo puedo dilatarlo, cómo puedo hacerlo durar eternamente?, porque he estado en la Plaza del Paraíso y nada se le puede comparar, *et in Arcadia ego*, como dijo alguien alguna vez, no recuerdo quién, pero quizá se pueda conseguir, quizá si no me muevo, si me limito a sostener la jarra a cinco centímetros de mi boca, y ni siquiera miro a la barra, donde Sam me está pidiendo otra, entonces durará, y no, tampoco volveré la cabeza para mirar por la ventana, para mirar a Cicely, mi bella Cicely, mi preciosa novia (es verdad, parece increíble, pero es verdad, eso es lo que es), porque ahora no me hace falta mirarla, sé que volveré a verla dentro de unas horas, y mientras tanto me la puedo imaginar, me la puedo imaginar alejándose de la Plaza del Paraíso y atravesando el recinto de cemento de la biblioteca y Chamberlain Square en dirección a Victoria Square, el balanceo de su larga espalda, ese aire abstraído, un poco como si no fuera de este mundo, como si nunca fuese consciente de cómo la mira la gente, girando la cabeza sin poder resistirse, magnetizada, ¿cómo puede dudar de sí misma cuando la gente la mira de esa forma?, ¿cómo no acaba de creerse que es una persona extraordinaria?, pero ni siquiera se da cuenta, sus pensamientos están en otra parte, no sé dónde la mayor parte del tiempo, pero ya lo averiguaré, es una de las muchas cosas que averiguaré en los años de conocerla y quererla que me esperan, y evidentemente, si me falla la imaginación, siempre me quedará la memoria, porque ahora también tengo recuerdos de Cicely, unos recuerdos asombrosos, pero para asombroso lo que ha pasado entre nosotros esta mañana, pero iré con cuidado, despacio, hay que saborear cada detalle, y empieza..., bueno, supongo que empieza por lo primero que pensé esta mañana, a ver si me acuerdo..., sí, pensé en la bolsa de Dickie, qué curioso, pero espera un momento, hay algo antes, lo que estaba soñando, y como pasa con los sueños no me acuerdo muy bien, se desvaneció mientras me despertaba, pero sí que me acuerdo de los policías, había filas y más filas de policías en mi sueño, y en general no tengo nada en contra de los policías, pero la mera visión de aquellos hombres me aterrorizaba, o aterrorizaba a la persona del sueño, ¿soy la misma persona con la que sueño?, ésa es una de las grandes preguntas sin respuesta, pero sí que recuerdo esa sensación de miedo, y tenía que ver con que no conseguía verles la cara a los policías, aunque no sé si porque no tenían cara o porque tenían la cara tapada con los cascos mientras estaban allí de pie, con la cabeza un poco inclinada, listos para cargar, cientos y cientos de ellos ahora

que me pongo a describirlo, o puede que me lo esté inventando, no sé, cada vez lo tengo menos claro, de todas formas, pero era una imagen siniestra, creo que estaban a punto de cargar contra una multitud porra en mano, a disolver alguna manifestación, en realidad es de ahí de donde ha salido esa imagen, porque estuve leyendo el artículo de Doug de esta semana, el artículo de Doug para el *NME* sobre Blair Pech y lo que pasó en Southall, eso lo explica todo, y era un artículo horrible, y con eso no quiero decir que estuviera mal escrito, en ese sentido era brillante como todo lo que escribe Doug, pero las cosas de las que hablaba eran tremendas, realmente increíbles, me pregunto si exageraría, de alguna manera no puedo evitar desear que exagerara, aunque no diría mucho en su favor, así que, de todos modos, volviendo a lo de esta mañana, fue entonces cuando me desperté, en medio de ese sueño, algo debió de despertarme, puede que fuera mamá al cerrar la puerta cuando salía para el colegio, ahora da clases allí, creo que cuatro mañanas a la semana, siempre está más contenta cuando trabaja, me preocupa que todo el mundo sea tan feliz como yo, a pesar de que es bastante imposible porque, en definitiva, soy la persona más afortunada del mundo, y luego, en cuanto me levanté, me vino a la cabeza una cosa sin ninguna importancia, completamente irrelevante como suele suceder, y antes de que pasara una milésima de segundo, menos tiempo aún que el momento que ahora trato de dilatar, ya me había olvidado de los policías y estaba pensando en la bolsa de Dickie, en la que llevaba años sin pensar, dos o tres años por lo menos, y ahora que lo pienso tampoco había pensado en Dickie desde que dejó el colegio el verano pasado, y entonces ya no le llamábamos Dickie, claro, como ya no llamábamos Rastus a Steve, se llamaba Richard Campbell, pero en cuarto, creo que era, solíamos llamarle Dickie, debía de ser con mala intención, debíamos de querer decir de alguna manera que era un poco rarito o afeminado o algo,^[20] aunque no sé por qué íbamos a tomarla con él por eso, en esa época siempre andábamos todos de cachondeo, haciéndonos los mariquitas o los gays o lo que sea, pero me resultan inexplicables tantas cosas de las que hacíamos..., incluido meternos con Richard Campbell, pero lo más raro de todo eran los números que montábamos con la bolsa de Dickie, me pregunto quién empezaría, bueno, supongo que sería Harding, siempre es la hipótesis más probable, aunque nunca sabré de qué rincón de su retorcida mente se sacaría semejante cosa, pero pongamos que fuera Harding, en cualquier caso, quien decidió que la bolsa de Dickie fuese no tanto un objeto de burla como (y ya sé que parece una locura) un objeto de deseo sexual, un objeto sexual para entendernos, y la cosa funcionaba así, Dickie llegaba todas las mañanas a clase con su bolsa, que era una bolsa de deportes Adidas normal y corriente, de vinilo negro, un poco hecha polvo, pero casi idéntica a otros cientos de bolsas que la gente lleva al colegio todas las mañanas, y entonces el primero que lo veía gritaba: «¡La bolsa de Dickie! ¡La bolsa de Dickie!», como una especie de grito de caza, y entonces todo el mundo echaba a correr hacia Dickie y le agarraba la bolsa y se la quitaba, y luego se tiraban encima de ella (¿por qué digo «se tiraban»?), yo también lo hacía, así que se la *quitábamos* y nos *tirábamos* encima) y lo

siguiente sólo puede describirse como una especie de violación en pandilla, porque la bolsa solía desaparecer en una marea humana y se oía como un gemido colectivo de orgasmo y todos nos turnábamos para follarnos la bolsa de Dickie, no hay otra manera de decirlo, mientras su propietario se quedaba allí mirando desesperado, resignado a esas alturas a aquel ultraje diario al que él sólo, por alguna razón que probablemente nunca llegó a entender, parecía estar condenado, y esta mañana en la cama pensé en aquel pequeño ritual y tengo que confesar que no pude evitar una sonrisa, más que sonreírme, en realidad, me eché a reír, a reír entre dientes en la cama, por la gracia infantil y reivindicativa que tenía la cosa, y también me pregunté, como me pregunto por muchos de mis compañeros últimamente, qué estará haciendo ahora Richard Campbell y qué tal le irá en la universidad y si se acordará de lo que hacíamos con su bolsa dentro de veinte años y también se reirá, porque la otra alternativa, supongo, es que haya marcado su personalidad para siempre y lo haya convertido en un sociópata sin amigos o puede que incluso en un asesino o, por lo menos, haya servido para que nunca sea capaz de tener una vida sexual normal, pero todo eso pertenece al futuro y no creáis que no voy a hablar de eso, no creáis que me voy a olvidar del futuro, pero ahora mismo estoy pensando en esta mañana, en la sensación que tuve cuando me desperté y me olvidé del sueño y dejé que todos esos recuerdos sobre la bolsa de Dickie me rondaran la cabeza, y entonces de repente me di cuenta del ambiente tan extraño y como a la expectativa que reinaba en la casa, en lo tranquilo que estaba todo, porque ya eran más de las nueve, y mamá se había ido a trabajar y papá también y Lois también y Paul estaría en el colegio, aunque ni siquiera había venido a dormir, ahora que lo pienso, se había quedado en casa de un amigo, lo que significa que su dormitorio estaba vacío, pero no estaba vacío en absoluto, y yo también debería haber ido a trabajar, pero había una buena razón para no haberlo hecho, que era Cicely, evidentemente, Cicely se había quedado a dormir en casa, había dormido en el dormitorio de Paul y era la segunda vez que lo hacía, pero esta vez había una gran diferencia, a saber, *que no había nadie en casa con nosotros esta mañana*, teníamos la casa *entera para nosotros*, así que no era de extrañar aquel ambiente extraño y como a la expectativa, ni tampoco que yo hubiera decidido llamar para decirle a Martin que estaba enfermo y que no iba a ir esta mañana, pero incluso así no había tiempo que perder, cada segundo que pasáramos a solas era precioso, así que tenía que pensar qué iba a hacer, tenía que pensar cómo iba a manejar aquella situación, porque Cicely y yo llevábamos mucho tiempo sin vernos, ocho meses, ocho largos y desesperantes meses que llevaba en Nueva York con su madre, cuya obra era un éxito tremendo, desgraciadamente para mí, y aunque nos escribíamos todas las semanas y yo fui en avión hasta allí para pasar unos días con ellas en enero, nos sigue siendo difícil estar juntos otra vez, veo que le cuesta adaptarse, y quizá yo haya demostrado demasiado a veces que lo sé, quizá haya sido demasiado atento, demasiado inseguro, es parte de mi personalidad al fin y al cabo, sí, ya sé que por fin estoy desarrollando cierta capacidad de autoanálisis, y dentro de

poco la gente me lo notará (como Doug, por ejemplo), pero de momento al principio no estaba nada seguro de lo que iba a hacer esta mañana, así que al final acabé tomando lo que a alguna gente (como Doug, por ejemplo) le habría parecido el camino más fácil, bajé a la cocina, hice una taza de té y se la subí, sí, ¡té!, estoy seguro de que el tío Glyn habría tenido algo que decir a eso, la multitud de usos que los ingleses le hemos encontrado a una humilde taza de té, cuántas emociones conseguimos esconder tras ella, cuántos subterfugios conseguimos disfrazar con ella, y supongo que el té también es un legado del colonialismo, así que se podría haber explayado a gusto, estoy seguro, pero ¿a quién le importa?, ¿a quién le importa lo que podría haber dicho el tío Glyn?, yo no pensaba en él mientras subía con nuestras dos tazas de té por la escalera que crujía, es el undécimo peldaño, el undécimo el que cruje más, qué bien se llega a conocer la propia casa en dieciocho años, supongo que no es tan sorprendente, y yo iba pensando en lo que le iba a decir a Cicely cuando la despertara, iba escogiendo las palabras, como siempre, se me dan muy bien las palabras, he acabado creyendo que se puede hacer prácticamente cualquier cosa con las palabras, pero también estoy empezando a aprender..., por lo menos eso espero, que no tarde mucho tiempo..., empezando a aprender, decía, que hay situaciones en las que las palabras no son lo más importante, hay situaciones que necesitan algo más que palabras, y éstas son las situaciones que suelen desconcertarme por regla general, como la de esta mañana, cuando abrí la puerta del dormitorio de Paul y entré de espaldas con mis dos tazas de té y las dejé sobre la mesilla de noche y seguía intentando pensar en qué iba a decirle a Cicely después de que la hubiera despertado, seguía intentando elegir bien las palabras, y ni siquiera recuerdo ahora cuáles eran, porque resultó que ya estaba despierta, enseguida me di cuenta, estaba completamente despierta y lo primero que hizo cuando me senté en la cama a su lado fue incorporarse, y estaba desnuda, ¡Dios mío!, estaba completamente desnuda, yo llevaba el pijama, debía de tener una pinta ridícula, los pijamas no son nada atractivos, pero a ella le dio igual por lo visto, porque se sentó despacio, medio dormida, y me pasó los brazos por el cuello, sus brazos desnudos, sus maravillosos brazos desnudos, me podría parar a pensar un rato en ellos, ¿verdad?, pero no puedo, la cabeza me va a toda prisa, y ella tenía la boca entreabierta y puso sus labios sobre los míos y yo sentí el tacto de sus pechos contra el mío, y en todos los años que hace desde que conozco a Cicely, porque, Dios mío, ya hace más de dos años que conozco a Cicely, nadie podría habernos acusado de apurar las cosas, nos ha llevado mucho tiempo llegar hasta ese punto, pero ahí estábamos, en el mismísimo umbral de la Plaza del Paraíso, y en todos los años que hace desde que conozco a Cicely ésta era la primera vez que veía su cuerpo desnudo, por no hablar de tocarlo, y le puse la mano en un pecho y su tersura y su suavidad me parecieron indescriptibles, y mientras nos seguíamos besando, y ella me besaba con tanta ternura..., nos hemos besado antes muchas veces, no escatimábamos besos cuando fui a verla a Nueva York, eso está claro, pero ese beso tenía algo nuevo, como si todos los besos anteriores nos hubieran

llevado hasta él, como si todos los momentos que habíamos pasado juntos, ¿y cuántos habrán sido?, (otra de las preguntas sin respuesta, nadie sabe en qué consiste un momento, cuánto dura, no se lo puede medir, no se puede hablar de él, un número infinito, supongo, estamos en el reino de lo infinito), como si todos esos momentos, de todos modos, se precipitaran de repente todos juntos, convergieran, se fusionaran en ese único momento explosivo, que empezó con ella pasándome los brazos por el cuello y no sé cuánto duraría, no tengo la menor idea de cuánto tiempo pasamos juntos en ese dormitorio, en la cama de Paul, debajo de sus estúpidos posters, entre ellos una foto muy grande de las chicas de *Los ángeles de Charlie* en bikini y sonriendo inexpresivamente, y otra foto, ya sé que es increíble, de Margaret Thatcher con el eslogan «¡Vota Conservador!» debajo, ¡sí!, en efecto, he perdido mi virginidad dos veces, una con un artículo de equipaje y otra bajo un póster de Margaret Thatcher, no es el principio ideal de una trayectoria sexual, la verdad, pero tengo que decir que esta mañana no le presté mucha atención, durante esos diez minutos o tres horas o lo que fuera porque os puedo jurar de que en mi vida había visto, y nunca volveré a ver, estoy convencido, algo tan bonito como lo que Cicely me enseñó cuando se recostó en la cama y apartó la colcha y me tendió los brazos, simplemente no tengo palabras para describirlo, bueno, está bien, las hay, pero pertenecen a otro contexto, se las han adjudicado las revistas de Culpepper, y no transmiten la belleza, por no hablar del *misterio*, sí, ésa es la palabra, el misterio de lo que Cicely me ha enseñado esta mañana y que yo alargué la mano para acariciar, porque tras deshacerme de mi ridículo pijama, alargué la mano para acariciarla y cuando lo hice, cuando las yemas de mis dedos asombrados establecieron por primera vez contacto con ese sitio, con la Plaza del Paraíso, le cambió la cara, yo se la estaba mirando, y ella sonrió, e hizo un ruido, un ruido muy pequeño, algo parecido a un susurro, y se estremeció entre las sábanas pero yo contemplaba su sonrisa, y no es que estuviera sonriendo de placer, o de felicidad, era una sonrisa que superaba esas cosas, y no es que esté diciendo que yo sea el mejor amante del mundo, qué va, basta con preguntarle a Jennifer Hawkins para empezar, no estoy diciendo que sea capaz de transportar a una mujer al colmo del éxtasis con una caricia de mis dedos, pero con Cicely esta mañana había algo relacionado con lo que sentimos el uno por el otro, con las cosas que nos han pasado en estos años, con el tiempo que nos ha llevado llegar hasta ahí, que lo hizo muy diferente, quiero decir diferente para ella, porque en realidad ésta era mi primera vez pero no la suya y, sin embargo, al final me dijo que sí lo era en cierto sentido, dijo que era su primera vez con alguien a quien quería, y quizá por eso sonrió con tanto misterio, otra vez esa palabra, no se me sale de la cabeza, cuando la acaricié, cuando la acaricié entre las piernas, y luego me encorvé sobre ella, y la oí, y probé su sabor, probé su sabor con la punta de la lengua, y aún me sabe la boca a ella, el sabor de Cicely sigue en mi lengua, pero ahora mezclado con otra cosa, ya no es puro, ahora la boca me sabe a Cicely y a Guinness, y espero que su sabor no desaparezca nunca, pero ahora tengo que parar, que pensar en otra

cosa, ya volveré después sobre esa primera impresión, es demasiado buena para pensar en ella sólo una vez, y ahora voy a volver a imaginarme a Cicely cruzando Victoria Square, que es lo que debe de estar haciendo en este momento, sí, imaginación y memoria, eso es, ésas son mis dos armas en mi lucha contra el tiempo, mi apuesta por la eternidad, mientras cuente con ellas no tengo nada que temer, ahora ella va pensando en mí, estoy seguro, a no ser que vaya pensando en Helen, es posible, al fin y al cabo ésa es la razón por la que ha querido irse a casa tan pronto, acaba de llamar a su madre, hará un cuarto de hora, y su madre le ha dicho que había una carta de América para ella, una carta de Helen, así que puede que Cicely esté pensando en Helen pero no creo, creo que estará pensando en mí, pero ¿me estará imaginando o recordando?, nunca lo sabré, pero tengo una idea, me la puedo imaginar recordándome, y así podría seguir eternamente (¡que es exactamente lo que quiero, claro!), como en un salón de espejos o un Palacio del Recuerdo, sí, me gusta esa expresión, la puedo usar, la puedo poner en un poema o usarla como el título de un capítulo o una canción o algo, y lo que la hace tan perfecta es que ahora mismo estoy viendo el Palacio del Recuerdo, porque estoy sentado en La Parra, que (me he dado cuenta esta misma mañana, nunca me había fijado) está situado en una plaza llamada Plaza del Paraíso, y por la ventana veo directamente la plaza municipal, con la Casa de los Masones y el Banco Municipal a un lado, a la izquierda, y la Casa Baskerville a la derecha, y entre ellos está el Palacio del Recuerdo, construido con piedra de Portland y granito de Cornualles, y rematado con una bonita cúpula blanca (sé lo de la piedra y el granito porque me lo contó Philip, cuando vino a casa de vacaciones y paseamos por aquí, sabía un montón de todos estos edificios, parecía que se los había estudiado a fondo, yo estaba avergonzado, como siempre, porque soy capaz de vivir años en una ciudad sin fijarme en nada de su arquitectura, sin siquiera pensar que los edificios que me rodean han sido diseñados como obras de arte y tienen su historia, pero Philip se está convirtiendo en un auténtico especialista en el tema, así que por ejemplo me contó cosas del Palacio del Recuerdo y cómo se pretendía que fuera mucho más grandioso que el que al final se construyó, en 1925, porque después de la Primera Guerra Mundial la mayor parte del dinero que se había reservado para construirlo tuvo que dedicarse a edificar viviendas, y al final sólo costó treinta y cinco mil libras, y las estatuas son de un escultor de Birmingham llamado Albert Toft, y el día que lo inauguraron más de treinta mil personas hicieron cola fuera para desfilar por dentro y rendir homenaje a los hombres que habían muerto en la guerra, sí, Philip se lo sabía todo, y fue maravilloso pasear por Birmingham con él ese día y ver estos sitios tan familiares como si fuera la primera vez, renovados por sus conocimientos y su entusiasmo), así que parece que hoy todo está cambiando en mi vida, hasta la ciudad está transformándose a mi alrededor, estoy sentado en la Plaza del Paraíso y contemplando el Palacio del Recuerdo y de repente es como si todo se refiriese a Cicely y a mí, todo es una metáfora de nuestros sentimientos, de alguna forma la ciudad entera se ha convertido exclusivamente en un

esquema a tamaño natural de nuestros corazones, y casi podría gritar de alegría, me gustaría salir a la plaza y gritarle a cualquiera que me escuchara: «¡AMO ESTA CIUDAD!, ¡AMO ESTA CIUDAD!», pero como ya habréis adivinado no lo voy a hacer, no me pega mucho, y además todavía no tengo que irme, sigo encerrado en mi momento y Cicely continúa dirigiéndose hacia alguna parte por Victoria Square, pensando en mí, recordando, sí, ya he decidido lo que iré recordando, va recordando el día (hace ocho días) en que me acerqué en coche hasta Heathrow para recogerla, y ahora tengo que imaginarme lo que pensaría, o sentiría (sentiría, Benjamin, *sentiría*, céntrate en los sentimientos para variar) cuando atravesó la puerta de Llegadas y me vio allí esperando, y distinguió mi cara entre la multitud, qué nervioso debí de parecerle, qué transparentes mi ansiedad y mis nervios, pero todo eso se desvaneció cuando vi que sus ojos se iluminaban al reconocermelo y su cara esbozaba una sonrisa y ella se acercó hasta mí y dejó su maleta y se apartó el pelo de los ojos, siempre se le está cayendo sobre los ojos, y entonces me abrazó, llevaba una chaqueta de ante, recuerdo la textura de su chaqueta de ante, le colgaban unas cosas, ¿cómo se llaman?, flecos o algo así, como las de los vaqueros, ¿cómo demonios voy a hacerme escritor si no puedo describir la ropa como es debido?, a lo mejor al final tendría que ser compositor, el caso es que nos abrazamos y entonces ella acercó su boca a la mía, fue todo como a cámara lenta, me pregunto si nos estaría mirando todo el mundo, daba la sensación de que sí, y, ay, volver a besarla, no me lo podía creer, hacía tres meses que no nos veíamos, yo había tratado de no dudar de ella durante todo ese tiempo, pero en alguna ocasión, supongo que es inevitable, siempre te pones a darle vueltas, no a la idea de otros hombres, nunca me ha preocupado eso, sino a que los sentimientos desaparecen, le pasa a todo el mundo, o eso me han contado, o eso he leído, pero cuando ella me besó esa tarde supe que todo estaba bien, ella es fiel, mi Cicely es fiel, fiel a las promesas que me hizo el verano pasado, en el promontorio, el promontorio de Rhîw, y tengo tanta suerte..., y luego volvimos en coche a casa, fue un viaje largo, el más largo que he hecho en realidad, ¿y de qué hablamos?, nos habíamos escrito cartas, cartas muy largas, así que estábamos al tanto de las novedades del otro, de todas maneras yo no tenía muchas novedades, no hay mucho que decir sobre mi trabajo, sólo es un trabajo en un banco, algo con lo que entretenerme hasta que vaya a Oxford este otoño, aunque últimamente se ha hecho más interesante, tengo que admitirlo, ahora que me han pasado de la sucursal a la oficina central, pero lo primero que quiso saber Cicely fue cómo iban las huelgas, la gente le había hablado de las huelgas en América, lo habían leído en los periódicos, ella sólo lo sabía de oídas, no creo que Cicely haya leído un periódico en su vida, pero por lo que le decían sus amigos tenía la impresión de que el país entero estaba al borde del colapso, los periódicos ingleses lo llamaban el invierno del descontento y es cierto que el tiempo ha sido increíblemente malo y que casi todo el mundo ha ido a la huelga en este país, en un determinado momento, pero el cuadro que se dedicaron a pintar, la basura amontonada en las calles y los cadáveres pudriéndose en los depósitos de las

funerarias porque no había nadie que los enterrara, era una auténtica exageración, le expliqué, la cosa no era para tanto ni muchísimo menos, pero a los americanos los tenían hartos, por lo visto, y estaban convencidos de que Inglaterra se estaba convirtiendo en una nación comunista y de que estábamos al borde del desastre económico y de que iba a haber que sacar al ejército a la calle y que prácticamente iba a estallar una guerra civil, y Cicely se lo había creído todo, ahora me doy cuenta de por qué sacaba de quicio a veces a Doug, es totalmente opuesta a él, ingenua, crédula en cierta forma, pero ésa es una de las cosas que me encantan de ella, que sigue teniendo la capacidad de que el mundo no deje de sorprenderla, y en cambio Doug ha perdido esa capacidad, si es que alguna vez la tuvo, mientras que a Cicely le puedo tocar una melodía, por ejemplo (aunque una mía no, no, no creo que lo vuelva a hacer, por lo menos de momento), y siempre la abruma, la arrebatada, y luego quiere saber cosas del compositor, cosas que sólo yo puedo contarle, lo que supongo que resulta halagador para mí, no voy a decir que eso no sea parte de su atractivo, pero como ejemplo, ahora que lo pienso, de su ingenuidad (ésa es la palabra, aunque Doug lo llamaría ignorancia, pero no reflejaría para nada el toque de inocencia, de asombro maravillado), el ejemplo que se me viene a la cabeza es cuando fui a verla a Nueva York y le pregunté si los americanos seguían queriendo a Carter, y no me entendió, no tenía ni idea de lo que le estaba hablando, llevaba cuatro meses viviendo en ese país y ni siquiera sabía el nombre de su presidente, o por lo menos lo *sabía*, lo había oído, pero no se le había quedado grabado, no se le habría ocurrido, al escuchar el nombre de Carter, que alguien se refería al presidente, y tampoco sabía que James Callaghan era el primer ministro de Inglaterra, pero qué más da, eso es lo que yo quiero saber, ¿qué más da que no te enteres de lo que pasa en el mundo a tu alrededor?, ¿qué diferencia hay?, de todos modos no podemos cambiar las cosas, nada de lo que haga Cicely o yo o Doug si vamos al caso va a cambiar nunca el mundo, a no ser que escriba algo que cambie el curso de la historia de la música, o que la poesía de Cicely llegue al corazón de toda una generación de mujeres y cambie sus vidas y ella se haga increíblemente famosa, porque ahora escribe poemas, me lo confesó hace unas semanas, en una de sus cartas, y entonces le pedí que me mandara algunos, y me contestó que la mayoría no estaban terminados pero luego me mandó tres, o dos y medio, mejor dicho, y son buenos, realmente buenos, y no lo digo sólo porque esté enamorado de ella, tiene buen oído para el ritmo y emplea bien las palabras y con mucho cuidado, es muy precisa, muy exigente consigo misma cuando escribe, lo que hace que escriba mucho mejor de lo que actuó nunca, y me lleva a pensar que quién sabe si un día de éstos nos publicarán o grabarán algo a los dos, y nos convertiremos en una de esas parejas artísticas famosas, claro que yo no quiero ser famoso, no quiero que ninguno de los dos sea famoso, sólo quiero que vivamos juntos y trabajemos juntos y seamos buenos en lo que hagamos, para que a la vuelta de cuarenta años (sí, ahora sí voy a pensar en el futuro, no sólo yéndome al pasado me escapo del presente, también puedo usar el futuro, porque como dijo Eliot: «... *El*

tiempo presente y el tiempo pasado / quizá estén los dos presentes en el tiempo futuro, / y el tiempo futuro contenido en el tiempo pasado», y gracias al señor Serkis por enseñarme eso, gracias al King William's por darme a conocer tantas cosas que ahora resuenan y rebotan en mi cabeza, y me sustentan, os estoy agradecido, de veras que sí, haya dicho lo que haya dicho y pensado sobre vosotros con un talante menos amable), para que a la vuelta de cuarenta años vivamos (¿dónde viviremos?) en una casa de campo, claro, aunque en realidad siempre he soñado con un molino reformado, un molino de agua a la orilla del río, en alguna parte del campo, no lejos de aquí, los Costwolds quizá o puede que Shropshire, que está menos visto, porque la otra posibilidad es que hayamos heredado Plas Cadlan, Glyn y Beatrice habrán estirado la pata dentro de cuarenta años y ¿a quién se lo van a dejar si no?, bonita idea, desde luego, pero ahora tengo en mente el molino de agua así que sigamos con eso, sí, ahí estamos los dos, rondando los sesenta supongo, ¿y tenemos hijos?, Dios mío, es un poco pronto para empezar a pensar en eso, pero sí, claro que tenemos hijos, o hemos tenido hijos, más bien, porque ya se han ido de casa y estamos viviendo solos otra vez, completamente solos, pero incluso después de cuarenta años no nos hemos cansado el uno del otro, y estamos tan ansiosos de descubrir más cosas el uno del otro que, de hecho, es un alivio que se hayan ido al fin de casa, y además, eso me deja más tiempo para trabajar en mi nueva sinfonía, porque ¿por qué parte del ciclo voy en ese momento?, por la siete o la ocho supongo, mis obras tardías, ha sido la «Sinfonía de Birmingham» con la que me he hecho un nombre y ganado mi reputación pero esas obras más tranquilas, más reflexivas, más disonantes y complejas son las que reconocerá la gente, a la vuelta de los años, como mis obras maestras, y mis versiones de la poesía de Cicely, claro, porque eso es lo maravilloso de que se haya puesto a escribir, que podemos colaborar, así que esto va a ser una auténtica asociación, una auténtica asociación de iguales, y además de trabajar juntos en el molino de agua durante el día, cuando anochezca daremos fiestas, haremos unas cenas que la gente no olvidará nunca, la gente pasará unas noches en nuestra casa que se convertirán en recuerdos que guardarán como un tesoro (muy bien, Benjamin, ahí has estado muy bien, imaginando el futuro del futuro, y lo que recordará la gente, cuando lo alcancen, de su hipotético pasado, Dios mío, el tiempo presente no tiene la más mínima oportunidad contra esta clase de contraposición, ni la más mínima), y vamos a elegir una noche, por ejemplo, ¿quiénes son los invitados?, bueno, evidentemente estarán Philip y su mujer, y Doug y la suya, y Claire y su marido, y Emily y el suyo, lo que suma ocho, que con Cicely y conmigo hacen diez, un buen número, ¿pero no deberíamos de haber invitado a Steve?, ¿por qué no hemos invitado a Steve?, ¿será por que su futuro parece tan incierto, después de lo que sucedió el año pasado, y no consigo imaginarme dónde estará dentro de cuarenta años, o habrá otra razón, una razón más desagradable para excluir a Steve de mi pequeña fantasía?, nunca se sabe, estas cosas son muy profundas, y cuando Cicely y yo fuimos a verle el otro día me pareció que había una cierta hostilidad, desde luego, una cierta amargura,

y a pesar de que no me echase la culpa a mí personalmente, ahora hay un abismo entre nosotros, un pequeño abismo, si es que puede existir algo así, pero me lo tomaré con optimismo, hoy estoy lleno de esperanza, convencido de que todo irá a mejor, así que claro que Steve estará allí, Steve y su mujer, lo que hace doce en total, que aún es un número mejor, ¿pero tenemos suficientes dormitorios para alojar a tanta gente?, no veo por qué no, estamos hablando de un maldito molino de agua, por el amor de Dios, deberíamos tener seis dormitorios por lo menos, así que todos se quedan a pasar la noche, y resulta que nos dan las dos de la mañana, y hemos acabado con el vino y decidido dejar todo como está hasta mañana, así que Cicely y yo estamos arriba en nuestro dormitorio, que está pegado al río, y oímos el ruido del agua mientras nos desnudamos juntos, y luego nos echamos en la cama, muy cansados pero contentos, tan contentos y no tan cansados como para que no nos apetezca extender los brazos y acariciarnos, no es que a los sesenta y pico nos pasemos todo el rato a ello como conejos, no, pero el deseo no ha desaparecido aún, de ninguna manera, seguimos durmiendo desnudos, para empezar (¡nada de pijamas! ¡nada de nada!, nada del típico pijama a rayas de viejo para mí a esa edad), y Cicely enseguida se monta sobre mí esa noche, y yo estoy empalmado y listo para ella, como esta mañana, y ella me la coge y se la mete dentro, sí, Dios mío, sí, igual que esta mañana, esta mañana en el dormitorio de mi hermano, eso ha sido exactamente lo que ha hecho, después de que yo hubiera levantado la cabeza de su entrepierna, de la Plaza del Paraíso, donde he aprendido tantas cosas, descubierto tantos secretos..., ay, Cicely, ese sabor tuyo..., ¿seguirá siendo el mismo?, ¿todo seguirá igual entre nosotros dentro de cuarenta años?, sé siempre nueva para mí, Cicely, siempre, eso es lo único que tenemos que pedirnos el uno al otro, nueva como esta mañana, nueva como ese cuerpo que no había visto nunca pero que hoy he visto entero, y me lo has dado entero, tu hermoso cuerpo joven, esbelto, pálido y delgado, cuando te sentaste a horcajadas sobre mí y yo me incorporé y me puse a besarte los pechos y tu pelo me cayó sobre la cara, ese pelo que me hiciste cortarte hace ya tantos años y que sigo conservando, por supuesto, nunca tiraré esa bolsa, y esta mañana tu pelo rubio me cayó sobre la cara, así que no sólo tenía tu pezón sino también un mechón de tu pelo en la boca cuando alargaste la mano y me la cogiste y te la metiste dentro y me la apretaste y luego con la otra mano me acariciaste la mejilla, me levantaste la cabeza otra vez para que pudiéramos besarnos, el beso más dulce, el beso más tierno del mundo, y en todos los años que he pasado tratando de imaginarme cómo sería estar dentro de una mujer no me he acercado nunca a la realidad, no, ni siquiera me he aproximado un poco, porque no ha sido sólo la sensación, no era sólo el roce de tu piel contra mi piel, no, era tu generosidad, la entrega que suponía lo que estabas haciendo con tu cuerpo (¡sí, eso es!, *ahora comprendo que lo que me excita es la generosidad*), y cuidado, Benjamin, te estás precipitando, te estás precipitando hacia el final y te puedes aguantar un poco más, creo, no dejes escapar este momento, no, no lo dejes, puede que nunca vuelva, rápido, piensa en otra cosa, como esa frase, por ejemplo, esa frase que acabas de citar,

¿de dónde era?, resulta familiar y rara a la vez, es como algo que me hubiera rondado siempre la cabeza pero que llevara mucho tiempo sin pensar, ah, ya lo tengo, sí, claro, es una canción de Hatfield and the North, «Share it»,^[21] qué apropiada, hoy todo es apropiado, todo viene junto, pero es curioso que lleve tanto tiempo sin escuchar ese disco, era mi favorito entre los favoritos, he tenido debilidad por ellos desde que fui a verlos al Barbarella, ya hace más de cuatro años, recuerdo perfectamente la fecha, fue dos días antes de la muerte de Malcolm, y eso me recuerda algo que pasó este lunes, hace tres días, cuando iba andando por la plaza de la catedral, con Cicely por cierto, era en la hora libre que tengo para comer y hasta que vuelva al colegio, dentro de un par de semanas, siempre va a buscarme a la hora de la comida, y esta vez íbamos andando por la plaza, cogidos de la mano, que es como vamos siempre últimamente, y pasamos por delante de un tipo que estaba sentado en un banco, bebiendo una lata de algo, creo que era de Ansell's, tenía la cara roja y una barba muy crecida y la verdad es que olía un poco, al principio pensé que era un borracho, pero luego me paré y algo me hizo clic y me volví para mirarlo, entonces retrocedí, tirando de Cicely, y me acerqué a él, le miré directamente a los ojos y le dije: «No me reconoces, ¿verdad?», y él se quedó mirándome, tenía una mirada un poco vidriosa, debía de llevar bebiendo un par de horas, y me contestó: «No, para nada... ¿Quién coño eres?», y yo le dije: «Tú eres El liante de Reg», y él me contestó: «Ya sé quien soy, pero ¿tú quién eres?», y le dije que había ido al Barbarella conmigo hacía muchísimo tiempo con Malcolm, y cuando mencioné ese nombre fue como si se le apagase una lucecita al fondo de los ojos, como si le quedasen a oscuras, y se inclinó hacia delante en el banco, desplomándose casi, y cuando volvió a mirarme dijo: «Ya me acuerdo, tú eras aquel gilipollas conservador», pero no había risa en su voz cuando lo dijo esta vez, y se quedó callado un buen rato, pero al final levantó la cabeza y me miró de arriba abajo, me tomó la medida, y dijo: «Has crecido bastante, ¿verdad?», y yo no supe que contestarle, así que le presenté a Cicely y él le estrechó la mano en plan simpático y dijo, cortés pero intencionadamente, pronunciando cada palabra con cuidado, como hacen algunos alcohólicos: «Encantado de conocerte, tienes que perdonarme si digo alguna tontería, porque soy un gilipollas inculto y maleducado», y Cicely se rió y le dijo que no importaba lo que dijera, y él se volvió hacia mí y me dijo: «Así que te la tiras, ¿eh?», y la verdad es que, técnicamente, la respuesta a eso seguía siendo no, pero no creo que esperase que le contestara, porque enseguida me preguntó a qué me dedicaba, cuando le dije que tenía un empleo temporal en un banco y que luego iba a ir a Oxford se rió y me dijo: «Así que nunca leíste *Los filántropos de los pantalones andrajosos* entonces», y vi dónde quería ir a parar así que me puse un poco a la defensiva y le dije: «T. S. Eliot trabajaba en un banco, ¿sabes?», y «El liante de Reg» me contestó: «Sí, y también era un gilipollas», pero podría jurar que lo decía de broma, y luego los dos nos quedamos callados y yo estaba a punto de despedirme y seguir andando cuando me preguntó: «¿Qué tal está tu hermana?», así que le hablé de Lois, lo más brevemente que pude, contándole lo

menos posible de su época mala y diciéndole que ahora, justo en los últimos meses, parecía que se había recuperado del todo y hasta tenía un novio nuevo, un abogado que se llamaba Christopher, el primer chico con el que salía desde Malcolm, y muy distinto a él además, el polo opuesto en todo, y «El liante de Reg» asintió y dijo que qué bien, que se alegraba por ella, pero podría jurar que se había deprimido al recordar todo aquello y, de hecho, de repente se le llenaron los ojos de lágrimas y casi se cae hacia delante y Cicely lo sujetó y se sentó junto a él en el banco, tuvo que sostenerlo prácticamente, y él estaba apoyado en su hombro cuando me miró y me dijo: «Fue culpa mía, ¿sabes?, fue culpa mía que fueran al pub, si no hubiera sido por mí Malc estaría vivo y se habría casado con tu hermana y no habría pasado todo eso, iban a ir a La Parra y yo les dije que no, aún me acuerdo de esa conversación, le dije que estaría lleno de gilipollas trajeados, fue culpa mía, yo lo maté, lo maté», y tuve que arrodillarme a su lado y decirle: «No, Reg, no», no sabía si llamarle Reg o Liante, la verdad, no me salía ninguno de los dos nombres con naturalidad, pero le dije: «No, no te sientas culpable, nadie tiene que sentirse culpable de algo así, es el azar o el destino o Dios o algo», y él se controló y me apretó el hombro y dijo: «Sí, tienes razón», y Cicely le pasó un kleenex y se secó un poco la cara y volvió a decir: «Tienes razón, chaval, tienes razón, es Dios», y yo dije: «Sí que lo es», y él añadió: «Es un gilipollas, ¿verdad?», y pensé en lo que Él le había hecho a Malcolm y lo que le había hecho a Lois y lo que nos había hecho a los demás por tanto y le contesté: «Sí que lo es, Reg, es un completo y total gilipollas», y me eché a reír y Reg también y Cicely también, no sabía lo que significaba para mí decir eso, no sabe la verdad sobre Dios y yo, nunca le he contado lo del milagro, puede que se lo cuente algún día pero de momento no, y además, ahora hay otros milagros en mi vida, como el milagro de la propia Cicely y lo que me ha hecho sentir esta mañana, así que nos despedimos de «El liante de Reg», y él se incorporó en el banco y nos cogió a cada uno una mano, y dijo: «Dios os bendiga», eso dijo: «Dios os bendiga, par de gilipollas», y seguimos andando, y estaría bien, ¿verdad?, que esa hubiera sido la última vez que lo hubiese visto en mi vida, sería un bonito final, pero por lo visto parece que se sienta a tomarse su Ansell's en la plaza de la catedral muchos días, y lo veo casi siempre a la hora de comer, tampoco es que nos paremos a hablar, sólo nos saludamos con la mano o intercambiamos una mirada, pero no, esa historia no va a tener un remate como es debido, siento decirlo, mientras que con Steve fue distinto, cuando Cicely y yo fuimos a verlo el sábado pasado después de comer, sí que hubo una sensación de despedida definitiva, y es que la cosa ya no había empezado bien porque Steve no estaba cuando llegamos, estaba trabajando todavía, así que tuvimos que quedarnos allí sentados un rato con sus padres, los señores Richards, y evidentemente odian a Cicely porque creen que hizo sufrir a su hijo, aunque fuera hace tanto tiempo, cuando hicieron *Otelo* juntos (todo empezó ahí, sí señor, ¡todo empezó ahí!), porque fue justo después cuando Steve rompió con su novia, Valerie, que era encantadora en todos los sentidos, así que ya podéis imaginaros que la

situación era bastante tensa mientras estábamos todos allí sentados esperando que él llegara, y yo no ayudé mucho porque estaba nervioso además, me da vergüenza reconocerlo pero sí, estaba nervioso, estábamos en Handsworth y durante años mi familia me ha insistido en que Handsworth es una especie de barrio peligroso, una especie de avanzadilla del África colonial que de alguna manera se ha trasladado a Birmingham, y hasta han conseguido convencerme de que te destrozan el coche si lo dejas aparcado en la calle, o de que al volver a la media hora te lo encuentras calzado con ladrillos o algo parecido, pero tengo que decir que no vi nada que diese pie a pensar así, tampoco es que Handsworth sea igualito a Longbridge, se nota la diferencia, no sólo en la cantidad de negros que hay por la calle o todos los idiomas distintos que se ven en los escaparates o las diferentes clases de comida que se venden, es algo más profundo que eso, sí, lo admito, para mí era como un país extranjero pero me gustó por eso mismo, y me puse a pensar lo raro que era, qué auténtica vergüenza, compartir la misma ciudad con esa gente y no haber tenido ningún contacto con ella en dieciocho años, quitando a Steve, claro, y lo difícil que tenía que haberle sido, qué surrealista y qué desconcertante, llegar al King William's y ver que era el único niño negro y que todos le tomábamos el pelo y lo llamábamos Rastus, Dios mío, somos un país de mierda, ahora empiezo a darme cuenta, a lo mejor tenía que haberle hecho caso a Doug todos estos años, de todas maneras, eso era por lo que estaba nervioso, es ridículo pero no duró mucho tiempo, porque los señores de Richards fueron muy amables, pensaron lo que pensarán de Cicely, nos prepararon un té y le preguntaron cosas sobre América, y nos hablaron del trabajo de Steve, que no parece propiamente un trabajo, me temo, sólo está trabajando en el *fish and chips* del barrio, pero como dijeron ellos tiene que coger lo que le salga y ahorrar para pagarse el año que viene, porque si quiere tener un buen expediente no le queda más remedio que repetir curso, y ya no le va a ayudar nadie a pagárselo, y nos dijeron que pronto le subirán el sueldo porque van a ampliar el negocio, quieren poner unas mesas y unas sillas en la parte de atrás y convertirlo en un pequeño restaurante, y cuando les oí eso les pregunté cómo se llamaba el *fish and chips* y me lo dijeron, y cuando me lo dijeron por poco me da algo pero no dije nada y justo en ese momento llegó Steve, habían cerrado a las dos y media, y se alegró tanto de vernos que nos sonrió de oreja a oreja, no me había visto desde aquel día horrible del curso pasado, el último día de curso, y aún hacía más tiempo que no veía a Cicely, pareció que se alegraba especialmente de ver a Cicely, y ella se levantó cuando entró y lo abrazó con mucho cariño, con mucha ternura, y él se quedó muy impresionado por lo visto, Cicely le produce esa sensación a la gente, se olvidan de cómo es, y no nos quedamos mucho tiempo en casa de sus padres, gracias a Dios, porque me resultó agobiante, era un sitio acogedor, cálido y limpio y lleno de agradables y extraños olores de cocina, pero me temo que lo pequeño y lo pobre que parecía me deprimió, sí, es chocante, ¿no?, pero me di cuenta de que la familia de Steve era con mucho la más pobre entre todas las de mis amigos, me hizo sentirme incómodo, y también me hizo sentirme

incómodo tener mi propio coche aparcado fuera, un Mini que sólo tiene dos años y que prácticamente me han regalado mis padres, aunque les doy una pequeña cantidad de mi sueldo todas las semanas en plan simbólico, y mientras los tres íbamos andando hacia Handsworth Park me entró vergüenza de que todo me hubiera resultado tan fácil, mi trabajo en el banco y mi plaza en la universidad y todo lo demás, cuando parecía que Steve no tenía casi nada de momento, y hacía sólo un año parecía que estábamos todos en la misma situación pero quizá fuera sólo una ilusión, quizá el juego nunca fuese limpio del todo y la vida siempre sea en realidad más fácil para alguien como yo, debe de ser eso, no cambia nada, no ha cambiado nada, y os diré otra cosa más que tampoco ha cambiado, él sigue enamorado de ella, sí, Steve sigue enamorado de Cicely, me di cuenta esa tarde en Handsworth Park, era evidente, por lo menos para mí, aunque no le dije nada a Cicely después y puede que ella ni se diera cuenta, no se suele enterar de esas cosas, no es que dé por hecho que la gente la adore, es sólo que vive la vida a tope todo el tiempo, siempre alcanza un nivel de intimidad con sus amistades que para ella es normal pero para la mayoría de la gente no, así que ni se entera de lo especiales que les hace sentirse, con Helen en América era igual, estaba claro que Helen la idolatraba, que nunca había conocido a nadie como ella, su padre actuaba en la misma función que la madre de Cicely así que se pasaban mucho tiempo juntas, y para mí fue fascinante pasar esos pocos días de enero con las dos, hacía un frío de muerte, es lo que recuerdo sobre todo, nunca había tenido tanto frío como el que hace en Nueva York en enero, y me acuerdo de una noche en concreto en que se suponía que los tres íbamos a ir andando desde el apartamento de la madre de Cicely a no sé qué cine, y literalmente no pudimos, aunque fuera armados de abrigos, bufandas, guantes y gorros hacía demasiado frío y la nieve era demasiado espesa, así que decidimos pararnos en un hotel, se llamaba Gramercy Park, entramos en el bar y pedimos tres whiskies y ya no fuimos al cine, nos pasamos toda la noche bebiendo en el bar, fue una noche increíble, y también era un sitio increíble, lleno de viejos actores, había un tío, que yo juraría que era Vincent Price, que se pasó casi toda la noche sentado allí solo en el bar y ni siquiera él podía apartar los ojos de Cicely la mayor parte del tiempo, la gente se siente atraída por ella, siempre está entablado conversación con desconocidos, y esa noche, decía, me fascinó ver qué clase de relación tenían Cicely y Helen, que es de la Costa Oeste, así que no tiene nada de neoyorquina, o eso me han dicho, no sé nada de América pero por lo visto hay una gran diferencia entre la Costa Este y la Costa Oeste, y Cicely y Helen se conocían desde hacía dos o tres meses, así que ahora que lo pienso habían pasado más tiempo juntas del que hemos pasado nosotros dos, lo que explica la complicidad que había entre ellas, la sensación de que tenían un lenguaje privado del que yo me sentía excluido, bromas privadas, frases privadas, y tampoco se trataba sólo de las palabras, también había miradas privadas y sonrisas privadas, y no estoy diciendo que sucediera lo mismo entre Cicely y Steve esa tarde en Handsworth Park, sólo digo..., bueno, lo que trato de decir exactamente fue que me entraron celos,

supongo, las dos veces, sentí que no era del todo mía, y no me gustaba la sensación de compartirla con alguien, incluso aunque supiera que no se trataba más que de amistad, y aunque supiera también que era egoísta por mi parte querer a Cicely sólo para mí, es tan especial, tan preciosa, que habría que dejar que todo el mundo pasara un rato con ella, absolutamente todo el mundo, pero es verdad, no lo puedo negar, «escupía odio como un soplete», así fue como me sentí las dos veces, hacia Helen en Gramercy Park Hotel aquella noche nevada en Nueva York y hacia Steve en Handsworth Park esa clara tarde de sábado, el último sábado de abril, hace sólo cinco días, pero ya me parece mucho tiempo, como ya dije tuve esa sensación de despedida, esa sensación de que aquí se acaba la historia, creo que hemos perdido a Steve, que lo hemos perdido para algo, ¿cómo lo podríamos llamar?, la Historia, la política, las circunstancias, y es una sensación muy desagradable, la verdad, la sensación de que el tiempo que pasamos juntos en el colegio fue una especie de brillante equivocación, de que iba en contra del orden natural de las cosas, y ahora todo vuelve a ser como debía, a Steve lo han vuelto a poner en su sitio y es horrible, no sólo pensar lo que ha pasado, sino *cómo* ha pasado, si es verdad que alguien le jodió ese examen aposta, y lo peor es que nunca lo sabremos seguro, nunca podremos saber realmente si Culpepper le echó algo en el té ese día, vengándose de todas las veces que Steve había demostrado ser mejor que él, no, nunca sabremos la verdad sobre eso ni sobre muchas otras cosas, y sin embargo es evidente que alguien piensa que Culpepper tuvo la culpa porque el año pasado le prendieron fuego a su coche una noche, alguien se acercó hasta casa de sus padres en plena noche y rompió una ventanilla y tiró un cóctel molotov dentro, quedó todo hecho polvo, pero todo el mundo se sonrió un poco cuando se enteró, parece que era lo mínimo que se merecía, pero una vez más nadie sabe quién lo hizo, es como si los secretos engendraran más secretos, y todo se volviera cada vez más impenetrable, la desaparición de la hermana de Claire es otro ejemplo, no creo que Claire llegue nunca al fondo de la cuestión, del mismo modo que yo nunca sabré las auténticas motivaciones de Harding o si lo volveré a ver ahora que se ha ido a pasar un año a Alemania sin siquiera decirnos a ninguno de nosotros en qué universidad va a estar, se ha perdido, se nos ha perdido, ha torcido por algún extraño camino solitario, pero volviendo al coche de Culpepper, yo sospecho que Doug tiene algo que ver, con lo que no quiero decir que se acercara hasta allí en plena noche y tirase él mismo el cóctel molotov, pero puede que conozca a alguna gente que haga ese tipo de cosas y les contase la historia, y los provocara, no sé si me explico, pero no puedo saberlo seguro, ¿verdad?, nunca podemos saber nada seguro, y cada vez que saco el tema delante de Doug él pasa de mí o cambia de tema, el domingo se le notó mucho, por ejemplo, sí, también vimos a Doug el domingo, ha sido una semana de reencuentros, había venido de Londres a pasar el fin de semana con su nueva novia, Marianne, y no paraba de contar historias sobre las revueltas de Southall, estuvo allí, claro, en medio del mogollón, empiezo a pensar que el destino de Doug es estar en medio de todo, igual que el mío es estar fuera de escena cada vez

que ocurre algo importante, desaparecer siempre en el momento cumbre, yendo a la cocina a hacerme una taza de té justo cuando se produce el desenlace, el caso es que Doug había escrito un artículo sobre el tema y lo había mandado al *NME*, sin saber muy bien si se lo publicarían, ya le han cogido tres o cuatro pero no es lo que se llamaría un colaborador habitual, así que el domingo me enseñó una copia a máquina y hoy veo, después de comprar el *NME* cuando venía hasta aquí con Cicely, que sí se lo han publicado, para mi sorpresa, en la sección «Sensaciones», no la versión íntegra por lo que veo, han cortado todas las referencias a su padre, lo que es una pena, porque era lo más conmovedor del artículo, me parece, porque a su padre también le arreó un policía en una manifestación, y también le pegaron con una porra en la cabeza y aunque no le mataron como a Blair Peach, Doug cree que su padre ya no es el mismo, que le ha cambiado la personalidad, evidentemente no puede demostrar que tenga que ver con el daño que le hicieron, pero no es sólo que su padre ahora tenga dolores de cabeza, migrañas, que antes nunca tenía, y que le cueste más leer mucho tiempo seguido, sino algo peor, Doug dice que su padre ha perdido lo que llama las ganas de pelear, porque por lo visto se avecinan cambios en Longbridge, y ese director nuevo llamado Michael Edwardes, del que mi padre piensa que es un héroe enviado por los dioses para salvar a la compañía de los malvados dirigentes sindicales, y que en cambio a Doug le parece la encarnación del demonio, va a cerrar algunas fábricas y fijar nuevos objetivos de producción, y Doug dice que antiguamente su padre se habría encargado de que todo el mundo se declarase en huelga pero en cambio parece que lo va llevando, y Doug cree que todo tiene que ver con el golpe en la cabeza que le dieron en Londres hace año y medio cuando fue a apoyar a los piquetes de Grunwick, pero puede que a la gente del *NME* eso les haya parecido pura especulación o algo así, de todos modos lo han cortado, pero sigue siendo un buen artículo, muy convincente, hasta alguien como yo, alguien que prefiere pensar bien de la policía, puede ver que ese día algo tuvo que funcionar muy mal, fueron una vez más los antidisturbios, el mismo grupo que mandaron a la manifestación de Grunwick, me dijo Doug, son los peores, los más violentos y los más descontrolados, y el jaleo se montó después de que hubiera empezado el mitin en el ayuntamiento, el Frente Nacional había organizado una reunión electoral allí mismo, en el corazón de Southall, era una auténtica provocación tenerla allí, un sitio donde hay muchos inmigrantes asiáticos, y habían ido mogollón de manifestantes a protestar, la mayoría en plan pacífico, por lo que dice todo el mundo, aunque una cosa así nunca es del todo pacífica, y seguro que se montó alguna pelea y entonces fue cuando empezaron a llegar los antidisturbios, y Doug y Marianne decidieron marcharse antes de que pasara nada, así que empezaron a disolverse como un montón de los manifestantes, buscando una manera de llegar hasta la estación, y sólo había una calle, una calle que no estaba acordonada y trataron de llegar hasta ella, pero había un montón de gente donde se junta con Broadway, sobre todo asiáticos, pero pasaron como pudieron y siguieron andando un rato, entonces oyeron gritar a la gente

detrás de ellos, así que miraron hacia atrás al extremo de la calle y vieron que de repente habían empezado a salir policías de todas las furgonetas, con porras y escudos antidisturbios, y se metían entre la multitud para cargar contra todo el mundo indiscriminadamente, blancos o negros, daba igual, y de pronto todo el mundo echó a correr, a correr por aquella calle hacia donde estaban Doug y Marianne, y si no podían pasar saltaban los muros y las vallas de los jardines de las casas, o trataban de meterse por los callejones que había entre ellas para ponerse a salvo en aquellas calles laterales, pero la policía era más rápida que muchos de ellos, y Marianne dice que vio a un tipo en el suelo, era blanco, y había cuatro policías pegándole patadas como locos, el pobre tenía las manos sobre el paquete, y una mujer se acercó a los policías, una mujer de unos veintitantos o treinta y pocos años, y les dijo algo como: «Déjenlo ya, deberían ayudarlo», y uno de los policías echó a correr hacia ella y le pegó con la porra en la cara, la tiró al suelo, y ellos dos fueron a ayudarla, consiguieron llevarla hasta uno de aquellos jardines y echarla en el suelo y ponerle un pañuelo en la herida, porque sangraba muchísimo, viene todo en el artículo de Doug, todos esos detalles, es lo mejor que ha escrito alguien sobre esos disturbios, si se hiciera justicia Doug tendría que hacerse famoso o al menos en el *NME* deberían pedirle que escribiera más cosas para ellos, lo hace muy bien, pero que muy bien, es sólo su primer año de prácticas pero Doug va a triunfar, está clarísimo, si alguno de nosotros va a triunfar será él, y también me impresionó mucho lo de Marianne, tuvo que echarle mucho valor para ayudar a aquella mujer herida, en medio de todo aquel caos y aquella violencia, consiguieron quedarse con ella hasta que empezaron a llegar las ambulancias, y después fueron a visitarla al hospital al día siguiente, estaba bien, había sobrevivido, que es algo que en cambio no se puede decir de Blair Peach, pobre tipo, sólo tenía treinta y tres años, era de Nueva Zelanda, y murió de las heridas que tenía en la cabeza la madrugada del día siguiente, Doug está convencido de que nunca cogerán al policía que lo hizo, se ha abierto una investigación pero él dice que no es más que un lavado de cara, el Estado siempre cuida de sí mismo, ése es el tipo de cosas que dice últimamente y Marianne le sonrío con indulgencia, yo creo que comparte sus ideas pero se las toma con más sentido del humor, y Doug le dijo el domingo que todo era cuestión de clases, que a los burgueses siempre les ha sido más fácil ver el lado gracioso de las cosas, decía, porque nunca hay nada realmente importante para ellos, nada es una cuestión de vida o muerte, y sé que tiene razón pero eso no le ha impedido salir con una burguesa, aviso, porque Marianne tiene un acento la mar de pijo y por lo visto su padre tiene una finca en Hertfordshire y otra en alguna parte de Escocia, hacen una pareja curiosa en cierta forma pero parecen muy felices juntos y, ahora que lo pienso, a Doug siempre le han gustado las niñas pijas, me acuerdo de aquella secretaria que conoció en Londres la primera vez que fue, siempre andaba presumiendo de la noche que habían pasado juntos, parecía que era el primer hombre del mundo en tener relaciones sexuales, lo contaba como si hubieran sido *Emmanuelle*, *El último tango en París* y *El Kama Sutra* juntas en una sola

película, bueno, a lo mejor fue así, pero nunca le he tenido envidia a Doug y ahora menos que nunca, porque hasta él vio, hasta él vio el domingo lo que hay entre Cicely y yo, el cariño que nos tenemos, dijo que casi se podía tocar, que se nota con estar en la misma habitación que nosotros, y en un determinado momento hizo un aparte conmigo y me preguntó qué coño había pasado cuando fui a verla a Gales, y yo le contesté que no lo sabía, que todo había pasado muy deprisa, que quizá tuviera algo que ver con aquella casa tan bonita, Plas Cadlan, o más probablemente que lo único que nos hiciera falta a Cicely y a mí para darnos cuenta de que estábamos hechos el uno para el otro era estar en un sitio distinto una temporada, en algún sitio distinto del colegio y toda la mierda y las tonterías que implica, y en cuanto nos pasó lo tuvimos claro, era muy evidente, era como si las aguas se hubiesen aclarado de golpe, y le dije que era una sensación maravillosa, una sensación extraña, la verdad, vivir la vida con aquel grado de felicidad, casi me mareaba de la emoción, no conseguía dormir por la noche, y también tengo mariposas en el estómago ahora que ella ha vuelto, y de repente es como si la vida fuera algo urgente, tengo la sensación de que ahora todo está en juego, vencer o morir, tomar o dejar, todo es importante, cada momento, incluido este momento que para cualquiera que me observe desde el otro extremo del pub debe de parecer absolutamente corriente, un chaval joven y trajeado que se lleva una jarra de Guinness a la boca, pero no, éste es uno de los momentos más importantes de mi vida, lo sé, por eso voy a estirarlo, a estirarlo hasta que se rompa o salte por los aires, y esta mañana hicimos el amor con esa misma urgencia, después de que Cicely se hubiera montado sobre mí y yo la hubiera penetrado por fin, ¡por fin he encontrado el camino hacia la Plaza del Paraíso!, la miré a la cara y lo que vi fue prácticamente miedo, una especie de excitación que rayaba en el miedo, ¿miedo de qué?, yo lo sé, sí, ahora lo sé, porque yo tenía la misma sensación, era miedo del pasado, miedo de cómo podía haber sido el pasado, porque Cicely y yo nos salvamos por los pelos de perdernos mutuamente, podríamos no habernos encontrado, si yo no hubiera decidido ir andando hasta Plas Cadlan en medio de aquella tormenta el verano pasado, y sólo pensarlo, sólo pensar que podríamos no haber alcanzado nunca ese punto era casi insoportable, insufrible, y se nos debió de ocurrir a los dos al mismo tiempo, porque me cogió del pelo y embestimos el uno contra el otro, de golpe había desaparecido toda la ternura y nos mordíamos la boca tan fuerte que casi nos hacíamos daño y entonces Cicely empezó a estremecerse y hacer esos ruiditos, al principio creí que estaba llorando, no me habría sorprendido, yo tenía ganas de llorar en cierta forma, pero no era eso, eran unos ruidos distintos, ruidos animales, cuando empezó a cabalgar sobre mí, a cabalgar, todo su cuerpo erguido como una columna de carne que se mueve cada vez más rápido, más y más rápido, tiene los dientes apretados y ahora se le ven las venas, las venas azules que le sobresalen de la muñeca cuando me agarra del brazo, y me lo aprieta hasta hacerme daño y ahora ya casi llegamos, casi casi, pero aún hay otra cosa en la que tengo que pensar antes de que lleguemos del todo, un intento más de estirar este momento y es algo que he estado

postergando todo este tiempo, porque me siento muy culpable, pero ya no puedo postergarlo más, tengo que confesarlo, es sobre Steve, y mi trabajo, porque después de llevar un par de meses trabajando en el banco el director me llamó a su despacho y me dijo que iban a trasladarme, a ascenderme como dijo él, y que iban a trasladarme a la oficina central en Temple Row para que me encargara de los préstamos, y yo ni me lo podía creer, he ido ascendiendo rapidísimamente, sólo llevaba tres días abriendo cartas y ya me pasaron al mostrador, las otras personas que trabajaban allí no acababan de entenderlo, no podían evitar sentirse un poco ofendidas, aunque eran una gente bastante maja, pero es parte del esquema del banco, por lo visto, coger a estudiantes jóvenes y brillantes como yo y enseñarnos cómo funciona todo, en la medida de lo posible, antes de que vayamos a la universidad, de forma que quedemos tan encantados, supongo, que cuando nos licenciemos vengamos directamente a trabajar para ellos, bueno, yo no tengo la menor intención, os lo puedo asegurar, pero parecía que el siguiente paso de este proceso era trasladarme a la oficina central y ponerme a trabajar como encargado de tramitar préstamos, así que eso hice, y empecé dos días después, y ahora en vez de ir a Smallbrook Queensway todas las mañanas voy a Temple Row, y debo decir que me encanta, es mi parte favorita de Birmingham, me encanta la catedral de St Philip, que se ve desde la ventana de la oficina, y el Grand Hotel, que está detrás en Colmore Row, y me encanta ir a sentarme en la plaza a la hora de comer con Martin y Gil, me encanta la sólida dignidad de todos esos bancos y edificios de compañías de seguros, me pregunto qué diría Doug de eso, ya lo estoy oyendo, otro de esos sermones de diez minutos sobre venderse al *establishment*, pero me da igual, es buena arquitectura, hay edificios preciosos (como la propia catedral, de la que Philip me contó que se construyó en 1715 y es el primer ejemplo de arquitectura italianizante de la ciudad, la diseñó un hombre llamado Thomas Archer y es la catedral más pequeña de Inglaterra, debía de ser todo un espectáculo en el siglo XVIII, ahí plantada en esa cresta con amplísimas vistas a Colmore Row, que es como se llamaba entonces New Hall Lane, y a la gran finca del mismo New Hall, y fue también cuando los constructores y los artesanos ricos instalaron sus casas alrededor del nuevo campo santo, y lo que ahora se denomina Temple Row empezó a tomar forma, sólo que en aquella época se la conocía como Tory-Row (mira qué fácil lo tienes Doug, aprovecha la ocasión), y al otro lado de la plaza, sólo unos años después, edificaron la Blue Coat Charity School, para darles una educación a los niños más pobres de la ciudad, sí, ese edificio también es muy bonito, es como un monumento al espíritu ilustrado de quienes lo concibieron, esta ciudad ha tenido la suerte, a lo largo de los siglos, de tener buenos dirigentes, emprendedores y de buen corazón, la familia Cadbury, por ejemplo, que construyó todo un pueblo para sus trabajadores a principios de siglo, Bournville se llama, y hasta se aseguraron de que todo el mundo tuviera un trozo de tierra decente para que pudieran plantar árboles frutales y pasar su tiempo libre cuidando el jardín en vez de ir al pub, los Cadbury eran abstemios y sigue sin haber pubs en todo Bournville

setenta años después, por lo que dice Philip, pero no hago más que irme por las ramas, ya es hora de olvidarme de toda esta historia de la región y volver al desagradable asunto que nos ocupa), decía que después llevar una semana o así preparándome, me dijeron que ya me podía encargar de tramitar préstamos, y en vez de tener que atender a los clientes en el mostrador ahora me sentaría en una esquina de una clara oficina sin apenas tabiques, junto a Martin y Gil, mis nuevos compañeros y mis nuevos amigos, lo que me recuerda que le he dicho a Martin que volvería a las dos, ya casi es hora de irme, pero Sam se ha acercado otra vez a la barra para pedir algo, así que no pasará nada por que apure otra media jarra, el caso es que todos los días recibimos solicitudes de todas partes de la ciudad, las pequeñas empresas nos mandan sus planes de trabajo y nos piden préstamos, que a veces llegan hasta las cincuenta mil libras, para que les ayudemos a ampliar el negocio o comprar material o terrenos nuevos, y resulta ridículo, ¿verdad?, que sólo porque haya conseguido una plaza en Oxford el banco confíe en mí para tomar ese tipo de decisiones, ni siquiera saqué un sobresaliente en matemáticas y nunca he estudiado economía, pero todos los días me siento allí para juzgar a esa gente, juego a ser Dios con sus esperanzas y sus ambiciones, y aunque sé que trato de ser lo más honesto posible, el banco quiere que siempre sea muy estricto, no quieren prestar dinero a no ser que estén seguros de que se lo van a devolver, y solemos rechazar dos de cada tres peticiones, y la semana pasada Gil me pasó una carpeta muy gorda que venía de la sucursal de Handsworth y me dijo: «Venga, Ben, encárgate tú de esto», y era un *fish and chips* que quería poner unas cuantas mesas y unas cuantas sillas para montar un pequeño restaurante, por el amor de Dios, sólo les hacían falta unas dos mil libras pero no cuadraban las cuentas y era como si el negocio se fuera a ir al garete de todas formas y llevaban más de año y medio en números rojos, así que dije que no, así de sencillo, me limité a estamparle un enorme sello rojo y luego, el sábado por la tarde, me di cuenta de que era el sitio donde trabajaba Steve y que si la solicitud hubiera prosperado le habrían aumentado el sueldo, supongo que no habría sido mucho pero a él le habría venido muy bien, así que ya veis, me las he arreglado para ponerle un obstáculo más en el camino sin darme ni cuenta, mierda, mierda, mierda, soy una persona odiosa, como diría Cicely, pero me he fijado en que ya no lo dice, no, se ha curado, se ha curado de sus inseguridades, y me lo debe a mí, me voy a conceder ese honor de todo corazón, así que ya he conseguido algo, por lo menos una cosa en mi corta vida, he hecho feliz a otra persona y ha resultado ser la cosa más fácil del mundo, lo único que he tenido que hacer ha sido dejarme llevar por mis deseos más profundos, mis mejores instintos, y mirad donde me han llevado al final, al dormitorio de mi hermano pequeño, a la cama de mi hermano pequeño, donde Cicely y yo hicimos el amor esta mañana, y sí, por fin hemos llegado hasta ahí, ahí estamos, mi preciosa Cicely desnuda pegada a mí y yo bien sujeto por esos músculos bonitos, delicados y flexibles que tiene entre las piernas, arriba y abajo, arriba y abajo, y también tenemos las bocas pegadas, cada vez más fuerte, hasta que por fin (sí, nos ha

pasado hoy) nos hemos puesto a buscar la Plaza del Paraíso y la hemos encontrado juntos, y cuando la hemos encontrado nos hemos dado cuenta de que era un sitio lleno de risas, y no de lágrimas, cuando llegó ese momento fue como una explosión de luz, una explosión de luz blanca como si hubiera estado mucho tiempo mirando al sol, y luego volví a distinguir el sol, sólo que no era el sol, era un punto amarillo, o más bien un globo amarillo, aquel que perdí hace tantos años, mi primer recuerdo, lo he vuelto a ver, a tocar, no se había perdido, y de repente me acordé de dónde estaba y con quién estaba, y he mirado a Cicely y nos hemos quedado quietos durante un instante infinito de pasión y luego los dos nos hemos dejado caer sobre la cama y nos hemos abrazado muertos de risa, Dios mío, nos reíamos como si no fuéramos a parar nunca, al fin había desaparecido todo el miedo, toda la frustración, tanto deseo insatisfecho, tanto echarnos de menos el uno al otro, y de repente todo tenía muchísima gracia, todo era tronchante, como haberlo hecho por primera vez en el dormitorio de mi hermano pequeño, y un día de elecciones generales, porque, sí, hoy hay elecciones generales, el destino de mi país pende de un hilo, y eso también es divertido, y a partir de ahora me niego a preocuparme más por nada, a tomarme algo en serio, ya está bien, nos hemos pasado demasiado tiempo tristes, y ya nada le va a ir mal a nadie, ni a mí ni a Cicely ni a Lois ni a nadie, es todo en broma, todo es una grandísima y maravillosa broma, como esa canción que tengo en la cabeza desde hace tantos años...

Tristes alegrías y sentimientos enfermizos,
tan vulgares que te aburrirías como una almeja.
Hazme reír sin parar, escápate del desastre
o el Club de los Canallas te cortará las orejas.

... y no me extraña que la gente nos mirara en el autobús que nos trajo hasta el centro como si estuviéramos locos, porque todo lo que veíamos cada vez que mirábamos por la ventanilla nos hacía partirnos de risa, y lo mismo ha pasado al entrar en La Parra cuando nos hemos topado con Sam Chase, el padre de Philip, me he echado a reír porque también hacía años que no lo veía, y sabía que ahora está feliz de que su mujer haya dejado al Mari Plomo, no sé cómo haría pero al final lo consiguió, me dijo Philip, y estaba aquí sentado a solas, leyendo una novela, y encima era el *Ulises*, ¿quién se lo habría imaginado?, y parecía muy contento de vernos, y nos ha invitado a unas cervezas, y nos observaba mucho y cuando Cicely fue a llamar por teléfono me dijo: «Es la chica más guapa que he visto en mi vida», y yo le dije: «Ya lo sé», y me eché a reír, y cuando Cicely volvió de llamar por teléfono nos dijo: «La verdad es que sois las dos personas más felices que me he topado en mi vida», y los dos nos echamos a reír, y cuando Cicely se ha ido a casa a leer la carta de Helen me ha dicho: «Oye, Benjamin, no se me da muy bien hacer predicciones», y eso también me ha hecho reír, porque todos sabemos, todos los que conocemos a Sam sabemos que siempre que dice que no se le dan bien las predicciones es porque está a

punto de hacer alguna, y hoy me ha dicho: «Oye, Benjamin, no se me da muy bien hacer predicciones, pero hoy es un día especial, y voy a hacer dos», y yo le he contestado: «No me digas», y él ha seguido: «Número uno», y ha levantado un dedo, «número uno, tú y Cicely vais a ser muy felices juntos», y evidentemente me he echado a reír, porque sé que es verdad, y luego ha levantado otro dedo y ha añadido: «y número dos», al tiempo que señalaba un periódico que alguien había dejado sobre la mesa de al lado, un ejemplar de *The Sun* con una foto enorme de la señora Thatcher en primera plana, «número dos», ha dicho, «esa mujer nunca va a ser primera ministra de este país», y entonces los dos hemos soltado una carcajada y hemos chocado las jarras y él ha dicho: «Venga, chaval, te invito a otra», y me ha parecido no sólo que Dios existe de verdad sino que tiene que ser un genio, un genio del humor, para que en el mundo todo sea tan gracioso, desde Sam y esas predicciones tuyas tan locas hasta este redondel oscuro de cerveza que mi jarra ha dejado sobre el posavasos verde.

En una noche clara, azul marino pero estrellada, del año 2003 en la ciudad de Berlín, el restaurante en lo alto de la Fernsehturm seguía girando. Sophie, hija única de Lois y Christopher, y Patrick, hijo único de Philip y Claire, contemplaban a través del ventanal el Volkspark Friedrichshain, a más de trescientos metros bajo ellos.

Los dos se quedaron un rato callados. Le dieron algún sorbo a su Riesling mientras miraban por la ventana y pensaban en Benjamin.

Por fin, Sophie dijo:

—Están dejando el parque hecho un asco. Ni siquiera se ve la fuente que hay en medio. Mira todo ese montón de andamios.

—Toda la ciudad está igual. Es como el solar de un gran edificio. Lo mismo que Londres.

—Ya lo sé. Últimamente, el mundo no para quieto un momento, ¿eh?

Sophie se puso a mirar a su alrededor, a los otros clientes del restaurante. Había un par de hombres cenando a solas. Uno estaba sacando las gafas para estudiar el menú, el otro le daba golpecitos con el dedo a una bolsita de azúcar moreno sobre su café. Las dos acciones parecían banales; ¿pero cómo iba a saber nadie qué vendavales, qué torrentes de ideas, de recuerdos y sueños bullían en su mente en aquel instante? Se fijó en sus caras tristes y preocupadas, y volvió a pensar en su tío Benjamin, en el arrebatado de alegría que había tenido aquel día tan lejano, y en todo lo que había sucedido desde entonces.

Patrick le notó una súbita sombra de melancolía en los ojos y dijo:

—Bueno, Sophie, no te pongas así. Es una historia preciosa. Está llena de cosas bonitas: amistad, bromas, experiencias positivas, amor... No todo ha sido un horror.

—Si ya lo sé. No es eso, en realidad. Es que ya hace tanto tiempo... Eran todos tan jóvenes... Y Benjamin y mi madre han tenido que pasar por tantas cosas...

—Pero mírala ahora. Está estupendamente. Y las cosas le van fenomenal. Y a nosotros también.

—Tienes razón. Es verdad.

—Y hasta tiene un final feliz.

—Sólo que para mí no es el final.

—Pero es que las historias nunca se acaban de verdad, ¿no? Lo único que se puede hacer es escoger un momento para terminarlas, entre los muchos que hay. ¡Y tú has elegido uno precioso!

Y Sophie asintió despacio y dijo:

—Sí. Qué suerte tuvo, ¿no?, de poder sentir eso. ¡Menuda suerte la del tío Benjamin! Haber sentido esa felicidad, y agarrarse a ella, aunque sólo fuera un momento...

—Y qué suerte la nuestra —dijo Patrick—. ¡Poder compartirla aún, después de tanto tiempo!

Entonces Sophie recobró el ánimo, viendo que tenía razón, y tras hacerle una seña al camarero que servía el vino, se volvió hacia Patrick y le dedicó la mejor de sus

sonrisas, llena de esperanza e ilusión. Y le dijo:
—Muy bien, pero ahora te toca a ti.

NOTA DEL AUTOR

El Club de los Canallas tendrá una continuación titulada *El Círculo Cerrado*, donde se reanuda la historia a finales de los años noventa.

AGRADECIMIENTOS

Los siguientes libros han sido una fuente de información, ayuda o inspiración a la hora de escribir esta novela: Chris Upton, *A History of Birmingham* (Phillimore, 1993); Chris Mullin, *Error of Judgment: The Truth about Birmingham Pub Bombings* (Poolbeg Press, 1997); Peter L. Edmead, *The Divisive Decade: A History of Caribbean Immigration to Birmingham in the 1950s* (Birmingham Library Services, 1999); Martin Walker, *The National Front* (Fontana, 1977); Mike Cronin (editor), *The Failure of British Fascism: The Far Right and the Fight for Political Recognition* (Macmillan, 1996); John Tyndall, *The Eleventh Hour: A Call for British Rebirth* (Albion Press, 1988); David Widgery, *Beating Time* (Chatto and Windus, 1986); Julie Burchill, *I Knew I Was Right* (Heinemann, 1998); Michael Edwardes, *Back from the Brink: An Apocalyptic Experience* (Collins, 1983); Jonathan Wood, *Wheels of Misfortune: The Rise and Fall of the British Motor Industry* (Sidgwick and Jackson, 1988); Bernie Passingham y Danny Connor, *Ford Shop Stewards on Industrial Democracy* (Institute for Workers' Control, 1977); Jack Dromey y Graham Taylor, *Grunwick: The Workers' Story* (Lawrence and Wishart, 1978); Michael Dummett (chairman), *The Death of Blair Peach: The Supplementary Report of the Unofficial Committee of Enquiry* (National Council for Civil Liberties, 1980); David Petrow, *The Bitter Years: The Invasion and Occupation of Denmark and Norway, April 1940-May 1945* (Hodder and Stoughton, 1975).

El primer capítulo de «La chica y el chaval melenudo» contiene citas de auténticos anuncios de contactos de *Sounds* (1973); el tercero de «Las mismísimas fauces de la muerte», de las revistas *Woman* (1976) y *Take a Break* (1996); y el decimooctavo, de *101 Ways to Improve Your Word Power* de Hugh Enfield (The Dickens Press, 1967), *Word Power from Reader's Digest* (Reader's Digest, 1967), *Twenty-five Magic Steps to Word Power* del Dr. Wilfred Funk (Fawcett Publications, 1959) y *Word Power: Talk your Way to Life Leadership* de Vernon Howard (Prentice-Hall, 1958).

El extracto de *La colina de Watership* de Richard Adams ha sido reproducido por gentileza de Penguin Books; el de «Burnt Norton» de T. S. Eliot, incluido en *Collected Poems 1909-1962*, por la de Herederos de T. S. Eliot y Faber and Faber Ltd; el de «Sonnet for Zulfikar Ghose» de B. S. Johnson, incluido en *Poems I*, por la de Herederos de B. S. Johnson y Hutchinson.

«I Get a Kick out of You», letra y música de Cole Porter, copyright 1934 Harms Inc., USA, Warner/Chappell Music Ltd, London W6 8BS, letra reproducida por gentileza de IMP Ltd. «The Remembering», letra y música de Jon Anderson, Steve Howe, Chris Squire, Alan White y Rick Wakeman, copyright © 1973 Topographic Music Inc., USA, Rondor Music (London) Ltd, W6 8JA, letra reproducida por

gentileza de IMP Ltd. «Share It», letra y música de Richard Sinclair y Pip Pyle, copyright © Williamson Music International, USA, reproducida por gentileza de EMI Virgin Music Ltd, London WC2H 0QY.

The Rotters' Club, de Hatfield and the North, editado en 1975, se encuentra disponible en Virgin Records (CDV2030). La parte titulada «El posavasos verde» de esta novela está inspirada en la canción del mismo título de The High Llamas, de su álbum *Snowbug* (V2 Records, VVR 1008972).

Debo agradecer también su ayuda, consejos y ánimos a: Philippe Auclair, Daniel Coe, Janet and Roger Coe, Laura Cumming, Paul Daintry, Helena Dela, Charles Drazin, Artemis Gause-Stambouloupoulou, Simon Gidney, Tanja Graf, Andrew Hodgkiss, Tony Lacey, Barèt Magarian, Janine McKeown, Ivor Meredith, Tony Peake, Pernilla Pearce, Nicholas Pearson, Guy Perry, Ralph Pite, Pip Pyle, Nicholas Royle, Dave Stewart, Richard Temple y el personal de Modern Records Centre de Warwick University, Tony Trott, Adama Ulrich, Francis Wheen, Conrad Williams y Gaby Wood.

Agradezco especialmente a Carlo Feltrinelli y a su familia su generosa hospitalidad en Gargnano, provincia de Brescia, donde escribí gran parte de *El Club de los Canallas*.



JONATHAN COE (Birmingham, 1961) estudió en las universidades de Cambridge y Warwick, y ha sido profesor en la universidad de Warwick, músico semiprofesional y colaborador en *London review of Books* y *Times Literary Supplement*. Después de tres novelas y de dos monografías sobre Humphrey Bogart y James Stewart, su novela *¡Menudo reparto!* supuso su consagración nacional e internacional, y fue galardonada con el premio *The Mail on Sunday/John Lewellyn Rhys* y, en Francia, con el *Prix du Meilleur Livre Étranger*. Su novela posterior, *La casa del sueño*, obtuvo el *Writers' Guild Best Fiction* y en Francia el *Prix Médicis Étranger*.

Notas

[1] Status Quo y Led Zeppelin. (N. del T.) <<

[2] *Freak*: «monstruo». (N. del T.) <<

[3] *Bent rotter*: «canalla corrupto». (*N. del T.*) <<

[4] «Los Canallas». (*N. del T.*) <<

[5] «Canalla corrupto» y «El más vil de los canallas». (*N. del T.*) <<

[6] De *rastafari*, miembro de la secta jamaicana que cree en Ras Tafari (el antiguo emperador de Etiopía, Haile Selassie) como Dios. (*N. del T.*) <<

[7] Workers' Educational Association: «Asociación Educativa de los Trabajadores».
(N. del T.) <<

[8] *Chase* significa «caza», «persecución». (N. del T.) <<

[9] En inglés *goldfish*, «peces de colores», suena parecido a *Colditz*. (N. del T.) <<

[10] *Jellystone* («piedra de gelatina») por *Yellowstone*, el parque nacional del oso Yogui. (N. del T.) <<

[11] *NME* suena en inglés como *enemy*: «enemigo». (N. del T.) <<

[12] Juego parecido al béisbol. (*N. del T.*) <<

[13] Gato atigrado. (*N. del T.*) <<

[14] Corrompido. (*N. del T.*) <<

[15] YUKKY mal escrito; adjetivo derivado de la interjección *yuk*, una exclamación de desprecio, desagrado o disgusto. (*N. del T.*) <<

[16] Tranvía. (*N. del T.*) <<

[17] *Bowel*, intestino, en vez de *bowl*, cuenco, cuando la correcta sería *basin*, palangana. (N. del T.) <<

[18] Noche del 5 de noviembre, en que se queman muñecos en memoria de este conspirador inglés, ejecutado por tomar parte en «la conjura de la pólvora» que pretendía acabar con el rey Jaime I y volar las Casas del Parlamento (1605). (*N. del T.*) <<

[19] Camello, Aspecto Encorvado y Gigante Amable. (*N. del T.*) <<

[20] *Dickie*, diminutivo de *dick* («polla»), suena además igual que *dickey* o *dicky* («chungo»). (N. del T.) <<

[21] «Compártelo». (N. de la T.) <<